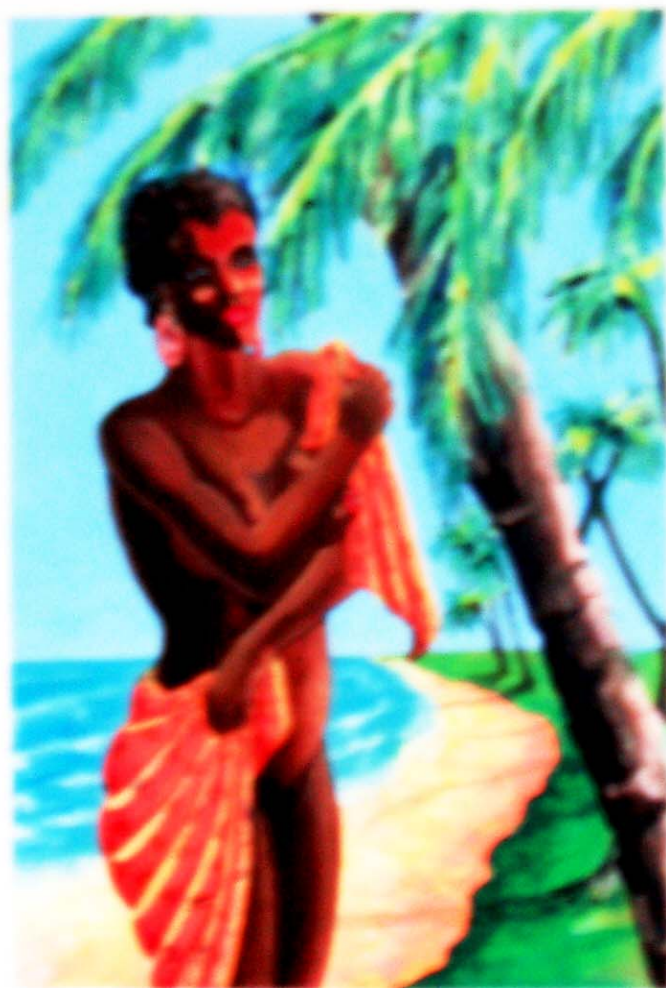


MANUEL GARCÍA CUENCA

# Beatriz



EDICIONES DE LA DIPUTACIÓN DE ALBACETE

MANUEL GARCÍA CUENCA

# **BEATRIZ OKÓN**

**A mi hijo José Andrés, manchego errante y  
escritor de voz insobornable.**

**A Edmundo Bosío Duoco**

**A la etnia Kombe**

## PRELUDIO

**MUCHOS AÑOS** después, cuando las criaturas que hablan, lloran, aman y rezan en el curso del presente relato ya eran parte inherente de las leyendas guineanas, tuve conocimiento de la historia de Alfonso, Consuelo y Betriz, en una esporádica visita que realicé a San Carlos.

La historia me pareció sugestiva, y tan dramáticamente bella, que ardía en deseos de incorporarla a mis relatos africanos. Ello fue posible gracias a la relación oral, que desinteresadamente me brindaron los kombes ancianos de aquella parte del suroeste de la isla de Fernando Poo; con expresión lenta y gesticulación reposada, pero abrumados por el recuerdo de Alfonso, el ahijado y amado ausente.

A Eusebio (a la sazón con bastantes años más y director del Hospital General de Santa Isabel) nunca le agradeceré bastante el detallado informe que me hizo de los hechos menos conocidos de la vida del protagonista, su fraternal amigo. Y por permitirme el acceso al diario confidencial que en circunstancias extremas le confió Alfonso para su custodia. Diario que señala gozos de juventud y grita los infortunios que rodean a esta triste y trágica historia de amor, de iniquidades y arbitrariedades.

Ha sido para mí un trabajo arduo dar una traducción culta a la expresión de los africanos, por cuanto encierra de dificultad, la infinidad de vocablos de otros dialectos que intercalan en el idioma español cuando hablan. Pero he respetado la esencia, la gracia y el interés, y el alma, en los diálogos, cartas y leyendas que concurren en el texto.

Cuando finalices la lectura de estas evocaciones convendrás conmigo, lector, en que la historia de Alfonso, Beatriz y Consuelo, es el testimonio de unas leyes tiránicas, draconianas y execrables, promulgadas por la Metrópoli para ser aplicadas en un mundo que siempre le fue extraño, lejano e incompendido; y de los prejuicios de un sector elitista, estólido y cruel, de la sociedad colonial blanca.

M. G. C.

LA BAHÍA de San Carlos tiene forma de luna en cuarto creciente y se abre al océano entre punta Cabras y punta Argelejos. Ensenadas y calas recoletas configuran la costa, poblada de vegetación lujuriente, pero aunque densa e impenetrable, siempre quedan resquicios por los que se asoman al mar numerosos *patios* y cafetales. En días de marejada es el litoral una línea continua de espuma blanca.

La bahía está resguardada por tierra con un cinturón de elevadas cumbres (la isla de Fernando Poo tiene forma de cono), pobladas de selvas sombrías, donde las águilas y los monos comparten con la penumbra y la humedad un basto reino vegetal.

Las vertientes occidentales que parten de las alturas de Moka y llegan hasta cerca del mar, si en algún punto se interrumpen es para conformar breves mesetas, pequeños valles, donde los bubis instalan sus poblados.

Los dos únicos ríos de importancia en el suroeste de la isla, el *Musola* y el *Tiburones*, se sustentan de los lagos Moka y Loreto, y descienden por cauces tortuosos hasta desaguar en la bahía.

El caudal del *Musola* es fresco y diáfano al comienzo de su recorrido, pero cuando más abajo sale de las turbinas de la central hidráulica *Salto del Musola* y toma el camino del mar, está oleoso y ha perdido su ímpetu torrencial y transparencia original.

El *Tiburones*, además de nutrir a muy variadas especies marinas que tienen su hábitat en la desembocadura, prestaba otro notable servicio: los mil braceros de la finca *Aleñá*, cuyos grandes *patios* estaban situados en las márgenes del río, finalizadas las faenas de la jornada se desprendían de cansancios y sudores en los remansos sombreados. La guagua Santa Isabel-San Carlos pasaba, coincidentemente, cuando el millar de hombres se bañaba, y cuando Alfonso hacía uso de aquel medio de transporte, veía lo que a distancia le parecía una postal del Ganges sagrado.

Otros declives, distanciados de los de Moka y Mioko por profundas y grandes vaguadas, parten de las cumbres de Belebú y se interrumpen quinientos metros antes de alcanzar la bahía, donde configuran un semicírculo plano. En el anfiteatro natural, medio oculta por un bosque de ceibas, mangos y palmeras que le dan sombra, y arrullada por el rumor de las mareas, nació la villa que preside la vida agrícola y comercial del oeste de la isla de Fernando Poo: San Carlos.

El lugar fue cristianamente bautizado con el nombre de un rey de España, pero la patria estaba por entonces comprometida en mayores empresas por tierras de otros hemisferios, y durante mucho tiempo se olvidó de San Carlos y de la bahía. Sólo la Misión, asistida por algunos misioneros claretianos, testimoniaba el derecho de España en Fernando Poo desde el Tratado del Pardo en 1778.

Pero afortunadamente, a principios del siglo XX se estableció en San Carlos un hombre de raza negra, inteligente, emprendedor y visionario, que impulsó la agricultura y el comercio en la zona: Maximiliano

Cipriano Jones. Era, —cuenta la tradición—, un fernandino sierraleona; corpulento y cachazudo, de ademanes solemnes, tenaz y soñador; nacionalizado español y en posesión de la Carta de Emancipación.

Maximiliano animó con su ejemplo y visión de futuro a los españoles, pocos, que iban llegando al puerto de Santa Isabel, y a partir de entonces se fueron poblando de *patios* las comarcas de la bahía. Otros levantaron en la villa edificios destinados a factorías y viviendas. San Carlos fue creciendo y la Misión Católica dejó de sufrir su secular aislamiento.

Mas, la incipiente producción agrícola y el comercio, planteó la necesidad de medios de comunicación y transportes con la capital de la isla, único punto de recepción de mercancías y embarque de productos de la colonia. El problema era serio porque no había carreteras y no las hubo hasta muchos años después. Una vez más, Maximiliano resolvió favorablemente un problema de tanta importancia. Procedente de Nigeria llevó a San Carlos un barquito de cabotaje de pequeña eslora y poco calado, pero suficiente, con el que estableció una línea regular de transporte de mercancías y pasaje entre San Carlos y Santa Isabel, haciendo escala en los poblados y fincas más importantes de la costa. Europeos, braceros y nativos se trasladaban con rapidez y comodidad en uno y otro sentido de ambas poblaciones. Pero cuando el progreso llevó la carretera de Santa Isabel a San Carlos, Moka y Batete, se le concedió la merecida jubilación y reposo.

El barquito, de nombre *Argos*, lo conoció Alfonso erigido en nostálgico monumento en la playa de San Carlos. En un sólido varadero



fue puesto en seco, con la proa mirando al mar océano; recibiendo gozoso la brisa marina y la espuma de las grandes marejadas; recreándose en la contemplación de los saltos acrobáticos de los delfines y oyendo la voz de las olas. Tenía las cuadernas quebrantadas y aspecto de cansancio, pero aún conservaba algunos rasgos que hablaban de su juventud espléndida. Tuvo una vida muy activa, en la que hizo frente con gallardía a tornados imprevistos, a mares alterados y a su mayor enemigo: la humedad. A diez metros del dique de contención del mar —frente al edificio de la empresa comercial inglesa Ambas Bay— se construyó el varadero-morada para el intrépido barquito. Alfonso (para entonces ya había sido adoptado y tatuado por el pueblo kombe) se acercaba a él en las bajamares y lo contemplaba extasiado. Aunque no era de altas bordas, sus ansias de subir a cubierta tropezaban con serias dificultades. Era un reto diario a sus deseos de saber cómo era por dentro. Mas un día, imitando las técnicas de abordaje de los piratas (de quienes ya sabía mucho gracias a las novelas de Emilio Salgari), se provuyó de un cordel resistente, al que ató una especie de garfio dotado de tres puntas curvas. Lo lanzó a la borda de estribor y quedó firmemente asido. En aquella y sucesivas escaladas tuvo especial cuidado en no hacerse rasguños o heridas porque la estructura estaba oxidada y el tétanos acechaba en cada pulgada del metal.

Se sintió triste cuando apreció que el interior de la nave había sido desmantelado; de sus entrañas había desaparecido la maquinaria y todo lo que tenía algún valor, pero respetaron la rueda del timón. Estaba

agarrotada, como soldada, pero con el paso de los días, tenacidad y aceite lubricante, consiguió hacerla girar.

Asido a los rumbos, con los pies afirmados en las planchas de fierro y mirando al frente, se sentía otro Sandokán, señor de los mares, persiguiendo y dando caza a naves inglesas en singladuras gloriosas. A bordo del *Argos* navegó audaz por océanos procelosos, sorteando abismos profundos, escolleras de muerte y grandes remolinos cual el Malström. En un improvisado cuaderno de bitácora, fue anotando con rigor el descubrimiento de nuevos archipiélagos, habitados por hombres espléndidos. Y en las cartas de marear trazó rumbos que acortaban distancias y serían de suma utilidad para la navegación futura. Otros días, cuando las sombras se instalaban en el puente, se sentaba a leer novelas relacionadas con el mar. Preferentemente las de Verne, Stevenson y Melville. ¡Y se olvidaba del tiempo! A bordo del *Argos* vivió horas muy felices, alejado momentáneamente de su entorno hostil. Nunca olvidó a la nave de cabotaje. A su bordo se sentía explorador y capitán de altura.

Sí. *Argos* estaba allí, dando fe de una historia que como todo en este mundo, tuvo su inevitable fin. Pero seguramente que la piadosa *Uquemanga* había dispuesto que su morada última fuese un lugar más noble que el varadero. Algunos años después de que Alfonso fijara su residencia en Santa Isabel, en una esporádica visita que realizó a San Carlos vio, consternado y dominado por una inmensa nostalgia, que había desaparecido sin dejar huella. No quiso saber la causa. Prefirió ignorarlo e imaginar que algún tornado de una furia infrecuente le había

dato honrosa sepultura en los bancos de coral de la bahía. Después de todo, pensó, si verdaderamente sucedió así, su final fue mucho más digno que verse indefenso, corroído por la humedad y azotado por huracanes desahorados como el que tal vez se lo llevó.

Un promontorio de regular elevación y longitud que se interna en el mar, resguarda el lado norte de la explanada semicircular de la ensenada. El lado sur termina en un artístico puente que salva el curso de un canal. De lado a lado se construyó un dique de contención del mar, que permitiría urbanizar lo que hasta entonces había sido una playa solitaria. A pocos metros del muro discurre, paralela a éste, la única calle avenida de San Carlos.

De las edificaciones primitivas, construidas con maderas nobles de la comarca y techos de cinc acanalado, quedan muy pocas porque han sido sustituidas por obras de albañilería, resistentes al comején y a la humedad, pero la cubierta continúa siendo de cinc, único material recomendado por la experiencia, porque un tejado tendría una vida efímera: la cubierta se quedaría desguarnecida en el primer tornado. Constan de dos pisos. La planta baja está dedicada a factoría y oficinas y en la superior habita el encargado. Pertenecen a compañías agrícolas y su finalidad es estar representadas en la villa. Además de vender toda clase de mercaderías, su función más importante es la de comprar a los nativos diferentes productos, con mayor abundancia el aceite de palma y el palmiste.

Paralelo a la avenida, bordeando la parte posterior de las viviendas discurre un bellissimo canal que vierte su caudal en el mar. Tiene una

anchura de tres metros por uno de profundidad y treinta o cuarenta centímetros de agua potable. El canal era feudo de los patos de Magín Faixes, un viejo colonial, catalán y comerciante. Vivían en libertad y se sobrealimentaban con pececillos. Ponían una nota bucólica en el cauce. Junto al nacimiento, al fondo de la ensenada, en un recinto ajardinado se yergue un busto en bronce con la efigie de Maximiliano.

Entre el canal y las fincas de cacao más próximas está ubicado el Campo Yaoundé o ciudad indígena; habitada por boys, dependientes de comercio, pescadores kombes y algunos bubis. Son pabellones hechos con madera de calabó y nipa, y disponen de un espacio reducido y poco confortable. El piso de las callejuelas es de tierra y en los meses de sequía, las viviendas, envueltas en polvo y sol, alcanzan temperaturas de tortura. En la época de lluvias se hace muy difícil el tránsito, porque el *poto-poto*, denso y maloliente, alcanza grosores de pesadilla.

Un desvío de la carretera Santa Isabel-San Carlos asciende y termina en la mansión que mandó edificar Maximiliano en el corazón de un enorme cafetal de su propiedad. Se halla a cinco kilómetros de San Carlos, pero la calzada, además de angosta tiene un desnivel terrorífico que sobrecoge a los conductores de vehículos.

En el ángulo formado por ambas carreteras se ubican el hospital y los cuarteles de la Guardia Colonial. El desvío, siempre en línea ascendente, comienza con el majestuoso edificio de la Administración Territorial y a continuación, romántica y bella, se alza la Misión Católica.

El entorno de la mansión de Maximiliano constituye un paisaje inolvidable. Desde la galería superior se contempla un panorama

dilatado, sensacional: Abajo, muy abajo, entre el azul del mar y el verde oscuro de los cafetales, cacaotales y grandes árboles, se intuye San Carlos, la bahía, surcada por cayucos de pescadores kombes de anzuelo y *atarraya*; la costa, la isla de los Loros, la de las Vírgenes, punta Cabras y los blancos *patios* de las plantaciones. Y con mucha frecuencia, en el horizonte atlántico se ven naves de gran calado que van en uno u otro sentido de Europa y Sudáfrica.

Los sábados, día de mercado en la estación de sequía, San Carlos registra una actividad febril. La ciudad se inunda de bubis procedentes de todos los poblados de la comarca. Llegan cargados con aceite de palma y palmiste. El importe de las ventas se traduce en arroz, gary, cartuchos de caza, *clotes* de vistosos colores y tabaco en rama, con el que elaboran el rapé y aprovisionan las *cachimbas*.

Las africanas sancarlinas conocían a todos y cada uno de los europeos de las plantaciones; sabían de sus vidas desesperadas y compartían con ellos la soledad y el amor. Pero las *titís* que bajaban de las cumbres, de los poblados de Eureka, Belebú, Oloitia y Rilako, sólo entonces tenían oportunidad de conocer el amor de los blancos, ocasión para establecer comparaciones amorosas y comprobar la seducción que ejercen sobre los sentidos los jabones perfumados y los lechos confortables, de los que habían oído hablar.

En la costa suroeste de la isla; a mitad de camino entre Santa Isabel y punta Eureka; frente a una bahía inalterable y bajo un cielo luminoso; protegida por selvas, plantaciones y poblados bubis, se alza San Carlos, la

**villa que ya conoces, lector, donde transcurre la adolescencia de Alfonso y Beatriz.**

ALFONSO, nostálgico, recordó durante toda su azarosa vida la mañana de un domingo lejano en que acompañó al señor Font al cacaotal de la Musola vieja, y Beatriz lo llevó, obsequiosa, a que conociera el cacao en su estado natural y las ardillas.

Aquel día, de profunda añoranza, sus ojos, que en los primeros días de vida africana se lanzaron ávidos a recorrer los horizontes oceánicos y las riberas de la bahía de San Carlos, hasta familiarizarse con colores, luces y distancias, se sentían alborozados ante la perspectiva de contemplar los paisajes que constituían el bosque bajo, la selva y las plantaciones, muy diferentes a San Carlos y a las recónditas calas que tanto abundan en sus playas negras.

El señor Font (su jefe laboral y tutor), le anticipó que pronto iba a tener ocasión de comprobar por sí mismo que las voces de la selva –a las que el veterano colonial llamaba lenguaje–, eran menos sonoras que el rumor de las mareas de la bahía, que lo impresionaron al principio porque el oleaje, impetuoso y porfiado a menudo, amenazaba con derribar la frágil casita de madera donde vivían, a pocos metros del mar. Pero recordaba, que afortunadamente sus temores eran infundados, porque incluso los vientos turbulentos de tormentas desaforadas sólo lanzaban contra la vieja fachada, imperturbable, algunas ráfagas extraviadas de espuma blanca. Después se acostumbró a los fenómenos atmosféricos del trópico y no pasó mucho tiempo cuando acabaron por gustarle. Los tornados que procedían del océano lo fascinaban, porque

aun constituyendo un espectáculo terrorífico, tenían para él una belleza sublime

Aquella mañana, la lentitud del viejo Mercedes, que acusaba su larga permanencia en el trópico y el peso de la excesiva carga de sulfato que transportaba, le permitía disfrutar y grabar en su memoria, con trazos firmes, la exuberancia casi agresiva y los colores de una maleza renovada, porque en la estación de las lluvias, que estaba llegando al final de su ciclo —lo instruía el señor Font—, el bosque crece y se transforma. Sentía la impresión de que la vegetación acababa de brotar porque las diversas tonalidades del color verde predominante, tenían el frescor de recién nacidos.

La ruta hacia las alturas de la antigua Musola discurría bajo túneles penumbrosos formados por el espeso ramaje entrecruzado de los árboles. En muchos tramos, algunas ramas obstaculizaban el avance del arcaico camión que, resolutivo, ascendía envuelto en el vapor candente que salía de sus pulmones de acero, resoplando como las cebras de las sabanas cuando son apresadas por las leonas.

El viejo camión, entre patinazos, saltos, obstáculos, acelerones y frenazos súbitos, iba conquistando la subida sin desmayo ni desaliento. El señor Font, al tiempo que hablaba de cosas referentes al mundo africano, hacía breves pausas para estimular al vehículo con algunos vocablos de arriero.

El experimentado veterano aprovechó el tiempo del viaje para iniciar a Alfonso en el necesario conocimiento de algunas materias. Entre otras cosas, le refería que había dos Musolas: la primitiva, a donde se dirigían,



y la moderna o San José de Musola. La primera, a 60 kilómetros de Santa Isabel y 500 metros sobre el nivel del mar, clima tolerable por la noche y con menos humedad que San Carlos, la fundaron por el año 1900. <<Está situada entre los riachuelos Etondo y Aeba. Desde allí podrás contemplar, por encima de un océano de flora tropical, todo el maravilloso panorama de la bahía. Al poco tiempo de su fundación por el celeberrimo padre Juanola registró una gran afluencia de nativos procedentes de las comarcas de Basakato, Rilaja, Balachá, Bacaque, Moeri y Balombe. ¡Qué tiempos tan heroicos! Para estimular en los bubis la asistencia a misa recibían de los misioneros una copita de ron y una hoja de tabaco en rama. Pero la negligencia gubernativa y la falta de sacerdotes fue motivo de que perdiera protagonismo en la evangelización de la zona; los nativos se dispersaron y el bosque invadió la pequeña parroquia. El año pasado se acometió la fundación de la nueva Musola que como te digo lleva el nombre de San José de Musola. Está ubicada en la margen izquierda del Etondo. Actualmente ya tiene unos mil cuatrocientos habitantes y promete alcanzar gran importancia porque ha sido edificada en el lugar recomendado por los bubis. Cualquier domingo iremos a que la veas>>. (La bella iglesia sería inaugurada por el gobernador general, don Faustino Ruiz González y bendecida por el obispo Leoncio Fernández, el año 1956).

La antigua Musola, recuperada por los colonos que se instalaron en sus inmediaciones, contaba ahora con cerca de quinientos residentes, en una mezcla colorista de bubis y braceros calabares, ibos, pamues, sierraleonas y liberias. Era el poblado más típico, limpio y mejor

ordenado de cuantos conoció Alfonso —excepto el Barrio de las Palmas, situado más arriba de la mansión de Maximiliano— a lo largo de su dilatada permanencia en Guinea. Ahora ya disponía de *Casa de la Palabra* y de una modesta capillita en la que el anciano padre Agustín, de la Misión Católica de San Carlos, celebraba la misa dominical y otros ritos religiosos.

Desde las cumbres de Moka, Mioko, Eureka y Belebú no es posible localizar el poblado. Los grandes árboles, entre los que destacan las ceibas y los mangos, lo ocultan. Las cabañas están construidas con madera de calabó, inmune al comején devastador, y nipa. Se hallan situadas en círculo, formando una plaza espaciosa en cuyo centro se alza la *Casa de la Palabra* (versión bubi de la Abàa pamue de Río Muni). Se distingue de las viviendas por una mayor elevación, amplitud y solidez. En el lado norte del poblado se ubicaban la vivienda de Jaime Okón, kombe, encargado de la finca del señor Font; los almacenes y el tostadero del cacao. Las chozas formaban un conjunto armónico con el bosque, estaban integradas en él, y la construcción de albañilería —el tostadero— era una nota disonante en el concierto ambiental del lugar.

Cuando por fin se detuvo el camión, los bubis ancianos reconocieron al señor Font, salieron a su encuentro y le dispensaron una amistosa acogida. Alfonso se admiró de que su tutor los distinguiera por sus nombres y apellidos, ciertamente enrevesados. A esa hora —serían las nueve de la mañana— estaban reunidos en la *Casa de la Palabra* hablando de sus cosas o relatando sucesos cotidianos e interminables leyendas, a las que tan aficionados son los africanos; o resolviendo

pleitos menores y diferencias personales que se sometían a la sabia resolución del jefe del poblado, cuyo inapelable veredicto aceptaban de buen grado las partes. Eran personas muy ancianas; fumaban en *cachimbas* y sus pómulos aparecían surcados por escarificaciones profundas.

Extrañado, Alfonso preguntó a un bracero el porqué de la ausencia de personas jóvenes en el poblado. A lo que el nigeriano —por suerte hablaba español— respondió que desde muy temprano los varones estaban en su diario quehacer: la caza. Las mujeres jóvenes recolectaban mientras tanto ñame, yuca y malanga.

Acabado el protocolo de bienvenida, patrón y encargado entraron en la vivienda de éste, donde revisando papeles y hablando de proyectos estuvieron reunidos toda la mañana. Alfonso, que aún no entendía de tales asuntos, se quedó junto al camión observando a los braceros, afanados en trasladar al almacén el sulfato del camión.

Los nigerianos terminaron el trabajo y como era día festivo regresaron a los barracones. Él permaneció junto al coche, solo, y por primera vez sintió el peso de la orfandad. Buscó pasatiempo en la contemplación minuciosa de su entorno. Recorrió con la mirada la explanada circular, las cabañas y los grandes árboles que les daban sombra. Supuesto que su corta edad y escasa formación cultural carecían de capacidad para traducir a elogios la belleza que admiraba y a su modo sentía, retuvo en su espíritu (escribió en su diario varios años más tarde) un cuadro realista que confirmaba su impresión de que en el paisaje

había un hechizo que lo atraía poderosamente; imaginando que estaba viviendo en épocas muy remotas, en los arcanos orígenes de los bubis.

Vio que en la plaza había un crecido número de gallinas, todas blancas, escarbando la tierra en busca de semillas y gusanos; otras remontaban su torpe vuelo hasta las ramas bajas de los mangos, donde se posaban. A las aves de corral se unían sin temor loros y faisanes procedentes del bosque. Los cerdos también vivían en libertad, sin vallas, y salían de la maleza o volvían a ésta después de saciarse con los frutos más sazonados que caían de los mangos. De las palmeras “colgaban” cientos de nidos de gorriones amarillos. Con sus gritos estridentes y revoloteos incesantes llenaban de vida el paraje. Los perros africanos — privados de la facultad de ladrar; de una clase indefinida no catalogada, y tripánicos casi todos—, gozaban de una vida privilegiada, tendidos cuan largos eran a la sombra de las ceibas, indolentes e insensibles a las moscas.

Algunas mujeres adultas estaban en cuclillas delante de las cabañas y, usando de recipientes y majaderos de madera dura, reducían a masa los frutos de la yuca y de la malanga, base de la dieta africana. Se cubrían la cabeza con pañuelos de colores y vestían *clotes* deslustrados, pero como sólo les tapaba de la cintura a los pies, descalzos, las tetas quedaban al aire, libres. Eran mujeres que habían dejado atrás la primera juventud y las mamas eran apéndices colgantes, mustios y muy tristes. Aquellas cosas eran la negación, el reverso dramático de la turgencia que sin duda tuvieron algún día, cuando se mostraban espléndidas en sus bustos de *tití*. Las ancianas estaban plácidamente sentadas en el suelo,

con la espalda apoyada en los troncos de los árboles, y fumaban en *cachimbas*. Semejaban momias vivientes, porque los huesos se transparentaban a través de la piel apergaminada. El espectáculo le pareció deprimente y apartó la mirada con prontitud.

Pasaban las horas, pero estaba tan abstraído que perdió la noción del tiempo y la sensación de calor. Calor originado por un sol bárbaro, cuya temperatura debía ser muy alta porque la camisa, empapada de sudor pastoso, se le pegaba a la espalda y por el pecho le corrían abundantes hilillos de sudor que le producían picores muy molestos.

Próximo el final de su abstracción detuvo la mirada al pie de una ceiba gigante, la más desarrollada de cuantas crecían en el poblado, con la copa mucho más densa y plana que las otras. En la sombra que proyectaba, un grupo de niñas indígenas, entre ocho y diez años, escuchaba atentamente a una muchacha, negra también, que leía un libro que sostenía con la mano izquierda, mientras que con la derecha se defendía del feroz acoso de las moscas. El movimiento de la mano era mecánico y no le restaba atención a la lectura, cuya entonación era correcta y pausada. No le pasó desapercibido que las niñas estaban desnudas, mientras que ella usaba un vestido blanco de tirantes, ceñido. El modelo la hacía mayor de la edad que aparentaba su cara aniñada. Poseía una figura adolescente muy bonita y prometía ser escultural cuando tuviera más edad. Dos graciosas e incipientes protuberancias, y otras destacadas ondulaciones de su anatomía, lo garantizaban.

Alfonso estuvo observándola hasta que reparó en él. Alentado por la necesidad de entablar algún tipo de diálogo con la muchacha, a la que

suponía profesora de la simpática academia, se aproximó indeciso, temeroso de que lo recibiera con hostilidad. <<¡Hola!>>. le dijo. Ella respondió sin dilación con otro hola, y al tiempo que lo miraba directamente añadió algo más: <<Me llamo Beatriz, Beatriz Okón, y mi papá, Jaime Okón, es el encargado del señor Font. Si quieres dime cómo te llamas, quién eres y cuántos años tienes. Yo tengo quince>> — concluyó. En su actitud franca y en la entonación de la voz no había el más pequeño asomo de la timidez que manifiestan los negros jóvenes en presencia de un blanco; respiraba naturalidad y su español era correcto.

Gratamente impresionado y animado por lo que parecía el principio de una amistad duradera, respondió que se llamaba Alfonso, tenía doce años y estaba a las órdenes directas del señor Font en la factoría de San Carlos; y que sólo llevaba dos meses en Fernando Poo. La joven quiso saber de qué parte de la península procedía; lo que inquirió con interés. Cuando supo que era natural de Albacete se sintió obligada a informarle que ella era kombe, de ascendencia benga. Había nacido, dijo, en el Campo Yaoundé de San Carlos. <<Un buen sitio para nacer, cerca del mar y rodeado de cafetales>> —terminó elocuente.

Pronto se estableció entre ambos una corriente de simpatía. Beatriz poseía una gracia cautivadora y era sorprendente en sus originales expresiones. Contaba tres años más que él y tal vez por ello tenía más soltura, seguridad en sí misma y facilidad de comunicación. Debió notar cierta indecisión en el joven blanco, porque con la más divertida de las sonrisas —en la que mostró dos filas de dientes perfectamente simétricos y blancos—, le preguntó si le gustaría conocer el cacao y un nido de

ardillas diminutas y bellísimas que había descubierto la semana anterior en uno de los muchos huecos de una vieja ceiba, a regular altura, pero fácilmente accesible. Las frases “un buen lugar para nacer, cerca del mar y rodeado de cafetales”, y las palabras “diminutas y bellísimas” no tenían entonces importancia estética para Alfonso, pero muchos años después, recordando aquellos y otros diálogos que mantuvo con la muchacha kombe, le confirmaron que Beatriz poseía el ingenio y la inspiración espontánea que le permitían verter a menudo locuciones lúcidas y bellas en una conversación normal.

Según se iban adentrando en la plantación Beatriz fue diciendo, habladora, que se había educado en el colegio de las monjas del centro hospitalario de San Carlos; tenía bastantes conocimientos de enfermería y estaba facultada además para enseñar a los niños africanos en la primera etapa escolar. Eso dijo y él se alegró de saberlo, pero se entristeció cuando le oyó decir que no estaba a gusto en el poblado, donde residía desde que murió su madre un día inolvidable del año anterior. Añadió que se sentía atraída por la fama de la ciudad de Santa Isabel, a la que amaba aun sin conocerla. A menudo oía cosas tan extraordinarias, relatos tan sugestivos referidos a la capital de la isla —decía, soñadora—, que no dejaba de pensar en el día que pudiera trasladarse a vivir allí. Él dedujo de aquellas y posteriores confidencias, que sus devaneos juveniles eran inspirados por las fantasías de una mujer bubi de Musola —conforme al relato de la propia Beatriz— que se “fugó” de su casa y llegó a Santa Isabel. Durante dos años nada se supo de su vida, pero recientemente había realizado una visita esporádica al

poblado y la vieron tan cambiada, que incluso sus padres tardaron varios segundos en reconocerla. Volvió elegantemente vestida, luciendo una preciosa pamelita, calzando zapatos blancos de tacón alto, y, en brazos y dedos ceñía pulseras y sortijas muy vistosas. Y le daba al español una entonación distinta a la de los habitantes de Musola.

Una tarde mostró a sus amigas íntimas una ropita interior bellísima, de encajes y pasacintas. Por ser prendas desconocidas en las comarcas de la bahía causó en las chicas la admiración que acaso deseaba. Le decía a sus padres y a quien quería escucharla, que la vida en Santa Isabel era fácil, y que ella estaba muy bien relacionada socialmente. Mas nadie supo en el poblado la medida exacta de lo que entendía por vida fácil. De cualquier manera, su visita a Musola causó mucho daño, porque perturbó la existencia apacible de las crédulas adolescentes. Casi todas —Beatriz entre ellas— se entregaron a soñar y se prometieron seguir sus pasos en la primera oportunidad.

Paseando por la plantación le dijo a Beatriz que si no se identificaba con el ambiente de Musola haría bien en regresar a San Carlos, donde serían amigos y su padre podría verla los sábados, cuando bajaba a la villa en busca del racionamiento semanal para los braceros. Pero no lo escuchaba. <<Su cabecita está en otra parte>>, pensó. Y añadió que él en nada le podía ayudar. El mundo colonial en el que ahora residía lo tenía aturdido y además, concluyó, su edad era inadecuada para comprender unos propósitos que demandaban la solución que él no sabía darle.

Cercano el mediodía regresó a San Carlos. Beatriz lo despidió desde la sombra de la gran ceiba con un afectuoso ademán de la mano. Musola



quedó atrás, pero las horas de aquella mañana, el arcádico poblado bubi y la imagen de la muchacha kombe, de Beatriz, viajaron con él, instalados plácidamente en un lugar preferente de su Taj Mahal, rincón del alma donde fue depositando día a día, año tras año, los recuerdos más queridos de su vida colonial. Lugar en el que penetraba cuando el mundo le era hostil o cuando sentía necesidad de reencontrarse con cosas y criaturas excepcionales.

En sucesivas visitas al poblado recibió de su amiga lecciones magistrales que lo documentaron sobre la vida en el bosque. Le parecía insólito que una muchacha de quince años tuviera tan amplios conocimientos de la flora tropical en general, pero es que Beatriz tenía en su padre un maestro que sabía tanto como un portugués.

Se movía entre las filas de cacao con la agilidad de un fritambo y la gracia de una gacela joven de las sabanas continentales. Él, torpe e inexperto, tropezaba a menudo en las raíces que se prolongaban encima de la tierra y caía de bruces. Pero a su lado estaba ella, y diligente, le quitaba las hojas fermentadas y podridas que se le adherían a la ropa.

Quien los observara pensaría acertadamente que eran excelentes camaradas. Se reían con frecuencia. Beatriz tenía la maravillosa facultad de transmitir su alegría, su entusiasmo y su gozo de vivir. Su risa era contagiosa e inseparable de su personalidad. Sonrisa que no la abandonó ni en los momentos más críticos de su vida.

El señor Font subía a la plantación todos los días pero Alfonso sólo podía acompañarlo los domingos y fiestas de guardar. En los diez o doce domingos siguientes a su primera visita subía a Musola secretamente

alborozado. Su llegada era celebrada por Beatriz con muestras de regocijo. Lo esperaba jubilosa al pie de “nuestra ceiba” —en palabras suyas—, a cuya sombra se conocieron. Transcurridas algunas semanas ya lo cogía de la mano, quizá con una finalidad protectora, y sin demora se internaban en el cacaotal.

—Los cacaos, cuando son jóvenes están muy poblados de hojas, es decir, están arropados. La distancia que los separa permite que cuando sean adultos se entremezcle el ramaje para evitar que penetre el sol de fuego que evaporaría la humedad de la tierra, tan necesaria para transformar en abono vegetal el grueso manto que forman en el suelo las hojas muertas. <<Como ves, los cacaotales están sumidos en una penumbra similar a la del atardecer o amanecer en los espacios abiertos>> —explicó, docta. Era una media luz que siempre le gustó a Alfonso. La prefería, desde luego, a la claridad cegadora de la bahía de San Carlos, al sol deslumbrante que le obligaba a usar gafas de sol en la fuerza del día.

Le agradaba comprobar los cambios de color que se operaban en las piñas a medida que se desarrollaban y maduraban, tomando la referencia del domingo anterior. Le decía Beatriz que en las primeras semanas predominan los tonos verdes, luminosos, pero con el paso de los días se van tornando ocres vivos, amarillos intensos y naranjas de un atractivo emocionante. Cuando los frutos muestran los primeros tonos naranjas, señal de que los granos que esconden en los alvéolos han alcanzado un principio de solidez, no obstante su sabor amargo son atacados por las ardillas, esos animalitos astutos e invisibles; criaturas que llenan de vida

los cacaotales, pero que a su vez sufren exterminio por parte de las serpientes y por los cazadores, cuyos servicios son contratados por los finqueros. <<Es de justicia reconocer —admitía Beatriz, afligida— que las ardillas hacen estragos en los cacaotales>>.

— Escúchame, Beatriz. Próxima al Campo Yaoundé de San Carlos hay una ceiba derribada. He comprobado que no tiene tocón, es decir, ese cuerpo grueso, principio del tronco, que busca la profundidad de la tierra. ¿Cómo es eso posible?

— Es natural, Alfonso. Llueve tanto, hay tanta humedad en las capas superiores de la tierra y en el ambiente, que los árboles no tienen necesidad de ahondar en el subsuelo; son las raíces, las que como ves, se expanden y nutren sin esfuerzo en o cerca de la superficie. Por eso no tienen tocón.

No obstante ser muy interesantes sus enseñanzas, el mayor placer lo experimentaba Alfonso oyéndole relatar otras cosas de índole personal. Con suma gracia y desparpajo, cualidades innatas en Beatriz, le narraba cuentos de su invención y leyendas africanas, herencia de los bengas, la raza originaria del actual pueblo kombe. <<La nación kombe —decía a su manera—, es la más rica en leyendas, historias, mujeres hermosas, hombres valientes, tradiciones y folclore. Es una raza que ha padecido esclavitud desde el principio de los tiempos hasta épocas no muy lejanas, pero del sufrimiento hemos surgido fortalecidos, vitales. Y si sabemos tanto de nuestro pasado es porque hemos sabido guardar y transmitir los recuerdos. Si algún día tengo oportunidad te iniciaré en el conocimiento de nuestros orígenes, porque quiero que penetres en los misterios, en el

alma y en las culturas de mi pueblo. Hoy, sin embargo, te anticiparé un poco, un sólo episodio de nuestro accidentado pasado, narrado por mi papá, que en su infancia lo oyó a mi abuelo; y así a través de las generaciones>>.

— Cuenta, cuenta Beatriz. Te escucho.

— Bien. Dice mi papá que procedente de la región de las sabanas, *bengas, bujebas, mobudis, mahomas, mogandas, monas, buicos, maras, yaras y bapucos* emigraron hacia el oeste porque en algunas épocas del año las praderas no podían alimentar a tantos pueblos. En el largo caminar los detuvo el bosque ecuatorial, que tardaron muchos años en franquear. Los narradores ancianos lo mitifican como poblado de gigantescos *eljabes* de grandes raíces. Anteriormente, en el llano sin bosque vivían en perpetua guerra con las agresivas gentes *lichechi* que, numerosas y crueles, no dejaban gozar de paz y tomaban nuestras mujeres más hermosas. El valiente rey Bosenje, de la dinastía Bosenje, pregonoó por todos los campos la marcha hacia las tranquilas y blancas playas de la costa. Nos alejamos por fin de tan malos vecinos, precedidos de los *pongües* (los que finalmente se unieron a nosotros), hasta que llegamos al ancho río de aguas negras *ediba etubué a meva mavinda* —o río Campo—, que no nos dejó pasar. Y contamos muchas lunas viviendo en su sucia orilla, yendo a cazar antílopes y cultivando yuca, ñame y malanga. Mas, un día, una mujer de la tribu *mobudi*, muy bella y con la señal de la fertilidad en su cuerpo, fue andando entre las cañas de bambú y asustó al *rombe*, el antílope ágil de pequeños cuernos, que dando saltos se metió en el río, y sin que su vientre se mojara, llegó a la otra orilla y

aún lo vio cruzar de nuevo cuando ella se alejaba. Se decidió animosa a pasar por el mismo sitio apoyada en un palo y regresando, desparramó la noticia por todos los poblados. El río, pues, era vadeable. Hubo gran algazara, y, como espeso rebaño de elefantes, todos juntos se adentraron en la corriente, quedando ya en la otra orilla. Tuvimos mucha alegría; y *gnomos, ngoambis, ibotas y elekes* empezaron a sonar y las hogueras iluminaron en la noche las danzas, mientras se cantaba el *elombe*, que desde entonces más nos gusta. Después salimos a las playas, cruzando con nuestro valiente rey Bosenje el Sanagá y el Oconde, y en las playas inventamos el terrible *pogo* para arponear a las tortugas que *Uquemanga*, diosa y protectora nuestra nos enviaba desde su reino sumergido. Y todas las tribus fusionadas en una sola, la kombe, llegamos al hermoso río Eyo (río Benito), aunque no era nuestra meta definitiva; pero gran *medicina* debían tener sus aguas puras y transparentes, en las que habita el sabroso cocodrilo y peces en abundancia, cuando no seguimos más abajo, hacia Melongo Ndiba (hoy, Angola), donde íbamos. Y allí, en ambas riberas de la desembocadura nos quedamos. Eso dice la leyenda, amigo.

La historia emocionó a Alfonso. Con la imaginación acompañó a las tribus paso a paso, compartiendo sus vicisitudes en la odisea que las llevó desde las remotas sabanas hasta el río Eyo. Así se lo dijo a Beatriz, y ésta lo premió con una mirada posesiva.

Cuando acabó la maravillosa narración habló de otros muchos e interesantes temas. Le hizo partícipe de sus dorados sueños, de proyectos inmediatos y de lo mucho que esperaba de la vida. En su mente se

desbordaba la fantasía. Aquella cabecita no sabía nada de sinsabores y heridas. Confiaba en la bondad del mundo, que por no conocerlo aún, lo imaginaba bello y tan divertido como ella.

Los paseos por el cacaotal terminaban invariablemente visitando el nido de las ardillas. La escalada de la ceiba, aun siendo relativamente fácil, no lo era para él por lo embarazoso de los zapatos. Beatriz no usaba calzado alguno, y descalza, trepaba con la agilidad de los lagartos de los cocoteros; exhibiendo, liberada de pudor, unas braguitas blancas allí donde Alfonso admiró emocionado el nacimiento de dos extremidades primorosas y deliciosamente modeladas. Beatriz tomaba a las diminutas y somnolientas ardillas con suma delicadeza y las acariciaba, las rozaba con las mejillas y les hablaba: <<Este joven blanco que veis es mi amigo. Yo lo quiero mucho, pero él es un ingrato y no me corresponde>>. Su dulce voz contribuía a mitigar el terror que sin duda sentían aquellas criaturas del bosque.

Un domingo, cuando fueron a verlas una vez más hallaron vacío el nido. <<¡Han crecido!>> —fue lo único que pudo articular, entristecida. La pena, las lágrimas que derramó porque sus amigas y confidentes ya eran sólo un recuerdo, pero un recuerdo que le hacía daño, descubrían la ternura de su corazón.

A partir de entonces notó Alfonso que se estaban operando algunos cambios inexplicables a su entendimiento en la actitud de Beatriz. La notaba distante, menos comunicativa, pero cuando él le sostenía la mirada, ella volvía la cara hacia otro lado para que no leyera en sus ojos, secretos que acaso deseaba mantener ocultos en su universo interior.

Transcurrieron dos meses desde la última visita de Alfonso a Musola. Dos meses en los que a menudo se acordaba de su amiga del cacaotal y de las ardillas. La echaba mucho de menos. Como quiera que Jaime Okón, su padre, no bajó por San Carlos durante algún tiempo, no tuvo a quién preguntar por ella. Y por supuesto, no se atrevió a recurrir al señor Font. Cuando por fin subió al poblado una tarde de domingo, borrascosa y agitada por vientos de presagio, percibió su espíritu la añoranza que le transmitió la ceiba amiga. Como la tarde amenazaba lluvia, por no tener, no tenía ni sombra. Incluso ni rastro había de las niñas. Los mangos estaban de aves vacíos, y las puertas de las cabañas aparecían cerradas. Una inmensa soledad se había posesionado de la explanada. Beatriz, como las encantadoras ardillas, por lo visto también “había crecido”. Sin poder evitarlo se sorprendió así mismo vagando por la finca en busca de los pasos perdidos de su amiga. La plantación estaba más sombría que otros días —eso le pareció— silenciosa y húmeda. Habían hecho una primera cogida de los frutos más adelantados y faltaban las piñas de colores más atractivos. El nido de las ardillas estaba allí, pero vacío y mojado. Aquel día descubrió Alfonso la melancolía. Ya llovía, y taciturno, regresó al poblado. No quiso mirar a su alrededor e injustamente ignoró a la ceiba y a un perro triste que se le acercó con la cabeza humillada y moviendo el rabo. Resuelto, entró en la oficina del encargado.

Aprovechando una breve ausencia del señor Font preguntó a Jaime por el estado de salud de su hija. La respuesta, en tono profundamente amargo, fue rotunda: <<Te ruego, joven, que el nombre de Beatriz no lo

pronuncies delante de mí, y mucho menos, en esta casa>>. Dedujo de la réplica cuánto daño le hizo a su padre la joven ardilla...

Años más tarde, cuando conoció en profundidad el concepto de familia y el carácter del pueblo kombe, encontró justificación al rencor que vomitaba el corazón sangrante de Jaime. Pero en aquel instante, por carecer de capacidad de juicio, Alfonso sintió turbación y desaliento.



EL SOL traspone monte Camerún y deja sumida en la penumbra a la bahía de San Carlos. Desde las cumbres, las sombras de la noche descienden silenciosas hacia el mar de *Uquemanga*.

En la casa de madera que se yergue junto al dique de contención de las mareas está Alfonso. Se apoya de codos en el alféizar del ventanal central, atento al ir y venir de los negros por la única calle que tiene la villa, avenida de Maximiliano Cipriano Jones. Le fascina la algarabía de los africanos, que con locuacidad infantil se expresan en diferentes dialectos. A ratos deja vagar la mirada por las riberas de la bahía, y taladrando la oscuridad, ve el resplandor de las fogatas de los poblados bubis y de las plantaciones que tienen los *patios* próximos a la orilla del agua. La naturaleza en ebullición que lo rodea, la voz de la selva y el rumor de las olas son testimonios de vida, pero insuficientes para calmar la ansiedad que lo oprime, la soledad que amenaza con destruirlo y la tristeza que lo abruma. Es un ser desvalido. Piensa en su amiga Beatriz, en los viajes a Musola, en los cuentos y leyendas que le narraba, en los paseos por el cacaotal y en el nido de las ardillas. Y no comprende por qué se fue sin decirle adiós.

En la casa de madera reina el silencio, interrumpido sólo por los pasos de Moisés, el fiel Moisés, que se afana en disponer la mesa para la cena. Pronto se verá obligado a retirarse de su puesto de observación y cerrar el mirador. El boy ha encendido las lámparas de petróleo, y los

zancudos, atraídos por la luz no tardarán en penetrar en la vivienda aprovechando todo resquicio.

Los negros no se identifican con la oscuridad y poco a poco abandonan la avenida y toman la dirección del Campo Yaoundé. San Carlos vuelve al silencio y recogimiento habituales. Alfonso se queda solo, con sus pensamientos. Recuerda, sin rencor, que en los primeros días de vida africana buscó en el bar el calor humano de sus compatriotas, de los hombres de su raza, pero en razón de su corta edad lo rechazaron. Le dijeron que no debía sentarse, ni aun aproximarse, a las mesas que ocupaban porque a menudo hablaban de cosas prohibidas a un menor. Cuando desentrañó algunos misterios y el significado de ciertos vocablos africanos admitió que, ciertamente, las conversaciones del bar giraban en torno a temas escabrosos. Hablaban mucho de *miningas*, una palabra que a él le parecía simpática y musical. Con el discurrir del tiempo supo que *mininga* quiere decir amante. Su origen es pamue, pero no falta quien dice que es portugués, con la significación de *mi esclava*.

Los hombres blancos que habitaban en las comarcas de la bahía no superaban la cifra de cincuenta. El mayor número residía en las plantaciones, dirigiendo la producción de cacao y café. Otros vivían en San Carlos, trabajando en comercios y oficinas propiedad de los grandes finqueros.

Alfonso llegó a San Carlos en una época en que todos los empleados agrícolas eran veteranos (el relevo generacional de los europeos que llegaron a Guinea antes de la Guerra Civil española, se produciría en los

años cincuenta-sesenta). La veteranía estaba a la vista, a flor de piel. La permanencia prolongada en el bosque deja en el cuerpo y en el carácter huellas profundas. En la piel, palidoamarillenta, se leen claramente las secuelas de los paludismos, el calor y la humedad; la quinina y el atepé, el alcohol y la anemia tropical. El carácter lo van moldeando poco a poco la nostalgia y el recuerdo de la familia; las cartas, que tardan en llegar o no llegan nunca; la dureza del trabajo, la incomunicación y el peligro que corre la vida en el bosque. En las plantaciones hay serpientes ceraste, arañas peludas, moscas tse-tsé y braceros desequilibrados. Hombres blancos, en fin, que proceden de todas las regiones de España, Portugal, Angola, Mozambique y Alemania. Los españoles que residen en el bosque son personas toscas y poco instruidas. Emigraron a Guinea en la década de los años veinte porque seguramente, la vida en sus respectivos pueblos sería muy difícil y la penuria familiar, evidente. Pero es de justicia reconocer que su diálogo, aunque limitado, tiene el contrapeso del corazón. Lo que cuenta en la vida del trópico es un carácter resuelto y un corazón desprovisto de flaquezas.

Con el transcurso del tiempo en África se despojan de los condicionantes de sus orígenes. Son otros que aquellos novatos que un día llegaron a la isla de Fernando Poo o Río Muni. El tiempo y el medio los transforma. Pasados los años son éso, son africanistas, hombres severos e introvertidos.

Fervientes amadores, son muy considerados con las mujeres africanas, *miningas* con las que suplantán a sus esposas —los que la tienen en la patria lejana— para vencer la soledad. Hombres rudos y a

menudo violentos, saben disimularlo, dando una imagen que responda a las reglas de conducta establecidas desde antiguo por el Libro de la Palabra (leyes), cuyo Artículo Quinto contempla y aplica con rigor la expulsión de Guinea a las personas que la autoridad gubernativa considera degradadas, ennegrecidas, o por alguna otra razón, no gratas.

Los empleados agrícolas próximos a San Carlos se daban cita en el bar al atardecer, cuando finalizaban la jornada laboral. Pero los domingos y otros días festivos se congregaban todos los blancos de la comarca, incluso los que residían en lugares alejados. Algunos, como los que bajaban de las plantaciones de Musola, Oloitia, Bombe y Balombe, hacían largos recorridos a través de trochas y caminos de bosque intransitables, alentados por la única idea de pasar algunas horas en compañía de personas blancas.

En aquellas reuniones corría el güisqui y el coñac, que se bebía en exceso. Y entre copa y copa se olvidaban de la cruda realidad de sus vidas. Espoleados por el alcohol, hablaban sin medida ni control, sin discreción y atropelladamente. Y reiterativos, contaban la historia de sus vidas y de sus orígenes peninsulares. Se mostraban cartas y fotografías de novias, esposas u otros familiares. Exaltados, hablaban de esperanzas, siendo la más frecuente y acariciada la que se refería a la evasión. Se negaban a reconocer que estaban atrapados por el trópico, embrujados por Morimó, (el malévolo dios bubi que tiene su morada en las grutas del lago Moka). No querían admitir que jamás saldrían de África a no ser por enfermedad grave u otra fuerza mayor. Eran hombres que habían sido forjados para vivir rodeados de enfermedades venéreas, paludismos,

hematurias, calor y lepra, y no en otra parte. A donde quiera que fueran serían vegetales trasplantados, de difícil aclimatación. ¡Cuántos abandonaban África con intención de no volver, y regresaban a los pocos meses porque añoraban el sol y las lluvias ecuatoriales;

Alfonso sólo estuvo en el bar una o dos veces. Hasta el señor Font, con quien compartía la casita de madera junto al muro de contención de las olas, le aconsejó —con razonamientos convincentes— que no lo frecuentara.

Era el único niño residente en la colonia sancarlina, y alejado de la compañía de los blancos, se entregó con tenacidad e ilusión a forjar un mundo a la medida de su carácter; cuyos límites eran las paredes de la factoría, de la vivienda y las costas de la bahía. La actitud reprobable de sus compatriotas, el afecto y calor humanos que le negaron, le obligaron a refugiarse en otras culturas y en otra raza que lo acogió con generosidad.

Antes de retirarse del mirador también recordó, ¡cómo no!, que al día siguiente de incorporarse a la vida en torno a la bahía se consagró al trabajo en la factoría. Estaba asistido por dos dependientes negros. A la vez que se instruía en todo lo referente al comercio demostró una rara facilidad para aprender los dialectos que se hablaban en la comarca de San Carlos como en una Babel desconcertante. El dominio lingüístico le proporcionó grandes satisfacciones porque supo de historias y leyendas en versión original. Todo eso pasó por su mente una vez más, apoyado de codos en el ventanal de la casa de madera.

LA PRIMERA piedra de su universo personal la pusieron dos hijos insignes del pueblo kombe, muy ancianos: Esteban y Adolfo. Después de la primera piedra pusieron otras, muchas más, hasta culminar una obra de la que se sentían orgullosos. El primero era el jefe de los kombes de San Carlos. Alfonso le conoció por los tiempos en que se entregaba a contemplar el mar y ambiente callejero desde la casa de madera. Hábito que abandonó por el de verse con él en las escalinatas que bajaban hasta el varadero para cayucos, junto a la desembocadura del canal y anexo a la parte posterior de La Compañía (nunca supo por qué se conocía con ese nombre un inmueble que albergaba en el bajo una ferretería propiedad de un tal señor Ortega, y en el primer piso vivía un encargado blanco llamado Daniel). Durante algunas semanas, abstraído en el movimiento de las olas y en los saltos acrobáticos de los delfines, que tenían en la bahía su hábitat ideal, no reparó en un anciano a quien le llegaba la noche sentado junto al varadero, estático y con la mirada extraviada en las costas de la bahía. Semejaba una escultura de ébano que hubiese brotado en las escaleras.

Por entonces, no recordaba en qué momento, abandonó su atalaya en el ventanal y se sorprendió a sí mismo sentado a su lado. Llegó silenciosamente y no pronunció palabra o saludo alguno. Cuando vio al anciano de cerca apreció que de su edad decadente se desprendía algo inefable. Alfonso lo observó con sumo detenimiento. Pensó, admirado, que su cabello y barba, blancos, le daban un aspecto venerable. El

semblante reposado y una mirada muy triste, daban la impresión de que era un hombre que había superado las cosas banales de este mundo y vivía de recuerdos. Reparó, interesado, en que la nariz era recta y tenía los labios delgados. Conservaba intacta la dentadura, nívea, y fumaba en *cachimba* un tabaco que despedía tan fuerte olor, que ahuyentaba al jején. Vestía pobremente e iba descalzo.

En absoluto silencio se entregó a escrutar la mirada del anciano. Pasaron varios minutos antes de que éste volviera una mirada indefinible hacia el muchacho blanco. <<Me llamo Esteban, y tú ¿cómo te llamas? ¿Es que no tienes familia? ¿Te sientes solo?>> —preguntó. ¡Había tanta bondad en su voz...! Alentó a Alfonso a verse con él en aquel sitio. También le ofreció su casa, una vivienda muy humilde situada en el Campo Yaoundé.

Ni un solo día faltó a la cita después de terminado el trabajo en la factoría. Los domingos pasaba la tarde en la ciudad indígena. En poco tiempo se ganó el cariño del viejo pescador. El anciano descubrió la tremenda soledad y la necesidad de afecto que tenía el chico. Le agradaba la atención que prestaba a sus palabras y la seriedad con que se comportaba en su presencia, impropia de la edad que aparentaba. El anciano intuyó que tenía grandes deseos de aprender, de penetrar en los recónditos misterios del alma africana, de la que tan poco sabía. Lo tomó de la mano y lo llevo a recorrer el pasado del pueblo benga, ascendente de los kombes (Alfonso ya tenía algunas nociones a través de las enseñanzas de Beatriz). Sentados en las escalinatas del varadero unos días, y otros en su casa de la ciudad indígena, le relataba cuentos

interminables que hablaban del mar, de las criaturas del bosque y de las sabanas; de tiburones, corbinas y tortugas gigantes; de antílopes y gacelas. Otro día le relató íntegra, con seriedad y plena convicción, la leyenda kombe de *Uquemanga*:

“Dice la leyenda, cuyo origen se remonta al amanecer prehistórico de las tribus del África ecuatorial, que cuando el agua de los océanos se liberó de la opresiva densidad oleosa que tenía al principio de todas las cosas y fue navegable, los dioses menores kombes, usando de cayucos se hicieron a la mar por rumbos diferentes, hasta alcanzar los reinos submarinos, próximos y lejanos que AYAMBE, dios supremo, les asignó a perpetuidad para su gobierno.

“La diosa *Uquemanga*, monumental y bondadosa negra de ojos grandes, labios protuberantes, dientes blancos y pechos ubérrimos, prototipo de las legendarias mujeres kombes, quedó extasiada a primera vista del mundo sumergido que AYAMBE le confió: el golfo de Guinea.

“Sintió en su espíritu una fascinante sensación cuando vio el bellissimo azul de las corrientes, la infinita variedad de seres que bullían en apacibles valles de algas y bancos de coral; la exuberante vegetación de las costas, pobladas de murallas infranqueables de manglares, cocoteros y palmeras; grandes *eljebes*, fragantes *gombes-gombes* y espesos mangos, que daban sombra a calas y bahías de ilusión.

“Sus dominios comprenden el océano profundo y la superficie desde Costa de Marfil hasta Gabón. Mas, a pesar de la predilección que siente por el mar, elementales razones de visibilidad y control de los horizontes marinos aconsejaron que basara la fortaleza palacio de su Gobierno en la



cumbre de Monte Camerún, atalaya desde la que dirige todo un reino sumergido, asistida por una numerosa guardia de mandriles alados, armados con terribles *pogos*. Desde entonces, coincidentemente, en Monte Camerún se gestan los grandes tornados, los vientos huracanados que encrespan las aguas del golfo, y el tiempo bonancible que propicia las calmas que apaciguan la ira de las olas.

“*Uquemanga*, prosigue la leyenda, es una deidad justa y a menudo tolerante. No agobia a sus súbditos con sacrificios imposibles pero, dichosa al principio de su reinado, ahora se siente muy apenada porque su poder omnipotente no ha podido sin embargo evitar que los fondos marinos, tan bellos, se hayan convertido en una jungla despiadada, en un lugar sin alma; donde la supervivencia provoca un drama perpetuo, desencadenado por los seres más fuertes, que se nutren de los más débiles. El espectáculo de tragedia y muerte que se libra a cada instante bajo la superficie de su mar le produce una tristeza dolorosa.

“La leyenda termina afirmando que el astro rey pasa las noches en las profundidades del mar de *Uquemanga*, porque el frío de los abismos alivia la incandescencia que le quema las entrañas en las horas diurnas. Por ello, dicen los kombes, cuando despierta emerge de las aguas, se eleva en el cielo occidental africano y derrama sus rayos de luz por los dominios de la diosa, calentando moderadamente, haciendo soportable la temperatura en las primeras horas del día.” Eso dice la leyenda, mi *piquín*.

Una tarde le narró pasajes de su vida familiar, de su único hijo, al que amaba en el recuerdo. Los vientos giratorios de un tornado violento

lo arrastraron mar adentro cuando pescaba y nunca más regresó. Él nació en las playas del río Benito, y muy joven se trasladó a Fernando Poo y fijó su residencia definitiva en San Carlos, dedicado a la pesca. Pudo haber elegido otra profesión menos arriesgada, decía, pero esta es la que más independencia le ofrecía.

El cariño que despertó el niño blanco en el corazón del anciano se desbordó cuando éste ingresó en el hospital aquejado de anemia tropical aguda. Durante los primeros días de los dos meses que permaneció en el centro sanitario, Alfonso lo visitaba todas las tardes y le hacía compañía un buen rato. Al viejo pescador le consolaba tener una mano del chico entre las suyas. En las primeras semanas del proceso anémico notaba Alfonso que las tenía frías. Mas poco a poco fue recuperando la temperatura normal; síntoma inequívoco de que iba mejorando. Cuando llegaba el momento de la despedida, Esteban se quedaba muy afligido.

La tarde de un domingo Alfonso oyó, turbado, que el anciano le decía: <<Mi *piquín*, no vengas más, no quiero que vuelvas por aquí. Ya nos veremos cuando me den de alta>>. Se lo pidió con voz afectuosa, pero en un tono tan suplicante, que no lo comprendió. Lo comprendió cuando una monja enfermera le invitó a acompañarla al despacho del director del hospital. Las cosas que le dijo el galeno, (...) <<algún día me agradecerás la lección de prestigio y dignidad que te doy, y que te será de gran provecho en tu vida colonial>>, no son para consignarlas en esta historia porque el papel se sonrojaría. La entrevista le confirmó que el concepto de clases, una actitud repulsiva y cruel hacia personas cultural y

económicamente inferiores, existía en el corazón de algunos hombres. Su raciocinio se rebeló.

Superada la enfermedad y de nuevo en los peldaños del varadero, asistían a la llegada de los pescadores kombes de *atarraya*, marinos de categoría donde quiera que los haya. Arribaban a la arena que la bajamar dejaba al descubierto.

El más hábil, un kombe corto de talla, viejo, con cara de astuto y fama de mal genio, era el último en recalar. Se llamaba Adolfo y fue el otro artífice del mundo particular de Alfonso. Tipejo muy original, tenía un carácter avinagrado y las compradoras, que lo sabían, le gastaban bromas maliciosas, intencionadamente picantes, que las divertía porque las admitía a regañadientes. Eran burlas que giraban en torno a las facultades íntimas del anciano, supuestamente disminuidas.

Alfonso recordó siempre a papá Adolfo como realmente era. Su imagen nunca se le borró de la memoria: pequeño y delgado, de una delgadez de piel y costillas. Andaba encorvado por el uso diario de remos hechos a la medida de su descomunal coraje. Se vestía con un *clote* que le cubría desde la cintura a los pies, descalzos. Los domingos de sol y misa añadía a su indumentaria una camiseta sport, limpia y blanca, que aún lo hacía más flaco. A bordo del cayuco usaba una especie de tanga. Por el tanga y por su tipejo lo conocían los delfines a distancia.

Entrar en contacto con él, comentaba Esteban, no sería imposible. Era cuestión de esperar una oportunidad favorable que a la suspicacia del viejo kombe le pareciera natural. Alfonso sólo había tenido ocasión de hablar con él una mañana que estuvo en la factoría para proveerse de

anzuelos, pero Adolfo lo vio a él todos los domingos en la Misión. Eso le confesó más tarde, cuando ya eran más que buenos amigos.

La ocasión se presentó la tarde en que abordó la playita del varadero tan cargado de plátanos, yucas y pescado, que por sí solo no podía poner el cayuco en seco. Pero cuando menos lo esperaba, un niño blanco se aferró a la proa y en pocos segundos quedó varado. Adolfo, sorprendido, le dejó hacer sin rechistar.

A partir de aquel encuentro bajaba todas las tardes a la arena para ayudarle en lo que precisara. Adolfo tuvo algunas prevenciones los primeros días, pero acabó admitiendo la ayuda del joven. La fortaleza tras la que se escudaba el corazón africano del viejo pescador se fue abriendo para dar cobijo a una criatura desamparada. Entre las muchas muestras de afecto que le dispensó, hubo una que siempre recordó Alfonso: cierta tarde que no pudo acudir a la cita de costumbre, más o menos a las ocho, irrumpió en la cocina de la casa de madera, anexa a ésta, para preguntar al boy por la salud de su *piquín*. Pensaba que tendría paludismo, la dolencia más frecuente entre los europeos. Era una prueba elocuente de que lo echaba de menos.

Un domingo lo llevó a su casa y conoció a mamá Mercedes. ¡Cuántos recuerdos! La vivienda formaba parte de la estructura de La Compañía. Alguna vez debió servir de trastienda a la ferretería. Estaba tan cerca del mar, que a menudo era besada por las pleamares sosegadas y batida por oleajes impetuosos. Se componía de una sola estancia. Les servía de dormitorio, de cocina, comedor, salita de estar y almacén. En tan limitado espacio hacían la vida y aún quedaba sitio para guardar el remo,

los aparejos de pescar agujas, la *atarraya* y los recuerdos. Todas estas cosas aparecían entremezcladas con racimos de plátanos, yucas, papayas, mangos, aguacates, pescado ahumado, calor, olores ingratos y cucarachas voladoras. También había un tití, de nombre Benito en homenaje al viejo río. Buena parte del aposento lo ocupaba Mercedes, descomunal matrona kombe de ademanes solemnes. Era una mujer apacible, toda bondad, nacida, como Adolfo, en el río Benito. Cuando Alfonso la vio creyó hallarse en presencia de *Uquemanga*.

Cuando Adolfo se vio atrapado en las redes del afecto que sentía por el chico, se entregó de corazón a soñar planes para su futuro. Era feliz imaginando que lo podría sustraer a la influencia de los hombres blancos. Haría de él, se prometía, un hombre fuerte y un hábil pescador. En poco tiempo Alfonso llegó a ser el motivo de su modesta felicidad, porque pasó a ocupar en su corazón el vacío que dejaron sus tres hijos, muertos en el mar.

Empezó por enseñarle a navegar en el cayuco. Le obligó a remar durante los domingos de tres años. Lo aleccionó en todo lo referente al mar: lanzar y recoger la *atarraya*, cebar y situar en la superficie del mar los tacos de bambú para pescar agujas, distinguir las corrientes, detectar los bancos de sardinas, prever los tornados y librarse de los mil peligros que acechan la vida de un pescador. No se olvidaba de entrenarlo para hacer frente con éxito a las fatigas del cuerpo. A este respecto se enfrentó más de una vez al sentido maternal de Mercedes, cuando en tono airado ésta le reprochaba que sometiera al muchacho a pruebas tan duras. Incluso un día le llamó tirano. Ciertamente, con frecuencia se alejaban de

San Carlos más de lo que aconsejaba la prudencia, y a horas sumamente calurosas. Adolfo quería que pasara hambre y sed, que sintiera cansancio y más calor que nunca. Decía que sólo así se le fortalecería el estómago y los músculos. Argumentos que esgrimía a la oposición de Mercedes.

El matrimonio estaba muy satisfecho de la facilidad con que su pupilo asimilaba enseñanzas y consejos. No le permitían que ni un sólo día dejara de practicar con ellos el idioma kombe. Querían que lo hablara a la perfección y con el acento del Benito.

Pero la mayor gloria y honra la tuvieron el día que Alfonso se alzó con el triunfo de la regata que anualmente organizaba la Administración de San Carlos en las fiestas patronales. La ganó en noble lid a muchachos negros de su edad. Ya contaba quince años, y a su habilidad con el remo y prodigiosa fuerza física, se sumaban las cualidades marineras del cayuco y el asesoramiento de Adolfo y Esteban. Sobre todo, de Esteban. Por el señalado triunfo recibió felicitaciones de todos los pescadores de la bahía, además de las miradas insinuantes de féminas kombes, para quienes no pasaba desapercibido. Alfonso había crecido, era alto, musculoso, y su piel tenía el bronceado de los mulatos.

La dotación del premio, consistente en una importante cantidad en metálico (de la que apartó la cuantía de unos zapatos y un par de calcetines para su querido amigo Esteban), se la entregó a Mercedes desinteresadamente para que dispusiera a su antojo. Se compró un vestido de colores llamativos y un hornillo de petróleo que le hacía mucha falta. El resto lo reservó para realizar un viaje a sus raíces. Viaje con el que soñaba a menudo.

**SUPERADOS** los duros años de aprendizaje, que culminaron con el triunfo de la competición deportiva, Alfonso estuvo dos días ausente de San Carlos. Al regreso le comunicó el boy que papá Adolfo había estado en casa para rogarle que el domingo, a las diez de la mañana, sin falta, le esperaba en el varadero con el fin de tratar asuntos de gran interés.

El día señalado, después de oír misa se encaminó a casa de sus amigos. Cuando penetró en la estancia se halló ante los diez pescadores —kombes, claro— más ancianos de las riberas de la bahía, presididos por Esteban. Se quedó perplejo cuando los vio y reparó en que sus semblantes tenían una expresión hermética. Fumaban en cachimba y al fuerte olor del tabaco se sumaba el del sudor, extremado por el sofocante calor. A todos los conocía y respondieron a su saludo con un ademán de la mano. Adolfo le indicó una silla de bambú que había dispuesta junto a la suya. Sentía la impresión de que iba a ser juzgado por algo. Instintivamente buscó a Mercedes con la mirada, pero no la halló.

Sin tardar, Adolfo dio principio a un discurso que se prolongó más de una hora. Como por lo visto el carácter de la reunión lo exigía, se expresó en kombe. La disertación de su amigo era lenta y bien gesticulada. Hacía breves pausas para darle una chupada a la pipa y quizás para poner en orden las ideas. Y continuaba.

Empezó hablando de sí mismo, para recordar más tarde, como era de rigor, a todos sus hijos, muertos en el mar. La última parte de la intervención estaba dedicada a su protegido, sentado a su lado. La inició

recordando la tarde que éste saltó a la arena del varadero para ayudarlo a varar el cayuco. Hizo mención a su aplicación en las enseñanzas que le impartió, y reconoció públicamente lo mucho que le dolió el duro entrenamiento a que lo sometió, pero añadió, que en conciencia no estaba arrepentido ni pesaroso, porque consideraba que lo había formado físicamente para enfrentarse a los avatares del mar y a las dificultades de la vida.

El contenido del discurso tranquilizó al muchacho. Era evidente que no había sido llamado para ser juzgado. No obstante, estaba intrigado. Adolfo habló de nuevo para sacarlo de dudas. Dijo que su comparecencia ante el consejo de ancianos se debía a una sola y trascendental razón, a un suceso sin precedentes: nombrarlo hijo adoptivo del pueblo kombe. Al oír tan halagadoras palabras se sintió orgulloso y muy emocionado. Se supo amado. Miró a través de la ventana y vio sobre las olas una cosa de formas imprecisas que se alejaba lentamente hacia los horizontes de la bahía, buscando el océano: era su infancia. Mentalmente le dijo adiós con inevitable tristeza. Por supuesto aceptó al punto y sin dudar. El pueblo kombe premiaba sus esfuerzos, sacrificios y conducta de tres años, así como su identificación espiritual y entrega, limpio y libre de prejuicios, al mundo africano.

El paso siguiente podrá parecer inverosímil a las personas que desconocen las desconcertantes costumbres, los extraños ritos, religiones y creencias del África negra, donde se da por hecho que todo es posible. Pero a Alfonso, que ya estaba en el secreto de muchas cosas, le pareció natural. Consecuente con las ancestrales y arcanas tradiciones de gentes,



que aunque civilizadas continuaban secuestradas por la prehistoria, se dejó hacer. Mercedes apareció en escena vestida para la imponente ocasión con el *clote* de colores que se compró con el dinero de la regata. ¡Asombroso...!: con manos sabias, tiernas y suaves, delicadamente, tomó la identidad masculina de Alfonso y la mantuvo asida para que un pescador de Bátete llamado Agustín le tatuara, con rara perfección, un dragón flamante. Pero el tatuaje sólo se podía realizar estando el miembro en estado de erección. Los ancianos se rieron de buena gana cuando vieron que Mercedes, con técnicas harto elocuentes hizo posible el trabajo (estuvo varios días dolorido y con fiebre). <<La elección de la inocente “criatura” para ser tatuada —habló Esteban— tiene por objeto que en momentos muy concretos, cuando crezca como el flujo de las mareas, el dragón mitológico se muestre henchido y agresivo>>. Eso dijo.

En aquel momento se vio confirmado como uno más de los hijos del pueblo kombe. Pero el hecho de ser adoptado y tatuado, aparte de los privilegios y la popularidad que le dio entre las gentes de San Carlos y de la bahía, paralelamente llevaba inherentes obligaciones ineludibles e ineluctables. De uno de esos deberes se habla en el curso de esta historia.

CON LA PLUMA en la mano y el papel sobre la mesa, me dispongo a comenzar otra sesión de trabajo en la recopilación de los relatos que poco a poco van configurando la triste historia de Alfonso, Beatriz y Consuelo. Una noche más nos hallamos Esteban, Adolfo, Mercedes y yo en la casita del varadero. Huellas de cansancio y de pesar ensombrecen el semblante de mis informadores. Es, seguramente, el influjo del retrato del ahijado ausente, que preside la vida familiar colgado en una de las paredes de la estancia.

Los amigos de Alfonso son ahora muy ancianos. Incluso Adolfo, como antes Esteban, ya no tiene vigor para hacerse a la mar. Ambos andan inclinados. ¡Si Alfonso los viera...! Debemos apresurarnos, parece que me dicen cuando me ven con la pluma y el papel dispuestos. Nuevamente, como cada noche, están preparados para seguir adelante en el relato de la vida del joven blanco durante los ocho años que lo tuvieron a su lado. Narración que me hacen de forma sencilla, sin otra condición que la de ser transcrita con fidelidad. Esto es lo que hago desde un principio, con la sola diferencia de que doy a sus palabras una traducción culta pero en esencia, no cambio ni un ápice de cuanto me dicen.

Llegados al punto en que Alfonso ganó la regata y fue adoptado y tatuado, la historia tiene otro tono. Me dice Adolfo que aquellos sucesos fueron premonitorios de cambios notables en la vida del adolescente. Cambios debidos a su capacidad de trabajo, a multitud de obligaciones que recayeron sobre él. El señor Font iba dejando en sus manos la

contabilidad de la empresa, el “papeleo” de la Agencia Fortuny (filial de la Cía Transmediterránea), de la que era representante en San Carlos, y la dirección de la factoría, para que él pudiera prestar más atención a la producción de cacao. Ello significó que Alfonso dispuso de menos tiempo en su vida privada. Fue muy triste para sus amigos verse privados de su diaria compañía. Calmaban las ansias de verlo haciéndole visitas esporádicas a su lugar de trabajo. Adolfo las aprovechaba para llevarle algún pescado exquisito y las frutas más sabrosas que a su vez le regalaban a él los numerosos amigos bubis que tenía en las costas de la bahía.

Los domingos era diferente. Después de oír la primera misa de la mañana, irrumpía alegre en la casita del varadero y dedicaba diez o quince minutos a sus amigos, que aguardaban impacientes su llegada. Más tarde, con la bendición de Mercedes y las recomendaciones de Adolfo, usando el cayuco de éste, se hacía a la mar camino de punta Cabras. Allí, en el poblado bubi, con proyección en la isla de las Vírgenes, pasaba el día en leal camaradería con nativos de ambos sexos, de su edad.

Punta Cabras..., promontorio adelantado del oeste de la isla; donde se funden en un abrazo fraternal la bahía y el océano. Punta Cabras, litoral que tanto sabe de naves piratas y negreras; de naufragios, tornados huracanados y aguas quietas.

Mar adentro, a la vista del poblado, hay una islita pequeña. Es la isla de las Vírgenes, paraíso que descubrieron Alfonso y sus jóvenes amigas bubis. Del lugar hicieron centro de reunión y diversión dominicales.

Respecto a la isla de las Vírgenes, me contó Esteban que una trágica pero hermosa leyenda bubi afirma que la islita no es un simple accidente geográfico, como se pudiera pensar, ni es el resultado de las furias desencadenadas por la naturaleza en un proceso geológico de acoplamiento de la corteza terrestre. Nació dulce y espontáneamente, sin parto difícil porque —prosigue la leyenda—, un día que se hallaban cazando los varones del poblado que hay en tierra firme, gorilas machos procedentes de las selvas de Mioko intentaron poseer a seis muchachas vírgenes que jugaban desnudas en la arena de la playa. Ante el acoso de las repugnantes bestias huyeron despavoridas hacia la única salvación posible que se les ofrecía: el mar. Nadaron hasta donde les permitieron las fuerzas, pero extenuadas, perecieron. Y nunca fueron hallados sus gráciles cuerpos. La tierra, las rocas de la costa y la flora, que contemplaron consternadas el drama sin poder evitarlo, contribuyeron con lo mejor de sí mismas a levantar un monumento, una isla de tamaño reducido, a la memoria de las *titís* bubis en el lugar exacto donde perecieron. Una mañana despertaron los habitantes de punta Cabras e incrédulos, la vieron emergida. Pensaron que era un espejismo o una burla del malvado Morimó, pero cuando comprobaron que era real y hermosa, se admiraron. Eso dice la leyenda bubi —concluyó Esteban.

Circula por los poblados de la bahía otro relato relacionado con el anterior, me aseguró Adolfo. Dice, que los acontecimientos que dieron origen a la tragedia de las adolescentes bubis, tuvieron como resultado inmediato el exterminio de los gorilas en la isla de Fernando Poo. Los

bubis, sedientos de venganza, los persiguieron por selvas y bosques en una cacería sin precedentes.

Cercana a la de las Vírgenes hay otra isla más pequeña, aunque su origen responde a causas naturales. Es la famosa y archiconocida isla de los Loros. Fue acertadamente bautizada porque todos los atardeceres, cuando el sol ilumina las cumbres de Mioko y deja en penumbra los bosques de la bahía, da albergue y protección nocturna a los miles de loros grises que pasan el día en las comarcas de San Carlos. Al amanecer, cuando las dos islitas se quedan en compañía del alba, abandonan el paraje en loca algarabía y regresan a unos árboles grandes y frondosos que crían una especie de cerezas amargas, con las que se alimentan. Es un fruto muy nutritivo del que también participan los monos cola roja y los nariz blanca.

La isla de Las Vírgenes mide mil metros cuadrados de superficie. La altura sobre el nivel del mar no supera dos metros en las pleamares. Y así como en éstas sólo se puede abordar en cayuco o a nado, en las bajamares es abordable andando, con el agua no más arriba de las rodillas. En el centro crecen varias ceibas de gran envergadura. Al pie nacen lianas trepadoras que suben por los troncos y alcanzan las ramas más altas, por las que se extienden tejiendo tupidas alfombras, marañas que protegen a los loros del relente de la noche. Sus flores son blancas y cuando Alfonso confeccionaba guirnaldas con ellas y las prendía en el cabello de sus amigas, más parecían ondinas que criaturas de este mundo. ¡Con las flores blancas sobre sus frentes negras tenían un aspecto tan fascinante...!

Un collar de rocas volcánicas, con la superficie pulida por la acción constante de las olas, rodea la isla protegiéndola del acoso del oleaje.

El reducido espacio es lo que más contribuye a resaltar su encanto y hacerla más acogedora. Es, en fin, un sitio ideal, rodeado de aguas templadas y transparentes, con poquísima densidad salina y bañada por una luz sobrenatural. Allí comenzó Alfonso a pasar los domingos desde que cumplió quince años, Adolfo le regaló su cayuco *Tempestad* y fue ahijado por el pueblo kombe.

Las chicas del poblado ya habían dejado el colegio de las monjas Concepcionistas de San Carlos y Basilé, mientras que los varones regresaron por entonces de los internados de las Misiones Claretianas de Santa Isabel y Banapá. Pero a pesar de las enseñanzas recibidas de los misioneros, no habían renunciado al primitivo sentido de algunas cosas, entre otras las que se referían al pudor: no lo tenían. Pero si carecían de él no era tanto a causa de herencias atávicas, como a su elevado concepto de libertad, a la que ni los padres misioneros y otras presiones les hacían renunciar. Sus jóvenes cuerpos eran ágiles, divinamente proporcionados, y tenían la piel tan suave como el pelo del visón. La desnudez integral no les despertaba al parecer los sentimientos que ya empezaban a perturbar a Alfonso. Ellos estaban mentalizados y persuadidos de que cada actividad, como nadar o estar reunidos a la sombra de los árboles para contar historias, debía realizarse sin desviaciones de la mente. Cada cosa en su momento, decían. Procuraban inculcarle sus ideas y creencias, pero a menudo tropezaban con la influencia de dos mil años de una cultura “blanca”, en su opinión, deformada.

En la isla de las Vírgenes pasó los años más felices de su juventud, entregado en espíritu al medio natural que lo rodeaba. Por otra parte, los bubis le enseñaron multitud de cosas útiles. Le mostraron el verdadero valor de la amistad y de la lealtad; le enseñaron a distinguir las lianas que contienen agua potable, de otras que la generan tóxica; a confeccionar y poner lazos para cazar fritambos, a servirse del machete de bosque para levantar una choza en pocos minutos, subir a los cocoteros y coger cangrejos de mar; buscar almejas en las playas arenosas y arponear peces de río con una cañita de bambú. Le enseñaron —como antes hizo Adolfo en las cosas del mar— todas las formas de supervivencia en tierra, y cuando sus años mozos comenzaron a oír la mágica llamada de la naturaleza, los ancianos le dieron clases teóricas —con la sabiduría africana— sobre la mejor manera de rendir culto a Venus.

Su plena identificación con el pueblo bubi, su entrega sin reservas a sus costumbres y pensamiento, así como la adopción con que fue distinguido por los pescadores kombes de la bahía, rodearon su vida de una aureola de leyenda. Pero era una popularidad que nunca tuvo influencias negativas en su carácter. Su reputación de blanco-africano motivaba a menudo el rechazo de los intransigentes hombres de su raza y las críticas de las señoras blancas que lo conocían.

En los meses de lluvia, sus actividades en el poblado de punta Cabras eran distintas a las de la estación seca. Los meses de lluvia se recluía en la *Casa de la Palabra*. Sentado entre los ancianos escuchaba de éstos historias y leyendas que no tenían fin, oídas por los jóvenes con suma atención, con religiosidad, porque sabían que un día también ellos

serían ancianos y transmitirían las mismas cosas de forma oral. Por otra parte, en África, más que en otros lugares del mundo, los ancianos son muy respetados por los jóvenes.

Eran historias y leyendas antiguas. Muchas se referían a los tiempos de la *trata*, un tema inagotable e inolvidable. Por aquellos relatos fue sabiendo el origen de los bubis y cómo había discurrido su vida en torno a la bahía.

Contaban los ancianos que por los siglos XVII y XVIII, la bahía fue refugio ocasional de piratas y negreros, cuyas naves arribaban para hacer aguada en el río Musola y reparar el maderamen antes de dar el salto final hacia las colonias americanas. Aprovechaban su estancia en la bahía para capturar nativos. Pero cuando los bubis se dieron cuenta de que aquellos hombres blancos no se comportaban como hermanos, desconfiaron y se refugiaron en las alturas, en el valle de Moka, y los negreros, burlados, daban rienda suelta a sus rabias asolando las costas. Eso decían los narradores.

Aunque las historias le cautivaban por su rico folclore y variado contenido, no le agradaba menos la lentitud de la narración, bien gesticulada y con grandes pausas dentro de un gran silencio. El alma africana se expresa de ese modo.

En su paciente labor de investigación, de desentrañar el origen de algunos ritos y costumbres de las etnias que concurrían en la bahía (trabajadores procedentes de todas las colonias del golfo de Guinea, e incluso de las lejanas Senegal, Gambia, Sierra Leona, y Liberia), Alfonso descubrió facetas increíbles por medio de otro tipo de relatos. Relatos



eróticos, de los que dedujo la importancia que conceden al sexo las diversas culturas africanas. Supo, por ejemplo, que cuando disminuye la potencia sexual en razón de la edad, recurren a la *vitacola*, nuez violácea y muy amarga, cuyos efectos son sorprendentes e inmediatos: estimula la libido y posibilita erecciones espectaculares. Sin embargo, el uso desmedido del vegetal lo hace ineficaz y a partir de ahí, el varón pierde interés por cuanto le rodea, se siente inútil y envejece sin conformidad.

Todos los cuentos de amor tenían como argumento las proezas fálicas, y en las *Casas de la Palabra* de los poblados de la bahía y del interior, vio infinidad de figuras talladas en madera que representaban a varones con falos desmesurados en estado de erección.

Cuando el teniente administrador Pedraza se hizo cargo de la Administración de San Carlos, obedeciendo a su personal sentido de la moral o tal vez a presiones de la Misión Católica, ordenó que quemaran aquellas figuras eróticas, que no eran otra cosa que símbolos de fecundidad, a los que las mujeres estériles dirigían rogativas. La destrucción de aquellos símbolos no indispuso a los pacíficos bubis con la Administración, pero sí tiene grande significación que un pueblo desprecie y arrase la cultura de otros pueblos. En ese sentido, España llevó a cabo en el Nuevo Mundo y en África, una “encomiable” labor de “purificación” de las creencias y tradiciones de nuestros súbditos...

Directamente relacionado con el sexo, Alfonso registró en su *Diario* un suceso acaecido en San Carlos, tan peregrino, que le admiró. El hecho muestra al desnudo los extremos aberrantes a que conduce el sexo en la mentalidad de los africanos. Escribe:

“Una adolescente nigeriana que vivía en el barrio de Las Palmas, fue salvajemente golpeada en el rostro y violada una noche que se hallaba sola, porque sus padres estaban en el velatorio de un pariente en el Campo Yaoundé de San Carlos. El suceso fue sinceramente lamentado por blancos y negros en igual medida porque la joven gozaba de la simpatía de todo el mundo. Había sido educada por las monjas del hospital, era una eficiente enfermera, y en sus horas libres impartía clases escolares a los niños del poblado (cual otra Beatriz).

“Transcurrieron varios días sin que los servicios de información del señor Pedraza tuvieran alguna pista conducente al esclarecimiento de los hechos, pero por fin detuvieron al presunto y sádico violador: un pamue muy anciano del que nadie hubiera sospechado. Naturalmente, aquel maniaco del sexo ganó fama y prestigio de esforzado varón. Fue detenido, soportó con increíble entereza duros castigos corporales, y jactancioso, firmó la declaración de culpabilidad.

“Era un buen hombre, un pamue por quien yo habría respondido favorablemente. Siempre le dispensé trato y consideración especiales y hasta de afecto, porque era el capataz de la colla del puerto. La colla pertenecía a la Agencia Fortuny, y estaba formada por trabajadores dedicados a faenas agrícolas en una espléndida finca de café, propiedad de dicha Agencia, en la carretera Boloko-Moka, a diez kilómetros de San Carlos. Cuando se precisaba de los braceros para que realizaran trabajos portuarios, yo se lo comunicaba al encargado blanco, un portugués de nombre Batista, y éste ordenaba al capataz que formara la colla y se

pusiera a mis órdenes. Aniceto —conocido como papá Aniceto— era respetado por los trabajadores y apreciado por los embarcadores.

“Cuando los braceros de la colla se agrupaban para comer, los diálogos, entablados a viva voz, giraban en torno a temas eróticos, a proezas fálicas relatados con rara imaginación. Los escuché muchas veces y el tono festivo con que se expresaban me producía hilaridad.

“Con toda certeza, aquellos diálogos fueron minando el orgullo del anciano, cuyas facultades sexuales, crepusculares, nada podía aportar ya a tan sugerentes temas de la narrativa erótica. Tal vez andaba buscando desesperadamente un gran golpe de efecto que lo rehabilitara como al mejor dotado que fue, cuando, conocida la violación de la muchacha nigeriana, aprovechó la ocasión para atribuirse y divulgar su autoría, elevándose a las más altas cotas de la admiración popular.

“El día del juicio, el fiscal, un joven fernandino de ascendencia nigeriana, Okuri Dougan, solicitó para el reo la máxima pena contemplada para casos idénticos en las leyes coloniales. (Antagonismos étnicos, pensé). Había prisa en zanjar aquel enojoso episodio en el cual estaba interesado el cónsul de Nigeria. Además, en el ánimo del juez —de reciente incorporación a Guinea— pesaba mucho la declaración firmada de culpabilidad. Pero el teniente Pedraza, zorro viejo y veterano, no estaba persuadido de la evidencia de los hechos. En una lección magistral asesoró al juez sobre la idiosincrasia de los africanos, rogándole que solicitara el dictamen de un médico. La exploración de la muchacha y el examen practicado al anciano demostraron que éste no pudo, en absoluto, ser el causante de la brutal violación.

“El capataz fue absuelto, pero quedo desacreditado. Su autoridad ante la colla se erosionó, y al poco tiempo optamos por jubilarlo. Se fue a vivir con una hermana que tenía en la bahía de la Concepción.

“Algunos meses más tarde, por otra fanfarronada de corte africano, el señor Pedraza descubrió al verdadero autor: un pamue, enfermero del hospital”.

A esos extremos llega en los negros la importancia obsesiva que le conceden al sexo.

ALFONSO cumplió dieciocho años. En el aspecto físico respondía a su adolescencia espléndida, pero su firme carácter, responsabilidades laborales y las cualidades que adornaban su persona, entre las que destacaba con luz propia una notable cultura, lo situaban en edad adulta. Obedeciendo a los paternales y sabios consejos del señor Font aún no fumaba ni hacía excesivo uso del sexo; no era arrastrado por las debilidades que arruinaban físicamente a muchos europeos, víctimas de la inmoderación y el desenfreno.

Por entonces quedaban lejos los tiempos en que por su corta edad fue rechazado por los hombres de su raza e ignorado por las señoras de San Carlos, que, pese a que todas eran madres, no parece que se dieran cuenta de su orfandad. Sin embargo, ahora, aquéllos lo invitaban a las fincas, lo animaban a que frecuentara el bar, y éstas le rogaban con insistencia que asistiera a sus tertulias habituales; pero él se excusaba con unos y otras cortésmente hasta donde le era posible. A veces le surgían compromisos sociales ineludibles, pero afortunadamente no era frecuente.

Una de dichas obligaciones inexcusables fue el origen de un paréntesis que se abrió en su vida cotidiana, en sus costumbres inalterables, y se cerró después de algunos meses. Un paréntesis que tuvo muy tristes a sus amigos africanos, quienes pensaron que se había apartado de ellos para siempre, pero no fue sino que su inexperto corazón y su desconocimiento del mundo, se aventuraron por los

inextricables laberintos del primer amor: Alfonso y doña Luisa se conocieron en el transcurso de una noche calurosa, eminentemente ecuatorial. Las noches ecuatoriales tonifican el espíritu y excitan la imaginación; están embrujadas y un hechizo irresistible incita a protagonizar hechos impensados.

En la Administración Territorial se conmemoraba el día de la patrona de San Carlos, la Virgen de Montserrat. Siguiendo la tradición estaban invitados todos los europeos residentes en la demarcación.

La participación de Alfonso en los festejos de años anteriores se había limitado a estar presente en la misa mayor, celebrada por cuatro o cinco misioneros que ese día se desplazaban desde Santa Isabel para ayudar al padre Bernardo y darle mayor realce a la ceremonia religiosa, pero a la recepción nocturna en la Administración no había asistido nunca.

Aquel año tuvo especial relieve porque el Gobernador General, don Juan María Bonelli, se dignó honrar la fiesta esa noche con su presencia. Le acompañaban numerosas personalidades de la Administración Colonial y sus respectivas cónyuges. Éstas, con las ocho o diez señoras del entorno de la bahía, pusieron en la velada una nota de interés y colorido.

El edificio presentaba un aspecto deslumbrante e imponente. Estaban encendidas todas las lámparas de salones y galerías. La luminosidad alcanzaba un área considerable. Cuando Alfonso se dirigía a la fiesta y lo contempló desde la parte baja de San Carlos, le recordó a los bellísimos transatlánticos italianos que tuvo ocasión de ver desde lejos en las noches atlánticas; eran objetos incandescentes en la inmensidad

oceánica de las rutas que seguían hacia América. La aureola de resplandor de la Administración iluminaba la selva inmediata y reverberaba en la superficie de la bahía. Le hubiera gustado comprobar, si como la luz del Sol, penetraba en los bancos de coral.

En el salón de recepciones alternaban señores de Santa Isabel y finqueros de las comarcas de San Carlos, pero se apreciaba un gran contraste entre los de la capital y los del bosque: circunspectos, pálidos y comedidos aquéllos, y curtidos por la intemperie, rudos y locuaces, éstos.

Las señoras, buscando la brisa que llegaba del mar, se instalaron junto a uno de los grandes ventanales que tenían por telón de fondo los cuarteles de la Guardia Colonial, el Hospital y la bahía. Charlaban animadamente, hablaban todas a la vez (una peculiaridad muy latina) y se reían con ganas. Formaban un grupo atractivo y homogéneo.

Los boys (soldados negros vestidos de blanco) iban y venían con bandejas repletas de bebidas refrescantes cargadas de hielo.

A las 12 de la noche, el Gobernador y buena parte de su séquito se despidieron de la fiesta discretamente. (Cuando Alfonso ya residía en Santa Isabel comprobó que en los bailes del Casino también se marchaba pronto. Él sabía cuánto condicionaba su presencia). Varios de sus acompañantes —por fortuna incluidas las señoras—, se quedaron hasta las primeras luces del alba. Ello les permitió ser testigos de excepción de un espectáculo que con toda seguridad quedó grabado en su espíritu para siempre: entre el Pico de Santa Isabel y las cumbres selváticas de Mioko, la aurora, somnolienta y virginal, mostraba sus bellísimos radios de colores luminosos a la bahía.

A partir del momento en que se fue la primera autoridad de la Colonia se depusieron las actitudes rígidas y se estableció una franca camaradería, una general libertad de comunicación, y las bebidas refrescantes dieron paso al güisqui y al champaña.

En el salón central se escucharon los primeros acordes de los boleros de moda emitidos por un tocadiscos. Las señoras abandonaron la galería, la reunión se descompuso, las dulces giselas se entregaron a la danza y algunos varones, a la palabrería y al alcohol. Alfonso se ausentó del baile disimuladamente porque una bruja mayor de edad, más cercana a los cincuenta que a los cuarenta, enjoyada y muy maquillada, reparó en él y no dejó de asediarlo hasta que Alfonso, aprovechando una oportunidad, burló el cerco y se puso a salvo al final de la galería norte, confiando en que nadie lo importunaría.

Apoyado de codos en la balaustrada taladró la noche con los ojos de la imaginación y navegó por las riberas de la bahía; visitó *patios* y poblados, y se embriagó con la fragancia de los cafetales y de exóticas flores silvestres, que con el calor de la noche eclosionaban y expelían aromas que inundaban el mar y la costa, y llegaban hasta la galería.

De su abstracción lo sacaron los africanos, agrupados abajo, en la calle. Hablaban en los más diversos dialectos y no se perdían las incidencias de la fiesta. Hacían comentarios infantiles y a menudo, jocosos. A su modo también se divertían porque todo lo que tiene visos de jolgorio los anima. Algunos lo saludaron pronunciando su nombre.

Contrariado, percibió que alguien se aproximaba con pasos sigilosos. La bruja se apoyó en el antepecho a escasos centímetros de él. En una



mano llevaba una copa de champaña, y en la otra mano un güisqui con sifón y hielo, que le ofreció con un gesto natural, al parecer exento de propósitos. A la sensibilidad del adolescente llegaba el perfume delicado y excitante que exhalaba la dama. La miró directamente. No la conocía personalmente. Sabía que se llamaba Luisa, que residía en la costa de Batete y algún domingo la vio en la Misión. Estaba casada. Su marido era propietario de una finca de café a la que dedicaba esfuerzo y tiempo; incluso el que debía a su esposa... Eso se comentaba.

Después de algunos segundos de silencio, en los que la señora observó porfiadamente la cara del muchacho, tal vez intentando penetrar en su mente a través de los ojos, inició el diálogo. Su decir era fluido y la voz agradablemente cálida. Demostraba un gran dominio del arte de conversar, porque de cosas intrascendentes hacía un tema fascinante. Él estaba pendiente de sus palabras y desde un principio se interesó en lo que decía y en cómo lo decía. También ella se sintió atraída por la vehemencia con que Alfonso exponía sus razonamientos en un lenguaje sin artificios. Pero era doña Luisa quien llevaba las riendas de la conversación y suscitaba los temas. Entre otras muchas cosas sorprendentes, la señora confesó que lo había visto varias veces en la Misión, y sabía de su soledad y de la amistad que le unía a las negritas de las costas de la bahía. <<Eres muy malito Alfonso, muy malito>> — terminó en tono de amistoso reproche.

Entrada la madrugada se ausentó Alfonso una vez más para ir en busca de bebida. Al regreso informó a la que ya era su amiga que su

marido dormía profundamente en un sofá, y las señoras de Santa Isabel, añadió, estaban a punto de marcharse.

En el momento de la despedida, doña Luisa le arrancó —admite Alfonso que con poco esfuerzo—, el compromiso de visitarla cada vez que navegara hacia las playas de Batete. La amistad que nació aquella noche entre ambos la sellaron con un intercambio de expresiones afectuosas: las de él, inexpertas; las de ella, sabias. Alfonso se sintió, consciente de su inexperiencia, avecilla indefensa en las garras de una experta rapaz. Cuatro o cinco días después le hizo la primera visita, preludio de muchísimas más.

En aquellos benditos años, la vida en San Carlos transcurría apacible, monótona, y sin sorpresas ni cambios sustanciales. Las cinco o seis señoras residentes en la villa se reunían todas las tardes con las monjitas del Hospital y con los padres misioneros, en un aburrido intercambio de chismes y confidencias, pero sin alcanzar la calificación de intrigas. Llevaban, eso sí, un registro donde anotaban la *mininga* de cada blanco de las plantaciones. Los boys de las fincas bajaban de compras a San Carlos y ponían al corriente a los colegas, que a su vez informaban a las señoras sobre la vida y milagros en los *patios* del interior. Un puritanismo irracional impedía a aquellas mujeres blancas comprender y admitir que un hombre aislado en el bosque, obligado a soportar la dureza de una existencia íngrima, necesitaba del calor humano de una Venus, aunque ésta fuera de ébano.

De Alfonso también decían cosas. Dichas damas forjaron una leyenda en torno a su persona, mitad verdad, mitad leyenda, pero no le afectaba en absoluto porque entendía que de algo tenían que hablar, ya que las novedades escaseaban. Y porque estaban persuadidas de que los temas intelectuales son impropios de señoras que se precien de serlo. Justificaban así su propia ignorancia.

Doña Luisa, su reciente y única amiga blanca, le informaba cumplidamente de los “ecos de sociedad”. Como quiera que se aburría soberanamente en la finca, cuando tenía oportunidad se desplazaba a

San Carlos y visitaba una por una a todas las europeas. Éstas la imponían de los pormenores de la villa y ella informaba de la intensidad de los vientos reinantes en su demarcación... Cuando le hablaban de Alfonso, si lo que oía no era de su agrado o lo consideraba improbable, lo exculpaba hasta donde era posible. Sentía un gran afecto hacia él y no ocultaba a sus amistades que era su protegido; una futilidad que sonaba muy bien. Ciertamente doña Luisa apreciaba las singularidades y el carácter del efebo. Era la única blanca que no desaprobaba los vínculos de amistad que le unían a las africanas de la bahía. Más de una vez se ofendió con ocasión de oír el epíteto que sus muy caras amigas aplicaban al chico: que estaba perdidamente ennegrecido porque su vida privada distaba mucho de ser irreprochable.

Después de las tres o cuatro primeras visitas de Alfonso a la finca, doña Luisa ya no disimulaba su alborozo, no ocultaba su exultación cuando lo veía llegar, y apoyada en el brazo de “mi niño” —le gustaba decir—, iniciaban cortos paseos que les llevaba a la playa a través del cafetal. El rumor de las olas debía tener algún sortilegio que influía en el estado psíquico de la dama, porque no tardaba en experimentar la tortura de urgencias irreprimibles... <<¡No sé qué haría sin ti, ángel mío>> —suspiraba con pasión rejuvenecida.

Entre sus humanas debilidades, que algunas tenía, había una que delataba su inclinación a la lascivia: con harta frecuencia pedía al muchacho que le hablara, sin eufemismos, de sus aventuras amorosas en los poblados y calas de la bahía. Si le relataba, en tono intencionadamente provocativo, alguna de sus vivencias más excitantes

con las africanas, a las pupilas de la dama asomaban destellos de incontrollables tormentas interiores que se traducían en deseos apremiantes e inaplazables...

Doña Luisa era una mujer sabia que instruyó a Alfonso en la manera de servirse de muy variadas formas y estilos de amar. Lo inició en la obligada búsqueda de los puntos erógenos del cuerpo de una mujer. Doña Luisa ofreció el suyo al adolescente para que practicara en él. <<Pero no olvides que los puntos más excitante de una mujer, con los que se gana su favor, son la caballerosidad y la ternura>>.

Inopinadamente, un domingo empezó a contarle cosas de una sobrinita que residía en Montilla, provincia de Córdoba. Decía de ella que se había educado en un internado para señoritas; era preciosa, esbelta, morena, femenina y con una fascinante gracia andaluza. Ese fue por su parte el tema de conversación durante varias semanas. De la “niña de mi corazón”, de su adorable Eva María, Alfonso llegó a conocer casi todo: discreción, hablar ceceante, y las pulsaciones de su corazón en estado de reposo. Pero doña Luisa, tal vez por omisión involuntaria, nunca hizo mención a la edad de la descendiente de los califas. Él tampoco se lo preguntó.

Otro día le confió suspirando que cuánto le gustaría que se viniera a vivir con ella. <<¡Me siento tan sola en el cafetal cuando tu no estás! En una plantación que sin duda será para ella, porque como tú sabes, Alfonso, no tenemos hijos ni otros sobrinos>>.

—Luisa, ya sé que no tenéis hijos, pero si en este momento me confesaras que sueñas con ser madre, ¿quién nos impediría que lo fueras...?

—Calla Alfonso; calla y no seas loco... ¡Dices unas cosas...! —reía ostentosamente excitada.

En una de las visitas encontró Alfonso que tenía el rostro radiante. Le dio a leer una carta reciente recibida de Eva María. Le comunicaba —apreció que la caligrafía era firme y la expresión culta—, que por fin se había hecho el ánimo y estaba decidida a trasladarse a Fernando Poo.

Con la carta en las manos, doña Luisa le participo que contaba con él para iniciar a su niña en las costumbres coloniales. <<Naturalmente, sin pasarte>> —puntualizó en un tono que sin ser severo, tampoco era festivo. Él guardó silencio. Pensó que al precioso tiempo que perdía con ella habría de añadir el de llevar de la mano a su sobrinita. Admitía que le había tomado el gusto al papel de consolador de sus soledades pero no le parecía digno. Reconocía que la dama de Batete era una mujer diestra, tenía una gran experiencia en muchas cosas, un saber hacer que le fue transmitiendo a cambio de la dedicación de algunas horas de su adolescencia, pero en su fuero interno sentía la desagradable impresión de que lo estaba usando.

Alfonso le perdonaba esa sospecha porque era una mujer con estilo, a pesar de que su cuerpo, indudablemente bello alguna vez, había perdido la tersura nacarada de la que sin duda hizo gala en otra época de su vida. Sin embargo, como quiera que la celulitis aún no había empezado a hacer estragos en sus muslos, todavía conservaban ardor y

firmeza. Pero el ardor y resolución de su amiga no podían competir con las muchachas kombes o bubis de la bahía, a las que Alfonso estaba deseando volver. El motivo era que en poco tiempo había superado la emoción y la fascinación que le produjo el cuerpo de una mujer blanca, siendo el de doña Luisa el primero que se le ofreció a la vista y al tacto. Las africanas jóvenes de la bahía eran de ébano, de ébano macizo y sin pulir, pero por eso mismo tenían más autenticidad.

No obstante, en honor a la verdad, independientemente de su incipiente declive físico, tenía tanto carácter, que sabía sobreponerse a la devastación progresiva que causa el paso inexorable del tiempo. Doña Luisa era una mujer notable.

Mas por lo visto estaba escrito que la luna de miel no habría de ser duradera. Un día, varios meses después de haberse conocido, Alfonso inició una retirada estratégica. El pretexto no fue que estuviese harto de oírle hablar de su sobrinita (que todavía no se decidía a viajar a Guinea) ni porque se sintiera desplazado de su afecto, sino porque su amiga recibía últimamente la visita del señor A.T.P., finquero acaudalado y vecino de plantación. Tuvo la impresión, tal vez infundada, de que su llegada interrumpía algún tipo de confidencias.

Nunca le agradó el señor A.T.P. No lo conocía demasiado pero sí lo suficiente para recordar que jamás pudo vencer la aversión que le inspiraba. El hecho de ser rico no lo excusaba de ser arrogante y poco ilustrado. Tampoco se identificaba con su edad, sexagenaria. Como intuyó que “algo olía a podrido en Dinamarca” hizo mutis por el foro elegantemente. Se retiró porque le pareció una determinación digna y

porque creyó que doña Luisa lo había suplantado por A.T.P. Un cambio, pensó, poco ventajoso para ella...

Así las cosas, a doña Luisa, que entre otras “virtudes” tenía la de ser deliciosamente voluble y adorablemente intrigante, por lo visto se le extraviaron en los recodos de su frágil memoria los proyectos en los que le tenía asignado el papel de acompañante y protector de su sobrina: cuatro meses después de su última visita a la plantación, coincidiendo con el final de la estación lluviosa, se difundió por San Carlos una noticia tan insólita e inconcebible, que lo turbó. Al parecer, “la niña” estaba a punto de llegar y venía casada por poderes con A.T.P, el millonario plantador. Aunque se da por hecho que en el África negra hasta lo más inverosímil es posible, él no lo creyó. Pensó que alguien en pleno delirio de un ataque palúdico imaginó tamaña aberración y la divulgó.

Pero la certeza, real y absoluta, estaba avalada por la invitación de boda que recibieron todos los blancos de San Carlos y de la comarca de Batete. El mismo día de llegada de la muchachita se celebró la Confirmación en la Misión, en una solemne ceremonia oficiada por el padre Bernardo, y amenizada por el coro de la capilla del Hospital, formado por dos monjitas blancas y varias enfermeras negras.

Cuando un año más tarde fijó la residencia en Santa Isabel, Alfonso supo de hechos ignominiosos, de veleidades, egoísmos y traiciones, alguna de las cuales lo hirió. Pero hasta que se produjo el episodio triste de San Carlos no imaginaba que cosas así pudiesen suceder en un mundo que creía limpio. Pensó, airado consigo mismo, que no supo descubrir, en los numerosos diálogos que mantuvo con la dama del cafetal de Batete, la



complejidad de su carácter, el espíritu que la animaba y la ambición desmedida que escondía tras su maquillado rostro. Por aquellos días soñó que la boda era un sacrificio que se ofrecía a los dioses africanos; vio a la virgen vestida con blanca túnica, tendida de espaldas en las piedras paganas del templo sangriento, aguardando aterrada al sumo brujo que la inmolaría. Despertó bañado en sudor.

Las comadres de San Carlos hablaron durante mucho tiempo de la ostentación y riqueza del feliz enlace. Como el finquero no tenía familia, alguien con experiencia debía ocuparse de la organización del acontecimiento; de los mil detalles de antes, durante y después de la boda. Doña Luisa se ocupó de todo. Desplegó una actividad y un saber hacer, ordenar y dirigir, que mereció el agradecimiento del novio y la felicitación de los asistentes al banquete nupcial, ofrecido en la mansión del finquero afortunado.

Alfonso no asistió —desoyendo por primera vez la autorizada opinión de su tutor—, por una cuestión de escrúpulos. Además, lo torturaban deseos incontenibles de vomitar, y una inmensa tristeza, por la forma en que seguramente fue embaucada una joven a la que él no conocía ni por fotografía, pero a quien imaginaba adolescente y candorosa. La tía, a pesar de su verbosidad, nunca le dejó entrever si la jovencita a la que desde un principio fue designado instructor y cicerone, era niña o mujer. Le daba asco todo aquello y procuró olvidarlo. Y lo olvidó.

Por entonces comenzó la estación de sequía, los seis meses de grandes calores. De las plantas nacidas en las pasadas lluvias brotaban

ahora flores nuevas con perfumes exquisitos. Los cacaotales, las selvas y los bancos de coral de la bahía recibían alborozados el sol nuevo, y los frutos empezaban a mostrar colores ocres y anaranjados, vivos. Alfonso, a bordo de su cayuco *Tempestad*, reanudó sus actividades deportivas por el mar de la costa.

Hizo algunas salidas hacia el litoral de Batete; hasta las playas adonde llegaba la plantación de A.T.P, porque eran las más bellas del suroeste de la isla. Solía ir muy cerca de tierra para que le llegara la fragancia de la flor del cafeto, tan intensa como la del *lilán-lilán*. Y con el calor y el sol empezaban a florecer los cafetales.

El recorrido terminaba en una caleta de aguas transparentes e inalterables. Dos promontorios rocosos le daban forma de herradura. Iba a ella con frecuencia porque era de arenas finas, aunque negras, y recoleta. Recibía la sombra de aislados grupos de bambú, cocoteros y rocas con profundas cavidades en las que se guarecía para protegerse del sol después de nadar.

Uno de aquellos domingos, al doblar el primero de los promontorios para abordar la cala se quedó sin pulsaciones, se sintió conmocionado y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al agua. En la playita, a pocos metros de distancia, se mostraba a sus ojos incrédulos una frágil criatura, una delicadísima joven con las facciones tristes y la palidez de la melancolía. Era esbelta y morena. Se aderezaba con un vaporoso vestido blanco que el viento del mar adhería a su cuerpo, resaltando todas y cada una de las ondulaciones de su escultural figura. Tenía en las manos una pabela de finísimo encaje que había dejado en libertad la negra melena,

que le caía en cascada sobre los hombros, desnudos. Imaginó que aquel ser ilusorio no era de este mundo, donde casi todo es imperfecto, sino una ninfa de los bosques y de las aguas, que había tomado figura de mujer para seducirlo con quién sabe qué pérfidos propósitos. Su única distracción le pareció que consistía en ver morir las olas a pocos centímetros de sus pies, descalzos. Cuando las más impetuosas intentaban besarlos daba hacia atrás graciosos saltitos de antílope. <<Realmente —despertó—, aquella adolescente no puede ser otra que Eva María, la recién casada, la sobrina de doña Luisa>>. Hipnotizado por la alucinante visión no se atrevía a respirar, temeroso de que las ondas emitidas por su aliento deshicieran el hechizo.

Embelesado con el divertido juego en el que tomaban parte la espuma blanca de las olas y los pies de la abstraída muchacha, se olvidó de que la única prenda que vestía entonces y siempre que se hacía a la mar lejos de San Carlos, era un estrecho cinturón de piel de boa del que pendía su inseparable cuchillo de doble filo. El bañador y la camisa estaban cuidadosamente plegados en la proa del cayuco. Cuando el mar estaba tranquilo, tal que aquella mañana, le gustaba ir de pie desafiando las leyes del equilibrio. Se hallaba muy próximo, a una veintena de metros, cuando la joven levantó la mirada y lo descubrió. Lanzó un grito. Alarmada y mortalmente pálida huyó veloz, e ingrávida, se internó en el cafetal. En la arena quedaron las huellas precipitadas de unos pies diminutos. Cuando Alfonso se recuperó del choque emocional y reparó en su desnudez integral se sintió violento. Las manos, con un impulso

instintivo y pudoroso quisieron remediar la situación, pero ya era demasiado tarde.

Otra mañana, tres semanas después del incidente de la playa, penetró en la factoría una señora muy joven y singularmente hermosa. De aspecto reposado y noble, vestía con exquisita distinción y sus andares eran juvenilmente elásticos. <<Me hallaba próxima al comercio cuando me sorprendió la repentina lluvia que está cayendo...>> —se justificaba ante los dependientes, negros. Alfonso abandonó apresuradamente la oficina y salió a su encuentro, porque tratándose de una mujer blanca estaba obligado a recibirla y ponerse a su disposición. Se tocaba con una amplia pamelita, pero aunque le ocultaba una parte del rostro no le privó de reconocerla y de la fugaz visión de unos grandes, aunque tímidos ojazos árabes. La saludó y le dijo su nombre con estudiada naturalidad. Supuso que al verlo lo reconoció asociándolo a recuerdos turbulentos, porque se le pusieron las mejillas al rojo vivo, y un instante después se tornaron intensamente pálidas.

Se puso a hojear los libros que estaban a la venta en una de las vitrinas al efecto. Compadecido, advirtió que persistía la palidez del rostro y que era incapaz de controlar la perturbación de los senos, que oscilaban con excitante vaivén.

Después de dos o tres minutos que le debieron parecer siglos se notó recuperada. Recobrado el aplomo se volvió hacia Alfonso y con voz suave le dijo que no sabía ciertamente si le conocía. Él le respondió que no, que no podía conocerlo porque no asistió a la confirmación de su enlace matrimonial. Ella deseó saber por qué, y lo inquirió con extrañeza y

humildad. <<No me fue posible, señora>> —le dijo. Le refirió que en aquella fecha coincidente, anualmente, el pueblo bubi contaba con él para presidir los actos rituales en recuerdo de las doncellas bubis que desaparecieron trágicamente en aguas de la bahía. <<Una ceremonia muy emotiva, aunque triste, en la que depositamos las flores más perfumadas y de colores más bellos sobre el collar de rocas negras que circundan la Isla de las Vírgenes, lugar donde perecieron. Ahora que ya sabe las causas le ruego comprenda que no fue una descortesía por mi parte>>.

Arreciaba la lluvia batiendo las cristalerías de la factoría, gemía el viento y aumentaba el brillo de sus pupilas a medida que escuchaba. Espontánea e irreflexiva —cual el niño al que se le narra un cuento encantador y apenas terminado pide que le cuenten otro—, le suplicó que le relatara más cosas del sugestivo mundo que le estaba descubriendo.

Y Alfonso le habló con fluidez y persuasión. La joven supo de sus grandes soledades, de leyendas, costumbres y ritos africanos; y de la noche tropical que cubre a la selva con un denso manto de tinieblas, bajo el que se realiza el milagro de la vida, del amor y de la muerte en las criaturas que la pueblan.

— Si usted supiera... —quiso añadir, Alfonso.

— Qué.

— ¡Si usted supiera cuánto lamenté no haber asistido a su boda! Me dijeron que sus ojos de novia feliz estaban iluminados por una luz más resplandeciente que la superficie de la bahía en horas de sol. Me dijeron que aquel día era usted la encarnación viva de Afrodita. Me dijeron que

las flores de azahar que adornaban el altar de la Misión Católica se marchitaron cuando la vieron. Me dijeron...

— No continúe, por favor... ¡Me hace tanto daño su ironía..! —lo interrumpió.

— Señora, yo nunca me permitiría... ¿Acaso no es cierto lo que me dijeron?

— Ha dejado de llover —dijo en tono impersonal.

El casual reencuentro en San Carlos desbarajustó su existencia apacible. Vivía seriamente preocupado. Por primera vez en su vida le quitaba el sueño una mujer. Mas se dijo a sí mismo, solemnemente, que el motivo no se debía a un sentimiento afectivo en el que se hubiera visto implicado el corazón, sino porque sentía infinita compasión por la muchacha. Muchas noches no podía cerrar sus cansados párpados porque hasta su conciencia semidormida llegaba el eco dolorido, la voz lejana de un alma afligida que, desde los promontorios de la playa de los cafetales de A.T.P., aquella donde quedaron las huellas de unos pies asustados, le confiaba al mar de Biafra sus infortunios.

Mediada la mañana de un día festivo puso la proa del cayuco rumbo a su cala particular. Remaba pausadamente, sin prisa, recreándose en la belleza del litoral, y, ¡oh fatalidad, ay destino mío...! —exclamó. Eva María estaba allí, sentada a la sombra de una palmera, con las piernas encogidas, abrazada a sus rodillas, cabizbaja, triste e indiferente a la naturaleza verde que la rodeaba.

El azar los puso frente a frente. ¿Fue el azar? Sea lo que fuere, sus almas se comprendieron, sus corazones se hablaron y descubrieron el amor.

En el transcurso inmensamente feliz de varios meses, todos los domingos, a la hora de costumbre Eva María estaba esperándole llena de ansiedad; unas veces a la sombra de los bambúes o de las palmeras, y

otras paseando descalza por la arena de la playa. Algunas veces penetraba en la espuma de las olas porque, decía, el frescor del mar le calmaba la congoja y el miedo que la paralizaba. Entre zozobras, esperanzas y sueños aguardaba su llegada.

— Eva María, algunas veces me pregunto por qué consiente tu marido que vengas sola a la playa —sintió curiosidad Alfonso.

—Eso es algo que nunca le he preguntado. Yo he organizado mi vida en función de mi desesperada soledad. Por otra parte, los sábados por la noche se reúne con sus compinches en alguna finca del entorno y juegan al póquer hasta que se hace de día. Necesariamente, los domingos se levanta tarde, a la hora del almuerzo. Esto es todo lo que puedo decirte.

En aquellos furtivos encuentros la impuso, porque ella se lo pidió, de cosas referentes a su vida, a sus pensamientos y sueños. Alfonso le abrió su alma para que penetrara en ella y la viera por dentro. <<¡Está tan limpia, es tan pura tu alma!>>... —dijo emocionada. Cierta mañana una inmensa dicha envuelta en lágrimas se mostró en sus ojos porque él le dijo que la amaba.

Otro día le confió el terrible secreto que por pudor guardaba: <<Si he llegado a ti doncella es porque sin terminar el banquete de bodas, con la casa llena de servidumbre e invitados, mi marido quiso que empezara a ser su esposa... No lo permití>> —confesó atribulada por el recuerdo. <<La pretendida acción me pareció tan sucia, innoble y baja que allí terminaron, sin haber comenzado, nuestras relaciones conyugales. La secuencia me produjo tanto asco, que cada vez que acude a mi memoria me entran incontenibles ganas de gritar. En tus brazos, Alfonso, he



superado el trauma que amenazó con provocarme una aversión irreconciliable hacia los hombres. Por eso ahora me siento inmensamente dichosa. Tú me has rescatado de un ensueño de horrores y pesadillas y al despertar me has mostrado el maravilloso panorama de tu vida>> —se sinceró.

Tenemos dieciocho años y sabremos esperar, decía a menudo. También le gustaba recordar <<las conmociones que experimentó mi cuerpo a partir del instante en que te vi desnudo. No podía, ni quería, apartarte de mi mente, donde permanecías a todas horas. Tu imagen estaba a mi lado, en mi lecho, viva y palpitante; me quemaba tu aliento, pero cuando mis brazos se lanzaban a tu cuello no te hallaban. Tu apostura musculosa, provocativa y hermosa me quitaban el sosiego. Dormida te llamaba, y despierta sentía urgencias perturbadoras y sin importarme quién serías te deseaba...>>

Eva María le confesaba que notaba su fuerza en su debilidad, su coraje en su timidez. Estaba enamorada de él, le juraba, desde el día en que recibió de su tía la primera de tres o cuatro cartas que hablaban con entusiasmo de un muchacho blanco de San Carlos, al que protegía. <<Antes de conocerte, con frecuencia me hacía preguntas que llegaron a obsesionarme. ¿Cómo serías físicamente, cuándo te vería?, si es que te habría de ver alguna vez>>. Cuando en los diálogos salía a relucir el nombre de su tía se le demudaba el semblante y cerraba los párpados con fuerza para que no brotaran lágrimas que no quería verter porque sin duda tendrían un color muy triste y un sabor muy amargo. Doña Luisa nunca dijo cuánta dignidad, carácter y grandeza había en su sobrina.

Como el tiempo pasaba raudo, vivían intensamente las horas, como si fueran las últimas de sus vidas. Eva María le tomó el pulso al amor y se manifestaba posesiva y absorbente, desde aquella mañana en que experimentó los pavores de la iniciación.

Nunca se decidía a emprender el camino de regreso al patio de la plantación, distante doscientos metros a través del cafetal. Tenía que desprenderla de sus brazos, ayudarla a vestirse y ponerle en orden el cabello, para después decirle al oído: vete amor mío; anda, camina, te quiero, espérame el domingo.

Eran encuentros en los que se jugaban la vida. Él conocía los extremos a que se llega en Guinea por una cuestión de prestigio. Había en la isla antecedentes trágicos motivados por situaciones como la de ellos o por simples sospechas. Pero una desesperación suicida los armaba de temeridad para hacer frente a lo que fuere.

El boy que “casualmente” entró por entonces al servicio de los señores A.T.P. era un pescador kombe de San Carlos designado por papá Adolfo. El trabajo doméstico era indigno de un hombre de mar, pero su misión era la de estar en guardia, observar y callar. Y dar su vida en defensa de la señora si era menester.

Una tarde de entre semana, brumosa y triste porque los meses de lluvia habían hecho puntualmente aparición en el cielo ecuatorial, Alfonso acudió a la cita urgente de papá Adolfo en la casita del varadero. Por medio de “su hombre” en Batete le había llegado una misiva de la señora. Era breve y escrita apresuradamente. Le decía que no podrían verse durante algún tiempo. Según los médicos, el estado de salud de su

marido, anemia tropical y otras dolencias, aconsejaba tomar sin dilación el primer avión para España (así, con premura, avisa el trópico). Tenía la esperanza de que su estancia en la Península no fuera larga, y le pedía que mientras tanto no la olvidara. “Cuídate mucho, alma mía. Hazlo por ti y por mí” —terminaba.

Del Diario de Alfonso transcribo los siguientes entrecomillados:

“La tierra tembló bajo mis pies y deseé que me tragara”. “Dos días más tarde pasaron por San Carlos camino de Santa Isabel, donde tomaron el avión de la recién inaugurada línea aérea de Iberia”.

DESPUÉS que Eva María se marchara a España, el regreso del hijo pródigo al seno de sus amigos africanos fue motivo de supremo regocijo. Su reaparición en la isla de las Vírgenes marcó en la vida de sus amigas un antes y un después de su primera aventura sentimental con una mujer blanca, enamorada, y como él, joven.

Nuevamente reanudó sus hábitos donde quedaron interrumpidos algunos meses antes. Al atardecer de cada día visitaba la casita del varadero, o se sentaba plácidamente en la punta del pantalán del puerto, con las piernas colgando y los pies a pocos centímetros de las olas. Le gustaba contemplar los fuegos fatuos de la bahía cuando se ponía el sol. Entonces, el plancton y los seres que pueblan las aguas vírgenes le daban a la superficie una fosforescencia en la cual le hubiera gustado

sumergirse. El pantalán era el lugar donde más fácilmente pensaba en el futuro o se adentraba en los recuerdos. A menudo pensaba en Eva María y en Beatriz.

Cuando la oscuridad de la bahía se hacía impenetrable miraba con nostalgia la costa de punta Cabras e imaginaba otros fuegos, los de las fogatas del poblado bubi; a sus gentes en la puerta de las cabañas atrapando el aire húmedo de la noche. Los añoraba y soñaba con el domingo.

El domingo, según su costumbre asistía a misa primera, pero una vez acabada, alegando excusas razonables rechazaba la invitación que hacía el padre Bernardo a los europeos asistentes a la ceremonia religiosa, (consistente en una tacita de chocolate, con bizcochos elaborados por las monjitas del hospital), y partía raudo hacia la casita de papá Adolfo. Transcurrido un rato en su compañía y en la de mamá Mercedes, se embarcaba hacia la libertad. A mitad de camino entre San Carlos y la costa se iba desprendiendo de una vestimenta que lo asfixiaba.

Las misas de los domingos en la Misión eran muy chocantes. La primera tenía lugar a las ocho de la mañana. Los habituales se agrupaban a la sombra de grandes árboles próximos a la entrada del templo. Charlaban con el padre Agustín haciendo tiempo a que llegara el “virrey” de San Carlos, señor Pedraza, vestido con uniforme blanco de oficial de la Guardia Colonial. A pesar de que la Misión sólo distaba doscientos metros de la Administración, llegaba en coche, conducido por un chofer negro, militar. Entraban y se sentaban en los primeros bancos reservados a los europeos. Daba comienzo el Santo Sacrificio de la misa. Al mismo

tiempo que la voz grave del padre Bernardo, se oían en todo el ámbito sagrado los abanicos de las señoras, cuyo ritmo trepidante recordaba el aleteo del colibrí. Es obvio que a la vez que los abanicos se escuchaba el estridente ruido de la abundante bisutería.

Los europeos deseaban que la misa terminara cuanto antes, porque los efluvios que les llegaba de los bancos de atrás no respondían precisamente al perfume del *lilán-lilán* o de los cafetales. Era frecuente además, que cuando un sexto sentido, en guardia permanente, detectaba la presencia de una mosca tse-tsé, desviaban la atención que prestaban a la Santa Misa y la ponían en el vuelo rasante de la mosca, con mayor motivo si cuando se posaba tenía las alas cruzadas.

El ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción o de la Purísima, marcó la trayectoria del futuro sentimental de Alfonso con mujeres africanas.

El día señalado Alfonso no se esperó, una vez más, a la tertulia de la Misión después de la misa. Sentía una ansiedad inusual, una sensación desconocida, inexplicables ambas, que lo apremiaban a emprender la ruta de la isla de las Vírgenes sin dilación. Remó con fuerza. A pocos golpes de remo descubrió una corriente que corría impetuosa en dirección norte. La abordó decididamente y con poco esfuerzo arribó a la isla mucho antes que otros días. Cuando algunos minutos más tarde se incorporaron sus amigas se sorprendieron de que se les hubiese adelantado.

Aquella mañana formaba parte del grupo una desconocida, joven y exageradamente bonita. Saltaba a la vista que su imagen no correspondía

a la de una mujer bubi. Por lo visto llegó al poblado la tarde anterior con el propósito de visitar a una amiga, que había abandonado Santa Isabel algunos días antes, muy enferma. Pero recibió la penosa noticia de que no la podría ver porque había ingresado recientemente en el hospital de San Carlos. Los padres de la muchacha le informaron de las dificultades que tendría para verla; impedimentos que se desprendían del tipo de enfermedad que padecía: tuberculosis. Ante el inesperado contratiempo decidió regresar a la capital al día siguiente. Pero la guagua que hacía el servicio entre la bahía y Santa Isabel no se detendría en la bifurcación con punta Cabras, como lo hacía habitualmente, hasta las tres de la tarde. Las muchachas del poblado pensaron que seguramente pasaría la mañana sola y aburrida haciendo tiempo hasta el paso del autobús. Una de las jóvenes hizo de embajadora de buena voluntad y en nombre de todas la invitó a la playa, convencidas, le dijeron, de que lo pasaría alegremente y se olvidaría de la pena que al parecer la afligía. La joven aceptó, gratamente sorprendida de encontrar simpatía y generosidad en aquellas adolescentes que vivían alejadas de núcleos de población mucho más civilizados.

Bastián, único varón que acompañaba a las jóvenes bubis como tantas otras veces, era hijo del jefe del poblado y su mejor amigo. Siguiendo el protocolo, ceremoniosamente, se apresuró a presentarle a la desconocida. Alfonso le tendió la mano al tiempo que pronunciaba las palabras usuales de “mucho gusto en conocerte”. La muchacha respondió al saludo con prontitud diciendo, <<desde la salida del poblado, tus amigas me han hablado tanto de ti, me han relatado cosas y hechos de tu

vida, tan extraordinarios, que ardía en deseos de conocerte>>... Con sus manos estrechando las de Alfonso y mirándole directamente a los ojos, repentinamente, con un impulso audaz y maravilloso, alborozada, se lanzó a sus brazos —que la recibieron—, pronunciando su nombre sin cesar: <<Alfonso, Alfonso, querido Alfonso>>... Su voz, su gracia, su sonrisa hechicera y su resolución la delataron: Beatriz, la dulce muchacha de Musola, la que lo llevó una mañana de domingo a conocer el cacao y un nido de ardillas diminutas y bellísimas; la inolvidable primera amiga de su breve infancia.

Se fundieron en un abrazo interminable. Superadas las primeras efusiones, sinceramente emocionados, juntas las mejillas y los ojos cerrados —los de Beatriz derramando lágrimas—, ésta dio paso a torrentes de palabras que se entrecruzaban con las de él en un diálogo imposible. El regocijo de Beatriz rayaba en exaltación, los ojos le brillaban, sus blanquísimos dientes se reían, y movía las manos —aquellas manos inteligentes que Alfonso conocía tan bien— con la mímica elocuente de los africanos. Unas veces gesticulaban y otras, posesivas, recorrían el cuerpo desnudo de su amigo, acariciándolo.

Alfonso se sintió halagado cuando le oyó decir que lo veía muy moreno, apuesto y alto. Codiciosa, exploró el desnudo integral del muchacho y reparó en el dragón flamante, que también vivía momentos de euforia. El tatuaje le confirmó lo que se comentaba entre los kombes de Santa Isabel: que un joven blanco de la bahía de San Carlos había sido adoptado por el pueblo playero, su pueblo. <<Pero nunca imaginé que se referían a ti, hermano mío>>, —dijo conmovida.

Después de dar a los presentes —que atónitos no daban crédito a lo que veían y oían—, las obligadas explicaciones de la emotiva escena, (de lo que se ocupó ella), se encaminaron en grata armonía hacia la sombra de las ceibas, dispuestos a escuchar cosas divertidas con las que seguramente les iba a deleitar Beatriz.

Instalados cómodamente la invitaron a que se desnudara también porque estaría más cómoda, le dijeron, y notaría menos el calor. Pero después de algunos segundos de duda decidió, pudorosa, quitarse sólo el vestido para quedarse en ropita interior. Alfonso, que conocía su personalidad, tuvo la sospecha de que su actitud no era sincera. Pensó que pretendía, sencillamente, exhibir un sujetador y unas braguitas de encajes y lacitos primorosos, prendas ambas tan blancas y delicadas, que causaron admiración en las adolescentes. Pero ante la general insistencia accedió.

Cuando la contemplaron desnuda pensaron que estaban ante un ser fantástico, aparición irreal por quien Mirón, Fidias o Policleto habrían dado algo muy valioso por tenerla de modelo. Beatriz poseía una escultura clásica. Cuando Alfonso la vio por vez primera a la sombra de la gran ceiba de Musola con el vestido blanco de tirantes, no se equivocó al pensar que sin duda sería muy bonita cuando fuera mayor. Era alta, delgada y de color negro achocolatado. Tenía estrecha la cintura pero las caderas no eran prominentes. No era ancha de hombros y carecía de la antiestética musculatura de las mujeres de la bahía, sometidas desde que nacen a trabajos que corresponde realizar a los hombres. Los senos le nacían más arriba de lo común en la mayoría de las muchachas que él



había visto hasta entonces; evidenciaban una acusada feminidad. No eran pechos pamues, bubis, nigerianos o hausas, es decir, cilíndricos y puntiagudos. Las tetas de Beatriz eran auténticamente bengas, redondas, con la forma y el tamaño de dos terceras partes del fruto maduro del árbol del pan, con una base tan firme que las oscilaciones eran imperceptibles. Alfonso hizo un esfuerzo desacostumbrado para apartar la mirada de aquel punto porque lo tenían hipnotizado y notaba que alguna parte de su anatomía gritaba torturada. Los glúteos tenían forma de pera y los muslos, sólidos, eran deliciosamente proporcionados a su estatura, separados en su nacimiento por un triángulo boscoso. Los labios exteriores, como las ninfas, eran ligeramente sonrosados y discretamente gruesos. Sus ojos lo atraían por grandes y por negros, por alegres y sonrientes, y porque su dueña no los apartaba de él. Los dientes, simétricos y blancos, seguramente que como los de las *morenas*, podrían hacer señales en el acero. La nariz, recta, también era benga. La naturaleza la había dotado de gran autoridad.

En un alarde de natural coquetería, entre grititos y exclamaciones de aprobación o rechazo, algunas chicas se probaron el sujetador —prenda que no usaban las mujeres de la bahía—, pero no las braguitas. En determinadas ocasiones y en interés común, Alfonso no tenía más remedio que hacer valer su autoridad de blanco. No le resultaba agradable, le producía náuseas, pero en conciencia, tenía la obligación de hacerlo. Por razones obvias no lo permitió: El calor y la humedad hacen de África un foco muy peligroso de enfermedades infecciosas.

Beatriz estuvo pocas horas en la isla de las Vírgenes, mas el tiempo que pasaron a su lado fue ameno, interesante e instructivo para las muchachas, pendientes —hipnotizadas— de cada una de sus palabras.

Sentados deportivamente en el suelo; los cuerpos desnudos acariciados por la brisa del mar de *Uquemanga*, y aspirando con profusión la quietud que se extendía como bruma matinal por aquella parte de la bahía, Beatriz les habló de múltiples cosas. De Santa Isabel, de sus amistades y, ¡cómo no!, de su ropero personal, adquirido en la tienda de modas, y de moda, de Paquita Morrás. Comercio, dijo, donde compraba toda mujer que se preciara de elegante. Ella poseía toda una colección de pamelas preciosas, especialmente una, confeccionada con encajes delicadísimos, haciendo juego con el vestido que llevaba puesto aquella mañana. A la sombra de los árboles les dijo que en la capital había un club social para negros de primera clase llamado Fernandino, y otro para europeos y negros emancipados, el Náutico. Había un tercero, el Riamba, ubicado en el Campo Yaoundé, al que sólo concurrían africanos de tercera categoría. Lugares de reuniones y bailes, pero sólo en los dos primeros servían alcohol. Ella no había estado nunca en el Náutico pero no tenía grandes deseos de visitarlo, porque según le decían las que estuvieron alguna vez, había mucho fingimiento en los gestos, banalidad en las palabras y frivolidad en el general comportamiento de las señoritas blancas, y no digamos de sus mamás. Ella se inclinaba por el ambiente del Fernandino, sobre todo las noches de sábado, cuando lo frecuentan los muchachos blancos. <<Entre los chicos europeos hay varios que son estupendos. Tengo amistad con tres o cuatro, ¡pero

ninguno es tan guapo como tú!>> —expuso seductora—. <<¡Cuánto me gustaría ir contigo al Fernandino! ¡Cuánta envidia iban a pasar algunas...! Entraría cogida de tu brazo y bailarías toda la noche conmigo, sólo conmigo>>. Y miraba a Alfonso con una perversa sonrisa a flor de labios. Sonrisa hechicera que cuando aquella singular criatura se lo proponía, era irresistible por su poder de seducción. Sonrisa que él tanto echo de menos en los años transcurridos desde que se alejó de Musola sin decirle adiós.

Con gran elocuencia hizo una brillante descripción de algunos lugares de la capital de la isla y de unos ambientes sociales que conocía perfectamente, aseguraba. Se refirió a punta Fernanda, a la calle Sacramentos y a la plaza de España; sitios muy concurridos a la hora del paseo en los atardeceres de la ciudad, cuando el calor declina. Decía que punta Fernanda es un frecuentadísimo paseo que discurre por encima de un elevado acantilado que se hunde en el mar; que con otro semejante, el de punta Cristina, resguardan al puerto por tierra y configuran la bahía de Biafra. El paseo está poblado de *lilán-lilán* y en las noches, cuando el viento llega del norte, la capital se inunda con el perfume de sus hojas. Los domingos por la tarde era la plaza de España una inmensa pasarela al aire libre, por donde desfilaban las chicas más guapas y mejor vestidas, blancas, negras y mulatas.

— También el domingo por la tarde actúa en la plaza la banda militar —prosiguió—, compuesta por soldados pamues bajo la batuta de un oficial blanco. La música no es muy variada, opinaba; casi siempre ofrecen un invariable repertorio pero el ambiente es festivo.

Excepcionalmente, el gobernador general sale al balcón del palacio y participa a distancia del bullicio. La actuación termina con la *maringa*. Eso dijo.

Por sus explicaciones supieron que la plaza de España es cuadrangular, formada por la Catedral, reconocida como la más esbelta de las iglesias del África ecuatorial; una parte de los almacenes Dumbo, del sirio José Náuffal; el edificio de Pradesa (la empresa que distribuía la colonia y los jabones TABÚ, de la firma DANA); el palacio del Gobierno, el edificio de la Compañía Colonial de África, (una de cuyas alas alberga el consulado de Nigeria); la Misión Católica y finalmente, el bar Chiringuito y los acantilados que miran al mar, sobre los que se asienta una artística balaustrada que permite apoyarse y contemplar cómodamente el panorama de la bahía y el puerto, sembrado de cayucos contrabandistas, de mercantes que acaso hay atracados y el cañonero Dato, vigía permanente. Al final de la baranda, rozando el borde de los acantilados, frente a la Misión Metodista y las oficinas de Iberia, está el cine Rosaleda.

—¡Si vierais, queridos amigos...! La plaza de España está poblada de altas y hermosas palmeras reales y para sentarse hay tantos bancos como regiones configuran el mapa físico de la metrópoli. Cada banco está ornamentado con el emblema de una región y están decorados con vistosos azulejos procedentes de un pueblo de Toledo que se llama Talavera de la Reina. Presidiendo la plaza, mirando hacia los horizontes del mar, hay una estatua de bronce sobre un gran pedestal, dedicada al

gobernador Ángel Barrera, (el que expulsó de la isla a las mujeres corisqueñas).

Inició un nuevo tema diciendo que las negras y mulatas más bonitas tienen amantes blancos. <<Muchas llegan a tener hijos, mulatos, claro, pero como los padres no los reconocen ni contribuyen a su educación, porque eso conllevaría hacer públicas unas relaciones prohibidas por el *Libro de la Palabra*, por la Iglesia y por un numeroso sector de la sociedad blanca, las madres los envían a sus poblados de origen para que los críen. El niño vive y crece como un nativo y cuando llega a mayor de edad sufre las inevitables consecuencias, los traumas que lleva inherentes el hecho de ser mulato. En África es rechazado por negros y blancos porque no es de uno ni otro color. En Europa, dicen, miran a los mulatos de otra manera, pero aquí son muy desgraciados —los varones, que no las hembras—. Todo ello a pesar de haber sido el padre, quizás, una personalidad en la colonia>>.

Muchos años después, Alfonso tuvo ocasión de comprobar la exactitud de las cosas que relató Beatriz y de las que oyó durante su permanencia en San Carlos: que Santa Isabel representa un edén idealizado con el que sueñan las muchachas negras que habitan en los poblados de la isla. Pero las inocentes, inexpertas y confiadas adolescentes ignoran que la capital es una trampa, un espejismo bajo el que se esconde la frustración de sus sueños. No saben que la gran ciudad es una selva inhóspita, sombría, y poblada de animales de dos patas, crueles y sin escrúpulos.

Cuando las jóvenes bubis llegan a Santa Isabel sucumben a la necesidad de subsistir. Sometidas a explotación por las traficantes del sexo, soportan vejaciones, trato inhumano, y sus gráciles cuerpos de gacela joven se deterioran, desaparece la sonrisa de sus labios, sufren las duras consecuencias de la inevitable prostitución y sienten el doloroso desencanto de las ilusiones rotas. Muchachas que a menudo son abordadas en las vías públicas por policías brutales, con la excusa de pedirles unos “papeles” inexistentes. Por tal sinrazón las detienen y las conducen a los barracones policiales, las dejan bajo llave y cuando llega la noche son violadas, ultrajadas por una caterva de gorilas uniformados, hasta dejarlas exhaustas y en muchos casos doloridas, porque algunas son muy jóvenes, casi niñas. Tan niñas, que las alcahuetas de la capital tienen en el colegio de nativas que dirigen las hermanas Teresianas, su mejor centro de proselitismo.

Son, en fin, jóvenes infelices que acaban nutriendo los grupos de prostitutas que visitan periódicamente los *patios* de las plantaciones para dar satisfacción sexual a una legión de braceros sucios. La vida de las jóvenes africanas que un día abandonan sus poblados seducidas por cantos de sirena, es dramática, patética. Nativas, que cuando alcanzan la edad de treinta años son ancianas decrepitas. Casi todas, cuando su efímera juventud y belleza se marchitan, terminan en el hospital o camino del exilio en los poblados, donde se reencuentran con unas formas de vida hostiles, cuyo arcaísmo les resulta insufrible. Para soportar en el poblado la poca vida que seguramente les queda recurren al incentivo de los recuerdos, obsesivos, y a unas ropitas blancas que se

ponen en los atardeceres para pasear entre palmeras, mosquitos y nostalgias. Ello les da, vistas a distancia, el aspecto de una aparición, de una sombra blanca que se desliza con pasos lentos e infinita tristeza. Los paseos por las proximidades de la aldea o por la desierta playa no se parecen en nada a los domingos de punta Fernanda o de la plaza de España, que pretenden recordar. Los vestidos blancos, en un ambiente tan distinto a aquel donde los estrenaron, más parecen mortaja de doncella que galas esplendorosas de otro tiempo. No obstante, algunas muchachas llevan con dignidad no exentas de distinción, los restos de sus antiguos modelos. Pero son las menos.

Como final de su brillante documentación, Beatriz habló de las singularidades de algunas etnias que concurren en Santa Isabel. Cosas tan peregrinas, que costaba creerlas, pero cuando Alfonso pasó a residir en la capital comprobó que eran ciertas, asombrosamente ciertas.

Decía, por ejemplo, que los annoboneses, (isla de Annobón), donde quiera que estén despiertan antagonismo en cualquier forma de contacto con las gentes de otras razas porque tienen un gran defecto: son irracionalmente altivos. Desde luego, dijo, son muy competentes en las cosas del mar, aman el mar y pueden presumir de ser inmejorables marinos.

— Así como los pamues de Río Muni —prosiguió—, forman los cuadros de la Guardia Colonial, los annoboneses componen las dotaciones del personal auxiliar de los barcos de guerra con misión en Guinea. Competentes engrasadores y fogoneros, su vida a bordo transcurre en los cuartos de máquinas y en trabajos de mantenimiento en

general; desempeñan puestos de camareros, de asistentes, y un sin fin de ocupaciones marineras. Visten uniforme blanco impecable y lo llevan con distinción y compostura. Los annoboneses son altos y delgados, y cuando caminan van dando bandazos a babor y estribar como los viejos lobos de mar. Pero tienen una propiedad tan extraña y original, que es única en el mundo, si exceptuamos al Brasil y Santo Domingo. Aunque a aquellos países de América llegó con los negros del África occidental en los remotos tiempos de la *trata*:

Desde los primeros momentos de la evangelización de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea por los misioneros claretianos, cuando los annoboneses son bautizados, los padres eligen para sus hijos nombres y apellidos que por asombrosos que parezcan, son aceptados por la Misión Católica y por el Registro Civil. Nombres y apellidos de hombres famosos, extraídos de la literatura, de la historia y de la actualidad, que conocen bastante bien porque con los combes y los bubis, conforman tres de las etnias más instruidas de cuantas concurren en la isla de Fernando Poo y Río Muni.

Cuando los distintos comandantes de marina se incorporan a los buques de la Armada surtos en el puerto de Santa Isabel, se sorprenden al ver en el Rol de a bordo nombres de marinos ilustres, políticos, grandes conquistadores, escritores y poetas célebres; actores famosos del cine y del teatro, y de toreros destacados. <<Conozco a varios —jóvenes, claro—, que llevan el nombre de generales de la reciente Guerra Civil española>> —informó Beatriz.



Efectivamente, una vez en Santa Isabel, Alfonso reconoció admirado los extensos conocimientos que Beatriz tenía del pueblo annobonés. En su lugar de trabajo, en CASA BAEZA, tuvo un dependiente de comercio —él le impuso de muchas de estas cosas— que respondía al nombre de Pablo Iglesias. Al jefe, que era franquista hasta la médula, le contrariaba el nombrecito... Si lo incorporó a los trabajadores del comercio venciendo prejuicios y aprensiones fue porque llegó recomendado por un oficial de marina, amigo de su hija Cameli. Los empleados blancos lo tenían en gran estima. A no ser porque con el tiempo regresó a su antigua ocupación en el cañonero DATO, habría estado en la empresa todo el tiempo que hubiese querido.

Conoció a un engrasador del barco de guerra, que cuando estaba franco de servicio se paseaba por las calles del Campo Yaoundé vestido con una túnica blanca, se ceñía en la cabeza un laurel y portaba una pequeña lira fabricada por él. Se llamaba Lucio Domicio Claudio Nerón.

Un muchacho que trabajaba en las oficinas de Correos, en sus horas libres nunca se quitaba la mano derecha de entre la camisa y el pecho, se cubría con un chambergo, imitación perfecta a los de la Revolución Francesa, y miraba a la gente con ofensiva altanería y severidad, a pesar de que en su trabajo era simpático y servicial. Se llamaba Napoleón Bonaparte.

Alfonso visitó un par de veces a un comerciante annobonés establecido cerca del campo de deportes. Se llamaba Vicente Barrera. La trastienda era un pequeño museo dedicado a la vida del famoso torero, gran estoqueador. Tenía tantas revistas y recortes de periódicos

españoles hablando del maestro, que ya no le cabían en las paredes donde las exponía. Nunca dijo quién se los proporcionaba. Alfonso tampoco se lo preguntó. En un buen trabajo de laboratorio le habían ampliado un gran retrato en el que aparecía vestido de luces junto al diestro.

Pero quizás el más original de cuantos conoció —todos muy populares y admirados en Santa Isabel— fue un simpático joven que trabajaba en el hospital general. Era un eficaz enfermero y muy apreciado por todo el personal sanitario, pero a menudo le surgían problemas que se desprendían de una serie constante de intrigas en las que era un maestro consumado. Disfrutaba enfrentando a los compañeros de trabajo, a los enfermos entre sí, y a los médicos con las monjas. No lo hacía con mala fe, sino porque se llamaba Yago, a secas, y creía que estaba obligado a comportarse como el intrigante personaje de OTELO.

Como sería exhaustivo reseñar a tantos y tan extraños individuos, solo añadiré, para terminar, el caso de otro muchacho. Vivía cerca de los pabellones de Gabriel Perdiguero. Se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra porque siendo niño, un tiburón pequeño le cercenó la mano izquierda, allá, en su isla de Annobón. Cuando le ocurrió el percance ya estaba bautizado con el nombre de Cosme Damián Churruca y Elorza, pero perdida la mano, pasó a llamarse como el inmortal autor de Don Quijote.

Llegó a Santa Isabel un obispo, que inmediatamente de conocer las costumbres annobonesas, ordenó a los misioneros que se abstuviesen de bautizar a nadie que siguiera las aberrantes —eso dijo— costumbres de

Annobón, sino que partiendo de cero, les pusieran el nombre del santo del día y apellidos con raíz annobonesa. Pero como a los pocos meses le informaron de que ningún annobonés se acercaba por las Misiones para acristianar a sus hijos, ni aun para asistir a misa, ante tan evidente oposición a su política reformadora, hubo de claudicar y admitir las costumbres de un África que aún no comprendía.

— Y lo verdaderamente notable es que no hay sucesión obligatoria de padres a hijos en lo que a nombres y apellidos se refiere. Por esa regla de tres, a menudo se da el caso de que Alonso de Ercilla es hijo de Santiago Ramón y Cajal, Miguel de Cervantes Saavedra es hijo de Maquiavelo, Rodrigo Díaz de Vivar es hijo de Antonio Alcalá Galiano, etc. Cada annobonés, además, estudia a fondo el personaje del que recibe honor su nombre, y lo imita en lo posible valiéndose de biografías y de la historia —puso fin Beatriz a las tradiciones de Annobón.

Beatriz dio por terminada su estancia en la isla de las Vírgenes. Si hubiera dispuesto de más tiempo quizás hubiese seguido hablando porque temas y facilidad de discurso no le faltaban, pero la quietud del mar, y un nutrido rebaño de delfines que merodeaba cerca de las rocas, invitaban al recogimiento y al silencio. En aquella hora, próxima al mediodía, ni un sólo cayuco surcaba la bahía, ni una voz, ni batir de alas interrumpían la quietud reinante. Débiles columnas de humo negro que se elevaban en el horizonte lejano, delataban la presencia de navíos que surcaban las aguas del golfo de Biafra.

El tiempo que pasó en la isla supo a poco a sus jóvenes amigas. Si de las ellas hubiera dependido lo habrían prolongado indefinidamente, pero Alfonso estaba deseando en su fuero interno que se marchara. Reparaba en las miradas de aquellas niñas, soñadoras y añorantes de cosas que aún no conocían, pero que por lo mismo, llevaban a sus corazones adolescentes inquietudes y deseos inalcanzables de momento. Pensó, afligido, que la historia de Beatriz se podía repetir... Las muchachas de punta Cabras estaban inermes frente a los modos de vida existentes fuera de los reducidos límites de la bahía que tanta seguridad les ofrecía. Creían, seguramente, que todos los blancos se conducían como Alfonso, que respondían a sus nobles sentimientos y comportamiento. ¡Cuán equivocadas estaban!

Eran las trece treinta horas cuando Beatriz, irrevocable, se puso en pie dispuesta a marcharse. Alfonso calculó que le sobraba tiempo, que aún era pronto, pero se abstuvo de manifestarlo. La despedida fue todo lo triste que era de esperar. En muy pocas horas, ¡quién lo diría!, aquella bruja de irresistible simpatía, aquella Venus de ébano, conquistó sus corazones. De una en una se despidió de todas con un abrazo prolongado. Cuando llegó a él le pidió, mimosa, que le diera escolta hasta la parada de la guagua porque le daba miedo, dijo, caminar sola a través de un bosque que había dejado de serle familiar. Según sus palabras, ¡cuánto había cambiado...! ¡Ella, que era una gacela, una ardilla, una muchacha identificada con la naturaleza en la que se movió en otro tiempo como pez en el agua! Alfonso prometió a sus amigas que sólo tardaría un rato

en regresar. Beatriz se vistió con la ropita interior y, posesiva, se apoyó en el brazo de su galán y partieron.

Se reincorporó a la islita cuando había transcurrido una hora y treinta minutos, y en ese tiempo —que justificó como buenamente pudo — los dos amigos del alma, aquellos otrora niños que trepaban a una ceiba para ver un nido de ardillas, ofrecieron al bosque que los ocultaba la más tierna, dulce y hermosa de las ofrendas, sobre un manto de hojas verdes de banano.

Como los guerreros en las horas de tregua que suceden a las batallas, tendido de espaldas y teniendo el busto de su amiga reposando sobre su pecho, le preguntó:

—Beatriz, ¿por qué te fuiste de Musola sin decirme adiós? ¡Nunca sabrás cuánto daño le hiciste a mi corazón de niño!

—Todos éstos años me ha torturado el recuerdo de la razón que me aconsejó tomar aquella decisión, aunque supuse que te causaría tristeza. Pero ahora ya no me importa decirte que las veces que nos vimos en el cacaotal hicieron soñar a mi alma adolescente. ¡Era tan bonito pensar en cosas...! Desde entonces no he vuelto a soñar.

Haciendo honor a la hospitalaria costumbre bubi, en el poblado le hicieron regalos de despedida consistentes en aquello que estaba al alcance de sus modestas posibilidades: ñames, malangas, yuca, huevos, mangos y aguacates. Y un gallo.

Beatriz, con un pie en los peldaños de la guagua, no se olvidó de darle la dirección de su casa. Vivía, dijo, en el Campo Yaoundé, cerca de la capital, en la calle donde se agrupan los kombes. <<No tendrás

dificultad para dar con ella porque en la puerta crece el único mango existente en la ciudad negra>>. Como era muy posesiva, le pidió, de la manera más solemne, que se reservara para ella. En justa reciprocidad le juró por *Uquemanga*, que en tanto él se incorporara al servicio militar en la Guardia Colonial, fecha de su traslado forzoso a Santa Isabel, daría a su vida una orientación distinta a la que había llevado hasta entonces. Él opinó que ese día aún estaba muy lejano, pero la muchacha arguyó optimista que dos años pasan pronto. Ponía como ejemplo los siete transcurridos desde aquel día feliz en que se conocieron, fecha, por otra parte, que le parecía reciente. Le prometió que se valdría de todos los medios a su alcance para estar en contacto con él. Se marchó triunfante, gozosa y palpitante todavía.

La muchacha kombe, Beatriz, cumplió ampliamente la promesa. A horas sumamente intempestivas, exponiéndose a un sol inclemente, hacía un recorrido bárbaro desde el Campo Yaoundé hasta la estación de autobuses de Vivancos, próxima a donde se inicia la carretera del aeropuerto. Y con los africanos (nunca africanas) que viajaban a San Carlos, que lo conocían, le enviaba recuerdos. En una ocasión le remitió con Pablito Góver, chófer de la guagua, una preciosa estatuilla de ébano que representaba a *Ayambe*. Él, por el mismo conducto le obsequió con MARÍA, lectura con la que combatió —le confió más tarde— la soledad de las horas y los días recluida en su casa, allá, en la ciudad indígena.

Sus contactos por medio de la guagua y cartas semanales no dejaban de tener riesgo porque en África, las relaciones entre blancos y negras

vuelan a los cuatro vientos como fuego favorecido por el siroco. Las inocentes ligerezas de Beatriz tal vez podrían ser motivo de que pronto se supiera en San Carlos que Alfonso tenía, adolescente aún, una amante africana. Afortunadamente, los dos empleados de Correos eran kombes e impedían que la correspondencia de Romeo y Julieta llegara a conocimiento del teniente Pedraza, que aun sin tener derecho, todo lo fiscalizaba. (La oficina de Correos ocupaba una de las dependencias del edificio de la Administración).

Beatriz le escribía de manera regular. Las africanas sienten debilidad por escribir y recibir cartas de amor. Ella no podía ser menos. Eran cartas interminables, escritas en kombe, con letra bonita, muy femenina. Cartas que empezaban invariablemente con *itondi yame*. En una de tantas hacía un extenso y muy notable comentario a la lectura de MARÍA. Decía que se identificaba con María y que con frecuencia le hacían llorar sus infortunios, que sentía como propios. A partir de cuando leyó la famosa novela de Jorge Isaacs, algunas cartas las empezaba con las palabras que al parecer tanto le gustaban: “Mi muy amado Efraín”. Unas cartas eran alegres, divertidas; un canto a la vida porque estaban hechas de sueños y risas; otras eran una balada triste donde su alma africana se mostraba al desnudo con toda su ancestral carga de pesimismo e inseguridad. En algunas cartas intuía Alfonso la soledad de su espíritu, la necesidad de palabras afectuosas, de ternura y de él. Quizá por ello no cesaba de suplicarle que le permitiera viajar a San Carlos aunque sólo fuese para verlo a distancia. Mas él no lo consideraba prudente y ella, sumisa, lo acataba. Pero Beatriz era benga, es decir, astuta, perseverante e

imaginativa. Lo convenció para que le autorizara a trasladarse al poblado de punta Cabras los sábados por la tarde. Durante bastante tiempo vivieron las mañanas de los domingos en la isla de las Vírgenes. Naturalmente, en aquellas ocasiones se alejaban de las amigas y buscaban la sombra y complicidad de los manglares, sitios ideales para vivir un amor primitivo. Beatriz se manifestaba absorbente, era un tornado, el mar alterado, una criatura que no tenía hartura. Alfonso comprobó que la muchacha era consecuente con su corazón, y sufría los estragos de las largas abstinencias de amor que se había impuesto cual cilicio. En los brazos del muchacho amado perdía la noción del tiempo, la medida de lo suficiente, y sobre la arena, extenuada, se olvidaba del mundo. Cuántas veces tuvo que recordarle: <<Amor, vístete, vamos, es la hora de la guagua..., te escribiré mañana>>. Aquella época fue la más feliz en la vida de Beatriz.

Una idea comenzó a crecer, obsesiva, en la mente de Alfonso: conseguir que Beatriz retornara a Musola. Aún no había pensado en los medios de que se valdría, pero de cualquier manera no estaba dispuesto a permitir que a lo mejor la obligaran a caminar de nuevo sobre el estiércol y la infamia, en el asfalto de las calles sórdidas de la capital del terror. Desgraciadamente nunca pudo realizar el proyecto. La fatalidad había concebido otros planes para ambos. Beatriz regresaría a Musola. Sí, volvería a “sentir” la sombra de la ceiba grande, pero en circunstancias impensadas. Ay... Si hubiese vuelto habría evitado los funestos sucesos que perturbaron sus vidas.



De momento, las cartas de Alfonso hicieron el milagro de resucitar en la muchacha antiguas ilusiones, esperanzas y renovados deseos de vivir para él. Eran cartas que excedían todos los sueños que se forjaron en el corazón adolescente de Beatriz. Sueños a los que con tanta abnegación, coraje y silencio renunció, porque su alma de negra le decía que era indigna de su amigo —eso escribió algunos años más tarde en momentos muy dramáticos—. Esa fue la razón de que se alejara de él, de su padre y de Musola.

UNA DOCENA de aldeas, habitadas por kombes dedicados a las faenas de la pesca, se alzan de trecho en trecho entre un bosque de cocoteros y palmeras que configuran la costa desde Bata a Río Benito. Son grupos de cabañas, que pese a estar hechas con madera de calabó y nipa, hacen frente con gallardía a la humedad, a los vientos atlánticos y a los tornados que proceden del mar abierto; porque de los que se gestan tierra adentro están protegidas por selvas y cafetales. Son cabañas más resistentes que las pamues de Río Muni, aunque elaboradas con iguales materiales. Pero es que así como el pamue es un haragán que a todo lo que hace le imprime un carácter de provisionalidad, el kombe se esmera en hacer las cosas perdurables, y las modestas viviendas, inmunes al tiempo, lo confirman. Incluso son más confortables y amplias, porque cuando el estado de la atmósfera presagia tornados huracanados, dan cobijo a los cayucos, varados como es natural en la arena de la playa, y distintos objetos relacionados con la pesca. Dichos poblados están comunicados por un angosto sendero que discurre entre dos filas paralelas y continuas de palmeras. En la mitad del trayecto Bata-Río Benito se levanta una modesta capilla de madera, en la que un misionero claretiano celebra misa, bodas, bautizos, comuniones y defunciones. Los hijos de los pescadores tienen libre acceso a las Misiones de ambas poblaciones.

Los kombes gozan de ser excelentes marinos, y sus medios de subsistencia desde tiempos ancestrales, proceden del mar. Sus útiles de trabajo son el cayuco, la *aatarraya*, los anzuelos y los tacos de bambú para pescar *aguja*s.

Son además un pueblo que siempre se ha conducido por principios patriarcales, bajo la égida de una indestructible e inalterable unión familiar. Es una etnia que desde tiempos muy remotos ha nacido y vivido en algún punto de la costa, frente a las olas. Pero a partir de los años cuarenta se produjo en la juventud adolescente una imparable emigración hacia Bata e isla de Fernando Poo, donde la formación adquirida en las escuelas misioneras les facilita el acceso a un puesto de trabajo en comercios y oficinas, visten a la europea y ya no se identifican con el mar, ni con ritos, creencias, tatuajes y costumbres primarias, que la mayoría de los africanos del golfo de Guinea aún no han superado. Se distinguen de otras tribus por su figura esbelta y rasgos fisonómicos delicados, herencia de los *bengas* de las sabanas.

Serapio nació en una de aquellas aldeas de pescadores; en la más próxima a Río Benito, llamada *Kinte*. Su infancia transcurrió libre y feliz junto a la de otros niños playeros. Por las tardes —habría de recordar muchos años más tarde con nostalgia— correteaba en la arena atrapando cangrejos de tierra y recibiendo en su cuerpo ágil la blanca espuma de las olas que iban a morir a la playa. Las mañanas transcurrían en el colegio de la Misión de Río Benito. No tenía la abultada musculatura de los pamues, pero ello carecía de importancia porque los kombes no realizan trabajos de braceros, rudos, si exceptuamos el ejercicio de los remos.

Muchacho inteligente, estudioso y de conducta ejemplar, no pasó inadvertido a los padres misioneros, en su labor de captación de vocaciones sacerdotales entre los nativos. Llegó un día en que uno de los profesores le propuso trasladarse a Fernando Poo e ingresar en el seminario de Banapá. Pero el páter dejó de insistir cuando Serapio, consecuente pese a su juventud, le dijo que no podía consagrar su vida a Dios por dos razones fundamentales: porque carecía de vocación y porque su sexualidad se manifestó impetuosa desde el principio de su adolescencia. A partir de aquel momento vio tanta hostilidad en el padre Larrea, superior de la Misión, que decidido, abandonó definitivamente el colegio.

Nunca sabremos si Serapio habría orientado su vida hacia la profesión tradicional de sus mayores. Pero sí sabemos que su futuro quedó determinado el día en que un muchacho de su edad, de nombre Alejandro y residente en Fernando Poo desde hacía varios años, regresó con tres semanas de vacaciones a su lugar de origen: Río Benito. Lucía traje blanco y corbata, y trajo consigo una flamante bicicleta, con la que recorría a diario el sendero Río Benito-Bata y viceversa. A menudo se detenía en los poblados del itinerario para dialogar con los jóvenes que le salían al paso, y con evidente deseo de exhibirse y exhibirla. Era una máquina resistente, negra, de fabricación inglesa, que causó admiración y despertó en muchos el sueño de poseer una igual algún día.

Serapio era un muchacho instruido que había superado ya la edad de la adolescencia y pensaba en cosas prácticas que importaban a su porvenir. Como la aldea y sus seculares formas de vida estaban

apartadas, a gran distancia, del rumbo que le trazaban sus aspiraciones, buscó con ahínco la amistad de Alejandro hasta encontrarla. Los dos jóvenes simpatizaron enseguida. Descubrieron que tenían ideas y gustos coincidentes, y en el transcurso de los días tuvo Serapio ocasión de oír de su amigo cosas asombrosas, referidas a Fernando Poo en general y a Santa Isabel en particular. Decía que la capital de la isla era una ciudad cosmopolita —expresión que Serapio oyó mencionar alguna vez, aunque no estaba seguro de su significado—. Alejandro no se olvidó de comentar ampliamente los ambientes que presidían la vida en Santa Isabel. Decía que cualquier persona joven con deseos de prosperar no tardaba en encontrar ocupación, siempre, naturalmente, que no se tratase de alguien amigo de lo ajeno, conflictivo o en proceso de civilización. <<Tu carácter reflexivo y la instrucción que vengo apreciando en ti, te proporcionarán un buen empleo, porque son las tuyas cualidades que escasean en el panorama laboral de Santa Isabel>> —concluyó.

En la motonave *Dómine*, que se dispone a zarpar de la playa de Bata con destino a la isla de Fernando Poo, vemos a Serapio, a Alejandro y a su bicicleta, instalados en la proa junto a numerosos africanos —protegidos del sol ecuatorial por un toldo de lona— que viajan sentados sobre cubierta o recostados en bultos voluminosos de ropa y otros muy variados enseres.

Algunas horas después de iniciada la travesía, apenas desaparecida en el horizonte la costa de Río Muni, Serapio conoció por primera vez el fenómeno racial del que había oído hablar, aunque afortunadamente sin haberlo sufrido: el desprecio que manifiestan los blancos de la parte

inferior de la escala social —como comprobó que era el caso de los marineros de cubierta— hacia los africanos, manifestado en un autoritarismo déspota y un vocabulario insultante, y a menudo, grosero. La bicicleta de Alejandro descansaba apoyada en la borda, en un punto donde no podía estorbar a nadie, pero la suerte adversa fue la causa de que cuando un marinero discurría cerca, un bandazo del barco la volcó y fue a dar en los pies del individuo. No le causó daño, eso es evidente, pero el desalmado cogió la frágil máquina y la lanzó contra la cubierta, donde quedó maltrecha. <<Blanco, ¿por qué, por qué has hecho eso con mi bicicleta?>> —exclamó Alejandro indignado. <<Ah, negro cabrón, ¿es que es tuya? ¿Si? Pues dame gracias porque no la echo por la borda y a ti detrás>>. Serapio aconsejó a su amigo que debería ponerlo en conocimiento de alguno de aquellos caballeros uniformados de blanco impecable, a quienes los tripulantes de rango inferior se dirigían con respeto. <<Serapio, sería inútil, no me escucharían. Los oficiales, a pesar de su educación y aparente caballerosidad, son inaccesibles a los negros>>.

Después de doce horas de navegación la nave se aproxima a la costa fernandina. Alejandro va señalando a su amigo puntas, cabos, ensenadas y bahías que constituyen los accidentes geográficos del noreste de la isla: punta Europa, punta Cristina, bahías de Venus y Biafra... Y finalmente, desde boyas contemplan la maravillosa tarjeta postal del puerto, protegido por elevados acantilados que unen punta Fernanda con punta Cristina en forma de media luna; vértices de la plataforma rocosa sobre la que se fundamenta Santa Isabel.

Los acantilados se hunden en el mar, perpendiculares, hasta profundidades ignoradas, a donde no llega la sonda, porque la bahía de Biafra es el inmenso cráter de un volcán. Pero la parte visible está poblada de una vegetación exuberante, de una mini selva de un verde lujuriante, que conforme al concepto que de la belleza tiene Serapio, le parece emocionante. Alejandro le mostró una fila de árboles gigantescos y ramaje denso, que ocultan y dan sombra a una calzada con escalofriante desnivel, conocida por *Cuesta de la Fiebre*, que comunica a la ciudad con el puerto.

Los combes son muy solidarios. El lema “todos para uno y uno para todos” es para ellos un deber sagrado. Ningún miembro de la etnia se siente desamparado si se halla temporalmente sin trabajo. Alejandro pronto entró en contacto con amigos que como él procedían de Río Benito. Una semana después de arribar a Santa Isabel, éstos le encontraron a Serapio un empleo de dependiente en la conocida factoría de Sendrós, ubicada en la calle Sacramento, próxima a la plaza de España. Vivió en la casa de Alejandro hasta que la empresa le acondicionó un alojamiento en un pabellón destinado a sus empleados africanos, cerca del lugar de trabajo. (La firma Sendrós tenía la central contable, no lo olvidemos, en San Carlos. En dicha localidad del suroeste de la isla poseía negocios de factoría, panadería, corresponsalía del Banco Exterior de España y una carpintería. También era propietaria de fincas de cacao y café).

Desde el primer momento Serapio le cayó bien a sus compañeros y al encargado blanco, don Luis Briones. El trabajo no era agobiante y le

parecía divertido, porque por el establecimiento desfilaban gentes de todas las edades y sexo; emigrantes de las colonias del golfo de Guinea y de las lejanas Sierra Leona y Liberia. Africanos que se expresaban en diferentes dialectos, constituyendo una babel desconcertante, pero poco a poco los fue dominando; especialmente el *pichinglis*, el más común porque lo hablaban los oriundos de Nigeria, más numerosos dado que constituían la mano de obra agrícola.

Serapio tenía muy desarrollada su capacidad de observación y percepción. En las horas libres se dedicaba a recorrer las calles y lugares públicos donde los negros tenían acceso y miraba las cosas con suma atención. Bata le parecía, en el recuerdo, una ciudad provinciana a gran distancia de las modernas edificaciones, plazas, paseos ajardinados y ambiente europeizado de Santa Isabel, capital y residencia del gobernador general de los Territorios.

Los club y bares africanos, en los que servían alcohol aunque de manera clandestina, ejercían sobre él una atracción irresistible, pero se abstenía de frecuentarlos, porque sensato y consecuente, entendía que el salario de varios meses lo necesitaba para proveerse de vestuario adecuado. Además, desde el principio se propuso ahorrar cuanto le fuera posible, porque a menudo soñaba con el día en que pudiese disfrutar de unas vacaciones, que como a su amigo Alejandro, le permitieran regresar a Río Benito. Seguramente, se decía, su nuevo aspecto personal y vocabulario, no pasarían desapercibidos a las muchachas combes de su edad. Se deleitaba acariciando estos y otros pensamientos y sueños de contenido similar.



Dos años habían transcurrido desde su incorporación a la vida de Fernando Poo y a la empresa Sendrós, cuando ésta dispuso su traslado a San Carlos. Debía sustituir a un dependiente pamue de la factoría, que recientemente había sido encarcelado por el célebre administrador de la zona, señor Pedraza. Según la información que le dieron los nuevos compañeros, el pamue en cuestión había sido sorprendido *in fraganti* sustrayendo dinero de la caja registradora. La sustitución sería indefinida, porque las condenas, aun siendo por faltas leves, eran largas en el tiempo. La Administración colonial no tenía trabajadores en nómina para realizar labores de chapeo y limpieza de las ciudades. Por lo visto, los presos eran menos costosos a los presupuestos del Gobierno... Lo ignominioso es que cuando se acometía la realización de alguna obra pública, como carreteras, todos los presos disponibles eran incorporados a la tarea, sin tener en cuenta que las penas que cumplían en ese momento acaso eran por faltas, que no por delitos. El dependiente de Sendrós, de la cárcel de San Carlos fue incorporado a los trabajos de la carretera Oloitia-Concepción que se estaba construyendo por entonces. La obra, que se prolongó durante varios años era, entre otras causas de enfermedad y muerte, un terrorífico vivero de lepra. El empleado de Sendrós, que no ignoraba la vida que le aguardaba, puso fin a su vida heroicamente poco tiempo después de ser incorporado a Concepción: se fugó del campamento, seguro de que iba a ser perseguido y abatido a tiros por los guardias.

La perspectiva de vivir definitivamente en San Carlos no desagradó a Serapio. Era la segunda ciudad de la isla en importancia. Disfrutaba de

un ambiente provinciano donde todo el mundo se conocía, dentro de una tranquilidad inalterable, aunque aburrida, porque no disponía de cines, clubes ni otras distracciones, si exceptuamos los *baleles* que se celebraban los sábados por la tarde a lo largo de la única calle-avenida de la localidad. Pero inteligentemente se adaptó con suma facilidad a su nueva vida. Sin ser insociable, pasaba no obstante por ser una persona solitaria. Y ello era debido a que con mucha frecuencia se le veía, en sus horas de asueto, deambular por el pantalán del puerto o sentado en el espigón de contención del mar, entregado tal vez a profundas reflexiones. Los domingos y otros días festivos nunca faltaba a la misa de ocho, para más tarde acompañar a los pescadores kombes de *atarraya*, voluntaria y desinteresadamente, en sus salidas al mar. Los dependientes negros de Sendrós gozaban de un prestigio y categoría social superior a los colegas de la localidad. Las mujeres se los “rifaban”, pero Serapio, que además de sensato era cauto, las aceptaba encantado por imperativos de su naturaleza, mas con ninguna se comprometía sentimentalmente. Su casa, situada en el *Campo Yaoundé*, en una calle donde se agrupaban los combes, recibía con calculada frecuencia la visita de amores fugaces, pero por lo mismo, intrascendentes.

Han pasado ocho años. El antiguo sendero que comunicaba Bata con Río Benito siguiendo la línea de la costa, ahora es una carretera de primer orden que posibilita el tránsito de vehículos de cuatro ruedas en ambos sentidos de las dos ciudades. El servicio de *guaguas* es diario, con parada obligada en todas las aldeas del itinerario,

La tarde del primer día de la segunda quincena de diciembre, en la parada que hizo en el poblado más próximo a Río benito, *Kinte*, el grupo de curiosos que nunca faltaba a la llegada del transporte público de viajeros, vio descender a un hombre cuya edad aparentaba veintiocho o treinta años. Su general aspecto y atuendo, del que formaban parte corbata, zapatos y salacot blanco, despertó el interés de los desocupados. Pensaron que tal vez sería alguien que llegaba de incógnito, porque cuando se apeó del coche no lo esperaba nadie. Dedujeron que se trataba de persona importante porque sacó del portamaletas buen número de bultos.

El viajero no era otro que Serapio, que regresaba a sus raíces feliz, emocionado y con alguna furtiva lágrima resbalándole por las mejillas. La gente mayor de edad lo reconoció, no sin dificultad, y la noticia se dispersó por la aldea a la velocidad del fuego favorecido por el viento. Cuando llegó a la puerta de su casa vio, gratamente sorprendido, que grandes y chicos, hombres y mujeres, se le habían adelantado para dispensarle una calurosa bienvenida.

Serapio, el muchacho que un lejano día se lanzó audaz hacia lo desconocido para darle forma a sus sueños. En días sucesivos a menudo era reclamada su presencia en la *Casa de la Palabra*, donde no tardaba en verse rodeado de niños y adultos, incluso procedentes de otros poblados, ansiosos de oír las historias y vivencias que cual otro Alejandro, narraba. Otras horas las pasaba a la sombra de los cocoteros, invadido por una dulce pereza.

Pero estaba escrito en las páginas de su destino que sucesos imprevistos habían de poner fin a su indolencia y agradable ociosidad: Las monjas Concepcionistas de Bata, como cada año, dieron por entonces las vacaciones de Navidad a las niñas y adolescentes que se instruían en el Internado y en el colegio de las Hermanas Teresianas. Los poblados se animaron, cobraron nueva vida, y el silencio fue desplazado por las voces juveniles de muchachas educadas, modosas, de gráciles cuerpos y caras bonitas. (No olvidemos que las tribus *mungas*, de las que proceden los kombes o playeros de Río Benito –según ya se ha dicho– tienen nariz recta y labios delgados, y en las mejillas no se hacen las escarificaciones que tanto afean a los pamues de Río Muni y a los bubis de Fernando Poo).

De las tres jóvenes que descendieron de la *guagua* en la parada del poblado *Kinte*, una era singularmente atractiva. Poseía un cuerpo esbelto terminado en unas piernas de danzarina que daba los pasos con la elegancia de una modelo de alta costura. Sus ojos eran grandes y miraban directamente, sin timidez, y a los que asomaba la inocencia de un alma pura, resultado afortunado de la formación moral y religiosa recibida en el Internado.

Serapio, que aquella tarde formaba parte de los ociosos que acudían a diario a la llegada del autobús, la vio apearse portando una maleta, asaz pesada a juzgar por el esfuerzo que hacía la muchacha por mantener el equilibrio en los angostos peldaños de la *guagua*. Captó enseguida la situación embarazosa en que se hallaba la bella desconocida, y solícito, y de la manera más natural, sin ofrecimiento previo u otras formas de

protocolo le arrebató la maleta e incluso le ofreció la mano libre para que la joven se apoyara. Ella se sintió confusa, pero no fue ajena a una galantería que solo había observado alguna vez entre las personas blancas de Bata. Tampoco fue indiferente a la apostura trajeada del desconocido. Como era de esperar de la experiencia “mundana” de Serapio, no permitió que la adolescente cargara con la maleta, sino que la cogió él con decisión y la acompañó hasta la puerta de su casa, una cabaña que no estaba lejos de la suya. En el trayecto habló Serapio de cosas que la joven juzgo interesantes. Le hizo una breve pero intensa reseña de su vida en Fernando Poo y justificó su estancia en el poblado. Ella sólo acertó a decir que se llamaba Consuelo, que tenía dieciocho años de edad, que estaba en cuarto de bachillerato y aspiraba a ser maestra algún día.

Fue la mañana del día siguiente cuando casualmente se vieron de nuevo. Consuelo, en compañía de las dos condiscípulas que viajaron en su compañía hasta el poblado, caminaban y dialogaban animadamente bajo las palmeras que bordeaban la carretera. Él, que andaba por el lugar sin rumbo fijo la descubrió, y resolutivo, salió a su encuentro. Discretamente, las amigas los dejaron solos. Ocasión providencial que aprovechó Serapio para hablar de cosas serias. Persuasivo, habló de San Carlos con entusiasmo, de su profesión de dependiente de comercio y de la estima en que lo tenían en la empresa donde trabajaba. El alma sensible de Consuelo se emocionó cuando le oyó lamentarse de la tremenda soledad de su vida, porque no tenía con quien compartir su casa, sus sueños y el fruto de su trabajo. <<Vente Consuelo, vente

conmigo a Fernando Poo; te aseguro que no te arrepentirás nunca. Te prometo una vida mejor, lejos de aquí. Allí comprobarás que el país de los bubis esta culturalmente mucho más adelantado que Río Muni>> —le regalaba el oído, convincente. <<San Carlos te gustará, ya verás>>. La muchacha lo escuchaba arrobada, pero aturdida. Ante la mirada dominante de Serapio bajaba los ojos, pudorosa y asustada como cervatillo prisionero de una trampa. Durante varios días se vieron puntualmente en los lugares donde se citaban. Consuelo escuchaba encantada las palabras de Serapio, pero a la vez se sentía débil y turbada. Notó que la voluntad la había abandonado. Cuando por primera vez él detuvo, irresistiblemente audaz, una mano en sus desnudos brazos y la bajo a la cintura, sintió que una sensación desconocida recorrió su cuerpo produciéndole un placer intenso que le obnubiló la razón. Fue un momento en el que se sintió enajenada, y no opuso resistencia cuando la inmovilizó con brazos de acero, al tiempo que buscó unos labios que halló temblorosos. Durante algunos minutos, Consuelo se olvidó de las monjas, del Internado y del mundo.

Se veían a horas en que sus familiares se hacían a la mar. Las sombras de los cocoteros eran las confidentes de sus pláticas, de sus promesas, de sus sueños, y de un amor apasionado, no obstante que recién nacido. En algunos momentos se mostraban cabizbajos, caminaban en silencio, porque les atormentaba la duda de que las felices horas que estaban viviendo no fueran algo real, sino una ilusión que acaso podía tener un cruel despertar. Pero el contacto de sus manos entrelazadas les proporcionaba una gran seguridad; el calor y la

intensidad de los besos fortalecía el amor que en un tiempo mágico se había posesionado de sus corazones, y los liberaba, entonces sí, de dudas y pesimismos.

Serapio, desde que vio a la muchacha descender de la guagua se manifestó en todo momento intrépido, con prisa, porque el tiempo, sus vacaciones, se acortaban de manera inexorable y debía aprovechar cada minuto, cada hora de una oportunidad que quizá no se presentaría nunca más, —razonaba.

La mañana soleada del día 30 de diciembre se celebró la boda de Consuelo y Serapio en la Misión de Río Benito. La ceremonia fue sencilla, como correspondía a humildes pescadores. Y porque el novio creyó conveniente no hacer gastos ostentosos porque el dinero que le quedaba era aconsejable que lo reservara para incorporar algunas comodidades necesarias a la vivienda que les esperaba en San Carlos. En ello estuvo muy de cuerdo Consuelo. El convite no pasó de media docena de botellas de coñac, que excepcionalmente les autorizo a comprar el Administrador de Río Benito. Licor con el que los invitados animaron las danzas *bengas* y cantaron el *elombe*, al son de *gnomos*, *engoambis*, *ibotas* y *elekes*, a la sombra de grandes *eljabes* y olorosos *gombes-gombes* y palmeras.

En la proa del vapor *Escolano* vemos a los flamantes esposos viajando hacia la tierra de promisión: Fernando Poo. Conforme el barco entra en la bahía de Biafra, Serapio le va señalando a Consuelo cada un de las maravillas que a él le mostró Alejandro ocho años antes a bordo de la motonave *Dómine*. <<Mira, Consuelo, ese acantilado que se adentra en el mar se llama punta Fernanda. Por encima discurre un paseo provisto

de aceras y cómodos bancos, y está poblado de *lilán-lilán*. La extensa fila de edificios que se ven al fondo corresponden a los diferentes servicios de la Administración y de la Guardia Colonial. Terminan —ya lo verás— en la bellísima plaza de España, donde las numerosas palmeras reales que la engalanan no nos dejan ver desde aquí el palacio del Gobierno; pero no así la catedral, que por la enorme altura de sus torres se contempla desde largas distancias, como puedes ver. Toda la interminable fila de edificaciones que se alzan a nuestra derecha configurando la bahía, pertenecen a empresas comerciales. Aquella bella construcción aislada y próxima a punta Cristina es el casino o club Náutico, punto de encuentro de los blancos en los atardeceres de la capital. Todo eso que ves, Consuelo, es como un anticipo de la ciudad de Santa Isabel, que se extiende hasta el río Cónsul y Hospital General>>.

Desembarcaron. Iniciaron la subida de la empinada y agotadora *Cuesta de la Fiebre* hasta alcanzar la plaza de España, donde en uno de los numerosos y artísticos bancos descansaron brevemente. Serapio pensó que antes de dirigirse a la estación de autobuses de Vivancos le convenía llegarse a la factoría de Sendrós, donde seguramente lo recordarían, por si acaso partía hacia San Carlos algún camión de la empresa. Caminando por la calle Sacramento, Consuelo andaba mirando el suelo porque no podía soportar la sórdida mirada que le lanzaban los negros que se cruzaban con ella. Éstos apreciaban que la desconocida era una joven muy bella que vestía y andaba con la elegancia de las blancas. Y pensaban que seguramente vendría de algún país lejano porque el



bulto de ropa que portaba no lo llevaba en la cabeza, como era habitual en las africanas, sino que con uno de los brazos lo apoyaba en la cadera.

Tuvieron suerte. Serapio estuvo acertado. Aquella tarde, un coche de la empresa, conducido por un compañero y amigo suyo, los trasladó a San Carlos, aunque hicieron el trayecto subidos en la caja, sentados sobre las mercancías. Pero fue un viaje sin incidencias porque los elementos estaban de su parte: las densas nubes que ocultaban el sol amenazadoras, no descargaron su contenido líquido hasta que supieron a los viajeros en destino.

La casa estaba ubicada al comienzo del *Campo Yaoundé*, en una calle casi enteramente ocupada por combes y empleados de Sendrós. Estaba construida con madera de calabó, inmune al comején, y chapas de cinc onduladas. El piso era de cemento y el interior estaba pintado de blanco. Y aunque reducida, era suficiente para una pareja sin familia. Naturalmente, por haber estado habitada por un hombre soltero carecía de los detalles que hacen acogedora una vivienda. Consuelo se propuso cambiar de arriba abajo su aspecto.

Durante varios días, las mujeres de la calle y de otras más apartadas desfilaron por la casa de la recién incorporada a la ciudad indígena, para saludarla y ofrecerse para cuanto fuera menester. Consuelo se sentía, por supuesto, más que agradecida y halagada, alborozada. Así lo manifestó a sus padres en la primera carta que les escribió. Una nueva y prometedora vida comenzaba para la muchacha de Río Benito.

Pronto se hizo notorio en la ciudad indígena y en la comunidad europea que Consuelo se destacaba, a gran distancia, de las mujeres de su

entorno; mujeres bubis, pamues, kombes y nigerianas; personas toscas, poco atractivas y sin cultura; que iban descalzas y se vestían con clotes, a menudo deslustrados, mostrando su desnudez de cintura hacia arriba. Consuelo era diferente por su esmerada educación, hablar suave, andares de señora y vestida en todo momento a la europea, zapatos incluidos.

Si a todo ello sumamos un cuerpo bien estructurado y una notable perfección de rasgos faciales, tendremos una mujer deseada; solicitada por los europeos y acosada por los africanos. ¿Cómo podía imaginar, ni aun remotamente, se decía, que el mundo de los adultos era una selva poblada por fieras sin escrúpulos, ávidas de sexo? Pero ella hacía frente a constantes proposiciones deshonestas, defendiendo su integridad física y moral con las armas de que disponía: honestidad, fidelidad, carácter y firmeza. Serapio, entregado a su diario quehacer, nunca se enteró. Ella se bastaba así misma para defenderse de quien fuese, pero en muchos momentos se notaba cansada, sentía el peso de la soledad y cierta dosis de decepción. Callada y sumisa, no se permitía enjuiciar la personalidad, capacidad afectiva y ternura de su marido, pero había descubierto hacía algún tiempo el abismo que espiritualmente los separaba. Decididamente, admitía en su fuero interno, Serapio no respondía a la favorable impresión que le causó cuando lo conoció. Tal vez, el paso de los años en contacto con compañeros rudos, culturalmente atrasados, lo habían cambiado, pero no negaba que a su lado vivía una existencia materialmente digna.

Consuelo no sabía —porque nunca se lo preguntó en los años que vivieron sin separarse un solo momento—, cuánto le pagaban en Sendrós

por su trabajo. Ella no entendía de economía, del costo de las cosas, aparte de la compra diaria destinada a alimentación y poco más. Tal vez por ello ignoraba, porque no se detenía a pensarlo, de dónde procedía el dinero que invertía en los vestidos y zapatos que con frecuencia la sorprendía. Sin embargo, un desventurado día comprendió la procedencia del alto costo que su marido pagaba por sus ostentosas atenciones: después de tantos años de servicio en la empresa Sendrós, donde disfrutaba de estimación en un trabajo envidiado por muchos, Serapio fue sorprendido guardándose entre la camisa y el pecho, dos prendas íntimas de mujer. Fue denunciado al teniente Administrador, quien procedió a su detención. Inmediatamente fue juzgado y condenado a trabajos forzados en la carretera de nueva construcción Oloitia-Concepción.

Poco tiempo después de que Serapio llegara a Concepción, una trágica burla del destino volvió a ponerlo en contacto con una persona inolvidable y muy querida: Alejandro. No sabemos quién descubrió a quién, pero una tarde coincidieron en uno de los tajos de las obras. Alejandro, como él, estaba desconocido. En su semblante, triste, no quedaba ninguna huella de aquel muchacho simpático que apareció en Río Benito exhibiendo una flamante bicicleta. La culpa de verse en aquel lugar, le confesó a su amigo Serapio, la tuvo el amor apasionado y desordenado que sentía por uno de los relojes expuestos en los escaparates de la factoría donde trabajaba de dependiente.

EL INMENSO amor que latía en el corazón de Beatriz, la dulce felicidad que la llenaba, la exteriorizaba en los ojos, en su entrega sin reservas al ser amado, en la sonrisa y en sus sueños (había vuelto a soñar).

Aquel estado de gracia hubiera perdurado en el tiempo si acontecimientos inesperados no hubieran dispuesto otra cosa. El hecho de haber sido adoptado por el pueblo kombe y admitido en el seno de su cultura, suponía para Alfonso el disfrute de privilegios que le dispensaba una etnia que lo encumbró a lo más alto de su estimación. Pero al mismo tiempo estaba expuesto a deberes ineludibles. Un día le llevaron un mensaje de Esteban, su anciano amigo. Le pedía que tan pronto le fuera posible se pasara por su casa porque entre los dos debían resolver asuntos urgentes.

No le hizo esperar. El viejo pescador lo recibió muy complacido. Se sirvió una tacita de topé y enseguida, ceremoniosa y lentamente, quizás porque su pensamiento estaba en otra parte, se preparó una *cachimba*, cuyo fuerte olor se destacaba del Lucky Strike que por entonces fumaba Alfonso, aunque sólo de tarde en tarde. Exhalada la primera calada habló de las razones que le habían aconsejado llamarlo a su presencia. <<Un hijo del pueblo kombe, empleado de confianza en una conocida factoría de la localidad, ha sido juzgado y condenado a dos años de reclusión por un delito de hurto. Se llama Serapio>>. Esteban se lamentó de que el

suceso estaba salpicando de lodo a las gentes honradas del pueblo playero y más que a nadie, a su esposa. <<Ésta, dijo, siente tanta vergüenza que sólo sale a la calle para lo más preciso. Se llama Consuelo y queda tan desasistida, que con toda seguridad se verá empujada a la mendicidad o a la prostitución. Uno o ambos medios de subsistencia son deshonorosos>>.

En un país, con los trabajos domésticos desempeñados por hombres como era habitual, y con unos servicios públicos casi inexistentes, una mujer negra no encontraba ocupación.

—Los kombes, como tú sabes, estamos muy unidos y no debemos permitir que una de nuestras hijas más reputadas sea una mujer pública, tirada en las calles enfangadas del Campo Yaoundé o en la cama de los blancos. Yo tengo el deber de evitarlo. Te recuerdo que ya tienes diecinueve años, edad que considero más que suficiente para tener una mujer a tu cargo y con quien poder hacer uso de los derechos de un marido. Edad para tener una esposa con las virtudes de Consuelo.

A continuación le habló de la muchacha, de quien hizo encendidos elogios. Tenía veintisiete años (ocho más que Alfonso). <<Pero creo que la diferencia de edad carece de importancia. Consuelo está en la plenitud de la vida, ha llevado hasta ahora una existencia ejemplar, es sumisa, tiene un carácter dulce, es inteligente y cuenta con la esmerada educación que le dieron las monjas de Bata y Río Bendito. Todo ello contribuirá a hacerte feliz el tiempo que la tengas a tu lado. Un día saldrá Serapio de la cárcel, y habrá concluido la historia de una generosidad>>.

Sí, de acuerdo. Asistiría a la muchacha en sus necesidades materiales, pero no le podía asegurar que se comprometería con ella sentimentalmente, porque no estaba dispuesto a perder su conquista más preciada: la libertad. Por supuesto, no le pareció prudente hablarle de sus relaciones con Beatriz, porque no ignoraba que Esteban era amigo de Jaime Okón, su padre.

El anciano estuvo un rato reflexionando, fumando y bebiendo tacitas de topé. Sirvió otra a Alfonso y de pronto, dijo: <<Brindemos por el éxito de nuestro pacto>>. La entrevista terminó con un apretón de manos.

Cuando Alfonso regresó a casa puso a Moisés al corriente de su nuevo “estado”. Naturalmente, las relaciones con Consuelo precisaban de un enlace discreto y astuto, y nadie mejor que su fiel criado. Pero para evitar malos entendidos le informó de algunas de las condiciones que puso a su amigo y el acuerdo formal a que habían llegado. A partir de aquel día le enviaba a su “esposa” lo que estimó como necesario y algo más para gastos imprevistos.

Las personas que no hayan sudado bajo los cielos tropicales; que desconozcan los ambientes africanos e ignoren las singularidades de algunas etnias y sus ancestrales tradiciones, no podrán comprender que Alfonso no podía eludir las imposiciones de Esteban en nombre de su pueblo. Pudo haberse negado rotundamente, pero su mundo, el que tanto le costó forjar y al que amaba, se habría desmoronado. No obstante, su lealtad a Beatriz estaba fuera de toda sospecha. Aunque socorría a Consuelo en sus necesidades domésticas, transcurrió mucho tiempo

antes de verse atrapado en las redes que le tendieron la perseverancia y la astucia.

África es un continente insólito en multitud de aspectos. Una de las características más reprobables de los africanos, es la inclinación que sienten a la divulgación de noticias o secretos, por grave y lesivo que sea para terceros. En África sólo se desconocen los sucesos que se traga la selva, muda y hermética. Los que no son devorados por la maleza insaciable recorren el mundo negro en pocas horas, entre otros medios, por el más eficaz y conocido: el morse africano, la tumba o tam-tam. Un tronco grueso, hueco, y golpeado diestramente con mazos de madera sólida, transmite una noticia en un vocabulario que es común a todos los negros. Un hecho de interés es retransmitido hasta cada patio, poblado o lugar habitado en el bosque, desde el punto de origen.

Los sucesos de San Carlos referentes al compromiso de Alfonso y Consuelo, que sólo tenía una generosa y humanitaria finalidad, fueron deformados por la población negra de la bahía, ajena al leal pueblo kombe. Tergiversados y alterados por medios tan rudimentarios de difusión, y aun por otros conductos, llegaron a los poblados, a los *patios* de las fincas, a los mercados y al Campo Yaoundé de Santa Isabel, donde se desparramaron a la velocidad de un tornado que procediera del Camerún.

Una mañana que Beatriz salía de su casa para dirigirse al trabajo en el hospital, se tropezó con lo que toda la gente sabía ya, con lo que entendió que era una traición del muchacho blanco a quien tanto amaba su pobre corazón de negra. La noticia le golpeó tan brutalmente que cayó

al suelo desvanecida. La reanimó una mujer cameruna que pasaba por allí. Cuando la infeliz se recuperó entró en su casa y escribió a Alfonso una carta redactada en los términos más amargos. Era una misiva triste, un clamor, el grito desgarrador del amor cuando agoniza. Escrita con pesar y llanto, se despedía de la vida. Las últimas frases eran estremecedoras por su patetismo: (...) *“nunca ha sido tan grande como en este momento mi deseo de morir, itondi yame. Aunque, ciertamente, no creo que voy a vivir mucho tiempo porque noto que se me ha roto el corazón. Creo que el infeliz pronto dejará de latir”... (...) “a Uquemanga le pido que te haga muy feliz con esa y otras mujeres que seguramente se van a cruzar en tu camino”. (...) “solamente te pido que no olvides nunca, ¡por caridad!, a nuestra ceiba, al cacaotal de Musola y a la isla de las Vírgenes, lugares de mis más dulces recuerdos de los momentos vividos a tu lado. Te quiero tanto, que me niego a que mis labios pronuncien reproches que te puedan herir, pero, ¿qué será de mí en adelante, yendo por la vida sin ti, sin fe y sin corazón? Tú, itondi yame, amigo de la infancia, me hiciste conocer el placer de la amistad, de la igualdad, del amor y de la ternura. Ahora volveré al mundo negro, a mi mundo, del que no debí salir. Déjame que te diga que siento ganas de vomitar sobre mis esperanzas y sueños, porque me hicieron creer que yo era un ser humano con derecho a merecerte. ¡Nunca pensé que podría odiar tanto el color negro de mi piel, causa de todas mis desdichas...!”*

Beatriz interrumpió la correspondencia, dejó de enviar recuerdos con los pasajeros de la guagua y no respondió a las muchas cartas que le



escribió Alfonso, intentando aclararle un malentendido. Durante un tiempo que le pareció infinito no supo nada de ella. Como si la tierra se la hubiera tragado o el mar la hubiera arrastrado a los bancos de coral de la bahía de Biafra. Un día, aprovechando un viaje de trabajo que realizó a la capital, buscó en el Campo Yaoundé la casita junto al mango y llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Una vecina le dijo con rencor: <<márchate, blanco; ahí ya no vive nadie>>.

Su conducta a partir de aquellos días no pasó desapercibida a los africanos de San Carlos que lo amaban. A menudo abandonaba la casa de madera y se internaba en el palmeral de Frapejo o en los cafetales próximos. Otras veces lo veían, noctámbulo, por el pantalán. Adolfo y Esteban, preocupados, se sentían impotentes para ayudarle. Y sufrían. Aquel tiempo fue el más tormentoso de su vida. En su mente todo era confusión y rabia. Se sentía responsable de los males que pudieran sobrevenir a Beatriz. Una noche, sentado en los peldaños del varadero, sin apartar la vista del ir y venir de las olas, con la frente apoyada en las palmas de las manos y los codos en las rodillas, se entregó a pensar en la trayectoria de su vida; la que partía de la mañana que Beatriz lo llevó a conocer el cacao, y terminaba en el momento de leer su última carta. Hasta el presente había vivido dos existencias diferenciadas, pero sin ser antagónicas porque había sabido armonizarlas para que convivieran sin traumas. Una, relativa a sus responsabilidades laborales, a sus visitas dominicales a la Misión Católica y el breve paréntesis de las relaciones con doña Luisa y Eva María. Otra, la que tenía el origen en la soledad de sus primeros tiempos sancarlinos, en el rechazo de que fue objeto en el

bar y en las reuniones de las señoras blancas. Razones poderosas que lo indujeron a aventurarse por caminos complicados para forjar el mundo que dio sentido a su vida privada. Una vida llena de contenido que daba la medida de su carácter. Había asistido expectante a una lucha a vida o muerte entre las formas de vida europeas y las primitivas de los africanos. Los modos de vida de éstos se impusieron dominantes a los de aquéllos. En el universo de la bahía y en Beatriz encontró la generosidad y el afecto que le negaron las personas de su raza. El mundo de Beatriz ya era su propio mundo, el que se acomodaba a las exigencias de su espíritu africano.

Al final del exhaustivo razonamiento, después de analizar los pasos que había dado hasta entonces, sopesó serena y responsablemente los que estaba dispuesto a dar en adelante y en qué dirección. Como es lógico, dada su formación moral y cultura no desconocía la dignidad, el honor y todos esos principios abstractos, pero tampoco ignoraba que tenía diecinueve años, que Beatriz era la muchacha negra más bonita de cuantas conocía, y que a causa de su soledad física y espiritual estaba muy necesitado de afecto. Y Beatriz estaba enamorada de él desde cuando ambos eran niños. Lo amaba a la manera de como aman las mujeres africanas: irreflexiva e irracionalmente, con el complejo de una raza que sufría menosprecio y humillaciones.

La noche que regresó del varadero se sentía reconfortado con las conclusiones a que había llegado después de tan profundas reflexiones. Era otro del que leyó, abatido, la carta de Beatriz. Se dirigió a la casita de papá Adolfo y lo impuso de la misión que pensaba encomendarle.

Aquella noche, el viejo pescador y Mercedes supieron que Alfonso les pertenecía más que nunca.

Adolfo se desplazó a Santa Isabel. En la ciudad buscó la colaboración de los kombes, y en un generoso ejemplo de solidaridad, se lanzaron en pos de los pasos de Beatriz, hasta completar el desolador informe que rindió a Alfonso a su regreso:

“Beatriz llegó a la capital siete años antes de los últimos sucesos. En los primeros meses de estancia en Santa Isabel vivió al amparo de una familia oriunda de Musola, amigos de su padre, a la que se dirigió en demanda de ayuda. Pero su sobresaliente belleza y natural simpatía no pasaron desapercibidas por mucho tiempo al olfato de las profesionales del sexo que controlaban los negocios ilícitos de la ciudad. Beatriz fue una más de las víctimas de la codicia de los europeos influyentes. Fue amante y conoció la degradación de la élite social de Santa Isabel. Sí, al cabo de algún tiempo conoció íntimamente a todos y a cada uno de los blancos poderosos. Y supo, ¡tan joven!, de vicios y miserias, de las taras físicas y morales de reputados “caballeros”. Y es de suponer —aunque el informe lo silencia— que sufrió malos tratos en los barracones de la policía gubernativa.

“Aquella vida de perdición, de enfermedad y muerte (su amiga de punta Cabras murió poco después de su visita a la isla de las Vírgenes) inspiró terror a Beatriz, —muchacha instruida y sensible—, tan pronto dio los primeros pasos en el cemento de las calles. Sintió asco y era consciente de que al final, ajado su cuerpo, vendría todo lo demás... ¡Pero ya no podía volverse atrás!

“Años más tarde viajó al poblado de punta Cabras, con la caritativa intención de hacerle compañía algunas horas a la bubi enferma, compañera de infortunios. No pudo verla. Siendo ésa la causa del reencuentro con su amigo de San Carlos.

“Al regreso del viaje que realizó al poblado bubi se observó un cambio radical en los hábitos cotidianos de la muchacha. Apenas salía de su casa, informaron las vecinas. Buscó de nuevo la compañía de las niñas de la ciudad indígena y volvió a impartir clase como en los tiempos inolvidables de Musola. Gracias a sus conocimientos de enfermería consiguió trabajo en el hospital. Así, su independencia económica estaba asegurada. Al cabo de seis meses de vida ordenada, la noticia lacerante que le llegó deformada por la distancia, la golpeó sin piedad. Sin pensarlo, cual ángel rebelde, se metió la mano en el alma, y con violencia salvaje se arrancó la Fe y la tiró al suelo con rabia, al *poto-poto* infecto de las calles del Campo Yaoundé, donde quedó hundida y olvidada. Liberada del molesto peso de la conciencia, retornó al camino pedregoso. Durante algún tiempo anduvo por él con mayor o menor fortuna, pero de cualquier manera, llevaba reflejado en los ojos, y arraigado en el corazón, el rencor que sentía hacia los hombres en general y contra los blancos jóvenes en particular, porque en cada uno de éstos veía al que le causó tanto daño”.

El dossier terminaba diciendo que Beatriz hizo amistad con un pamue —antagonistas de la raza kombe— sargento de la Guardia Colonial, y se trasladó a vivir con él. Después de tres meses de vida en común, al sargento Ndongó (así se llamaba el militar) lo destinaron a la región de

**Río Campo, en Río Muni. Iba de jefe de un destacamento de guardias de frontera. Beatriz se fue con él al Continente. En el momento de partir le dijo adiós a la isla amada, para enfrentarse a una vida incierta, a otras costumbres y a convivir con una etnia a la que odiaba.**

TRANSCURRIERON dos años desde que Beatriz se ausentó de Fernando Poo, cruzó el mar, anduvo por trochas abiertas en la selva virgen y llegó a las comarcas boscosas del Campo, en la frontera con Camerún; infierno verde de calor y lluvia, humedad, serpientes, malaria y soledad.

Alfonso y su entorno experimentaron algunos cambios en ausencia de Beatriz. Él y las muchachas de punta Cabras se despojaron de la adolescencia de la misma forma que antes le dijo ésta adiós a la infancia. Pero los sentimientos, afecto y amistad se mantuvieron inmutables.

Iba con matemática regularidad a la isla de las Vírgenes, pero sus amigas se conducían con más recato. Sus cuerpos, antes desnudos, los cubrían ahora con un mini *clote*, porque su amigo había irrumpido en la vida adulta y era peligroso. Admiraban al varón apuesto, alto, moreno y singularmente dotado. Lo observaban de soslayo con miradas ávidas. Habían cambiado con el paso del tiempo, y algunos manglares supieron de fugaces, pero apasionados encuentros con él.

Alfonso jamás olvidó a Beatriz. Siempre esperó el milagro de la carta o de la noticia por medio de personas que venían de aquella parte del Continente. Hablaba todos los días con Esteban. Su amigo estaba muy satisfecho de la asistencia que prestaba a Consuelo, pero no dejaba de reprocharle —mas sin convicción— que no hiciera uso de su derecho de

esposo con la mujer más hermosa que se conocía dentro de los límites de la bahía.

Fue fiel a Beatriz y honró su recuerdo todo el tiempo que le fue posible. Hasta un día —aproximadamente un año y medio después de que la infeliz se alejara de Fernando Poo—, en que Moisés, charlatán incorregible como corresponde a un ibo del servicio doméstico, comenzó a importunarlo (lo trataba como a un hijo en razón de su avanzada edad y de varios años a su servicio) con comentarios que se referían a Consuelo. Le decía, por ejemplo, que por su sentido de fidelidad, por sus deberes de mujer kombe comprometida, pasaba las horas y los días a pocos metros de la factoría por si acaso la necesitaba “su marido”. También le hablaba del ridículo que hacía la muchacha ante sus amigas. Consuelo les hacía confidencias de las noches locas que pasaba en los brazos de su hombre blanco, de la pasión que éste ponía en cada momento de amor. <<Un amor tan violento, que me va matando poco a poco>>. Eso les decía, pero no era creída porque a su marido blanco nunca lo vieron entrar o salir de su casa. Y así como la humillaba el rechazo de que era objeto, le extrañaba que su comportamiento con ella fuera opuesto a lo que se comentaba de él con las mujeres de la bahía, menos agraciadas. Su orgullo de mujer kombe se sentía vejado. Aunque es de suponer que no ignoraba las condiciones del compromiso pactado con Esteban, no comprendía cómo podía ser desplazada por otras, ella, una mujer tan deseada por los blancos y negros que la conocían. Otro día le dijo Moisés que Consuelo lo amaba desde que el pueblo kombe se lo dio por esposo. Desde entonces, sabiendo que el único sitio donde podía verlo con

detenimiento era en la Misión, iba a la primera misa de los domingos, exponiéndose a llamar la atención, porque Consuelo no era conocida precisamente como creyente practicante.

La conducta de la muchacha molestaba a Alfonso por cuanto tenía de servil. Era cierto cuanto le aseguraba Moisés. Se pasaba el día, empecinada, cerca de la factoría; unos ratos a la sombra, otros bajo la lluvia y los más, bajo un sol desaforado, soportando un calor de fragua. Él consideraba que era bajo y degradante el derecho que le daba una cultura y el valor de unas pocas monedas. Este concepto moral se lo explicaba a Moisés, pero ni éste ni Consuelo lo comprendían.

En una política de intrigas pasaron varias semanas, y cuando Consuelo comprendió que su estrategia de esposa abnegada no le daba los frutos deseados en su empeño por llegar a él, optó por el recurso de las cartas. Se las enviaba con Moisés, su aliado. Escribía con letra clara y usaba una redacción sencilla. Tremendamente tristes, eran la expresión sincera de un corazón afligido que clamaba con sentimientos primitivos. Pero por algunas frases no tan primitivas, Alfonso intuía la abstinencia de amor que padecía. Invariablemente las empezaba con las palabras *itondi yame*. Se distinguían de las de Beatriz en que ésta empleaba el tono propio de una muchacha de veintitrés años, impulsiva, feliz y divertida. Las de Consuelo eran profundas, cálidas y apasionadas. Denotaban que tenía un carácter melancólico que se forjó en la sumisión y en la obediencia. Era una mujer adulta, consecuente con su posición en una sociedad cuyo epicentro es el hombre, donde la mujer es un simple y humilde objeto sexual y de trabajo.



Alfonso conservó muchos años las cartas de Consuelo (contrariamente a las de Beatriz, que habían de tener un destino impensado). Pero cuando la humedad implacable y el tiempo las hicieron ilegibles, las incineró. Las cenizas las entregó al viento una tarde tempestuosa, para que fueran esparcidas por las selvas, ríos y mares de los dominios de *Uquemanga*.

Como las cartas tampoco le dieron la respuesta que ansiaba se entregó a pensar, con la sagacidad de su raza, en otra idea igualmente perseverante. El primer punto de su bien trazado plan consistió en que un sábado le escribió una breve nota que Moisés debería entregarle después de la cena. Le comunicaba que se hallaba postrada en la cama, muy enferma, agobiada por una fiebre muy alta cuyos síntomas no eran del paludismo. Le rogaba que fuera a verla por si no tenía otra oportunidad de darle las gracias por lo mucho que hacía por ella. Alfonso estimó que era una llamada seria y apremiante. Los caracteres estaban trazados con mano trémula. Moisés le pidió que no ofendiera más a la muchacha kombe y fuera a verla inmediatamente.

Analizó la situación, consultó con su conciencia, y ésta le aconsejó que fuera a verla por si podía contribuir a remediar su enfermedad, y si procedía, pedir a Sanidad su ingreso en el hospital. Moisés se ofreció a guiarlo por las laberínticas calles de la ciudad indígena.

Cuando se pusieron en camino no lo animaba otra intención. Es verdad que sentía curiosidad por ver de cerca a su “esposa”, pero nada más. El boy marchaba en vanguardia provisto de una lámpara de bosque, alumbrando las callejuelas, desiertas en aquellas desusadas horas de la

noche. Se adelantó con decisión hacia la puerta que le indicó Moisés. Se abrió con una ligera presión de la mano porque estaba entornada. Penetró en una estancia de tres por cuatro metros cuadrados. Sobre un taburete adosado a la pared ardía una lamparita de petróleo que proyectaba una luz débil y muy triste. Una pequeña mesa de comedor, un armario pobre, una cama y dos sillas constituían todo el mobiliario de la pieza.

El mosquitero estaba abierto y a través de la gasa vio, yacente, un portentoso cuerpo desnudo de mujer africana, echado de espaldas encima de las sábanas y con los ojos cerrados. Se turbó cuando la miró. Reparó en que algunas zonas de la piel despedían destellos de bronce, arrancados por la luz de la lámpara. Excitado, apreció que la luz, ignorando el vientre, liso, se proyectaba en los erectos senos; igual, pensó, que cuando se pone el sol y deja en penumbra la llanura e ilumina las crestas de la cordillera lejana antes de ocultarse.

Levantó un lado del mosquitero, se sentó en el borde de la cama y apoyó las manos en la almohada, a ambos lados de la cara de la enferma. Verdaderamente, se dijo, era una mujer adulta pero en el esplendor de la vida. La quietud del momento le permitió oír el ritmo acelerado del corazón de aquella mujer, tan trepidante, que hacía oscilar los iluminados senos. Alfonso le preguntó con improvisado afecto por su estado de salud, pero no obtuvo respuesta. Insistió nuevamente animándola a que le dijera algo, lo que fuese, pero que le hablara. Se sintió responsable de su al parecer grave dolencia, y así se lo manifestó en kombe y en español. Como seguía en un mutismo, alarmante a juicio

de Alfonso, con la mayor suavidad le acarició los hombros con una mano tratando de calcular los grados de fiebre que sin duda la consumían porque la piel quemaba. La otra mano la desplazó hacia el sur, donde quedó cautiva y envuelta en llamas. Continuó buscando la fiebre, esta vez en la frente y en las mejillas, rozándolas con las suyas. Si las manos en los hombros y en el vientre aceleraron aún más los latidos del corazón, al contacto de las mejillas Consuelo se conmocionó. Fue el violento despertar de un volcán largo tiempo apagado. Aquel ser maravilloso abrió los ojos y lo envolvió en una mirada incandescente, al tiempo que dejaba escapar suspiros que fueron decisivos para que él rindiera sus últimos reductos de resistencia. Suspiros que dieron paso a palabras incoherentes, pero pudo entender que repetía “Natonde eve... Itondi, natonde eve...” Inopinadamente, con heroica decisión atenazó con sus dientes los labios de Alfonso, a la vez que dos brazos, ardorosos como el aliento que le pasaba de su transida boca, avanzaron veloces, posesivos, hacia su cuello, con el vigor que sacó de sus largas vigiliyas y anhelos. Atrajeron al hombre hacia sí, hacia el ardiente cuerpo que llevaba meses, años, eternidades, pensando en aquel momento, entre agonías, deseos y sueños.

En momentos muy precisos, inmovilizada por una despótica *autoridad* hispano-africana, Consuelo se transformó en un río desbordado, en un torrente de pasión, cuyos gritos amenazaban con desalojar el silencio que reinaba en la ciudad indígena. Al alba, dulcemente desfallecida, se quedó dormida. El signo de la victoria se reflejaba en su semblante.

PERO el dulce idilio, tan bello sueño de amor, estuvo a punto de naufragar en las primeras singladuras, a pesar de que navegaba en un mar tranquilo porque soplaban vientos propicios. Fue un despertar violento después de una sucesión de noches inolvidables, de realizaciones espléndidas, en las que se olvidaron del mundo. Pero el mundo sentía celos de la dicha de Consuelo e intentó arrebatársela: una tragedia estaba acechando y si se hubiese consumado, habría conmovido a las gentes de la bahía tanto como el drama que puso fin a la vida de las adolescentes de punta Cabras. La mente sádica de un kombe renegado, desafecto a la autoridad de Esteban, planeó el asesinato de Alfonso y Consuelo. Se llamaba Domingo, un individuo que gozaba de merecida fama de intrigante y cobarde; dominado por una timidez tan extremada, que era incapaz de mirar cara a cara a una mujer, y menos aún, de hablarle. Pescador de profesión tenía, en la suma de otras *virtudes*, la de ser confidente del teniente Pedraza, el célebre administrador de San Carlos, que se valía de personajes de la calaña de Domingo para estar informado de las relaciones entre negros y blancos.

Según palabras de la propia Consuelo, siempre la molestó sin respeto a su marido, pero en todo momento se defendió a sí misma del acoso del individuo y nunca lo puso en conocimiento de Serapio en evitación de un enfrentamiento con graves consecuencias. El vaso de su rencor se derramó cuando halló interceptado por un joven blanco el camino que creyó expedito al ingresar su marido en prisión. Disgustado,

se embriagaba con topé, y en más de una ocasión lo sometió Alfonso a la vigilancia de Moisés porque lo creía capaz de atentar contra su vida. Para que hubiera depuesto su actitud provocativa habría sido suficiente con que lo hubiese puesto en conocimiento de Esteban, pero no le pareció digno recurrir a su amigo para dirimir asuntos tan personales. Sí es cierto que algún tiempo después supo que Esteban tuvo conocimiento de que Domingo maquinaba llevar a cabo una acción muy grave, pero ignoraba contra quién y en qué día y hora se iba a producir. La incompetencia de sus servicios de información pusieron dos vidas en peligro de muerte.

El episodio tuvo lugar una noche de sábado en que Alfonso se hallaba en los brazos de Consuelo. De madrugada oyeron que colocaban un candado en los cáncamos de la puerta. No se sobresaltó, pero estimó que se trataba de algo muy serio. Sin tiempo para analizar la delicada situación se aprestó a defender la vida de Consuelo y la suya. Algunos tensos minutos más tarde escucharon los pasos precipitados de alguien que se aproximó a la entrada de la vivienda, tomaba el candado y lo forzaba hasta hacerlo saltar con los cáncamos. Pensaron que la persona que fuere sería, forzosamente, un amigo leal y valiente. No obstante, cuando se abrió la puerta de par en par, ya habían tomado posiciones defensivas: Alfonso, con su inseparable cuchillo en la diestra y Consuelo con un machete de bosque, dispuesta a defender la vida de su *marido*, aun a costa de la suya —eso le dijo, altiva. Depusieron su actitud cuando reconocieron a Martín, empleado de la panadería de Sendrós. En pocos segundos los puso al corriente de la situación y de las urgentes medidas que procedía tomar. Condujo a Alfonso a su humilde cabaña porque no

eran horas convenientes para regresar a su casa. La vivienda de Martín estaba frente a la de Consuelo. Allí le informó detalladamente de cuanto había observado. Estaba tomando el fresco protegido por las sombras, cuando vio a un hombre que se acercaba sigilosamente a la casa de su vecina y la dejaba incomunicada. Al instante comprendió la maniobra y receló de las intenciones de su autor, que no era otro que Domingo. Ejecutada lo que parecía ser la primera fase del plan, se retiró con cierta premura. Protegido por la oscuridad, Martín lo siguió hasta una playita que se encuentra en la finca de Frapejo, cercana al varadero para cayucos. Esa noche estaban los presos de San Carlos cogiendo cangrejos por orden de Pedraza. Cuando vio que el renegado se dirigía a los reclusos pensó, acertadamente, que se proponía denunciar a Serapio —éste estuvo algún tiempo en la cárcel de San Carlos antes de ser destinado a las obras de la carretera de Concepción—, la situación adúltera en que sorprendería a su esposa. Martín no esperó más. Volvió veloz sobre sus pasos, rompió el candado y evitó la tragedia.

Dejaron acostada a Consuelo con la consigna de aparentar que estaba profundamente dormida cuando Serapio irrumpiera en la estancia. ¡Beatriz demostró aquella noche tener mucho valor...! Desde la casa de Martín vieron a Serapio que llegaba corriendo y armado con un machete. Se precipitó en la casa y al ver a su mujer durmiendo sola, salió precipitadamente y enfurecido, persiguió a Domingo, que huía buscando la protección de los guardias que salieron tras el preso fugado. A no ser por la rápida intervención de los vigilantes, el traidor habría muerto víctima de su propia maquinación e intriga.

De aquella noche dedujo Alfonso las graves consecuencias si Martín no interviene con su providencial decisión. La primera es que con toda seguridad, Serapio habría caído fulminado por el cuchillo de monte que tan hábilmente manejaba. La segunda, el inevitable y descomunal escándalo, con repercusiones funestas para la colonia europea.

DOS AÑOS después del episodio protagonizado por Domingo salió Serapio de la cárcel debido a su precario estado de salud. Ya no era el mismo individuo de antes; había sido doblegado, estaba físicamente acabado. Su cuerpo joven estaba jalonado por las hondas huellas que dejan los paludismos, los trabajos forzados y la desnutrición.

Le sorprendió comprobar que su esposa había alcanzado en su ausencia un refinamiento a donde él no llegaba. Ella ya no era la mujer triste y sumisa de antes. Parece que su marido se negaba a admitir la situación, pero no contaba con la reacción de Consuelo. Ésta le recordó, en tono duro y cortante, algunas cosas que él fingía desconocer. Acabó rindiéndose a la evidencia y decidió volver a Río Benito, donde tal vez ignoraban su descrédito. Consuelo continuó en su casa —reformada y embellecida— de la ciudad indígena, lugar inolvidable de sus más excitantes noches de amor y felicidad.

Alfonso experimentaba una inmensa satisfacción cuando la veía progresar en un proceso de adaptación a sus principios. La muchacha tenía interés e inteligencia para asimilar cuanta formación recibía. Deseosa de aprender, le hacía mil preguntas a las que debía dar respuesta, porque no comprendía que hubiese algo que él no supiera. ¡En tanto lo valoraba!

Las noches que pasaba el señor Font en las plantaciones, coincidentes con los fines de semana, las vivían intensamente en la casita



de madera, junto al mar. Moisés —aliado de ambos— sabía que en tales ocasiones debía preparar cena para dos. Cuando regresaba de la oficina Consuelo ya lo estaba esperando. Dispuesto el servicio en la mesa, el boy quedaba excusado de realizar otras tareas y tenía libertad para marcharse.

Libres de la presencia del criado, Consuelo bajaba las persianas que daban a la avenida, las que miraban al mar. Cerraba con llave la puerta de la calle y finalmente dejaba el comedor a media luz. Sin tardar procedía a quitarse hasta la última de las prendas que vestía. Eran momentos excitantes porque elevó a ritual el procedimiento de desnudarse que a él tanto le gustaba. Se mostraba con toda la suprema elegancia de una gacela de la sabana. Alfonso la envolvía entonces en un transparente tul de miradas acariciadoras, y ella, que lo notaba, se sentía deseada. Sus ojos mostraban agradecimiento, y con pasos elásticos tomaba la dirección del cuarto de baño. En el baño perdía la noción del tiempo porque le deleitaba hacer uso de las colonias y jabones perfumados. Salía y se dirigía a la alcoba con la frente alta y fingiendo una mirada desdeñosa. No tardaba en regresar al comedor, y el nuevo aspecto con que aparecía le producía a Alfonso una risa que la contagiaba: Consuelo se vestía con uno de sus pijamas que a ella le estaba corto de brazos y piernas porque era más alta que él.

Cuando se disponían a cenar experimentaba un inmenso placer si Alfonso le acercaba la silla a la mesa, como ella había visto que hacían los caballeros en las películas. La comida estaba presidida por una seriedad y un ceremonial que Consuelo imponía porque sabía que a él le agradaba, y

porque formaba parte de las buenas maneras que estaba aprendiendo. Tenía las manos tan bonitas como las de Beatriz, los dedos muy largos, y manejaba los cubiertos con soltura. Una de las prácticas que más se le resistía era comerse una naranja usando los cubiertos, sin tocarla con las manos. Cuando venció la rebeldía de la fruta, hasta lo encontró divertido. La experiencia adquirida con la naranja le fue de suma utilidad aplicada a los resbaladizos mangos, que tanto le gustaban.

Otras veces, con voz atiplada, burlándose de alguien cuya identidad nunca reveló, hacía observaciones muy acertadas acerca de la dudosa calidad de algunos alimentos y de lo poco frío que estaba el vino blanco, además de considerarlo inapropiado para tomarlo con las carnes. A continuación, seguramente satisfecha con la perfecta imitación, con los cubiertos en las manos y suspendidos a corta distancia del plato, se ensimismaba mirando a Alfonso amorosa e intensamente, y con voz desmayada pronunciaba un <<Natonde eve, itondi yame...>> que le salía de lo más profundo de su alma africana.

Cuando Alfonso la veía tan confiadamente feliz, le torturaba la idea de que pudiera acabar como las infortunadas criaturas que regresaban a los poblados heridas por el amor, excomulgadas por las inquisitoriales leyes impuestas por la raza blanca. Muchas noches se despertaba de madrugada y ya no volvía a recuperar el sueño. Desvelado, la miraba en silencio, dormida a su lado en estado de abandono. Pensaba, preocupado, que como Beatriz, cuanto más se adentraba en su vida, a la que amaba, más se alejaba de sus orígenes, a los que tendría que volver si circunstancias adversas los separaba.

Otras noches, insomne, recordaba aquel amanecer en que lo hizo prisionero de sus brazos y lo condujo triunfante a su edén privado. Desde aquel día, Consuelo enloquecía en la turbulencia de cada encuentro amoroso. Estaba alucinada con el tatuaje, al que hablaba empleando un lenguaje erótico, pero sumamente divertido. Se embriagaba con sus labios y la dicha suprema la alcanzaba cuando le llegaba el sueño en sus brazos. Vivía obsesionada con la seguridad física de Alfonso. Infinidad de noches se despertaba gritando porque soñaba que lo mataban. Cuando se notaba bien despierta, después de regresar de las pesadillas sobresaltada, le pedía suplicante que la amara. Deseaba comprobar que era mentira el sueño, que había vida en el cuerpo de su amado. Mil veces lloró de placer en sus brazos, pero un día la sorprendió sollozando sin consuelo, con impotencia y amargura, mirando su vientre vacío, pasivo e indiferente a los ensueños de su alma africana, a sus anhelos de mujer.

Alfonso —reiterativo—, estaba convencido de que por la formación humana que le dio y por la vida que gustó, con toda seguridad moriría de nostalgia si él le faltaba. Consuelo, como esasavecillas que viven enjauladas y sucumben cuando se les pone en libertad, se sentiría indefensa frente a otra vida que no fuera la que compartió con él. La existencia en su compañía le proporcionó placeres que materializaron sus ilusiones más felices de mujer. Quizás el error de Alfonso, el pecado que quién sabe si expiaría algún día, fue el de elevarla a la dignidad de esposa. Él idealizó el amor de las dos muchachas kombes con el entusiasmo y la generosidad de los veinte años; las colmó de humanas

atenciones, las culturizó, las sensibilizó y les enseñó a gustar del amor y de la amistad sin los condicionantes de arcanos tabúes.

Cuando por alguna razón o circunstancia sentía el peso insoportable de la nostalgia, penetraba en la estancia que dispuso en su alma a los recuerdos de las dos muchachas kombes y de Eva María. En una atmósfera de paz, recogimiento y silencio, bañados por una luz sobrenatural, no sólo contemplaba sus espíritus y las cualidades humanas que las adornaban. Naturalmente, como merecido homenaje, también admiraba sus bellísimos cuerpos, flexibles y cálidos. Allí, las tres conservaban el don divino de la palabra y le hablaban de amor y de tristezas.

**POR ENTONCES, Alfonso llevó a cabo y culminó con éxito las dos grandes proezas de su vida. Aventuras que lo habían obsesionado durante los dos últimos años: desplazarse desde la bahía de San Carlos a la de Concepción a través de la selva virgen, y la expedición a Eureka, a la captura de tortugas gigantes. La primera tenía por escenario una selva hollada sólo por algún cazador extraviado y por una expedición misionera en el siglo anterior. La segunda era tan expuesta que casi todos los años se cobraba una o más vidas humanas. Pensaba que en el futuro no tendría oportunidad, que se le acortaba el tiempo de permanencia en San Carlos, y porque nunca volvería a tener veinte años. <<Ahora o nunca>>, se decía. <<Ahora, ahora>>... —repetía una y otra vez en el curso de aquellos días.**

**Estaba persuadido de que no fracasaría porque los africanos lo habían preparado para sobrevivir en medios adversos. Se notaba pleno de facultades. <<Ahora o nunca>>...**

**Fue ahora, aunque tuvo que vencer incomprendiones, llantos de Consuelo y la esperada oposición de su tutor y del teniente Pedraza. Lloros inconsolables de Consuelo porque conocía los peligros a que se iba a exponer. Pretendía acompañarlo en la travesía a Concepción, para lo que fuese de uno que fuese del otro, decía. Pero obviamente, eso era imposible. Alfonso le hizo comprender que si renunciaba a sus más**

acariciados sueños de juventud, siempre viviría torturado por la duda de si habría podido realizarlos.

La idea de la travesía de la selva surgió en su mente mucho antes, el día en que tuvo conocimiento de que a finales del siglo pasado, dos misioneros se desplazaron desde la bahía de San Carlos a la de Concepción, cruzando de oeste a este la selva que las separa por el punto más corto. Hicieron un recorrido de treinta kilómetros sin brújula y sin otros elementos de cálculo que su sentido de la orientación; en un medio donde no es posible ver el sol y las estrellas para marcar un itinerario porque una densa bóveda vegetal lo impide.

Acarició la idea, pensó que él podría hacer lo mismo, aceptó el reto sin miedo y comenzó a darle forma. El primer paso consistió en solicitar del padre Bernardo, de la Misión Católica de San Carlos, alguna información referente a las dificultades materiales que encontraron los misioneros en la evangelización de la zona y posterior recorrido hasta Concepción. El reverendo le prometió inquirir sobre tan antigua cuestión. Pasaron dos o tres meses, y, cuando todo hacía suponer que se había olvidado —el misionero, que con el correr del tiempo habría de ocupar la sede del obispado de Santa Isabel, era buenísima persona y servicial, pero flemático—, se personó con un legajo de papeles amarillentos debajo el brazo. Le llevaba cuanto necesitaba.

Se entregó con pasión al estudio de los manuscritos. Del detallado y rico contenido —sin restarle mérito a la exhaustiva relación de las vicisitudes que padecieron en la conversión de los nativos en aquellos tiempos heroicos—, sólo le interesaba lo que hacía referencia a los

problemas que hallaron en la travesía San Carlos-Concepción. Le importaba sobre todo la ruta que siguieron y el tiempo invertido. (Dicha ruta sirvió, muchos años después, para el trazado de la actual carretera Oloitia-Concepción). Desde luego, los esforzados misioneros no pretendían demostrar nada. Lo que intentaban era abrir una trocha, un paso que pusiera en contacto a las dos Misiones.

El viaje fue largo en tiempo porque tenía también una finalidad documental. Abundaban insuperables dibujos y pacientes anotaciones que se referían a fauna, flora y temperaturas. Por otra parte, dedujo, seguramente que no sintieron el peso de la soledad porque iban acompañados por porteadores y macheteros.

Auxiliado por tan valiosa aportación se decidió a emprender la hazaña. Hizo partícipe del proyecto al teniente Pedraza. Como éste sabía que el muchacho tenía un carácter obcecado no trató de disuadirlo, aun teniendo autoridad para impedirselo. Pero sí le señaló todos y cada uno de los peligros a que se iba a enfrentar. En la entrevista trazaron un plan de salvamento por si fuese menester. El señor Pedraza lo calculó todo en los más pequeños detalles con precisión militar. Convinieron que si en el plazo de cuatro días no había llegado a Concepción ni había dado señales de vida, gentes del lado opuesto de la isla organizarían su búsqueda en dirección a San Carlos. A su vez, dos guardias coloniales expertos en rastreos partirían de San Carlos tras las huellas de sus pasos. Para facilitar la pista a éstos marcaría los árboles en trechos regulares a golpe de machete.

El día veintiséis de Abril, el chófer personal del teniente lo llevó un poco más abajo del Parador de Musola, a la altura de las plantaciones de cacao del Servicio Agronómico y empieza la selva. Llevaba por bagaje una escopeta con abundantes cartuchos de postas, un machete de bosque y su inseparable cuchillo; cerillas, pastillas de quinina y algunas vendas. Se alimentaría de carne y bebería agua de lianas. No sería esta la primera vez que comía carne de mono, de serpiente o de loro.

No es difícil andar por la selva cuando se tiene experiencia. En la selva virgen no crece la maleza intrincada de las tierras donde penetra el sol; en las que el avance es desesperadamente lento porque precisa abrir trochas a extenuante golpe de machete. En la selva no crece ni la hierba y reina una luminosidad tenue de atardecer o amanecer. El suelo está cubierto de una baba, de un barrillo resbaladizo, sobre el que se anda sin dificultad si se dispone de calzado adecuado.

El primer día sólo se detuvo algunos minutos para comerse el bocadillo que constituía toda su despensa. Iba provisto de reloj y cuando calculó que faltaba media hora para anochecer conformó una rudimentaria, un simulacro de cabaña, en la que pasar la noche.

Antes de acostarse, entre dos luces, estuvo contemplando el fantasmagórico paisaje que lo rodeaba. Sentía la sensación, bajo un sobrecogedor silencio, de que la selva estaba allí desde mucho tiempo antes de la Creación. Todos los árboles eran iguales; color verdinegro apagado, altos y finos porque crecían muy juntos. Abundaban las ceibas, árboles colosales de los que las águilas hacían su feudo y puesto de observación. No le pasó desapercibido que las tempestades hacen



estragos en la selva. Contó numerosos árboles muertos que mostraban las heridas producidas por el rayo. Otros estaban aprisionados por diferentes clases de lianas. El musgo, parásito barbado y de color plomizo, tan anciano como la selva e hijo de la humedad y la penumbra, se nutría voraz de la corteza podrida de los árboles más viejos, desde la base hasta las últimas ramas. Y allá, arriba, en las copas, sobre una base de hojas podridas y polvo crecían plantas menores, una amalgama de lianas, líquenes y musgo que tejían un tapiz natural impenetrable. Por ello —estimó—, el piso de aquella selva nunca había visto el sol, aunque le llegara su calor en época de sequía.

Sí, arriba crecía otra vegetación que retenía el agua de las lluvias. La que no era absorbida se deslizaba por las ramas buscando el suelo. Sabía que la estación lluviosa había hecho su aparición, según costumbre, repentinamente, y porque la penumbra inundó la selva antes del horario previsto. La noche llegó cuando en la bahía aún alumbraba la luz crepuscular de la tarde.

Quizá su mayor suerte fue la ausencia de las densas nieblas, típicas de los primeros días lluviosos. Probablemente hubiera sido la única causa que le habría obligado a desistir de la empresa. La niebla parte del suelo, es un vapor denso que se ve brotar, se eleva e impide ver más allá de dos o tres metros. Con la niebla no hay perspectiva ni orientación posible. Sin la presencia de la niebla, todo lo que veían sus ojos y captaba su espíritu, más que una selva real parecía un misterioso bosque petrificado. La selva virgen africana impone su ley del silencio durante las horas diurnas.

Contrariamente a la noche, que es cuando se oye la algarabía trepidante de la vida.

Por las referencias que tenía de los bubis ancianos, en aquellos parajes vivían monos de nariz blanca, colas rojas, macacos, mandriles y titís.

La primera noche se acostó sin cenar porque el cansancio era superior a su apetito. Puso la escopeta y el machete al alcance de las manos. El lecho era de hojas, musgo y lianas. Estaba extremadamente duro, pero lo aislaba de la humedad de la tierra. No tardó en quedarse dormido.

Despertó al alba porque monos de nariz blanca, traviosos como niños, se habían apoderado de la techumbre de la cabaña. Era una tribu tan numerosa que amenazaba con derribarla. La tomaron por asalto, con intención de divertirse, porque cuando Alfonso salió, dispuesto a escarmentar la osadía de los entrometidos, huyeron precipitadamente y se situaron en las ramas de altura media de los árboles próximos. Lo observaban fijamente, entregados a un parloteo incesante. Emitían sonidos extraños que le hicieron suponer que estaban hablando de él. Y llamando a otros congéneres, porque acudían de todas partes. Como no parece que tuvieran intención de alejarse lo estuvo estudiando un buen rato, y, vio cosas que le llevaron una vez más a conclusiones encontradas con las teorías de que los animales, todos, carecen de inteligencia. Tal vez. Quizá las demostraciones de raciocinio sean sólo instinto, pero él había visto a los monos en múltiples ocasiones, a los macacos principalmente, reunidos en lo más parecido a una asamblea, y los que

intervenían emitían con la garganta sonidos en infinidad de matices, mientras era escuchado y observado en silencio por la tribu. Un día vio a un cola roja que desde las ramas de un árbol señalaba con el dedo índice un lugar concreto del suelo, al tiempo que gritaba sobresaltado. La tribu buscó con la mirada el punto de referencia, y, allí estaba su secular enemigo: una serpiente boa de tamaño desmesurado.

Tomó la escopeta, y aun lamentándolo, disparó a uno que le pareció de menor tamaño. Lo asó al pie de la cabaña, usando como combustible el “colchón” de la cama y algunas ramas. Una parte le sirvió de desayuno y el resto lo guardó para más tarde. En días sucesivos se alimentó con carne de faisán o de loro, a pesar de que estaba muy dura, pero es que el recuerdo de los brazos y manitas del nariz blanca, semejantes a las de los niños, le impresionó tanto, que lo recordó durante mucho tiempo.

Se puso nuevamente en marcha cuando en el reloj eran las siete horas. Calculó que al final de la tarde, contando desde el punto de partida la mañana del día anterior, había recorrido quince kilómetros. Sólo se detenía para comer y buscar lianas de agua, tomar la quinina y descansar cinco minutos, dos o tres veces en la jornada.

En varios trechos tuvo que sortear obstáculos menores y otros de mayor importancia y peligro. Con éstos procedía con gran cautela. Eran, por ejemplo, grandes troncos de árboles abatidos por huracanes de bárbara turbulencia. Cuando la humedad convierte el interior en pulpa es desalojada por las hormigas carnívoras, que viven en el hueco resultante durante la estación de las lluvias. Pasar por encima y hundir la corteza significa la muerte. Las hormigas son el mayor enemigo de los animales

de la selva, el terror de las criaturas, cuando son sorprendidas por el avance silencioso de los voraces insectos. Se desplazan invadiendo varios kilómetros cuadrados de superficie. A su paso queda un rastro de esqueletos blancos, limpios, de animales y quizás de alguna persona. Inspeccionan uno por uno todos los árboles, llegan hasta las últimas ramas y devoran en los nidos a los polluelos de loros, águilas y faisanes. Cruzan ríos caudalosos y una vez le obligaron a lanzarse a la corriente del río Tiburones y ganar la orilla opuesta para ponerse a salvo: lo sorprendieron cuando descansaba a la sombra de un mango en la margen del río. Pero los hormigueros se detectan fácilmente. Al lado del árbol caído siempre hay un gran cúmulo de aserrín en forma de pirámide.

Evitaba usar las veredas de las cabras o de otros animales, porque son altamente peligrosas. Las serpientes ceraste se camuflan bajo el grueso manto de hojas y tierra somera. Se detectan porque forman montículos de unos cincuenta centímetros de largos por diez de alto. Debajo de lo que parecen hojas acumuladas, esperan pacientemente a que los animales o personas inexpertas las pisen o rocen. Entonces se doblan raudas y clavan los dientes. La víctima muere apenas ha dado algunos pasos. Se alimentan de sangre.

También tuvo ocasión de poner en práctica una de las enseñanzas teóricas de los bubis. A pocos metros de la dirección que seguía había una familia de macacos compuesta por diez o doce individuos que le cerraban el paso. Lo miraban con fiereza, se mostraban hostiles, y como los nariz blanca, se comunicaban entre sí. (La peligrosidad de los simios estriba en los mordiscos, altamente tetánicos) En teoría debía pasar junto a ellos sin

modificar la dirección e ignorándolos —y así lo hizo—, porque si hubiese dado un rodeo para evitarlos lo hubieran interpretado como huida. Le extrañó no ver mandriles en su camino. Comentándolo más tarde con el padre Bernardo, éste le dijo que en las pasadas décadas habían hecho del pico de Santa Isabel su hábitat más seguro.

Comprobó con infinito alivio que el calor era menor que en las partes bajas próximas a la bahía. Si hubiera alcanzado en la selva las temperaturas de San Carlos se habría agotado mucho antes. Aun así, aunque el calor era soportable, llevaba en todo momento las ropas mojadas por efecto de la excesiva humedad reinante. La mañana del tercer día tuvo la suerte de tropezar con un manantial insignificante que conformaba una pequeña laguna. Usando el pañuelo de bolsillo para neutralizar las filarias que podría contener, bebió hasta saciarse.

En los dos primeros días no tuvo serios problemas. Llegaba a la noche completamente extenuado, pero al día siguiente se notaba recuperado. Vio pocas cosas anormales, aunque algunas son dignas de reseñarlas: es de notar la impresionante, la aplastante soledad que reina en la selva virgen. Pensó que las personas que buscan la paz o la inspiración en el aislamiento o en el silencio, allí las hubiese querido ver para saber qué pensaban. Era tan agobiante la soledad, pesaba tanto, era tan opresiva, que en algunos momentos tenía dificultad para razonar. Sólo en el descanso de la noche, con los ojos cerrados, dejaba de percibirla.

Elevaba la moral mirando a las alturas para descubrir otras formas de vida. Arriba estaba la luz, el sol y la lluvia; y la vida. Los loros, que se

movían en las ramas más altas, hacían el milagro de no sentirse solo. Aunque, enteramente solo no estuvo en ningún momento: lo acompañaban la penumbra, la humedad y la desolación.

Los monos lo seguían de árbol en árbol, le recordaban que existía realmente, que no estaba sufriendo alucinaciones. Un par de veces tuvo que disparar al aire para ahuyentar a los macacos porque también iban tras él de rama en rama y algunos se aproximaban demasiado. Otra vez se puso a cantar para oír una voz humana, aunque ésta fuera la suya, pero dejó de hacerlo porque le pareció cómico.

Un episodio penoso que le salió al paso le hizo comprender que el comportamiento de los seres irracionales que viven en las selvas es una consecuencia natural de la lucha por la supervivencia en el medio, pero aun aceptándolo, la escena que presencié le pareció horrible. Descubrí seis magníficos ejemplares de águilas blancas. Estaban posadas muy juntas en una rama recia de baja altura, y tan estáticas, que daba la sensación de que estuvieran esculpidas. Su presencia no las intimidó. Miraban fijamente un punto del suelo. Se aproximó con precaución siguiendo la trayectoria de sus ojos. ¡Lo supuso!: un macaco viejo y decrepito estaba sentado al pie de un árbol. El animal lo miró con espanto, intentó ponerse de pie, pero no le quedaban energías para moverse. Estaba plagado de moscas verdes. Las rapaces olían la proximidad de la muerte y esperaban pacientemente. Se alejó sin hacer conjeturas, sin pensar en nada, pero asqueado de un espectáculo tan cruel, aunque frecuente en la vida de los bosques.

Una grave contrariedad se presentó el tercer día. Llegó a un punto del trayecto donde no era posible proseguir. Separadas por un pasillo angosto, de unos veinticinco metros de ancho por casi trescientos de largo, convergían dos vertientes con un pavoroso desnivel. Eran las impresionantes estribaciones del pico de Mioko por un lado y el de Santa Isabel, por otro. El pasadizo entre las dos montañas tenía una nota siniestra: le cerraba el camino. No porque en el mismo hubiera obstáculos insalvables, una laguna o tierras movedizas, sino algo peor. Era maleza, hierba de dos metros de altura mezclada y sostenida por arbustos. El lugar era ideal para cobijar serpientes boas y cerastes, arañas peludas y hormigas carnívoras. No se sentía con fuerzas para escalar los declives, y la más elemental prudencia le aconsejaba que no se aventurara a pasar el desfiladero.

Se le planteó un terrible interrogante, el gravísimo dilema de escalar un trecho incalculable de una de las vertientes, o recorrer el estrecho desfiladero poniendo en peligro su vida. La situación no podía ser más comprometida. Se sintió perplejo, aunque no desmoralizado. Desde un principio no descartó posibles dificultades, pero no pensó que las hallaría tan serias.

Mas una casualidad imprevisible, un suceso insólito vino en su ayuda. Sin dudarlo se aferró a la oportunidad salvadora que se le ofrecía: Una numerosa tribu de macacos —calculó que la componían más de cien individuos—, surgió de la vertiente selvática de Mioko y se internó decididamente en el pasaje. Iban, según costumbre, en perfecta fila india.

Los vio avanzar e instintivamente se lanzó tras sus pasos confiando su suerte a la de ellos.

Salvado felizmente el obstáculo, continuó avanzando un par de horas más y de pronto se halló en una cumbre de la que partían suaves laderas que llegaban hasta el mar. A la derecha, allá abajo, vio unas casitas blancas y una Misión. Era Concepción. Allí estaba el mar, y la vista del agua le sugirió soñados alivios.

El espacio que le separaba de la villa no era desalentador, pero consideró que llegar hasta la Misión le llevaría toda la mañana y gran parte de la tarde del día siguiente. La selva terminaba en la cumbre, y hasta la playa, excepto algunos cacaotales, era bosque bajo, maleza enmarañada, arbustos y árboles jóvenes mezclados con lianas incipientes que le cerrarían el paso hacia todas partes. Tendría que usar de las pocas energías que le quedaban para que el machete de bosque entrara en acción.

Feliz y abstraído en el recuento de los pasos que lo llevaron al triunfo, lo sorprendió la oscuridad. Lo distrajo una humana y comprensible emoción, porque cuando volvió a la realidad se dio cuenta de que no había luz y sin ésta, era imposible levantar una cabaña. Pasó la noche sentado en el suelo y a ratos subido en las ramas bajas de un robusto árbol del pan. Por tener a la vista las luces de Concepción, la noche se le hizo eterna. Cuando llegó la madrugada estaba quebrantado y dolorido.

A las cinco de la tarde llamó a la puerta de la Misión. Había empleado tres días y diecisiete horas en recorrer treinta kilómetros de



selva virgen. Los padres misioneros tenían noticias de la aventura y estaban preocupados. Lo colmaron de atenciones, le ofrecieron de todo lo que en sus circunstancias podía necesitar, pero Alfonso les dijo que sólo tenía necesidad de desprenderse de las botas, darse un baño en la bahía y dormir en una cama.

Un radiotelegrafista de la Guardia Colonial, un cabo pamue jefe del destacamento militar, comunicó a San Carlos que había llegado sin novedad. A la mañana siguiente, varios europeos y numerosos bubis lo estaban aguardando en la explanada que hay delante de la iglesia, para conocerlo y saludarlo. Un negro anciano, tan cambiado que tardó en reconocerlo, le puso las manos en los hombros en señal de afecto. Era Aniceto, el capataz de la colla del pantalán de San Carlos; el que se atribuyó la violación de la muchacha del barrio de Las Palmas. El reencuentro fue para ambos motivo de grandísima alegría. Algunas horas más tarde subió a una lancha motora que envió la Comandancia del puerto de Santa Isabel a petición del teniente Pedraza, para que lo devolviera a San Carlos, a su bahía.

El viaje de regreso fue maravilloso porque la nave siguió el derrotero de la costa este, que él desconocía. Dejaron atrás innumerables puntas, cabos y ensenadas. No dejaron de advertirle cuando estaban pasando por delante de punta Fernanda, el paseo predilecto de las muchachas de Santa Isabel; la capital, la bahía de Biafra, punta Cristina, la bahía de Venus (con los islotes Los Henríquez en el centro), que ofrece panoramas bellísimos al club Náutico; las costa de Basakato del Oeste, y finalmente Punta Cabras y las islas de los Loros y de las Vírgenes. En breve

atracaron en el pantalán de San Carlos. Entre las personas que lo esperaban destacaban el teniente Pedraza, el señor Font y casi todos los pescadores kombes de la costa. En un segundo plano, discretamente, vio a Consuelo.

Al regresó se enteró de que Esteban convocó a los kombes de ambas costas de la bahía y a sus amigos bubis de Punta Cabras. Todos se comprometieron a que si no regresaba en el tiempo previsto, saldrían tras sus pasos, cubriendo la extensión de la selva de oeste a este, en dirección a Concepción. Una solidaridad africana así, motivada por el afecto a un muchacho blanco, no se había registrado hasta ese día en los anales de la bahía.

UNA MAÑANA, posterior al regreso triunfal de Concepción, papá Adolfo, su anciano amigo, le reservaba una sorpresa. Comentó, hablando entre dientes y con un cierto tufillo a misterio, que se estaba organizando la expedición anual a Eureka para la captura de tortugas gigantes.

A menudo había oído hablar Alfonso a los pescadores kombes de la bahía, sobre temas que giraban en torno a las tortugas, a la captura de éstas y a la tristemente célebre playa de Eureka. La captura de tortugas representaba un riesgo en el que sólo participaban pescadores muy experimentados unidos en una empresa común. Una odisea en la que algunas veces, uno o varios de los kombes que formaban las dotaciones no regresaban. Era muy raro el año que la legendaria playa no cobraba tributo en vidas humanas.

Cuando Adolfo guardó silencio, Alfonso lo miró directamente a los ojos, tratando de averiguar qué estaba pasando por aquella mente, cuya sagacidad, aunque presumía de conocerla bien, lo desconcertaba si se lo proponía. Ningún músculo de su rostro inalterable lo traicionaba. Estaba ocupado en recomponer algunas roturas en la *atarraya* y evitaba mirar a su pupilo. <<Estas aventuras —prosiguió—, están hechas a la medida de los hombres; no son trabajos para jóvenes>>. ¡Por fin adivinó sus propósitos! Él también se guardó una carta en la manga... Le dijo que no se hiciera ilusiones, que él ya no iría este año porque tenía una edad inapropiada. Y añadió: <<Sé que durante muchos años los hombres no se

hacían a la mar de aquellas costas sin ti, pero ahora es diferente, ahora no. Tendrán que partir sin su viejo timonel. Puedes rogar por ellos y por un feliz regreso... Claro que, si yo pudiera acompañarte..., quizás yendo los dos>>... Guiñó un ojo a mamá Mercedes y salió sin darle tiempo a reaccionar en su presencia.

Aquella noche seguramente que la pasaría luchando entre su deseo de ir a Eureka un año más y los peligros a que iba a exponer al muchacho. El no olvidaba que sus hijos murieron en el mar (uno de los cuales desapareció en la playa de las tortugas).

Al día siguiente informó a Alfonso de que todo estaba arreglado. Se lo comunicó sin disimular un gesto de complicidad. Pero convinieron en que otra dificultad quedaba por resolver: hablar con su tutor para obtener su consentimiento.

Pasaron dos o tres días sin atreverse a abordar el asunto. Desde luego anduvo con mil preámbulos antes de pedir su licencia. Pero el señor Font, que leía en su pensamiento como en un libro abierto, le facilitó las cosas preguntándole la causa de su abstracción. Se lo dijo y la respuesta, como era de esperar, fue un no rotundo. Él, responsable de su seguridad personal, no podía autorizarle a participar en tan peligrosa aventura —dijo. Y le recordó que de hecho faltó a su deber cuando le permitió la travesía de la selva, reciente en el tiempo y en su memoria.

Transcurrieron dos días en los que tuvo la consideración de observarlo atentamente. No lo veía contrariado ni molesto, porque realmente, no lo estaba. Una noche, antes de irse a la cama, mirándolo con preocupación le autorizó a tomar parte en la expedición. No le

agradaba —le dijo—, pero confiaba en su prudencia. Según supo Alfonso después, antes de darle su aprobación tuvo una entrevista seria con los kombes expedicionarios. Nunca se enteró de lo que hablaron, pero seguramente que les arrancó el juramento de que velarían por su vida aun a costa de las suyas. Aquella noche deseó que amaneciera pronto para correr a comunicárselo a su maestro en las cosas del mar.

Ultimados los preparativos, con la estación de sequía por delante, aprovecharon los días de Navidad y partieron una mañana temprano.

La importancia que se le daba en la bahía a la empresa, al peligro, audacia y pericia de los hombres que se lanzaban a la captura de tortugas, estaba rodeada de una aureola de admiración y respeto. Quedó demostrado el día de la salida. Una gran multitud llenaba el pantalán del puerto para despedirlos y desearles suerte. Desde punta Argelejos vieron que aún se agitaban algunos pañuelos.

La flota se componía de dos cayucos nuevos, robustos, de mucho calado y gran eslora. Uno era gobernado por doce remos, seis a babor y seis a estribor. (En los cayucos sólo se hace uso de un remo que se maneja con las dos manos). Doce africanos jóvenes, un anciano, papá Adolfo, y un muchacho blanco, él, completaban la dotación de la nave piloto. El otro cayuco no llevaba tripulación y estaba destinado al avituallamiento y al transporte de las piezas que se cobrarán. Lo ataba el primero a una distancia de veinte metros, amarrado con lianas de melongo trenzadas, flexibles por el efecto del agua.

Dos días invirtieron en el viaje de ida. Dos singladuras navegando a la vista de la costa. Alfonso se entretenía contemplando un paisaje

desconocido para él, pero tan bello como el de las riberas de la bahía. A ratos llevaba el remo del timón y otros, remaba para ejercitarse.

El primer día fueron pasando a la altura de fincas de cacao y de café cuyos propietarios eran conocidos de papá Adolfo. Él también tenía amistad con algunos. La plantación con mayor litoral era sin duda la de Veiga y Avendaño, aquella donde recalaron los marinos ingleses que fueron torpedeados por un submarino alemán en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Otra finca de café de grandes dimensiones, con salida a playas paradisíacas, era la del señor A.T.P. Y allá, tierra adentro, a pocos kilómetros de la costa, sobre la meseta de una montaña de poca altura, pudo recrearse en la contemplación del más bello de los poblados bubis de Fernando Poo y aun del África occidental: Claret de Batete. El pueblo que con Moka es la cuna de la etnia bubi. Batete, santuario de hombres espléndidos. Él estuvo infinidad de veces en Batete, pero nunca había tenido ocasión de verlo desde el mar. Sí, en aquel poblado estaba la esencia y el pensamiento de los bubis.

Para que los cayucos no se detuvieran se establecían turnos de remeros. Mientras la mitad de los hombres remaba, la otra mitad descansaba. Sólo en una situación grave o conveniente remaban todos. Navegaban por un mar que les empujaba hacia la costa, hacia babor. La marcha, pues, era lenta y el esfuerzo grande, pero los kombes estaban acostumbrados. Los músculos se les fortalecían en el diario ejercicio de su profesión.

El último día de navegación empezó a cambiar el paisaje. Las playas negras y las costas verdes quedaron atrás para dar paso a otras, con

acantilados y escolleras, a las que el mar embestía con fuerza de resaca. Eran costas negras teñidas de espuma blanca. Ser lanzado contra ellas suponía para un marino la pérdida de la nave y de su propia vida.

Al atardecer arribaron al promontorio que les impedía ver la famosa playa de Eureka. Dejaron el abordaje para el día siguiente, cuando la bajamar hubiera alcanzado su nivel más bajo. Entonces sería mayor el espacio de tierra entre las tortugas y el mar. Los kombes lo tenían todo correctamente programado. Pasaron la noche en la única cala existente en aquella costa.

Estaban a pocas millas de Eureka y hasta ellos llegaba el rumor de las olas, el clamor del océano al estrellarse, enojado, contra el litoral. (El norte de la isla de Fernando Poo, donde se aposenta Santa Isabel, divide el océano en dos corrientes que se unen violentas en el sur, en la costa de Eureka. El encuentro de las dos masas de agua da lugar a un mar arbolado, constante y enojado.

Papá Adolfo, que dio un recital de resistencia física, no tenía sueño y apenas estaba cansado. (Como creo que he dicho alguna vez hablando de él, era pequeño y enjuto. Su cuerpo estaba hecho de músculos, nervios y corazón). Alfonso se acostó cerca de él, sobre un lecho de hojas secas de banano, en una cabaña de años anteriores, suficiente para los dos. Apreció que lo miraba con el arrobamiento con que quizás miró otrora a sus hijos en circunstancias parecidas. Mas cuando vio que al muchacho de le cerraban los párpados cesó de documentarlo sobre cosas relacionadas con la vida y costumbres de las tortugas.

Decía que las tortugas de los mares tropicales, muchas de las cuales se dan cita anualmente en Eureka, corresponden a las llamadas *verdes* o *francas*. Son las más grandes. Se han capturado ejemplares con más de un metro de diámetro, y cien kilos de peso. No obstante, las apresadas en Eureka nunca pasaban de cincuenta. Pero él oyó decir que en la desembocadura del río Benito cogieron una que pesó ciento setenta y cuatro kilos. Ponen entre trescientos y cuatrocientos huevos. Las tortugas verdes se distinguen de otras especies, porque tienen cuatro placas costales y cinco centrales. Las placas están yuxtapuestas, no imbricadas. No se olvidó de decirle que tienen una potente uña en el primer dedo de cada aleta. Cuando le preguntó de qué se alimentan le respondió que son eminentemente herbívoras. Pero el drama de las tortugas, prosiguió, causa tristeza en las gentes que viven de cara al mar. Después de siete u ocho semanas de incubación, las nuevas tortugas abandonan el cascarón y se abren paso hacia la superficie de la arena. Cuando esto sucede y emprenden el corto trayecto que las separa del mar, las aves marinas, miles y miles de las cuales esperan pacientemente en los acantilados, se lanzan sobre ellas y se dan un festín pantagruélico. Sólo una décima parte llega al agua, donde ciertas clases de peces las aguarda y extermina otra gran cantidad. Son muy pocas las que alcanzan la edad adulta. La mayoría se queda en el camino breve de su vida. Eso —decía Adolfo— responde al sabio equilibrio de la naturaleza. Le informó que la playa de Eureka reúne condiciones óptimas para que las tortugas depositen los huevos —similares a las pelotas de pimpón—, en la arena, en hoyos poco profundos. El calor del sol se encarga de incubarlos. La playa es



inaccesible por tierra, le decía. Es una cala de mil metros de larga, por quinientos de fondo en la bajamar. Tiene delante el océano y detrás acantilados imposible de escalar porque están formados de materia volcánica rocosa pero inconsistente. Las tortugas, con un instinto tan desarrollado como longeva es su vida, saben todo eso, y que allí la mar es siempre gruesa, constituyendo su mayor seguridad. Decía Adolfo que la técnica a seguir para sorprenderlas ocupadas en ovar, consiste en aproximar los cayucos cuanto es posible. Los hombres se lanzan al agua en el momento oportuno. El avance hacia la arena, sumergidos y debiendo llevar en la mano una pértiga sólida de cuatro o cinco metros de larga dificulta la operación de aproximación, pero no hay otra manera mejor de hacerlo. Una vez que tocan fondo prosiguen medio ocultos porque saben que el éxito de la empresa depende del factor sorpresa. Toda la maniobra, ni que decir tiene, se realiza dentro de un oleaje salvaje. Cuando ya no es posible mantenerse ocultos por más tiempo, se lanzan hacia las tortugas en una carrera desenfrenada, pero ordenada y silenciosa. Los anfibios huyen buscando la salvación en el mar. Las aletas les sirven para nadar, pero también les permite correr. Entonces es llegado el momento de enfrentarse a ellas. Los hombres, en el choque frontal meten la pértiga entre las tortugas y la arena. Con una inclinación conveniente de la pértiga, la tortuga da la vuelta con su propio impulso y queda indefensa con el vientre hacia arriba. Solo se dispone de cuatro o cinco minutos para realizar la operación. Al aproximarse a las capturadas se ha de proceder con la mayor precaución porque un golpe de aleta puede romper un brazo, tal es la fuerza del impacto. Para terminar —se

dio cuenta de que a Alfonso lo estaba venciendo el sueño—, le dijo que si sufrían un desastre, debería nadar dando la vuelta a los acantilados, tras los que se halla el poblado de Eureka, donde tenía buenísimos amigos. Eso le recomendó.

Estaba llegando la luz del día. Después de un sueño reparador se aprestaron a partir. Le pareció impresionante el momento en que los hombres —duros como el corazón del ébano, pero creyentes—, se santiguaron antes de coger el remo. Curiosamente, sus creencias religiosas, inculcadas por los misioneros claretianos, se mezclaban con otras, ancestrales: camino del promontorio iban entonando cánticos que hablaban de <<Mamí Guatá>> (*Uquemanga*), diosa y madre de las aguas del golfo de Biafra. Los pescadores, desde Togo a las islas de Santo Tomé, tienen a *Uquemanga* por reina de los mares.

Con cielo despejado, el estado del tiempo era bueno a pesar de que soplaba viento recio, característico de aquellas latitudes. Serían las ocho de la mañana cuando doblaron el promontorio y a unas dos millas, allá al fondo, divisaron la famosa playa. Entonces supieron —supo él—, lo que verdaderamente era un mar arbolado. Empezó la danza. Lo mismo se veían elevados al cielo en la cresta de las olas, grandes como cordilleras, que caían en abismos que amenazaban con sepultarlos en los fondos marinos. Uno de tales abismos era tan profundo, que dejó al descubierto un banco de coral, contra el que estuvieron a punto de romper la quilla de la nave. De no haber emergido a tiempo, hubiera sido el fin de la expedición.

Unos hombres achicaban agua y otros remaban con todas sus fuerzas. Las olas pasaban por encima de los cayucos. Los de popa no veían a los de proa en algunos momentos. Llegó un instante que parecía que tenían cerrados todos los caminos de acceso a la playa. Ni retrocedían ni avanzaban. Estaban a merced de un mar terrible, embravecido. En tan comprometida situación no pensaban en las tortugas; no pensaban en nada, ni hablaban. Estaban dominados por una sola idea: sobrevivir, llegar a tierra. La tenían a la vista, pero parecía inalcanzable. La dificultad en aproximarse era doble: la resaca era un océano en retroceso que los echaba hacia afuera porque se acercaban al punto máximo de la bajamar.

Súbitamente, Alfonso fue violentamente arrancado de su asiento y lanzado hacia la superficie espumosa que los rodeaba hasta donde alcanzaba la vista, en aquel océano blanco. Pero cuatro brazos de acero, más fuertes que las olas, detuvieron su trayectoria y lo devolvieron a su sitio. Otros hombres pasaron por igual momento, para subir a bordo con increíbles dificultades. El cayuco vacío era una pesadilla. Lo veían fugazmente a alturas impresionantes. Otras veces creían que se vendría encima con peligro de aplastarlos. Les daba la impresión de que era aliado del océano antes que de su causa. Tragaban agua salada al respirar. Pero aquellos kombes silenciosos, de mirada inalterable, serena, eran dignos rivales de las fuerzas titánicas del mar. Un hombre anciano, fiero, con espíritu de cíclope y ejemplo de coraje, llevaba el timón de la nave con firmeza y sin desfallecer. Era papá Adolfo.

Próximo el mediodía llegaron a la playa. Varios hombres abandonaron el cayuco dispuestos a iniciar la segunda fase de la operación. El agua les llegaba hasta el cuello y a veces los ocultaba, pero volvían a emerger sin abandonar la pértiga. Todo se desarrollaba conforme a como le explicó Adolfo. Viendo nadar a sus compañeros rodeados de tantos peligros, elevó a Dios una plegaria para que no fueran descubiertos por los tiburones, más temibles que las olas encrespadas. Cuando el agua les llegó por las rodillas, o poco más, se tendieron y avanzaron un buen trecho en esa posición. Después, como respondiendo a un toque de clarín, se precipitaron con ímpetu a la conquista de la explanada. En cinco minutos se desarrolló la operación. Las tortugas desaparecieron por arte de magia. Como le dijo su maestro —que se quedó a bordo, a su lado—, cientos de tortugas alcanzaron el mar. Fue todo un espectáculo. Los animales volaban más que corrían. Sobre las aletas, soportando las moles de sus cuerpos, se deslizaban con gran rapidez. Al verlas poseídas por el pánico, buscando el agua salvadora, Alfonso sintió la triste impresión de ver a un ejército en retirada desordenada. La imagen no se le borró nunca de la memoria. Como tampoco olvidó la visión de las que quedaron tendidas en la arena, soldados anónimos caídos en el combate. Unas setenta tortugas quedaron mirando al cielo.

La fase siguiente consistió en llevar las naves a tierra. Las dejaron varadas muy adentro. Estibar las tortugas en los cayucos requiere una habilidad notable. Las depositaron tripa arriba, de forma tal, que no las asfixiara su propio peso y el calor. El cayuco se llenó hasta la borda. Por

ello consideró, que si el abordaje fue un infierno, no lo sería menos alejarse de allí. Porque así como la bajamar los empujó mar adentro, la pleamar que debían aprovechar los echaría hacia tierra.

Disponían de algunas horas antes de que la pleamar alcanzara su punto máximo y les permitiera poner a flote los cayucos. Estaban agotados, pero aquellos atletas tenían una gran capacidad de recuperación, y a media tarde estaban preparados para plantarle cara a otro desafío. Durante el descanso le dijo a papá Adolfo que le gustaría saber por qué a cuatro o cinco de las tortugas capturadas les crecían en las placas que conforman el caparazón, verrugas del tamaño de una nuez de palma y mayores. Le respondió que las verrugas les salen a las que son muy viejas, y según el número se puede deducir la edad del reptil. Las tortugas llegan a sobrepasar los cien años de edad.

Alfonso escribió más tarde en su diario con trazos firmes: <<No seré reiterativo. No repetiré las mismas o superiores proezas. Pero sí diré que aquellos colosos, desde la salida de la playa hasta doblar el promontorio que da vista a las cabañas donde pernoctamos la noche pasada dieron, ante mis ojos atónitos —de modesto reportero de la expedición— la prueba más grande de valor y pericia de cuantas he leído sobre cuestiones del mar. Eran hombres que se crecían, que se transformaban, y multiplicaban el coraje frente a los elementos. Sus rostros estaban impasibles, aunque animados por la ansiedad. Nadie decía nada porque nada era posible oír en medio del ruido ensordecedor de las olas al estrellarse contra las bordas de las naves. Era un estruendo que llenaba la superficie del mar e invadía el espacio. Cuanto nos rodeaba tenía una

belleza terrorífica, pero grandiosa e incomparable. Perdimos dos tortugas en un golpe de mar que pretendía dar libertad a todas>>.

Papá Adolfo y un gigante de Boloko no perdían de vista a Alfonso (la autoridad e influencia del señor Font llegaba hasta las costas de Eureka) ... Todos callaban. Cuando estuvieron a salvo de aquel infierno líquido, cuando le pudieron oír, preguntó gritando por la identidad de los compañeros que evitaron que lo arrastraran las olas cuando fue arrojado al mar. Nadie respondió. No quiso insistir y sólo con el correr de los años supo de uno, debido a una especial circunstancia. Obedecían a ese código tácito que rige las conductas de los hombres de mar.

Era bien entrada la noche cuando llegaron a la cala. Mas cuando los cayucos quedaron en seco, cuando hicieron el esfuerzo final de dejarlos varados sobre la arena, para lo que usaron unos palos a modo de rodillos, entraron en las cabañas, cayeron extenuados, y sin cenar, se quedaron profundamente dormidos. Despertaron al día siguiente muy temprano y con la luz del nuevo día pudieron apreciar la exagerada cantidad de hematomas que tenían por todo el cuerpo. Presentaban heridas a las que en el fragor de la lucha fueron insensibles.

Sacrificaron una tortuga pequeña que les sirvió de desayuno espléndido. Por primera vez en dos días comían carne de inmejorable calidad. También tomaron huevos de tortuga, pero Alfonso se negó a probarlos porque le daban asco.

El viaje de regreso fue lento y pesado. Era excesivo el lastre. A pesar de ello, el hecho de que la expedición prometía ser un éxito comercial, y que regresaban todos los que partieron, ponía alas a las naves. Las

tortugas les daban mucho trabajo porque no dejaban de cuidarlas para que llegaran vivas a San Carlos. Dos hombres iban a bordo del cayuco que las transportaba, con la misión de echarles agua. En los ojos saltones de los animales se notaba el alivio que experimentaban. Imaginaba que debían tener un calor mortal. Cuando achicaban el agua caliente volvían a lanzarles cubos de fresca. Cansados, pero alegres y triunfantes, como si cada uno imaginase ser un Ulises volviendo a Ítaca, a los seis días de la partida de San Carlos estaban de regreso en la bahía.

Los remeros tomaron la dirección de la desembocadura del río Musola, dejando a un lado el varadero de la villa. La maniobra le extrañó. Más tarde comprobó que debajo del puente de la carretera de Santa Isabel había numerosas cadenas con argollas en un extremo, con las que amarraron a las tortugas. Con las aguas dulces del río y con la salada de las pleamares se mantenían vivas, en tanto las iban sacrificando de acuerdo con la demanda del mercado.

Sus compañeros le dijeron que tendría su parte en las ganancias, pero él se opuso. Sólo les pidió que le reservaran la concha de un carey. La conservó muchos años, hasta el día que en se la regaló a Eusebio. La concha le recordaba la aventura más hermosa de su vida.

EN LA ESTACIÓN de las lluvias, los cielos tropicales tienen el color plomizo y están melancólicos durante seis meses. Extienden un manto de penumbra sobre plantaciones, selvas y poblados. Los animales del bosque ecuatorial viven inactivos, invisibles entre la maleza, acurrucados en los árboles más densos, empapados del agua que se desploma incesante, nutriéndose de sí mismos. Una espesa niebla limita la visión; las aguas del golfo reflejan la opacidad del cielo; los *patios* de las fincas parecen abandonados, las nievas enmudecen, los bubis no se alejan de sus poblados.

Un día de intensa lluvia, Alfonso le dijo adiós al mundo de su personal creación, a sus amigos africanos. Tenía veinte años. Pensando que pronto tendría que incorporarse a la Guardia Colonial, se despidió del señor Font como de un padre amantísimo y aceptó un empleo en la capital.

Cuando se alejó de la bahía tuvo el mayor empeño en llevar consigo algo que fuera representativo e inseparable de su vida anterior. Se llevó a Consuelo y a un paquete de recuerdos imborrables. El mismo día de su llegada alquiló para ella una vivienda igual o muy parecida a la de San Carlos. Estaba al lado del mercado indígena y del campo de deportes, cerca de la suya en los pabellones de Gabriel Perdiguero.

La despedida de la bahía fue dolorosa a su espíritu y muy triste para las personas que lo amaban. Se sintió anonadado, porque la aflicción,



cuando es intensa socava la capacidad de resignación. Le faltó fuerza moral para sobreponerse a su propio drama. Su carácter, de natural alegre y extravertido, se encerró en sí mismo e incluso tuvo algunas repercusiones negativas en su salud. Su distanciamiento de San Carlos supuso para él una calamidad y un desastre que asolaron su vida y su mundo, el único que conocía, en el que se sentía libre como los delfines, a los que envidiaba porque se quedaban. Brutalmente, su universo ideal pereció. La fatalidad, que una vez más lo trató sin piedad, le produjo un sentimiento de rebeldía. Por eso se llevó a Consuelo, aun sabiendo que la decisión estaría expuesta a numerosas dificultades e inseguridad en el estado tiránico que reinaba en la ciudad de los almirantes, de la policía gubernativa, de la Iglesia Católica y de una sociedad blanca altiva y deshumanizada. Pero estaba bien formado físicamente y le sobraba coraje para hacer frente a reveses de cualquier naturaleza. Eso creía.

Obviamente, entre los afectos que su corazón dejaba en San Carlos, unos se destacaban más que otros. El más amado de cuantos se disputaron ese derecho fue sin duda la casita de madera. Él amaba a la que fue su segunda y última morada en San Carlos. Amaba cada aposento, cada rincón y cada madera que pisaron los pies descalzos de Consuelo. Le gustaba la casita de viejo estilo africano, donde vivió ocho años en compañía del señor Font, en el de algunas mujeres en visitas fugaces, y en las más prolongadas de Consuelo. Ya no estaba en óptimas condiciones para hacer frente con éxito a los rigores del trópico, pero se había acostumbrado. Consuelo decía que la casa de madera era su palacio soñado y en su maderamen, atacado en bastantes puntos por la humedad

y el comején, la muchacha veía una mansión hecha de sueños agradables y realizaciones espléndidas. La verdad es que habiendo sido una sólida construcción estaba ahora debilitada y cansada. Su nacimiento se remontaba a los tiempos de Maximiliano. Estaba desgastada y con las escuadras resentidas a causa de los tornados violentos y vientos huracanados que soportó estoica en su dilatada vida frente a la bahía.

Se marchó. Se alejó con un estado de ánimo que le hizo recordar las palabras de su abuelo Ramón, escritas en una carta que conservaba: (...) “quisiera morir en la huerta y vivir la eternidad al pie del peral”. El deseo de su abuelo lo asoció al suyo y con el fondo de la bahía, al pie de los bancos de coral... Se marchó sabiendo que el primer capítulo de su vida acababa de cerrarse para siempre sin alegría.

Se marchó. Pero antes subió a la Musola vieja aun sabiendo que la despedida con Francisco Tray —su más noble, leal y querido amigo bubi— iba a ser muy dolorosa.

Partió de San Carlos en el cayuco y lo varó debajo del puente de Boloko, en la carretera Santa Isabel-Moka. Desde allí fue paseando hasta la finca que regentaba su amigo, siguiendo un sendero que discurría entre cafetales, palmeras y platanales.

Andaba sin prisa, como si temiese llegar. Buscaba pueril justificación a la lentitud de sus pasos mirando extasiado plantas, flores y cosas como si las viera por primera vez.

No iba solo. Lo acompañaban los recuerdos de Francisco; del venturoso día en que lo conoció y quedó cautivo de su bondad, de su paz interior y de su pesimismo; de los años que consolidaron una amistad

fraternal. Francisco Tray, María Elena, la Musola vieja... !Cuántos recuerdos!

Francisco era el encargado de una de las fincas de cacao propiedad del señor Font, al que Alfonso visitaba con especial interés desde el día en que fue por la plantación por primera vez, y lo conoció. Era bubi, contaba cuarenta años de edad y estaba en posesión de la Carta de Emancipación.

La Carta de Emancipación era un documento que otorgaba el Gobierno de Madrid a los negros españoles o extranjeros residentes en sus posesiones africanas, que se hacían acreedores a ese derecho después de muchos años de conducta intachable, cierta formación cultural y economía desahogada. La Carta de Emancipación confería a quien la poseía los mismos derechos y obligaciones que a los blancos ante la Ley. Tenía carácter sucesorio.

Francisco heredó de su padre unos derechos igual a los europeos y una finquita de cacao de 30 hectáreas en plena producción. A su patrimonio personal se sumaba la buena educación que le dieron los misioneros de San Carlos. La formación recibida en la Misión y las enseñanzas de su padre lo facultaron para administrar la plantación. Desde niño estuvo familiarizado con el cultivo del cacao y con los años llegó a ser tan experto como un portugués de Angola.

Pero por razones que se derivaban del eterno problema de clases, Francisco vivía agobiado por innumerables problemas económicos. Era canallesco, cruel y propio de bandidos, que su cacao, que daba un tipo cinco y cinco superior como los más grasos, fuera considerado tipo cuatro por los grandes exportadores del sector, en manos de los cuales caía

porque su finquita no daba una cosecha cuantitativa que le permitiera embarcar directamente al Comité Sindical del Cacao, en la metrópoli. El problema lo sufrían también los pequeños finqueros europeos.

Las cosas no le iban bien y prefirió vender la finca antes que hipotecarla. En su orgullo de bubi y en su propia estimación debió sufrir trastornos desmoralizadores. El daño fue relativo porque a la hora de vender encontró un comprador honrado. La plantación fue adquirida por el señor Font, y éste, porque conocía las aptitudes de Francisco, inteligentemente le brindó la dirección de su propia finca. Francisco aceptó de inmediato. <<Fue estupendo para mí —le dijo a Alfonso en una ocasión— continuar en la parcela donde nací, y desde luego donde me gustaría morir>>.

Era un gerente en el que el señor Font tenía puesta toda su confianza. Francisco nunca lo defraudó.

Cuando Alfonso se marchó de San Carlos continuaba en su puesto pero falleció poco tiempo después. Su viuda se desplazó a Santa Isabel algunos días más tarde para comunicarle la muerte. Suponía que no se había enterado de tan dolorosa pérdida porque no lo vio en el funeral, dijo. Le notificó que éste se celebró en la Misión de San Carlos, en cuyo cementerio recibió sepultura. Su fallecimiento se debió, según expresó, a que le mordió una serpiente ceraste. Los braceros lo llevaron con toda diligencia al hospital de San Carlos, pero ingresó cadáver. Murió en acto de servicio, como corresponde a los hombres de las plantaciones. Pero a pesar de los años transcurridos, aún atormentan a Alfonso grandes dudas respecto de que su amigo fuera “distraídamente” mordido por una

ceraste... La muerte de Francisco fue la más sentida de las que afectaron a su juventud.

Estaba casado con una corisqueña fina que tenía quince años menos que él. Se llamaba María Elena y era alta, delgada y con el color entre negro y amulatado. Tenía los ojos negros, ligeramente almendrados y sumamente vivaces. Cuando asomaba a ellos un deseo y se les negaba, despedían una luz de intensidad cegadora. Era dueña de unas caderas prominentes. Anatómicamente respondía al admirable prototipo de las mujeres de la isla de Corisco.

(La isla de Corisco tuvo un enorme auge económico y una población numerosa en los tiempos tristes de la *trata*. En lo más parecido a campos de concentración, los traficantes de raza blanca y los agentes de los barcos negreros situaban en Corisco a los esclavos procedentes de Río Muni, Congo francés, Gabón y Angola, a la espera de la arribada de los veleros que los transportaban a suelo americano. El tráfico fluido de numerosas tripulaciones conllevó la mezcla de sangre que dio origen al color amulatado y rasgos fisonómicos que distingue a los nativos, de otros negros del golfo de Biafra. Pero con el transcurso del tiempo, Inglaterra declaró ilícita la trata y la combatió con sus numerosas escuadras. Corisco dejó de tener importancia estratégica y regresó a su pasado y a sus limitados recursos de subsistencia: la pesca y algunos frutos tropicales. De los primitivos pobladores de Corisco, los mungas — una tribu del pueblo benga—, surgieron los actuales descendientes corisqueños, físicamente magníficos).

María Elena desembarcó en Santa Isabel dos años antes de conocer a Francisco, es decir, cuando el Gobernador General levantó el veto impuesto a las mujeres corisqueñas por un antecesor en el Gobierno de la isla. Uno de los Gobernadores anteriores recibió fuertes presiones y denuncias de las señoras blancas para que aquellas espléndidas mujeres fueran expulsadas. Se basaban en pruebas irrefutables que las acusaban de ser el motivo de las desavenencias conyugales en muchos matrimonios europeos. Todo el problema residía en la exuberante belleza y capacidad amatoria de las hijas de Corisco. Fueron expulsadas, desterradas a su isla. El destierro fue largo. Tardaron muchos años en volver a Fernando Poo.

Cuando Alfonso conoció al matrimonio llevaban casados cinco años, no tenían descendencia y aunque la deseaban, nunca la tuvieron. Era una pareja bien avenida. Les separaban diferencias culturales, pero era indisoluble por otras cosas. Francisco era la bondad y la paciencia; María Elena era la sagacidad y el coraje. Francisco era como un canto triste; María Elena era un himno a la alegría.

La primera misión que le encomendó el señor Font cerca de Francisco era breve y le hubiera llevado poco tiempo. Era una calurosa tarde de domingo, pero una vez en la finca se desencadenó un tornado bárbaro acompañado de intensa lluvia. El huracán duró sólo algunos minutos, pero el diluvio prometía no cesar en muchas horas. Francisco, que entendía más que Alfonso de tempestades, plantaciones inundadas y caminos intransitables, amablemente le aconsejó que se quedara a pasar la noche en el *patio*. Accedió gustoso porque le prometió que enviaría un

bracero a San Carlos para que el señor Font estuviera debidamente informado.

Mediada la tarde se anticipó la noche. Desde las cumbres de Moka, negra, densa y húmeda, descendía hasta la bahía como un alud.

En aquel primer contacto le agradó tanto la hospitalidad que recibió y el diálogo ameno de Francisco, hablando con la dulce cadencia de los bubis; eran tan encantadoras y sugestivas las cosas que relataba María Elena sobre Corisco, que les prometió volver pronto. Le rogaron que no dejara de hacerlo, significándole que no era necesario que se anunciara. Quedó demostrado aquella noche que María Elena disponía de recursos personales para improvisar una apetitosa comida con lo que tenía a mano.

El escaso tiempo de aquella primera visita le bastó para considerar que Francisco, a pesar de su buena estatura y peso, tenía una constitución débil, casi enfermiza. Más tarde supo que, efectivamente, no disfrutaba de buena salud y los paludismos eran frecuentes en su organismo indefenso.

María Elena, por el contrario, gozaba de una salud envidiable. En los quehaceres de una casa de bosque es preciso que una mujer —blanca o negra— sea animosa y de carácter firme. María Elena estaba facultada para vivir en el trópico o en el Polo Norte.

Cuando Alfonso subía a la finca les llevaba una botella de güisqui; detalle que agradecían, aunque Francisco era abstemio. No así María Elena, pero bebía con moderación y no parece que le afectase.

Pronto fueron amigos íntimos. Lo apreciaban sinceramente y él les correspondía en igual o mayor medida. Hablando lo pasaban bien y no se aburrían. Alfonso respondía como mejor podía a las mil preguntas que le formulaban sobre España; de las capitales, pocas, que conocía, y de su tierra manchega. (Francisco, lo mismo que casi todos los bubis, había leído el Quijote). María Elena le narraba leyendas muy interesantes, le hablaba de Corisco, al que añoraba; de su familia y de cómo se desarrollaba en la isla la vida cotidiana. Se recreaba hablando de sus mujeres, de quienes ella era la menos agraciada. Eso decía. Francisco le abría de par en par las puertas de su mundo interior y le confiaba sus temores sobre el futuro de África. Era un visionario y desde luego, un pesimista. Era un bubi auténtico que fue conquistando su afecto hasta desear disponer de tiempo y ocasión para reunirse con él. Tenía algo inefable que atraía.

La sobremesa de un domingo giró en torno a su único hermano, mayor que él, por quien sentía un gran cariño. Se llamaba Juan Manuel y era militar. Residía en España desde hacía varios años y sólo una vez regresó a Guinea durante unas vacaciones. Estaba casado con una española y tenía tres hijos preciosos. Decía que no se veían, claro, pero era raro el mes que no recibía una extensa carta y fotografías. Cuando hablaba de su hermano se le iluminaba el semblante. Afirmaba que Juan Manuel era un gran tipo. Luchó en la Guerra Civil Española al lado de los ejércitos de Franco y en los campos de batalla ganó las estrellas de teniente de infantería. También resultó herido. Era mutilado de guerra.



Cuando acabó la contienda fue destinado a la ciudad de Albacete, donde era muy popular entre la población civil y el personal militar.

En el año 1949, en las vacaciones que Alfonso pasó en España, precisamente en la zona de Albacete, estuvo en su casa. De las horas que pasaron juntos guardaba un recuerdo muy grato. De regreso a San Carlos, ni que decir tiene que la conversación giraba en torno a su hermano, cuñada y sobrinos.

(Alfonso no volvió a ver a Juan Manuel, pero a mí me llegaron noticias que hacían referencia a su vida en años posteriores. Cuando Guinea, su patria, obtuvo la independencia, se trasladó a Fernando Poo —su hermano Francisco ya había fallecido— y se puso a disposición de Macías. Éste lo ascendió a teniente coronel y le entregó el mando de las nuevas fuerzas militares. Pero su lealtad al tirano lo perdió. Con el triunfo del golpe de Estado de Obiang Nguema le llegó su hora postrera. Fue fusilado).

En el cumpleaños de María Elena lo invitaron a pasar el día en la finca. Aceptó encantado. Les llevó una botella del mejor escocés y un frasco de colonia TABÚ, la marca de moda en aquel tiempo. María Elena se lo agradeció con muestras de regocijo infantil.

Francisco lo llevó a ver el nuevo tostadero del cacao. Pudo distinguir perfectamente unas mejoras importantes que había introducido en el sistema tradicional.

A la llamada de María Elena regresaron a la casa. Pero antes de la comida se deleitaron con un vaso de piña triturada, a la sombra densa de un mango.

Hasta ellos subían los silencios de la bahía. El calor —cuarenta y cinco grados a la sombra— sumado a la humedad ambiente, pesa terriblemente, los músculos se niegan a obedecer y los pensamientos son incoherentes. Desde aquella atalaya contemplaban una bahía en la que se apreciaban con claridad las corrientes que mantienen en movimiento las aguas. Los cayucos de los humildes pescadores kombes eran manchitas imprecisas en el horizonte inmediato, comparados en la inmensidad marina con naves de gran calado que iban por las rutas atlánticas.

A la hora del café destaparon la botella de Jhonny Walker, etiqueta negra. Dieron cuenta de buena parte de ella en el transcurso de la tarde. A Francisco, aunque no bebió excesivamente, le hizo daño el alcohol. No tenía costumbre y no tardaron en verlo con el rostro demudado y turbia la mirada. Con voz implorante suplicó que lo llevaran a su habitación. ! Pobre amigo mío; —exclamó Alfonso, acongojado.

Cuando lo supieron profundamente dormido abandonaron la alcoba y regresaron al comedor. María Elena andaba delante por el angosto pasillo. A Alfonso no le pasaron desapercibidas las graciosas eses que hacía en su avance. Estuvo a punto de interpretar que el sensual movimiento que imprimía a sus caderas era intencionado, pero al parecer no era así, porque en algunos puntos del trayecto buscó el apoyo de la pared.

Aquella exuberante hija de Corisco irrumpió en el comedor. También el güisqui, pensó Alfonso, le había afectado, porque con voz implorante —oh astucia de la raza benga— le pedía que la tomara en brazos y la llevara lejos, a Corisco, o más lejos... Por supuesto que sin

demasiadas consideraciones la tomó en brazos, pero no la llevó a su isla amada, sino a otro aposento, donde había una cama que al parecer estaba necesitando tanto como Francisco. Mas inopinadamente, cuando la depositó en el lecho, dos brazos posesivos y desleales rodearon su cuello, y con una fuerza irresistible y una intención perversa lo dominaron. Aquella astuta corisqueña fingió una embriaguez inexistente e hizo honor a la reputación de las hijas de Corisco.

Alfonso se sintió sucio y despreciable. Su conciencia anatematizó a María Elena porque lo rebajó ante un hombre eminentemente bueno. Cuando la vio dormida, relajada, y con el signo de la victoria —cual otra Consuelo—, en su bellissimo rostro, la dejó sola. Media hora más tarde, cuando terminó de poner algún orden en la casa, y sabiendo a sus moradores descansando emprendió, triste y abatido, el camino de regreso a San Carlos.

Durante una semana, hasta que Alfonso pudo subir de nuevo a la finca, estuvo muy preocupado por la salud de Francisco. Por fin, un domingo por la tarde emprendió el camino. Su amigo estaba repuesto y aún tuvo la delicadeza de excusarse por su inusual comportamiento.

En el curso de la tarde, en un momento oportuno, dijo Alfonso: <<Francisco, hace tiempo que quiero que me documentes sobre algo que me gustaría saber. Es un tema que sin duda tú conoces bien. A veces he oído fragmentos de conversaciones mantenidas en voz baja por los coloniales más veteranos. Y créeme que para mí son frases inconexas, pero excitan mi imaginación. Si tu pudieras... Se trata de las Fuerzas Expedicionarias que por lo visto envió España a éstos territorios en el año 1942>>.

Su amigo estuvo varios minutos callado, tal vez ordenando sus recuerdos. Adoptó una postura que recordó a *El Pensador*, de Rodín. Lo notó tenso e indeciso, pero finalmente comenzó hablando en un tono muy comedido y desapasionado; con la elocuencia de un profesor de historia hablando a los alumnos. Quizás no le resultaba grato recordar cosas archivadas en el tiempo, que sin embargo inmediato, había procurado olvidar. Pero sentía respeto por la juventud y por su derecho a saber la verdad en cuestiones que le preocuparan. Su relato dijo textualmente:

“Alfonso, querido amigo, he estado varias veces en Lagos, la populosa ciudad de Nigeria. Allí he tenido oportunidad de ver a los militares ingleses. Soldados que están perfectamente equipados para una misión colonial. Sus uniformes adecuados al clima y residencias dignas, dan la imagen de un pueblo poderoso, organizado y disciplinado. La ignorancia de los africanos se vale de esos signos externos, de esa puesta en escena, para considerar a los ingleses —y a los franceses— una raza superior, unos seres que ni sufren ni mueren de igual manera que nosotros, los negros.

“Bien. Se ha escrito que Europa pensó que la Segunda Guerra Mundial podría extenderse hasta el África negra, fuente de materias primas necesarias al aparato bélico. Los países con responsabilidades políticas e intereses económicos en este continente fueron ocupando puntos estratégicos desde donde partieran posibles operaciones militares. Tomaron esta previsión Bélgica, Francia, Inglaterra, Portugal y, por supuesto, España. España trajo fuerzas de artillería e infantería a Río Muni y a Fernando Poo, mientras que a las islas de Annobón y Corisco envió algunas unidades de radio. Pero te hablaré sólo de las fuerzas de infantería que llegaron a San Carlos, aunque tengo conocimiento de que todas, en cualquier lugar de nuestros Territorios, respondían a idéntico desastre en la organización y en la conducta de los hombres.

“Los efectivos que vinieron a San Carlos los situaron en el valle de Musola. Los soldados iban vestidos con uniformes de color caqui, calurosos, cerrados. Ni una sola prenda de las que vestían respondía a las

exigencias del trópico. No llevaban salacot, ni disponían de una sanidad tropical, que como tu sabes, exige una alta especialidad. Tampoco contaban con un cuerpo de intendencia, confiando en los recursos de nuestra isla, que carece de infraestructuras para recibir a un contingente militar numeroso. Por otra parte, no disponían de residencias o albergues porque no fueron dispuestas con anterioridad. Cuando subieron al valle de Musola, con ayuda de los presos, negros, de la cárcel de San Carlos, desboscaron, talaron árboles e hicieron trabajos rudos, en un clima donde los blancos están incapacitados para realizar ciertas tareas corporales.

“A marchas forzadas, soportando temperaturas extremas, acosados por los mosquitos del paludismo y por la mosca tse-tsé; con bajas diarias por insolaciones, montaron los pabellones que hoy se conocen como Reposo de Musola, convertido en Albergue turístico y restaurante de carretera.

“Los soldados enfermaban y morían. Las mordeduras de serpientes, desnutrición, paludismos, hematurias, sífilis y el temible tétanos; disenterías y cantidades ingentes de filarias; el calor y la humedad, diezmaron a los soldados como en la más triste de las derrotas. Con la diferencia de que en un desastre militar se muere con honor, pero en esta otra, marcada por la inanición y el desamparo, morían sin gloria, de la manera más estúpida. Todo ello, sin tener en cuenta las secuelas que el trópico dejó a los infortunados muchachos, que sin duda acusarán el resto de sus vidas.

“El hambre fue otro de los azotes que padecieron. Grupos indisciplinados de soldados recorrían furtivamente las fincas de la comarca de la bahía —la de la viuda de Hensse y la mía fueron las más castigadas— en expediciones de saqueo. En las plantaciones robaban plátanos, piñas y yuca. En los poblados bubis abatían cerdos y gallinas a golpe de mosquetón. En la selva del entorno inmediato al campamento hubieran exterminado a las diferentes clases de monos que las pueblan, a no ser porque emigraron a las vertientes inaccesibles del lago Loreto.

“Se conducían como negros de tercera clase y como forajidos. La insubordinación estaba a la orden del día. La disciplina se relajó. El aspecto de los soldados era sucio, andrajoso; la vestimenta mugrienta y rota. Estaban macilentos, cansados, derrotados. Dormían sobre una manta extendida en el piso de madera de los pabellones, hacinados y sin mosquitero. Los mandos intermedios se indignaban con los superiores — éstos vivían como correspondía a su rango, en la fonda de San Carlos— porque no se daban cuenta o no querían ver tal estado de cosas, de caos y de muerte.

“Mas otra calamidad vino a sumarse a las existentes: la persecución a que se vieron sometidas las muchachas africanas de la bahía y de los poblados del interior. Los misioneros y la Administración de San Carlos estaban inermes ante tales tropelías, propias de incursiones filibusteras. Por ello, en bastantes ocasiones, cuando se aventuraban desarmados por las fincas, eran perseguidos y apaleados. En defensa de mis intereses y derechos mostré a unos oficiales mi documento de emancipación. Me lo

devolvieron con un desprecio olímpico, sin leerlo. Aquel episodio fue para mí tremendamente humillante.

“En un intento de poner coto a la violación de las muchachas bubis, algunas muy niñas, los mandos idearon una solución descabellada, que denotó el gran desconocimiento que tenían del trópico y del peligro venéreo, consecuencia del calor, la humedad y la falta de higiene: “reclutaron” a casi todas las prostitutas de Santa Isabel, y las organizaron en grupos, que visitaban regularmente los campamentos. (Un ilustre escritor peruano habría de escribir un día, salvando tiempo y hemisferio, PANTALEÓN Y LAS VISITADORAS, novela que recoge la práctica y la táctica de las visitadoras a los campamentos militares). La consecuencia inmediata fue que se desencadenó entre los soldados una sífilis terrorífica.

“Y murieron. Tú puedes ver, si lo deseas, filas y más filas de cruces con nombres ilegibles en el cementerio militar de Musola. Tumbas de hombres jóvenes procedentes de todas las tierras de España y soldados moros de Marruecos, que están enterrados allí. Tumbas que ha cubierto la selva, muda y piadosa, borrando de la faz de la tierra tropical y de la memoria de los hombres, las pruebas que debían acusar a los responsables de tanta vergüenza y deshonor. Para mí —que me siento tan español—, esta es la página más triste de la historia de España en Guinea. Historia que se le ha ocultado al pueblo y a las madres españolas. Para concluir, los periodistas que nos visitaron entonces podrían haber escrito sobre el contenido de mi relato, pero dudo de que los EE.MM. lo hubieran autorizado. El responsable más directo fue el gobernador de la



colonia, Mariano Alonso. Y otros responsables, igualmente culpables, en el Gobierno de Madrid, por su desconocimiento histórico de estos territorios. Hubo enfrentamientos entre Mariano Alonso y el director de Marruecos y Colonias, Juan Fontán, para imponer sus criterios. Al final se impuso la opinión más desacertada, la de Mariano Alonso”.

— Pero, dime, Francisco, ¿en qué se fundamentaban los criterios de Juan Fontan?

— Juan Fontán era partidario de que los soldados, tanto en Río Muni como en la isla, residieran en una flotilla de barcos de transporte, prontos a desembarcar. El caballero quería evitar el espectáculo de desprestigio y muerte que sin duda se iba a producir. Como así fue — concluyó.

Cuando terminó, los dos amigos se sumieron en el silencio de sus propios pensamientos.

(Algunos años después de estructurado este libro, me permito añadir al capítulo de la Agrupación Mixta de Fuerzas de Guinea, una reseña “histórica”..., de la que casualmente he tenido conocimiento. En el libro de R. de la Cierva, FRANCISCO FRANCO (UN SIGLO DE ESPAÑA), en el volumen segundo, página 341, en un apartado titulado *Cañones junto al Ecuador*, se habla de errores tácticos y de algunas cosas más. El señor de la Cierva emplea eufemismos políticamente aconsejables cuando dice que “cundieron las bajas por enfermedad”. Sería interesante saber en qué fuentes ha bebido la noticia histórica. Porque si me dijera que ha sido en algún documento oficial al que ha tenido acceso, yo afirmo que éste ha sido amañado y escarnece la verdad. Por otra parte, el señor de la Cierva, o sus censores, no dice que si en las alturas de Musola —el lugar más

sano de nuestras posesiones guineanas— hubo tantas víctimas mortales, ¿cuántas hubo en las insalubres zonas costeras de la isla y en las de Río Muni, donde el calor alcanza temperaturas infernales y la mosca tse-tsé causa enormes estragos? Nunca conoceremos este dato. Y añado algo más: en el ángulo que forma la carretera San Carlos-Concepción con la de Moka, está ubicado el cementerio de la Agrupación, exactamente detrás de las cocinas del campamento. Al fondo del cementerio, al final de numerosas filas de cruces, aún se puede ver la capilla acristalada que guarda una imagen tallada en madera, irreconocible, porque también ha sufrido el deterioro del tiempo y del comején). Al lado del cementerio católico se halla el musulmán.

Sí, la despedida fue todo lo triste que Alfonso imaginó, y aún se quedó corto. Cuando besó a María Elena, mentalmente la perdonó. Un abrazo grande, prolongado, recio, fraternal, y un <<hasta siempre, hermano>>, dejó en los dos amigos del alma la impresión fatalista de que no se volverían a ver.

Desde la finca dirigió sus pasos al poblado de Musola. Le dijo adiós al cacaotal y escaló la ceiba del nido de las ardillas, aun sabiendo que lo encontraría vacío. Las últimas horas las consagró a la playa de los cafetales de A.T.P., a sus amigos de punta Cabras y a algunas señoras de San Carlos. Esteban, Adolfo y Mercedes lo despidieron en la estación de autobuses. Cuando los vio llorar les prometió que volvería pronto. ¡Cuánto lo amaban!

Se fue dejando atrás su libertad, apretando los dientes con rabia hasta hacerse daño, con los ojos empañados y angustia en el corazón.

**EL AMBIENTE** que Alfonso encontró en Santa Isabel no fue de su agrado. Hacía ímprobos esfuerzos por adaptarse a él, por entenderlo, pero no lo conseguía. En los primeros meses sólo salía de su casa para ir al trabajo, a la biblioteca pública y a la academia de idiomas SORIA, donde se matriculó en lengua francesa. Por la noche se refugiaba en el amor y comprensión de Consuelo.

Los primeros meses de su estancia en la ciudad vivió sin amigos. Los muchachos con los que tuvo alguna relación no lo convencieron porque los encontró vacíos y sin carácter. Excepto Eusebio. Eusebio fue el gran amigo de su vida, al que tuvo a su lado en momentos muy graves y en otros más felices; el compañero leal, bueno y generoso; a quien dio su sangre cuando la necesitó.

Conoció a Eusebio cuando ambos se incorporaron a la Guardia Colonial. Había llegado a Fernando Poo dos meses antes para cumplir en Guinea con sus obligaciones militares. Era madrileño y brillante estudiante de medicina. Sus padres, veteranos coloniales, tenían una acreditada factoría en una céntrica calle de la capital.

Pronto simpatizaron. Fue una amistad de la que ambos estaban muy necesitados. Una amistad que se fundamentó día a día por aficiones comunes, ideas coincidentes y un amor apasionado por la vida en todas sus infinitas formas. A Eusebio, como a Alfonso, le cautivaba la lectura;

como él, era un idealista, y los dos tenían un irreductible concepto respecto de los derechos humanos. !Condenaban el racismo!

Eusebio le hacía confidencias, le hablaba de sus esperanzas y sueños; y de una primera y dolorosa relación sentimental con una compañera de facultad que le produjo una herida profunda a su inexperto corazón. Alfonso lo iniciaba en las costumbres de Guinea y en todo lo que era necesario saber para vivir, y sobrevivir, en África. Singularmente dotado físicamente, tenía negro el cabello, labios sensuales, ojos grandes, pensativos y sombreados por largas pestañas; atributos que le conferían al rostro un sello de noble distinción que no pasaba desapercibida a las muchachas blancas, quienes en las tertulias del Casino hablaban en voz baja de la belleza varonil de un joven desconocido que se había incorporado recientemente a la Guardia Colonial. Era desconocido porque en la primera etapa de su estancia en la capital sólo salía de su casa para ir a la factoría de sus padres.

Más tarde, cuando se incorporó a la milicia sólo salía con Alfonso y con tres compañeros: Javier, Luis y Eduardo. No frecuentaba la sociedad femenina, que se le brindaba ansiosa de tener su amistad. Eusebio sabía el terreno que pisaba, entre otras cosas porque tenía muy desarrollada la capacidad de ver, oír, captar y enjuiciar; y porque aún tenía abierta la herida que le quedó de su primera aventura con una mujer.

Le refería a Alfonso que el ambiente que había encontrado en Santa Isabel no le seducía. Los europeos, según su apreciación, sentían una inclinación desmedida hacia el alcohol, al sexo y a la arrogancia. Las personas que conocía leían poco y no tenían inquietudes. Eusebio era

consecuente con sus juicios, porque le confió a Alfonso —coincidiendo con él—, que algunas chicas blancas que le presentaron una tarde que estuvo en el Casino acompañando a su madre, en su opinión, estaban liberadas del peso de la cultura y de la capacidad de pensar. Se lo dijo una tarde que paseaban por la plaza de España.

Sensible y liberal, también a él le hacía daño el exacerbado elitismo reinante, las categorías perfectamente diferenciadas en la absurda sociedad blanca de la colonia, que no tenía en cuenta que si en un momento concreto los vientos soplaran contrarios se necesitarían unos a otros

El padre de Eusebio, un colonial experimentado, hombre versado y auténtico, aleccionó a Alfonso de la misma manera, con iguales palabras a las empleadas con su hijo porque no quería que cometiera errores irreparables. <<La sociedad blanca de Santa Isabel es una tierra movediza a la que hay que saber sortear>> —afirmó. <<Una sociedad esperpéntica que comenzó a forjarse en los lejanos tiempos de los primeros españoles que llegaron a Fernando Poo>>. <<Por tal motivo —proseguía— en la bella capital de Fernando Poo se estableció desde el primer momento, con toda la carga de imponderables, el modelo de sociedad que imperaba en la vieja Europa. Se sentaron los principios inamovibles que definirían las clases en Guinea. Nació y se desarrolló un horrible monstruo de tres cabezas disformes: clase alta, media y baja. Se delimitó a fuego el sitio que cada persona debía ocupar en la escala social, de acuerdo con su situación económica y origen regional. En Santa Isabel no gozan de igual categoría, extremeños, gallegos y andaluces, que catalanes, vascos y

madrileños; aunque todos se sienten superiores a portugueses, sirios, libaneses, hindúes y africanos. Los empleados de comercio, de fincas agrícolas y funcionarios de la parte baja del escalafón, son considerados inferiores a jefes de servicio, militares de graduación, gerentes y propietarios de plantaciones y comercios importantes. La clase que está en la cúspide es hermética e inaccesible. Para ser admitido en su seno es condición indispensable estar avalado por la importación, la exportación, o por una señora exuberante. En una ciudad donde escasean las mujeres blancas, si alguna de las que se incorporan a la vida del trópico es espléndida y abundante, la élite la admite de inmediato y sin protocolo, saltándose hipócritamente los reglamentos sin investigar su origen y antecedentes peninsulares. Y no olvides algo muy importante que en su momento le dije a Eusebio: mira bien donde pisas, donde pones los ojos... No me gustaría que esta sociedad ridícula te causara daño>>.

Era paradójico, pero en Guinea no existía el racismo –que hubiera agravado aún más la convivencia– como sentimiento; vocablo y efectos desconocidos a pesar de ser el epicentro de la gran confluencia de razas. Alfonso estaba persuadido de que el racismo como sentimiento es una coartada, un pretexto para justificar holocaustos, expolios organizados y agresiones a individuos y a territorios. Existía, ciertamente, una actitud repulsiva hacia las categorías socialmente inferiores (lo mismo que vemos y sufrimos en Europa). En Santa Isabel se organizaban fiestas privadas por y para blancos, pero a las que nunca faltaban los Jones, los Balboa, los Dougan, etc., es decir, familias negras, pero instruidas y ricas, señores del cacao y del café. En aquel núcleo imponente del digamos

ambiente racial, no conoció a nadie que se confesara racista. Eran —de ello hacían ostentación— elitistas radicales).

Donde más se percibían las diferencias sociales era en el club Náutico, punto de reunión de los europeos y de algunos negros emancipados. En sus terrazas se exhibían los últimos modelos de vestidos, pamelas y zapatos importados de París por la prestigiosa tienda de Paquita Morrás (a la que hizo referencia Beatriz en su visita a la isla de las Vírgenes), y se bailaban los últimos ritmos, que llegaban con muchísimo retraso respecto de su aparición en Europa. Se daban conferencias en el salón de actos, se jugaba al tenis y al póquer y se frecuentaba la piscina, aunque sólo fuese para admirar a la “novia de Santa Isabel”, nadadora de belleza peregrina y cuerpo escultural. (Casi todos los jóvenes blancos de la capital bebían los vientos por la señorita Rocío Casas).

A las pocas semanas de comenzar Alfonso una nueva etapa de su vida se fueron las lluvias. El cielo quedó liberado de la cortina de niebla húmeda que impedía al sol recrearse en la contemplación de la tierra tropical. Pasarían seis meses hasta que volviera a llenarse otra vez de bruma y tristeza. Las plantaciones, los *patios* y la vida en general, resurgieron del sopor del invierno ecuatorial. El sol rompió la capa de nubes e inundó la selva, y bajó hasta el mar para llevar luz y energía a los bancos de coral. La bahía de San Carlos —imaginaba nostálgico— habría recuperado su bello azul y los cayucos la surcarían en todas direcciones. La actividad volvió a las fincas, se aprestaron los secaderos, se apiló leña recia al lado de los hornos y se afilaron los garfios que habrían de cortar las piñas de cacao que crecían en las ramas más altas. Los *patios* reanudaron las faenas normales. La fauna despertó del letargo que la tuvo inactiva durante las lluvias. La flora se había renovado, el bosque estaba más crecido y el calor abría los capullos de la flor del cafeto, cuya fragancia, unida a la del *lilán-lilán*, invadía senderos y poblados. El canto monótono de las nievas llenó otro ciclo en las noches del paisaje africano.

La banda de música reanudó sus actividades en la plaza de España los domingos por la tarde y las muchachas irrumpieron nuevamente en los lugares más frecuentados de la capital. El puerto se atestó de cayucos contrabandistas procedentes de Nigeria y Camerún. Los hausas hicieron su reaparición en el mercado y en las calles, cargados de ébano, marfil y



pieles preciosas, que ofrecían de casa en casa, a los transeúntes blancos y a los comercios. La ciudad recuperó su ritmo trepidante y colorido habituales.

En páginas anteriores he dejado escrito que el alejamiento de San Carlos significó para Alfonso un desastre que asoló su vida. Pero en opinión de Eusebio, el vaso de sus desventuras aún no estaba lleno. Los bubis y kombes de la bahía lo prepararon físicamente para sobrevivir en el medio que ellos conocían, pero no estaban capacitados para fortalecerlo frente a peligros de otra procedencia. Ante la maledicencia humana estaba indefenso. A pesar de las sabias advertencias del padre de Eusebio, creía que como Beatriz, también él tenía derecho a merecer cosas humanamente posibles. Pero aún no comprendía, que, aparte de su juventud, poco más podía ofrecer. La pureza de sus sentimientos y el alma incontaminada sintieron desamparo en una ciudad que era inhóspita y egoísta, fortaleza inexpugnable de una sociedad dominante.

Un domingo, a la hora en que el calor había disminuido y la tarde declinaba, Alfonso y Eusebio estaban paseando, como hacían habitualmente, por la acera circular de la plaza de España. Hablaban y oían las disonancias de la banda de música de la Guardia Colonial, que interpretaba música ligera frente al palacio del Gobierno.

Inesperadamente vieron a una muchacha europea, morenita y con una atractiva presencia, que paseaba sola y en sentido contrario al de ellos. Vestía un traje blanco, de encaje, cuya transparencia permitía entrever la combinación, azul pálido. La prenda, de airoso vuelo en los bajos, se estrechaba en el busto, resaltando dos incipientes prominencias

altas y muy simpáticas. También daba vueltas a la plaza y como digo, en sentido inverso al de Alfonso. Éste la veía venir en cada giro y no le quitaba la vista hasta que al cruzarse, sus ojos se encontraban, pero ella los bajaba y se sonrojaba ante la mirada directa y sostenida de él. Cuando coincidieron en la que resultó ser la última vuelta —habían transcurrido veinte minutos— la muchacha sostuvo la mirada que al parecer la turbaba y se sonrió, miró el reloj y desapareció con cierta premura por la calle Sacramentos. Alfonso se preguntó quién era aquella adorable criatura que al parecer había escapado al riguroso control que llevaba de las europeas que se incorporaban a Santa Isabel. Sintió en su espíritu algo tan perturbador que aquella noche no pudo dormir pensando en la atractiva adolescente. ¿Quién es, quién es...? —se repetía una y otra vez, dando vueltas en el lecho.

Al día siguiente, lunes, a las ocho de la tarde, minuto más minuto menos, llamaron suavemente a la puerta de la academia de idiomas. Se había adelantado a sus condiscípulos, estaba solo, se anticipó al boy y abrió. En el descansillo de la escalera vio a una joven blanca, casi una niña. Reparó alborozado en que era —¡oh veleidosa premonición!— la muchacha de la plaza de España. <<Soy C.B.R., la nueva alumna>> —dijo, tímida, a modo de saludo.

Le franqueó la entrada y la invitó a sentarse. Le puso la silla y él ocupó otra a su lado. <<El profesor y los compañeros no tardarán en llegar>> —le informó. La miró directamente, pero sin insolencia. Detuvo la mirada en sus ojos, ahora próximos. Estaban ornados por largas pestañas rizadas. Eran ojos elocuentes, limpios, alegres y luminosos. En

el labio superior le crecía un ligerísimo bozo que ponía en su boca perfecta un simpático cerco de sombra. Miró sus manos y las imaginó suaves como piel de marta. Eran bellísimas, fascinantes, pensativas, con vida independiente, y como los ojos, inocentes. Turbado apreció, ahora de cerca, que ciertas prominencias tenían el tamaño ideal de dos medios cocos a los que se les ha quitado el blindaje fibroso (como eran las de Beatriz). Las imaginó pudorosas y asustadizas, túrgidas y con una base sólida.

Aquella primera noche hicieron un pacto solemne de amistad inquebrantable. Fue a la salida de la academia, camino de su casa, que estaba a corta distancia. Era un chalet separado de la calle por una verja. Entre ésta y la vivienda había un espacio con plantas tropicales y flores.

En noches sucesivas, Alfonso descubrió que había infinita ternura en el corazón de la adolescente y dulzura en su voz: “Han nacido en mi rancho dos arbolitos...” —le cantaba alegre su garganta de ruiseñor. En el transcurso de aquella semana comprobó, exultante, que era transparente su alma y pudo ver el interior, limpio, sin mácula. No pasaron muchas noches cuando Alfonso le dio a probar sus labios. Fue para la muchachita una sensación desconocida que le gustó y paladeó con deleite. Todos los días, tiempo providencial y mágico, sus jóvenes corazones concebían los sueños más bellos. Con palabras y con besos escribieron excelsas páginas de amor, que sólo las noches ecuatoriales pueden inspirar.

Era madrileña —dijo— y sólo hacía un mes que había llegado a Guinea. Ante el empeño de su hermana (esposa de un funcionario de Iberia) de que se viniera a vivir con ella, no se sintió muy animada —

confesó—, <<pero cuando el corazón me dijo que un muchacho alto, moreno, de ojos agitanados, labios provocativos y manos insolentes me estaba esperando, me decidí>> —concluyó romántica.

— Si sólo lleva un mes en Guinea —le advirtió Eusebio— su hermana aún no ha tenido tiempo de aleccionarla, de presentarla en sociedad. Ten cuidado Alfonso.

— ¡Por Dios, Eusebio; !Qué traición se puede esperar de una criatura que es la viva imagen de la inocencia, de la pureza y de la lealtad. El amor lo lleva en sus ojos, en sus palabras, en sus pensamientos y en el calor de sus besos. No, Eusebio, creo que te equivocas.

Eusebio no se equivocó. La guerra se desencadenó porque su hermana —que era una serpiente de coral, una ceraste, una *mamba* del Congo— quería para la joven una elevada posición social (con tal propósito la llevó a Guinea). Sí, su distinguida familia, despreciando el derecho de todo ser humano a elegir por sí mismo, libremente, en cosas que importan a su propia vida, destruyó sus sueños, anularon su voluntad y expulsaron el amor de su corazón con argumentos de peso...

Las ventanas de las habitaciones del chalet daban a la carpintería de Gabriel Perdiguero. El encargado blanco, José Tejero, extremeño, sentía un gran afecto por Alfonso. Era Tejero el que le confiaba a su joven amigo cuanto observaba y escuchaba en la vivienda. Le decía, entre otras cosas, que las dos hermanas se enzarzaban en grandes altercados, donde una y otra elevaban el tono de la voz con igual intensidad. Que la adolescente defendió su amor con uñas y dientes durante muchos meses; hizo honor

a la lealtad debida a su novio, pero poco a poco, las murallas de Jericó se desmoronaron, rindió la plaza al feroz asedio de su verdugo.

— Ándate con mucho cuidado, Alfonso; me temo que te van a dar el “pasaporte”. Tu novia ya no discute, apenas se oye. La única que habla, en tono persuasivo, es la hermana —le informó Tejero.

Su hermana no tardó en buscar un candidato que rivalizara con Alfonso. Un aspirante que tenía todos los triunfos a su favor para reconducir el corazón de Concha. Un hombre tímido que contaba quince años más que ella, pero era un comerciante rico, y tenía automóvil. Alfonso era dependiente de comercio y por no tener, no tenía ni bicicleta.

Una amiga de Alfonso, Marina, una muchacha honesta como pocas y asidua del casino, le informó que cuando C. entraba en el club después de despedirse de él en los soportales de Mallo y Mora, encontraba al candidato sentado en la mesa de su hermana en animada charla. Cenaba con ellas y una vez tomado el café <<tu novia y el aspirante suben al coche de éste y toman la dirección de la carretera del aeropuerto. Regresan tarde>>. Entonces conoció Alfonso la fragilidad humana ¡Veinte años tenía él, y ella, diecisiete...!

Ante las informaciones de Tejero y de Marina, Alfonso, con una entereza dolorosa, herido y humillado, pero digno, decidió no volver por la academia. No quiso verla más. Se adelantó a los acontecimientos que sin duda se iban a producir, pero con ello le facilitó las cosas a C. Algunos días después ya no se ocultaban para pasear en coche, abiertamente, por los lugares más pintorescos de la capital y punta Fernanda. La élite se apuntaba una victoria más.

Aquellos dramáticos sucesos terminaron de arruinar su vida sentimental e hicieron de él un ser escéptico, sin fe en la raza blanca, su propia raza. En años venideros, en el resto de su vida quedaría, seguramente, inhabilitado para amar. La sociedad de Santa Isabel no le perdonó que pusiera sus ojos en una muchacha que no le correspondía porque estaba reservada —dijeron—, para más altos merecimientos. ¡De qué poco le sirvió la advertencia de Eusebio y las lecciones de su padre! A pesar de todo, la generosidad de su alma no concebía que la muchacha de la plaza de España y los recuerdos de sus primeros momentos de amor (los que iban desde el instante de conocerse hasta cuando fue sometida), murieran en el olvido: la instaló en el templo consagrado a su juventud, junto a Beatriz, Consuelo y Eva María.

En aquel tiempo, ni él ni ella imaginaban que muchísimos años después, el destino los pondría de nuevo frente a frente a través del hilo telefónico. Pero ya nada sería igual, a pesar de que en el rescoldo que quedó cuando ardieron sus sueños, aún quedaban ascuas. De ese rescoldo, de entre esas brasas surgieron, como el Ave Fénix, unas acongojadas palabras de C. que eran un grito desgarrado: <<No luchaste por mí; como si no te hubiera importado. Me sentí sola, acosada. Me arrancaron la voluntad, me vencieron. Y tú no hiciste nada por irrumpir, con la violencia de que alguna vez hiciste gala, en el círculo hermético, pero cobarde, de mi familia. ¿Por qué, Alfonso, por qué?>> <<Por una y simple razón, C. Yo tenía una edad inadecuada para tomar decisiones trascendentales, no tenía resuelto mi porvenir, no tenía nada que poder ofrecerte. He tenido mucho tiempo para pensar que si hubiéramos

consumado lo que te será fácil imaginar, y para lo que no nos faltaban deseos, hubiéramos sido muy desgraciados, lo habríamos pagado muy caro; porque el amor, por sublime que sea, a menudo es aniquilado por imperativos materiales. Nos habríamos sentido solos, habríamos sido rechazados por tu familia y por la sociedad a la que pertenecían>>. El silencio que siguió a sus palabras fue dolorosamente compartido.

¡QUIÉN podría olvidar el cumpleaños de Luis! La familia lo celebró por todo lo alto, porque no había tenido ocasión de estar reunida en fecha tan señalada desde que el chico se embarcó para la península, para cursar el bachillerato y posterior carrera de Derecho. Como coincidió con un día laborable —era miércoles— y el horario comercial no permitía lo que seguramente sería una sobremesa de mediodía muy prolongada, doña María, madre del homenajeado, tuvo la idea de organizar una cena mayestática en el marco incomparable del Casino, con asistencia de Alfonso, Eusebio, Eduardo y Javier, compañeros de su hijo en la Guardia Colonial, y algunos veteranos coloniales amigos de la familia.

Pero el domingo hubo una segunda fiesta en Sampaka la plantación del padre de Isabel, novia de Eduardo. El festejo, continuación del primero, lo organizó Luis con ayuda de sus coimpañeros para que la muchacha participara de la celebración, ya que no le fue posible desplazarse a Santa Isabel, aquejada de paludismo desde el principio de la semana anterior .

Un torbellino de juventud irrumpió una vez más en la mansión de la finca. Isabel, obligada a permanecer sentada, era feliz viendo el ir y venir de los atolondrados amigos de Eduardo, afanados en que todo estuviera a su gusto. <<¡Cuánto me gustaría poder ayudaros!>> —dijo. Pero su debilidad era evidente y su palidez, intensa. El paludismo que acababa de superar, como siempre sucede, la había dejado exhausta.



Declinaba la tarde cuando Alfonso reparó en que Eusebio estaba haciendo un gran esfuerzo para no ser una nota discordante en el grato ambiente que presidía la fiesta. Tenía el rostro demudado y el blanco de los ojos había perdido nitidez. A partir de esa apreciación no le quitó la vista de encima. Observó alarmado que cuando tomaba un vaso le temblaba la mano. En otro momento cruzaron las miradas y la de Eusebio fue harto elocuente. Su amigo le hizo una seña y se dirigió al extremo norte de la galería. Eusebio no tardó en seguirlo. Respondiendo a las preguntas que le iba haciendo Alfonso, dijo que no se encontraba bien, el frío le aumentaba progresivamente, tenía ganas de vomitar y le dolían las articulaciones. Confesó que en las últimas semanas se había olvidado de tomar la quinina diaria, y se sentía tan cansado, que suponía un gran esfuerzo andar o estar a pie firme. Aún dijo más: que algunos días, no consecutivos, notó lo que creyó principios de malaria, pero en las distintas ocasiones se tomó un par de atepés y había experimentado una notable mejoría. Alfonso entendió que en ningún caso se había tomado las 21 pastillas del tratamiento completo. Sintió una gran alarma ante lo que le pareció un panorama desalentador porque, sentenció, eran síntomas claros de un paludismo mal curado que se había hecho crónico.

— Lo que me cuentas, Eusebio, no es preocupante. De todos modos cuando regresemos a Santa Isabel nos pasaremos por el hospital para que te vea uno de los médicos de guardia —lo tranquilizó.

Aquella noche quedó ingresado en el Centro. En el camino de vuelta sufrió el primer ataque de fiebre y Eduardo tuvo que coger el volante. A la mañana siguiente —lo que Alfonso temía— descubrieron que su dolencia

respondía a un paludismo tan deficientemente tratado, que había degenerado en hematuria. Su vida, bajo el control del doctor Ligeró, experto en medicina tropical no corría peligro, pero yendo todo bien tenía hospital para rato.

Su moral se hundió cuando fue informado de que iba a estar varias semanas en el Centro. Con el agravante de que sus padres estaban ausentes de Santa Isabel. Tomaron el avión para España el día siguiente del cumpleaños de Luis, en un viaje de vacaciones que duraría seis meses. Los compañeros se organizaron —así se lo hicieron saber— para que en ningún momento le faltara compañía.

En el transcurso de la primera semana orinó mucha sangre y le hicieron varias transfusiones. Los amigos dieron gran parte de la necesaria. Los primeros días fueron los más críticos porque su debilidad alcanzó proporciones dramáticas. No tenía energía para hablar y mover los brazos. Alfonso sabía por propia experiencia que era el proceso normal de una hematuria. Los muchachos se turnaban con precisión militar para estar a su lado por las tardes. Alfonso se reservó las horas de la noche. No es que Eusebio estuviera desasistido en las horas nocturnas; el control sanitario era permanente, pero le reconfortaba ver de cerca a su amigo cuando abría los ojos. Aunque a partir del décimo día no fue menester. Cuando le daban los alimentos que le servían para la cena se despedían hasta el día siguiente. Ni un sólo domingo dejó de recibir la visita de Isabel.

**Dos meses estuvo en el hospital. Sesenta y cinco días. Y en ese tiempo, su destino dispuso que su carácter, calidad humana y la hematuria, habrían de trazar la feliz trayectoria de su vida:**

UNA MAÑANA, quince días después de su ingreso en el hospital, cuando despertó, vio lo que le pareció una alucinación, consecuencia de su persistente estado febril. Una joven blanca, cara adolescente, asombrosamente atractiva, aspecto frágil y muy pálida; vestida con el atuendo hospitalario de los pacientes, se hallaba de pie junto a la cama. Parpadeó varias veces hasta convencerse de que aquella criatura era un ser real que lo miraba con ojos divertidamente traviosos. <<¡Hola!>> — saludó en voz baja y tono amistoso. Él no pudo responderle; se limitó a mover los labios y continuó mirándola fijamente. <<Me llamo Luanda. Mi habitación está al lado de la tuya. Estamos solos en esta parte del hospital destinada a los europeos. Es una época del año en que hay pocos enfermos blancos. Una monja me ha informado de tu dolencia, de los días que llevas en el Centro, de las visitas que recibes y de cómo te llamas. Tienes un nombre muy sonoro... Si te hago algunas preguntas, por favor, responde con la cabeza afirmativa o negativamente: ¿Te molesto? ¿No? Gracias. ¿De qué quieres que te hable? No me lo puedes decir, claro. ¿Deseas que te hable de mí, de algo en particular, del tiempo, de tu enfermedad, o prefieres que esté callada? ¿Que te gustaría que te hablase de mí? De acuerdo. Mi nombre ya lo sabes y supongo que aún es pronto para que lo hayas olvidado, pero por si acaso, te lo repito: me llamo Luanda. Llevo treinta días en el hospital afectada de tu mismo mal,

es decir, de hematuria, pero según la información que tengo, la mía es menos aguda que la tuya. Hace tres días me autorizaron a abandonar la cama y a dar cortos paseos. Así es como he descubierto, como antes te he dicho, que eres mi vecino y que excepto por la tarde, el resto del día estás muy solo. También he sabido que eres soldado de la Guardia Colonial. No me atrevía a entrar pero al fin me he decidido porque he pensado que en algún momento me puedes necesitar. Creo además que haciéndonos compañía se nos hará más soportable la estancia aquí. ¿Te parece? ¿Sí? ¡Me alegro por ti, por los dos!>>

Eusebio giró la cabeza hacia la mesita de noche y detuvo la mirada en un vaso que contenía zumo de piña. La muchacha interpretó que tenía sed. Tomó el vaso y le dio cucharada tras cucharada hasta que Eusebio volvió la cara hacia otro lado en señal de que era suficiente. Inclínada, con el rostro muy próximo al de él, impremeditadamente, le dijo sin inmutarse: <<Escúchame, Eusebio. Como estás indefenso y yo me marcharé no sé cuándo, pero desde luego antes que tú si todo va bien, y no volveremos a vernos; aun exponiéndome a que me califiques de impúdica, deseo decirte que eres peligrosamente guapo... Te has sonrojado y por el calor que noto en las mejillas yo también debo estar encendida. Ahora, te dejo. En otro momento volveré>>.

Pero transcurrió el día sin que regresara al cuarto del que ya era su amigo. Tal vez se había impuesto, cual penitencia, reparar la audacia que la llevó a manifestar con palabras la íntima admiración que sentía por el varonil atractivo del muchacho. La habitación de Eusebio estaba abierta de par en par y éste vio que Luanda se paseaba por la galería. Le hubiera

gustado llamarla, tenerla cerca, hablarle, pero no podía dada su excesiva debilidad. La muchacha lo miraba cuando pasaba por delante de la puerta y lo saludaba con un ademán de la mano.

Al siguiente día, a la misma hora de la mañana anterior, cuando el enfermo despertó la vio a los pies del lecho. Con un gesto suplicante le pidió que se sentara. No, en el sofá no, en la cama, al lado de la cabecera.

— ¿Cómo estás hoy, compañero? ¿Te sientes mejor? ¿Sí? Yo también pero le diré al médico que estoy igual o peor. No quiero marcharme del hospital.

La mirada de Eusebio era interrogante.

— Quieres saber porqué, ¿verdad? Aquí no veo bosques, plantaciones, el monótono color verde de la selva, ni siento el calor ni la humedad que enervan el cuerpo y la mente, —hablaba con rencor—. << Aunque para responderte enteramente tendría que referirte una larga historia, la historia de mi vida. ¡Y para qué! Mi vida carece de interés y tú bastante tienes con estar ahí, postrado. ¿Que deseas conocerla? No sé qué te diga..., ¿pero me prometes solemnemente que cuando te sea posible me hablarás de la tuya? Otra cosa además: si te canso, hazme un guiño>>.

Eusebio asintió.

— Bien. Como ya sabes, me llamo Luanda y soy angoleña. Nací en la región de Silva Porto. Mis padres nacieron en Lisboa. Un día se conocieron, se casaron y eligieron Mozambique para pasar la luna de miel. El país les cautivó y decidieron emprender allí una nueva vida. En aquella posesión portuguesa, en una casita blanca que habitaban cerca

del mar, nació mi único hermano. Algunos años más tarde se trasladaron a esta parte de África. Desde mucho antes de nacer yo, mi padre regentaba una enorme plantación de café, asistido por tres empleados blancos —dos portugueses y un belga— y varios cientos de braceros negros en proceso de civilización. Nací y crecí en el mayor aislamiento, rodeada de una soledad tan densa que se podía ver y tocar.

En la plantación lo pasaba bien cuando era pequeña porque el jardín de mi casa parecía un parque zoológico. En los árboles había diversas clases de monos, loros y faisanes. En el interior de un sólido vallado que terminaba en forma de cúpula cual una gigantesca jaula semicircular, correteaban ocas y patos, gallinas de Guinea y pavos reales. Y en el estanque me olvidaba del tiempo siguiendo el movimiento de los peces, graciosos y multicolores, que convivían en feliz armonía con un Carey y una pareja de bellísimos cisnes negros que los dueños de la finca llevaron de no sé dónde. Quizás de Australia, porque tenían el cuello muy largo, las patas amarillas y los ojos y el pico, rojos. Pero cuando fui un poco mayor empecé a odiar la soledad y el color verde del cafetal, excepto cuando florecía. El color verde me obsesionaba, me deprimía. Lo veía en todas partes, en cualquier lugar, a donde quiera que mirara. ¡Hasta en sueños lo veía! Y odié la lluvia y la humedad, los tornados, el sol y el calor deshidratantes. Y los cielos deslumbrantes que reverberaban sobre todas las cosas. Pero lo que más daño me causaba era la inmensa soledad de la plantación. La soledad, como el silencio, es pesada y tiene el color indefinible de la tristeza. La tristeza, la soledad y el silencio, se desplazan impregnándolo todo de melancolía. Tú no sabes, Eusebio, cómo

transcurre la vida en las fincas. Es una vida que no deseo para quien sea joven porque está llena de renunciaciones, de asfixia, de incomunicación y de hastío. Sientes el alma dolorida, notas que se te van muriendo el espíritu, las ilusiones y las esperanzas. Y es un día y otro día, un año y otro año. Mi vida ha estado marcada por la soledad y la pérdida de cuanto he amado. Además de perder a mis padres cuando más los necesitaba, perdí también a un *tití* al que quise como no te puedes imaginar. Era mi único amigo en el bosque. Me esperaba todas las tardes, a la misma hora, en el mismo sitio, en el mismo árbol. Le llevaba golosinas y le hacía confidencias. Él no decía nada, se limitaba a mover la cabecita y callaba, pero por la forma atenta de mirarme yo sabía que me comprendía. En un principio desconfiaba de mí, sentía un temor tembloroso, pero acabó por subirse a mis hombros y se divertía jugando con mis pendientes. Más tarde bajó a mi falda, y así como en los primeros días de nuestra amistad le dejaba las cosas en el suelo a corta distancia, después las tomaba de mis manos. No pasó mucho tiempo cuando se dejó acariciar. Algunos días, hecho un ovillo se dormía en mi regazo. Una tarde le puse en el cuello una cinta de seda roja y leí en sus ojitos un gran placer. La coquetería por lo visto no es sólo privativa de las personas. Era como un bebé necesitado de ternura. Alguna vez me preguntó mi hermano la razón de no llevarlo a casa, pero le respondí que aunque yo también lo había pensado, me negaba a privarle de la libertad que tenía en el bosque y tal vez del amor de su familia. Mas un día no volvió. Y no es porque hubiera dejado de quererme o porque estuviese harto de dulces y mimos. Lo que ocurrió, seguramente, es que alguna serpiente lo mató.



Eso creí. Durante un mes lo esperé en vano todas las tardes, en el mismo sitio, en el mismo árbol, a la misma hora. ¡Si continuo hablando de él voy a llorar como lloré entonces...! Pero algunos meses después tuve la confirmación de que no lo había matado una boa sino un negro de la plantación. Alguien que no nos quería bien nos puso “medicina”: el lazo rojo del *tití* estaba atado al picaporte de la puerta...

Mi vida, Eusebio, era una vida de incomunicación que fue soportable mientras vivió mi madre, pero cuando yo tenía doce años y mi hermano veinticinco, aun sabiendo cuánto la necesitábamos nos dejó para siempre.

Una noche de lluvia, viento silbante, truenos y relámpagos, se perpetró en la plantación el homicidio de una mulata fina, mozambiqueña bravía y muy hermosa. Culparon a mi padre y como no pudo demostrar su inocencia lo recluyeron en la cárcel de Huambo. Mi hermano y yo nunca dudamos de la recta conducta de nuestro padre, de la lealtad que debía a lo que más había amado en la vida: mi madre. Mi padre era un hombre de honor, y atribulado, murió al poco tiempo porque le estalló el corazón. Un año más tarde fue rehabilitado: uno de los portugueses que trabajaban en la plantación se confesó culpable en el lecho de muerte. Mi hermano, herido en lo más hondo de su alma renunció a nuestra nacionalidad y tomo la decisión de venirnos a Fernando Poo. ¡Si supieras, Eusebio, cuánto quiero a mi hermano! Han pasado seis años desde entonces. Edmundo —que así se llama— regenta una finca de cacao en la zona de Concepción. Allí resido. He pasado seis veces por este hospital; he padecido paludismos agudos, picaduras de

serpiente, filaria y esta hematuria que me retiene aquí. Confío en no superar la próxima dolencia. Será la única manera de liberarme de la vida. Cuando regrese a la plantación, si no me mata el sol o una serpiente, un rayo o una ceiba, me matará el tedio —el terrible síndrome de las plantaciones—, un negro o la desesperanza.

Apenas Eusebio oyó las últimas palabras del patético relato entornó los párpados. Su cara era la imagen viva del sufrimiento moral. Deseaba decir algo, clamar contra el fatalismo de la muchacha, pero no podía. Abrió los ojos y Luanda vio, turbada, que los tenía empañados; y una gran tristeza le ensombrecía el rostro.

— Perdóname, perdóname Eusebio. No tengo derecho a herir tu sensibilidad. Lo lamento. Créeme que lo siento.

Como el muchacho movía los labios y no emitía sonido alguno, ella aproximó los oídos a su boca. La tenía tan cerca que se estrellaban contra su mejilla bocanadas de aliento cálido. Así es como pudo entender que decía: <<Luanda, ¿de quién has recibido la instrucción que te permite expresarte con tanta elocuencia?>>

— De mi madre y de mi hermano. A los dos debo cuanto he aprendido. Desaparecida mi madre, es mi hermano el que orienta mis lecturas, corrige mi dicción del castellano, modera mis impulsos y me rodea de comodidades; el que con su conversación procura hacerme gratas las horas cuando regresa de los tajos. Mi madre, Eusebio, era una dama muy distinguida. Mi padre me dijo una vez, más o menos por cuando ella murió, que la conoció un día en que la joven daba un recital

de piano en un auditorio de Lisboa. Aquella dama, que con el tiempo había de ser su esposa fue largamente aplaudida, recordaba nostálgico.

Luanda proseguía con la mejilla cerca de los labios de Eusebio y oyó que añadía: <<Lo siento>>. <<¿Qué es lo que sientes?>> <<Lo de tus padres>> — dijo.

Las visitas de Luanda eran breves al principio pero conforme Eusebio mejoraba las iba prolongando. Llegó un momento en que se pasaba todo el día haciéndole compañía. Le arreglaba la ropa de la cama, le mullía la almohada y le esponjaba por partes el colchón; le daba puntualmente los medicamentos —menos los inyectables— y le daba el zumo de piña que nunca faltaba en la mesita de noche. Luanda demostró que tenía innatas cualidades de enfermera. La rápida recuperación de Eusebio se debió a su juventud y a sus deseos de vivir, pero en no menor medida a los cuidados y perseverancia de la muchacha.

Por fin, al cabo de tres semanas ya estaba en condiciones de poder hablar, pero Luanda procuraba que no se cansara, no obstante que le agradaba oír su voz. Le gustaba que le hablara de él y de lo que esperaba de la vida. Quería ser médico, decía. Curar enfermos, mitigar el dolor humano, salvar vidas.

Un día, el soldado oyó que Luanda le preguntaba con voz insegura:

— Eusebio, ¿tienes novia?

— No.

— ¿Cómo es posible, siendo tan apuesto?

Eusebio entornó los ojos y no respondió. Un silencio tenso se instaló entre los dos.

— Alguien te ha herido, ¿verdad?

Él evitó mirarla.

— Entonces no cuentas con el afecto de nadie, ¿es así?

— No, no es así. Cuento con el amor de mis padres, con el afecto de los compañeros que vienen a verme todas las tardes, y con el tuyo... ¿Me equivoco?

—Sí.

— ¡Luanda...!

— No; exceptuando a mi hermano, no quiero sentir afecto por nadie. Incluso ni por ti. Un día te darán de alta, regresarás a tu mundo, al que te corresponde; serás un hombre importante, un médico eminente y conocerás a señoritas elegantes, de buena familia y todo eso. Serás feliz mientras yo languidezco a la sombra, o bajo el sol, o bajo la lluvia en la soledad de la plantación, donde iré extinguiéndome lentamente lo mismo que se apaga una vela. Un día tal vez me acueste con un gallego o con un negro para sentir después el inmenso placer de matarlo. Cada hijo de Dios tenemos escrito nuestro destino. Tú ignoras todavía el tuyo, pero yo conozco el mío desde que nací, y sé que estoy marcada por el dolor.

— ¡Calla Luanda, calla! ¡Por el amor de Dios, no hables así! Olvídate del destino. El destino es sólo una palabra, una idea supersticiosa contraria a la razón. Tu fatalismo te niega el derecho a la vida y a luchar por ella. Te olvidas de que siempre, a una noche tenebrosa sucede un amanecer luminoso. Tu desaliento me hace mucho daño.

— Lo siento, lo siento mucho, ¿pero qué puedo hacer? Tú no sabes cómo transcurre la vida en las fincas. Te repito que es una existencia que

no deseo para nadie. Sientes el alma dolorida, notas que se te van muriendo las ilusiones y las ansias de vivir. En otros aspectos, los empleados blancos, saciados de carne negra, desnudan a las mujeres blancas con torva mirada y las devoran con el pensamiento. Vivimos acosadas. Te pondré algunos ejemplos harto elocuentes y de triste recuerdo: hace tan sólo seis meses un misionero joven se me insinuó en el confesionario. ¡El muy cerdo! ¡Para que las almas pías vayan por ahí entonando himnos de alabanza a la santidad de éstos predicadores! Desde entonces no he vuelto a pisar una iglesia... También, el pasado año, un extremeño viejo, asqueroso y decrépito, pero plantador muy rico, se atrevió a hacerme proposiciones deshonestas en mi propia morada. No se hallaba en casa mi hermano. <<Un momento, por favor, enseguida vuelvo>> —le dije, sonriente—. Entré en mi cuarto y lo dejé pensando, quizás, que mi sonrisa era un feliz augurio; pero regresé apuntándole con mi Remington de grueso calibre, dispuesta a matarlo si no se marchaba inmediatamente. No volvió a poner los pies en mi casa. Por supuesto no le dije nada a Edmundo para no comprometerlo. Conozco bien su carácter e imagino cómo reaccionaría contra quien me ofendiera.

— La vida, poco amable contigo hasta ahora, y circunstancias adversas te han enseñado, tan joven, a valerte por ti misma. ¡Eres muy valiente, tienes mucho coraje!

— ¡Herencia honrosa de mi madre!

Una tarde de sábado, Eusebio reprochó suavemente a Luanda que cuando estaban a punto de llegar sus amigos se encerraba en su habitación, y lo mismo hacía los domingos cuando recibía la visita de

Isabel, la novia de Eduardo. Ella se excusó con débiles razonamientos, poco convincentes, pero acabó confesando que aunque no los veía, los oía. Y la alegría de los muchachos —dijo—, le hacía llorar. Sin embargo prometió saludarlos el domingo.

Con puntualidad militar, a las ocho de la tarde se disponían los amigos a franquear la puerta de la habitación cuando una joven, veterana a juzgar por su general aspecto y palidez —pensaron—, les cerró el paso llevándose el dedo índice a los labios en señal de silencio. Entraron con pasos blandos porque la muchacha les dijo: <<Está durmiendo; por favor, no lo despierten>>. En sus palabras se adivinaba una súplica ferviente no exenta de una velada firmeza. Tuvieron la impresión de que los consideraba intrusos, sin derecho a profanar el santuario de sus secretos. Esperaron pacientemente y sin pronunciar una sola palabra hasta que Eusebio despertó algunos minutos más tarde. Vio a sus amigos y en ellos detuvo la mirada amorosamente. Después dejó que sus ojos se recrearan en la nueva imagen de Luanda hasta el momento en que Isabel se inclinó para besarlo. Luanda estaba bellísima. Se había compuesto con un vestido blanco níveo, vaporoso, y ceñía el talle con un cinturón rojo. Iba maquillada ligeramente y se recogía el cabello con una cinta de seda que terminaba en un lazo primoroso. Volvió a mirarla con inmenso agradecimiento. Ocupaba un segundo plano en la habitación y sin duda se sentía incómoda. Pero él la auxilió de inmediato: <<Compañeros, Isabel, os presento a mi ángel bueno. Luanda, estas personas son mis compañeros y amigos del alma>>. Le estrecharon la mano calurosamente e Isabel la besó. La dueña de Sampaka sintió una

repentina simpatía por ella. Estaba obligada a iniciar algún tipo de diálogo, y naturalmente, se interesó por su estado de salud, a pesar de que Eusebio la tenía informada. Luanda respondió que llevaba varias semanas en el hospital y que padecía la misma enfermedad que “su amigo”. <<El doctor Ligerero me dice que aún me queda algún tiempo de permanencia aquí, y me reprocha que no pongo nada de mi parte, como si no tuviera interés en curarme. Eso me dice don José>>.

— ¿Y qué hay de cierto en ello? —preguntó Alfonso.

— Ciertamente, no lo sé, aunque lo sospecho. Sólo de pensar en que cuando me dé el alta he de volver a la plantación... —el tono de su voz era compungido—. <<Mas no sé por qué les agobio con aspectos de mi drama personal. Después de todo, temo que ustedes no lo entiendan>>.

— Luanda —intervino Isabel—, en otro momento tú y yo hemos de hablar de cosas que conozco bien. Sé de plantaciones y de soledad más de lo que puedes imaginar, querida.

— ¿Dice usted verdad?

— Sí. Y te digo más: te ruego que me tutees. Porque, ¿qué edad tienes?

— Dieciocho años.

— ¿Y transcurridos en la plantación?

— Nací en la selvática región angoleña de Silva Porto...

Le brotaron dos lágrimas, no llevaba pañuelo y aceptó el que le ofreció Isabel. Ésta y los amigos guardaron un respetuoso silencio. “¡Otra víctima del bosque!”. pensó Alfonso. Eusebio miraba a la muchacha de manera indefinible. Tragaba saliva. Con el único propósito de distender

la embarazosa situación miró hacia el zumo de piña. Luanda se adelantó a todos, y tomando el vaso se inclinó sobre el enfermo, que a la segunda cucharadita se negó a beber más. <<Venga, no seas así>> —le dijo, mimosa—. <<Esta cucharada por Isabel..., esta por tus amigos... y esta por mí... Perfecto>>. Isabel sacó algunas conclusiones que se reservó para comentarlas más tarde con Eduardo. Los muchachos se despidieron hasta el día siguiente e Isabel hasta el domingo. Luanda se sintió feliz cuando se quedaron solos.

— Eusebio, no conocía a tus compañeros, pero al moreno, al que tiene la mirada triste lo vi una vez, hace dos años. Mas él no se fijó en mí. ¿Quién iba a mirar a una chica de bosque...?

— Te suplico que no repitas eso. Hace dos años eras casi una niña. Él es mucho mayor que tú. Alfonso es mi más querido amigo; la persona más buena y más leal de cuantas he conocido. Y el más desventurado. En otro momento te relataré algunos pasajes de su azarosa vida y sentirás conmiseración por él. Alfonso merece más suerte de la que ha tenido hasta ahora. A pesar de su juventud ha pasado por trances crueles. ¿Dónde lo viste?

— Lo vi una mañana. Por entonces se comentó en la plantación que un muchacho blanco, adolescente, había partido, solo, desde San Carlos, donde residía, hacia la bahía de la Concepción a través de la selva virgen. Oí decir que los europeos estaban muy preocupados por lo que consideraban una locura de juventud, una proeza irrealizable. Eso se comentaba pero a los tres días llegó victorioso a la Misión. Una lancha rápida procedente de Santa Isabel fue a buscarlo. Todo el mundo,



blancos y negros de la zona, se dieron cita en la explanada de la iglesia para conocerlo y despedirlo. Yo también fui acompañando a mi hermano. Y lo vi. Desde luego tenía todo el aspecto de estar agotado pero me pareció simpático y varonil. Yo iba vestida de blanco, llevaba una pamea muy llamativa, era la única chica entre los asistentes, él pasó por mi lado pero no se fijó en mí. Eso es todo, Eusebio. Cuando tú seas un médico famoso te nombrarán jefe del hospital, a mí me traerán del bosque muy enferma, me verás y tampoco me reconocerás.

— Calla, no sigas, te lo ruego. Te vales de que estoy muy débil y no puedo replicarte como mereces...

— Perdóname. No he querido subestimar la bondad de tu corazón. Te noto cansado. ¿Quieres que me marche?

— No, no te vayas.

— Pronto nos traerán la cena. ¿Deseas que venga esta noche un ratito?

— ¿Quieres tú?

— Sí quiero.

Dos días más tarde fue autorizado a dejar el lecho. Le dijeron que podía dar breves paseos por la habitación. Estaba muy débil y sin la inestimable ayuda de Luanda no habría podido dar los primeros pasos. Pero con una mano apoyada en los hombros de la muchacha o asido de su brazo, la rápida recuperación saltaba a la vista. Ella sabía cuándo debía interrumpir los ejercicios y cuánto tiempo había de permanecer sentado.

Por aquellos días le llevaron los amigos el ajedrez que les había encargado, e inició a su amiga en el apasionante juego. En pocos días demostró que poseía una gran agilidad mental. Pero hubieron de abandonarlo porque Luanda se distraía a menudo. Prefería otra forma de pasar el tiempo. Le gustaba más que él le hablara, que le contara cosas de Madrid y de su vida de estudiante. Le agradaba oír su voz y el contacto de la mano cuando la apoyaba en sus hombros.

Tenía dieciocho años, y algunos misterios de la vida los conocía a través de la literatura o por intuición. Sin madre y sin amigas estaba expuesta a peligros y a interpretaciones erróneas. Su naturaleza estaba dormida. Sólo en raras ocasiones sentía desasosiego en su organismo pero sin llegar a ser dominante. Lo mismo le ocurría con el aliento y la proximidad física de Eusebio: le producían un ligero temblor en las manos y aceleraban agradablemente el ritmo del corazón. Un día, en uno de los paseos de recuperación por el ámbito de la galería, el muchacho deslizó hacia abajo la mano que apoyaba en el hombro como de costumbre. Tal vez lo hizo sin ningún propósito, sin darse cuenta o porque calculó mal las distancias, pero de cualquier forma, la mano se detuvo un instante en la cadera derecha. Su reacción fue inmediata. Una electrizante sensación le subió desde el sur hasta la garganta. Se sintió desconcertada, aturdida, porque la invadió un placer intenso. Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Daba vueltas y más vueltas en la cama. Notaba ardor en el vientre, le palpitaban los senos.

A partir de aquel suceso, de aquel íntimo descubrimiento, cuando cruzaba la puerta para entrar en la habitación de su amigo se olvidaba de

la plantación, a la que tendría que regresar en breve. Se debatía entre sus deseos de estar con él o encerrarse en su cuarto con el propósito de no volver a verle. En la lucha extenuante vencían las ansias incontenibles de estar a su lado. Día a día, noche tras noche, Eusebio se había introducido en su mente, donde permanecía, y era incapaz de reflexionar. Se le murió la voluntad. Las noches se le hacían insoportablemente largas y más de una, aun siendo a horas prohibidas, se llegaba al aposento del muchacho y velaba su sueño adorándolo en silencio. Se saciaba de su imagen. A veces se aproximaba a su rostro dormido y aspiraba con deleite el aliento cálido que salía de la boca que tanto la turbaba. (Sólo después de transcurridos varios años, confió a Eusebio éstos y otros secretos que guardaba en su corazón formando parte de sus recuerdos más gozosos).

Una calurosa noche de viernes estaba desvelada. Se notaba desfallecida. Irreflexiva e inconsecuente, dominada por deseos vehementes, se llegó a la habitación de su amigo. La luz de la lamparita de la mesita de noche proyectaba una luz mortecina, muy tenue, sobre las cosas. Todo era quietud en la agradable penumbra. El muchacho dormía y respiraba sosegadamente. ¡Tenía un aspecto tan confiado, estaba tan indefenso! ¡Había tanta dulzura en su semblante, tanta serenidad...! Un pensamiento audaz, más fuerte que su pudor la dominó. Se dijo que si tenía valor para realizarlo, su pobre vida habría tenido razón de ser; incluso habría valido la pena haber nacido, a pesar de su existencia de lástima. Se inclinó y besó los labios que se ofrecían tentadores. Primero los besó suavemente, con inmensa dulzura, pero después los aprisionó con los suyos..

— Adiós para siempre, amor mío —sollozó, y se alejó corriendo  
 Dos días después era domingo y por la tarde llegaron los amigos.

— Queridos compañeros, os quedaría muy agradecido si me hacéis el favor de salir al pasillo un momento. Si no os importa quisiera hablar a solas con Isabel.

Eusebio le descubrió minuto a minuto, paso a paso, el tiempo transcurrido desde su ingreso en el hospital, desde que conoció a Luanda y de cómo habían venido sucediendo las cosas. Le habló de la notable formación cultural de la muchacha y de que moriría, seguramente pronto, si regresaba a Concepción sin llevar en su corazón la motivación de alguna esperanza que le ayudara a sobrevivir. Le dijo del feliz suceso de la noche del viernes y de cómo huyó sollozando. Finalmente, no le ocultó su convencimiento de que las heridas que le infirió a su corazón la traición de la estudiante de medicina —de lo que Isabel estaba impuesta— las tenía cicatrizadas.

— ¡Qué feliz me hace la noticia de tu curación sentimental. Y, en cuanto a esta muchacha, la quieres mucho, ¿verdad?

— ¡Ay, Isabel, que ya no concibo la vida ni hago proyectos de futuro, sin ella.!

Reconfortado con la autorizada aprobación de Isabel, coincidente con la suya propia; con la decisión y el coraje que le dio el empeño de hacer realidad sus sueños, inseparables del devenir de Luanda, a las doce de la noche, apenas concluida la inspección de las monjas se echó un batín encima del pijama y por primera vez se encaminó al cuarto de la muchacha. Entró sigilosamente. Otra lamparita igual a la suya, la misma

luz triste. Sobre la cama, sin desvestir, se había quedado dormida. En la mesita estaba la cena sin haberla probado, y el Alta del hospital con fecha del día siguiente, firmada por el doctor Ligero. Se inclinó y apreció que en el óvalo perfecto de sus mejillas aún dormían las huellas de haber llorado recientemente. Su dolor debía ser insoportable. La besó con inmensa ternura.

Luanda, consecuente, se abandonó en los brazos de su destino. ¡Que sea lo que Dios quiera! —exclamó cuando una conmoción cósmica desmadejó su cuerpo, privándole de conciencia.

POR ENTONCES, reexpedida de la oficina de San Carlos le llegó a Alfonso una carta con matasellos de Bata. No llevaba remite pero la letra de la dirección decía que Beatriz vivía. Era la prueba de que la muchacha de Musola había sobrevivido, allá, en la frontera. Sí, con el sol nuevo llegó su carta. Pero la que esperaba que fuese la misiva más optimista de cuantas había escrito, hablaba de sufrimientos, de recuerdos, y de infinito amor. La caligrafía y algunas frases, firme aquélla y violentas éstas, tenían la contundencia de la cólera. El relato, en forma de interminable diario, (porque seguramente que lo redactó en multitud de etapas) decía: (...) *“ocultas dónde y como pude, me traje tus últimas cartas, cuyo contenido ignoraba porque despechada, me negué a leerlas en el momento de recibirlas. ¡Si las hubiese leído entonces, de cuántas desventuras me habría librado, itondi yame! No obstante me han salvado porque me han dado la fortaleza necesaria para superar mi calvario. Las he leído tantas veces, que me las he aprendido de memoria. Demasiado tarde he comprendido, amado Alfonso, que el drama que has vivido no ha sido inferior al mío”. (...) “¡Cuánto te echo de menos, cuánto te añoro y cuánto te necesito! Imagino que vivirás con la mujer que te impusieron los ancianos de San Carlos. Si algún día regreso a la isla lucharé, esta vez sí, por apartarla de tu lado. Déjame que te diga que me perteneces más que a ella porque yo te descubrí*

*primero. Y si acaso no fuera posible por alguna razón que desconozco, con tal de tenerte no me importaría compartirte. En cierto sentido que tú sabes no le temo a ninguna mujer, blanca, mulata o negra...” (...) “el hombre con quien vivo es un ser incivilizado, un tirano y un macaco. ¡Ya te contaré si tengo oportunidad! Una idea se ha instalado, dominante, en mi mente: o gano la libertad huyendo de aquí por el medio que sea, o perecerán mis sueños y esperanzas en el empeño. Una vez te oí decir que vale más morir de pie que vivir de rodillas. Si le temo a la muerte es porque estás lejos de mí. A tu lado no me importaría perder la vida. No quiero que olvides que si no te veo pronto es porque habré muerto”. (...) “En un momento en que un oficial blanco de la Guardia Colonial, inspector de fronteras, se hallaba paseando por los alrededores del campamento, me acerqué a él y le supliqué que tuviera a bien ordenar que alguien depositara en Correos de Bata una carta que estaba terminando. Cuando vio que las lágrimas corrían por mis mejillas me dijo, caballeroso, que no dudara de que lo haría él personalmente. Ruego a Dios que llegue a tus manos. Nunca antes he tenido ocasión ni libertad para comunicarme contigo, hermano mío”.*

**¡Pobre Beatriz! ¡Claro que llegó tu carta! Dos meses más tarde realizó Alfonso un viaje a San Carlos para ver al señor Font, que estaba enfermo. No dejó de hacer dos visitas obligadas: a su entrañable amigo Esteban y a la casita del varadero. Adolfo —extraña coincidencia—, se disponía a desplazarse a Santa Isabel para entregarle verbalmente un mensaje que había recibido de Beatriz —la muchacha kombe ignoraba el lugar de trabajo de Alfonso— la tarde anterior por conducto de Pablito, el**

chófer de la guagua. El mensaje en cuestión decía que Beatriz había llegado a la capital y lo aguardaba en su casita del Campo Yaoundé.

Aquel mismo día, sábado, a una hora de la noche en que todo el mundo se había echado a la calle para celebrar los baleles del fin de semana, se aventuró por las calles malolientes de la ciudad indígena y se detuvo junto al mango. Llamó a la puerta. ¡Dos años! Notaba que el corazón latía con fuerza, emocionado ante la incertidumbre de una cruel sorpresa. Pero ilesos, la eterna sonrisa de sus dientes blancos, la alegría y la luz que iluminaban los ojos de Beatriz, le abrieron la puerta solícitas. Se vestía sólo con la ropita interior que llevaba la mañana de su visita a la isla de las Vírgenes, guardada seguramente como oro en paño para el soñado reencuentro. Derramando lágrimas y emocionada se lanzó impetuosa a sus brazos. Él, dominante y posesivo, la tuvo abrazada, aprisionada, hasta que se recuperó del trance.

—Imagino que has sudado mucho en Río Campo, cariño.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañada.

—Porque tienes la piel mucho más suave que antes —le aclaró Alfonso, docto.

Algunos segundos más tarde, en el interior de la casita y con la puerta bien cerrada, reparó en que su amiga de las ardillas tenía una gran necesidad de él.

Aquella y posteriores noches le relató Beatriz una historia real e inconcebible. Y una odisea sin precedentes en el ámbito africano, comparable a la travesía que realizó él desde San Carlos a la bahía de la Concepción. Unos recuerdos que Beatriz hubiese querido silenciar, pero



Alfonso le pidió que le hiciera un resumen de lo que fueron los años vividos, o malvividos, en la frontera. Quería, le dijo, compartir con ella la soledad, la humillación y la infamia, para aliviarla del peso de los recuerdos que la agobiaban. Por tales palabras, que Beatriz consideró inmensamente generosas, aquella noche lo amó como jamás lo había amado.

Cuando se repuso del cataclismo, pausadamente y con la luz apagada, dio comienzo a la historia de sus desventuras desde que se instaló en el campamento-cuartel de Río Campo:

“Sin terminar de acomodarnos en la vivienda, reducida y pestilente cabaña, Ndongo comenzó a darme un trato inhumano. Al mandril encadenado en la puerta lo trataba con más consideración que a mí. En la isla disimulaba su vulgaridad pero en el Continente se quitó la careta, la somera capa de civilización que le imponía el sometimiento militar, y se mostró como naturalmente era: un pamue auténtico, que odiaba mi educación y mis modales. El odio que siente la raza pamue por quienes son superiores a sus gentes, en este caso los kombes, se puso claramente de manifiesto sin tapujos, hostil y abiertamente contra mi persona. Durante bastante tiempo lo soporté con resignación porque me hallaba muy alejada de lugares habitados. Algunas veces, con la excusa de pasear me alejaba del campamento y descubría, desalentada, que me rodeaba una jungla impenetrable. Él, que lo sabía, estaba seguro de que jamás intentaría huir. Poco a poco se apoderó de mi una rabia sorda, un desaliento que amenazaba con destruirme.

Beatriz proseguía: “A menudo me pegaba y me limitaba el descanso. Mis manos se deterioraron cultivando yuca y plantando ñame, es decir, realizando trabajos a los que no estaba acostumbrada. Era la criada de la soldadesca desalmada, y lo que ésta pagaba por tenerles la choza limpia se lo embolsaba él descaradamente. Ndongo pasaba muchos días fuera del campamento pero yo no me atrevía a evadirme. Miraba a mi alrededor y veía un infierno vegetal poblado de los animales salvajes que tanto me aterraban cuando los oía merodear por las inmediaciones del campamento. Además, decían nuestros guardias que los soldados camerunes de la frontera se servían de una legión de gorilas amaestrados para vigilar desde las ramas más altas de los árboles la infiltración de espías y gentes extraviadas en su territorio.

“Por entonces empecé a leer tus cartas. Me hacían compañía cuando me quedaba sola. Consolaron a mi pobre vida y fueron compañeras inseparables, a las que hablaba y con las que me confesaba. Ellas me hicieron descubrir, amor mío, que el dolor es incompatible con otras cosas: te veía, sí, soñaba contigo, pero lo único que me turbaba era el recuerdo de tus labios y de tus brazos, pero no me acordaba de tu tatuaje... En tales circunstancias, ¿cómo iba a tener deseos de jugar con él como hacía en otro tiempo, poniéndole lacitos y vistiéndola de muñeca? Pero cuando las leía una y otra vez, tu imagen se agrandaba, adquirías un relieve y una vida que me torturaban, porque en algunos momentos de flaqueza temí que no fueras un ser real, sino fruto de mis delirios. Me pasaba las noches llorando en silencio, bebiéndome las lágrimas, mientras el militar roncaba a mi lado.

“Pero una mañana —Dios se apiadó de mí— la oportunidad se presentó en el campamento en bandeja de plata. El azar en forma de milagro entró en mi humilde cabaña: el guardia portador de la noticia me informó que al individuo le había picado una *mamba* del Congo, a mucha distancia del cuartel. Y que sus esbirros lo trasladaron urgentemente al hospital de Río Campo, más cerca del lugar del accidente que del puesto militar, donde contábamos con un botiquín ineficaz porque todos los medicamentos tenían la fecha de garantía caducada. Por medio del mensajero, el sargento me ordenaba que tomara las cosas más necesarias y sin pérdida de tiempo emprendiera el camino del hospital. ¡El camino del hospital! No había más camino que la selva inexplorada. La ocasión era providencial y debía aprovecharla porque la suerte sólo llama una vez a la puerta de los menesterosos. El guardia, la única persona civilizada entre aquellas gentes bárbaras me vio tan atribulada, que se ofreció a acompañarme durante las primeras horas del viaje hasta donde termina la maleza intrincada del bosque bajo y comienza la selva —información que yo ignoraba—. Se lo agradecí en el alma y le tomé la palabra. El soldado, hombre mayor, casi un anciano, es una de las personas más bondadosas que he conocido en mi vida. Tal vez porque tiene una hija de mi edad siempre se apiadó de mí. Nunca permitió que le limpiara la cabaña y en ausencia de Ndongo me hacía compañía muchos ratos, y cuando me veía triste me narraba episodios de su vida o leyendas de su invención, tan bonitas, que algunas me hacían reír y otras me hacían llorar; sobre todo una que cuando tenga ocasión te la contaré. Es la

historia de Alfonsina Eyang, una muchacha muy bonita, pero muy desgraciada.

“Hice un envoltorio con cosas imprescindibles, menos pesadas, y armada de un machete y descalza, partimos. Cerca del mediodía, cuando la selva empezó a ser practicable, el guía me orientó adecuadamente y regresó al campamento. Apenas desapareció de mi vista giré a la izquierda, con la esperanza de que si caminaba sin apartarme de una línea recta llegaría al estuario del Campo, poblado de pescadores kombes.

“Me interné animosa en una selva tenebrosa que acaso no había sido hollada ni por los audaces buscadores de ébano. Incluso me pareció que los gorilas sentían respeto por aquella parte de Río Muni: en ningún momento oí los golpes de pecho del guía, sonoros y cavernosos, para reunir a la tribu. En mi camino se interponían serpientes *mambas* colgadas de las ramas bajas de los bokapís. La humedad me causaba más estragos que el calor. Me acordaba, Alfonso, de cuando éramos niños y decías que los cacaotales de Musola estaban penumbrosos... ¡Si vieras la oscuridad de la selva de Río Campo...! Sufría de sed rabiosa porque no siempre hallaba a mi paso las lianas que contienen agua. Me sangraban los pies a causa de los resbalones que nadie puede evitar en ese barrillo o baba que cubre el suelo húmedo de la selva donde no penetra el sol, y me acordaba de la historia de Alfonsina Eyang, porque la muchacha vivió momentos como los que yo estaba atravesando. Me atormentaba el hambre, porque cuando agoté los alimentos que me procuré en el campamento, me nutría con esa especie de cerezas que comen los loros, ya sabes. El agotamiento intentaba vencerme. Pasaba las noches subida

en los árboles, insomne, y aunque el sueño era insoportable no me atrevía a cerrar los ojos. Por el día me acompañaban los gritos del silencio y el llanto de la angustia, que quizá era el eco de mi propio llanto. El canto de las nievas me atemorizaba. Temía que el paludismo se me manifestara de repente porque me notaba muy débil. Cuando llegaba la noche me devoraban los mosquitos. Un ataque de paludismo en aquellos momentos hubiera significado la muerte. Algunas noches me creí al borde de la demencia y veía ojos de fantasmas que me miraban desde todas partes. ¡Y aún no te he hablado del calor! El calor me deshidratava, me restaba fuerzas y me caía con frecuencia bañada en sudor. Pero con mil esfuerzos, como ebria, me levantaba y apoyada en los brazos de tu recuerdo, caminaba. Con frecuencia miraba al Cielo para suplicarle su protección, pero no lo veía porque el denso ramaje de los árboles lo impedía. Una noche, la última que pasé en la selva, tan muerta de cansancio estaba, que me quedé dormida. Bien entrada la mañana me despertaron unas mágicas palabras que nunca supe quién las pronunció en mi oído...: <<Amor, vístete, es la hora de la guagua, vamos, te escribiré mañana>>.

“Desfallecida, herida, pero con la diferencia de sólo unas horas sobre el tiempo previsto, avisté las riberas del Campo y la vista del mar. Los pescadores me socorrieron y ocultaron. Quince días más tarde, repuesta, los mejores remeros de mi pueblo me condujeron a la playa de Bata. El vapor *Escolano* estaba a punto de levar anclas con destino a Santa Isabel. La noche era cerrada y ello permitió que los estibadores kombes me izaran clandestinamente a la cubierta de botes, donde permanecí oculta

entre lonas y aparejos, sin moverme, temerosa de ser descubierta. A primeras horas de la mañana, cuando se dibujó en el horizonte el perfil de la isla amada, sentí que resucitaba y lloré emocionada

“Antes de penetrar en casa, ¡al fin!, acordándome de un sacrilegio involuntario, removí la tierra donde proyecta la sombra el mango y recogí, intacta, la Fe que un día tiré al suelo con rabia. Superada lo que pensé que había sido la ensoñación de una horrible pesadilla, dormí durante muchísimo tiempo, no se cuántas horas” —puso punto final al patético relato.

EN EL ESPACIO de dos años, coincidiendo con la ausencia de Beatriz, tuvieron principio los movimientos clandestinos y las consignas que habían de conducir a la desintegración de las colonias africanas. Eran el resultado de una política de intereses inconfesables y claudicaciones deshonrosas; orquestadas por la ONU, organismo internacional títere, manipulado por el imperialismo USA, es decir, por la potencia que dinamitó los cimientos de la sociedad africana al grito de “Delenda África.” Es muy triste recordar que ante lo que ya parecía irreversible, los intelectuales africanos no cesaban de clamar que África aún no estaba preparada para asumir su propio destino, para irrumpir en el futuro con alguna garantía de éxito.

Era un estado de cosas que Alfonso veía venir. Intuyó, realista, que al continente africano se le impondrían independencias prematuras, suicidas, que desestabilizarían la sociedad y la economía.

Los temores de Alfonso no eran infundados. Un primer paso hacia lo que más tarde fue la entrega sin condiciones ni tratados de nuestras posesiones, se dio por entonces: los Territorios Españoles de Guinea pasaban a ser Provincias Españolas de Guinea. El segundo pasó fue la Autonomía Económica.

El hecho de elevar a provincias los territorios guineanos conllevó una revolución social. La Carta de Emancipación dejó de tener vigencia. Se pregonó en Fernando Poo y Río Muni el nuevo estado de libertad, y

cada uno de nuestros súbditos paladeó con deleite el grato sabor de un derecho igual al de los europeos. La Administración “quemó” un enorme paquete de leyes y medidas anteriores, abrió la mano a la tolerancia, pero asimilar los cambios por parte de negros y blancos conllevaría tiempo. El regreso de Beatriz coincidió con los primeros síntomas de libertad, pero el amor entre razas aún continuó proscrito varios años; el *Libro de la Palabra* tendría vigencia una década más.

El dilema que a Alfonso le salió al paso con el regreso de Beatriz pedía solución inmediata. Después de reflexionar desapasionadamente y consultar a su conciencia, sopesó el amor, aunque incomparable, que sentía por cada una de las dos muchachas, y procedió con sumo tacto para no herirlas. Les hablaría por separado, les diría las mismas cosas, en los mismos términos y con igual sinceridad. Era lo que más convenía a la solución de una situación que importaba a los tres. Habló primero con Consuelo, y ésta comprendió. El escollo más difícil de sortear —pensó— sería Beatriz, fierecilla posesiva. Pero la muchacha, recordando una frase de la carta remitida desde Río Campo, acabó diciendo que no tenía inconveniente en compartir su amor con Consuelo; aunque de la preferencia que él pudiera tener por una y otra se encargaría ella. ¡Qué segura estaba de sí misma aquel diablillo...!

Resuelta favorablemente la parte más difícil del problema, estimó que ponerlas frente a frente, hacer las presentaciones de rigor y conciliarlas requería un marco adecuado. La cita fue en casa de Consuelo un domingo muy de mañana. Fueron momentos emotivos. Transcurridos algunos minutos creyó conveniente dejarlas solas. Se dio un paseo por el



mercado y al regreso halló, gratamente sorprendido, que departían animadamente. Le dijeron que estaban hablando de sus cosas y de él. Beatriz, que conservaba lo que era su don máspreciado, el buen humor, hacía reír a Consuelo de buena gana. Tenía —elogió ésta— ocurrencias muy originales y respuestas graciosísimas para todo. Tenía duende y se ganaba enseguida el afecto de las personas con su carácter, con su risa contagiosa y con la sorna que ponía en algunas frases.

Fue una mañana muy divertida, mas cuando les avisó de que la hora de la separación había llegado, se esfumaron las caras festivas. Pero se reanimaron cuando les dijo que les reservaba una sorpresa: Las invitó a comer y pasar el día en su casa.

Descendieron hasta las casas de Gabriel Perdiguero. A esa hora —las dos de la tarde— ni un alma transita por el alquitrán derretido, por aceras que queman las plantas de los pies descalzos y apenas se puede respirar porque los pulmones se abrasan. Las persianas de las casas están echadas, las puertas cerradas. El interior de las viviendas está sumido en la penumbra y en el sopor de la digestión. Desde la salita de estar, Alfonso las oía hablar, reír y trajinar en la cocina.

En el transcurso de la tarde dieron cuenta de media botella de güisqui. Lo pasaban bien. Beatriz, ¡cómo no!, llevaba la voz cantante. Fue una tarde en la que quedó demostrada la diferencia existente en los caracteres de las dos muchachas: vehemente el de Beatriz; sosegado el de Consuelo.

— Beatriz, ¿por qué no nos deleitas con uno de tus cuentos o leyendas? Me gustaría conocer la que te contó el soldado de la frontera; aquella que tanto te impresionó: Alfonsina Eyang. ¿La recuerdas?

—¡Claro que la recuerdo! Es una de esas historias que nunca se olvidan. Pero os aseguro que es muy triste.

— Adelante, estamos preparados para oírla. —la animaron.

La original historia de Alfonsina Eyang narrada a Beatriz por su benefactor de la frontera, traducida a expresión culta, dice así:

“Dijo llamarse Alfonsina Eyang. Nadie supo nunca de dónde vino ni cuál era su origen tribal. Sólo se sabía que hablaba castellano correctamente y pamue con fluidez. Surgió de la selva una tarde lluviosa, de vientos húmedos y cielo de ceniza, y se instaló en una maltrecha cabaña abandonada, oculta en la boscosa vegetación y a un tiro de flecha del poblado. Llegó acompañada de un perro grande y desnutrido que respondía al nombre de *Ambolo*.

“Era Alfonsina Eyang una muchacha negra recién salida de la adolescencia y singularmente dotada físicamente. Una excitante Venus con la estructura de ébano y marfil, en cuya perfección sin duda se recreó la naturaleza en momentos de exaltada inspiración.

“No transcurrió mucho tiempo cuando las entrometidas gentes que la espían sospecharon que su aislamiento y vestuario denotaban una pobreza absoluta, es decir, que era la persona más necesitada del poblado de Ayeme, en el lejano Ekurenán; un distrito de Río Muni fronterizo con el Gabón. Comentaban que su ropero personal quizás se reducía a lo que llevaba puesto: un *clote* deslustrado que sólo la cubría de la cintura a los

pies, descalzos; dejando expuestas a la intemperie y a las miradas lascivas dos senos negros, turgentes, orgullosos y sin oscilaciones.

“La vida diaria de la extraña muchacha suscitaba a los habitantes de Ayeme incógnitas e interrogantes para todos los gustos. A menudo se preguntaban, ¿de qué vivía, con qué se alimentaba? Jamás llegaron a saber que Alfonsina se nutría de sueños y vivía de recuerdos, turbulentos, pero irrenunciables.

“Las mujeres de más edad no comprendían que viviera recluida y rodeada de tanta indigencia una moza así de hermosa, cuando otras negras menos agraciadas, vivían como señoras con los blancos de las explotaciones madereras; obedecidas por la servidumbre y saludadas con respeto por capataces y braceros.

“Un atardecer, cuando el calor ecuatorial disminuye ligeramente en su habitual agresividad, varias ancianas piadosas de Ayeme anduvieron hasta la cabaña para llevarle ropas y algunos alimentos. Alfonsina las recibió con exquisita cortesía y aceptó los regalos. Estuvo dialogando con ellas un rato y las animó a visitarla siempre que lo desearan. Quedaba establecido que gustaba de la compañía y amistad de las mujeres; contrariamente a los hombres, con quienes nunca hablaba. Eran hombres de una rudeza primitiva que no disimulaban su lujuria. Cuando pasaba cerca de ellos la desnudaban con la mirada y la poseían con la imaginación. Ésa era la causa que la obligaba a permanecer recluida en la cabaña la mayor parte de las horas.

“En torno a su soledad, el morbo malsano al que tan inclinados son los pamues, forjó leyendas inverosímiles fundamentadas en el más

radical bestialismo. La más propalada afirmaba que rechazaba sistemáticamente a los varones jóvenes del poblado porque tenía relaciones sentimentales con un leopardo adulto, de pelaje muy bello; otros decían que con un gorila joven que abandonó familia y hábitat en las profundidades selváticas de la región de Mongomo, atraído por su fama de diosa viva; otros, con un gallardo antílope *caballo* que todas las noches, en un viaje de ida y vuelta, cruzaba la línea divisoria del Gabón para yacer con ella. Hasta la culpaban de brujería porque no faltó quien aseguraba haber visto varias noches un gran resplandor que partiendo de la cabaña, taladraba las tinieblas como un potente reflector y se proyectaba en las copas de los árboles más altos, donde moran los espíritus maléficos de la selva, con los que se comunicaba.

“Pero, quien veía objetivamente a Alfonsina, rechazaba terminante las patrañas difamatorias que la superchería local hilvanaba. Lo que verdaderamente sucedía es que una gran parte de las adolescentes de Ayeme no le perdonaba que tuviera —formando parte de su augusta belleza—, nariz recta, labios delgados y mejillas sin escarificaciones. Atributos que, sumados a su andar reposado y a la mirada altiva de sus ojos de cierva joven, despertaba envidias y aversiones.

“Sólo durante algunas horas de la semana entraba en contacto con las gentes. Era el domingo, día de mercado, al que concurrían africanos de los poblados de la zona y aun del cercano Gabón. Esa mañana se recreaba mirando con insistencia a los niños y los seguía ensimismada en sus juegos y travesuras. A menudo, cuando tomaba un bebé de los brazos de su madre, reparaban en que lo acariciaba con ternura y derramaba

copiosas lágrimas. ¡Extraña joven!, decían. Aunque no hablaba con nadie le gustaba mezclarse con la multitud, para finalmente y según su costumbre, terminar visitando la factoría que la compañía ALENA tenía en la calle principal del poblado. Nunca compraba nada, claro, pero se complacía paseando la mirada por la gran diversidad de artículos expuestos a la venta. Se marchaba del comercio cuando el empleado blanco, porfiado, le hacía proposiciones que ella no aceptaba.

“Los habitantes de Ayeme, de frágil memoria tal vez, no recordaban que una decena de años antes, cuando Alfonsina Eyang era todavía muy pequeña, su padre, un pamue fornido y bracero maderero, se trasladó a Bata en busca de más calidad de vida, jurando que sería un viaje sin retorno. Llevó consigo a su mujer y a la niña.

“La travesía de los territorios de Evinayong y Niéfang, soportando un calor de volcán y abriendo trochas a golpe de machete en una selva densa, sombría y hostil; sorteando lagunas en ebullición que expelían vapores fétidos; apartándose de las veredas transitadas por animales y sobreviviendo gracias a la caridad de los poblados que encontraban en la ruta, quedó grabado para siempre en la memoria de Alfonsina —y en sus pies, en forma de heridas que tardaron varios meses en cicatrizar—. El viaje hacia la tierra de promisión, hacia Bata, constituyó para la niña una aventura arriesgada y una experiencia inolvidable.

“Mas si le causaron espanto la selva hermética, los leopardos a los que se enfrentó su padre, los grandes hormigueros, las terroríficas *mambas* y las enormes bocas de los cocodrilos del río Benito, Bata la deslumbró. ¡Su mente infantil encontró todo tan divertido...! Divertidas

eran las viviendas de los europeos, todas blancas; las calles, que cuando llegaba la noche se iluminaban por medio de unas lámparas que según supo más tarde no eran de petróleo como en Ayeme; calles sin tierra, con espacios enladrillados a ambos lados, por donde transitaban las personas. Vio circular ruidosos automóviles que le causaban espanto porque creía que eran monstruos de hierro que llevaban cautivos al conductor y a quienes le acompañaban; hausas, vendedores ambulantes de pieles de serpiente boa, ébano y marfil; hombres y mujeres que exponían sus mercancías en el suelo, sobre una tela de vistosos colores, a la sombra de los árboles de ramaje más espeso. Reparó en mujeres blancas con largos cabellos, que no iban descalzas y se protegían del sol con salacot de color blanco o paraguas de vistosos colores. Vio negritas como ella pero mejor vestidas. Y otro día descubrió el mar y oyó la voz de las olas; un mar azul cuya inmensidad le pareció mucho más grande que el río Benito; donde a corta distancia vio un cayuco blanco de inmensas proporciones, que sin duda, pensó Alfonsina, estaba ardiendo porque de su interior salía una columna de humo que llegaba hasta muy alto en el cielo. Pero su mayor asombro lo motivó los peces “muertos” que compraba su madre diariamente en el mercado de Bata. Todo eso y más cosas vio con ojos muy abiertos durante las semanas precedentes al día que fue por primera vez a la escuela.

“Su papá encontró trabajo en una serrería de la capital y la empresa le proporcionó una confortable casita de madera con techo de cinc acanalado y agua corriente que, comparada con la de Ayeme, hecha de tablas groseras de calabó y techo de palma, era todo un palacio.

“La infancia de Alfonsina transcurrió apacible y feliz entre la casita junto a la serrería y el colegio de las Hermanas Teresianas. Las religiosas seculares, que tenían una obligada comunicación con las monjas del Internado, informaron a la Madre Superiora de que una niña pamue llegada del bosque, sumamente inteligente y de excepcional encanto se había incorporado a clase. No pasó mucho tiempo cuando la llevaron para que la conociera.

“Las monjas, en su labor de captación de futuras religiosas nativas no la perdieron de vista, y cuando cumplió la edad exigida por los reglamentos de la Orden ingresó en el Colegio en calidad de interna. Complacidas, las sores Concepcionistas comprobaron que ciertamente, la niña de Ayeme, además de su cautivador atractivo era sumisa y constante en los estudios; cualidades que le abrían de par en par las puertas del noviciado.

“Cuando Alfonsina cumplió dieciocho años vistió los hábitos de novicia. De allí a poco profesaría. Ese día sería un acontecimiento jubiloso para las Misiones de Guinea, de fiesta para sus padres y de orgullo para su raza.

“Pero el Imperio de los Sentidos, que no veía con agrado que aquella beldad negra, rebotante de vida, esplendor y juventud, fuera consagrada a las Misiones, y su vientre virginal se marchitara en claustros sombríos o en Hospitales de enfermedad, dolor y muerte, puso todos los satánicos medios de que disponía al servicio de una estrategia infalible para evitarlo.

“La primera fase del sacrílego atentado a la integridad física y espiritual de la novicia llegó a Bata a bordo del vapor *Poeta Arolas* un día del año 1946. Adoptó la forma humana de un misionero claretiano, joven, pálido, bello como Adonis y con una apostura tan singular, que revelaba un origen noble.

“El reverendo, don Luis Ponce de Santillana, pronto fue impuesto de sus obligaciones en la Misión de Bata. Entre tantas y tan diversas, había una en la que estaba personalmente interesado el obispo de la Diócesis: confesor de las Teresianas, monjas Concepcionistas y novicias. Y asistencia espiritual a los enfermos del Hospital.

“Las monjitas del Internado, sin sospechar que eran instrumentos al servicio de las pérfidas Fuerzas del Mal, organizaron por entonces, como cada año, unos juegos florales que fueron muy del agrado del clero guineano y del público asistente. En una representación inocente, pero divertida y colorista, las educandas entonaban cancioncitas alusivas a la Creación, y las novicias recitaban estrofas de odas muy hermosas o leían pasajes de la vida y de la obra de Santa Teresa. Como culminación de la fiesta, varias novicias escenificaron cuadros alegóricos a la Naturaleza, encarnando a las dríadas de los ríos y de los bosques.

“La ninfa que se movía con más gracia en los bucólicos paisajes atrajo poderosamente la atención del reverendo Santillana. Ceñía la cabeza con una guirnalda de flores blancas, relevantes en su frente negra. Ella también reparó en el apuesto misionero, que esa noche se olvidó del breviario y de los rezos.



“En la visita que el confesor hizo a la capilla del internado un par de días más tarde se postró ante el confesionario una fascinante novicia negra: era Alfonsina, la muchacha de la guirnalda de flores. El reverendo, que no la había olvidado, la reconoció al punto.

“El misionero, hombre de grandes recursos oratorios y con un dominio absoluto del arte de la persuasión, convenció al señor obispo para que le destinaran una asistente capacitada que le ayudara a organizar su labor apostólica. A petición propia le fue asignada la muchacha de Ayeme. Ambos jóvenes, que sin emoción —ni convicción— habían iniciado el tortuoso camino de entrega a los demás, sucumbieron a la atracción imperiosa de los sentidos.

“En el transcurso de un año, la novicia y el misionero se amaron con pasión desenfrenada, con lujuria demencial. Doce meses; tiempo en el que una labor de apostolado inexistente, abandono de otros muchos y sagrados deberes, frecuentes paludismos y anemia tropical, llevaron al reverendo Santillana a la ruina física y espiritual. Y ante un tribunal eclesiástico de Bata.

“Las autoridades gubernativas y el obispado, con un criterio coincidente, expulsaron de Bata a los dos grandes pecadores. Alfonsina fue condenada a regresar a su poblado de origen, Ayeme. El misionero fue arrojado del seno de la Iglesia.

“En la leprosería de Mikomeseng, soportando un calor de fundición y en contacto permanente con llagas ulceradas, inició el ex-reverendo don Luis Ponce de Santillana un amargo camino de expiación”.

— ¿Os ha gustado? — concluyó.

— Muchísimo. Pero es una historia muy triste— opinaron.

La noche de aquel memorable domingo constituyó para los tres una experiencia irrepetible y, desde luego, no recomendable. Fue una batalla sin concesiones, una lucha de poder a poder, donde Alfonso estuvo a punto de ser devorado por el amor insaciable de dos mujeres enamoradas, estimuladas por una rivalidad sorda, de superación ante el ser amado, que acaso podría establecer diferencias de calidad... Ambas obtuvieron un sobresaliente en la nada fácil asignatura de amar, aunque el comportamiento de una y otra era incomparable. Beatriz respondía a su espíritu alegre, a su carácter divertido e inmoderado; reía, lloraba, se contorsionaba, mordía, arañaba, gritaba y se moría —decía. Era un ciclón tropical de intensidad incalculable que arrastraba a Alfonso a su estilo en un torbellino demoledor. Consuelo era todo lo contrario. Amaba con los ojos cerrados, concentrada, viviendo intensamente cada instante como si fuera el último de su vida sexual. Suspiraba, besaba lentamente y sus brazos se ceñían como los anillos de las boas, con la fuerza de la primera vez, la noche de San Carlos. En algún momento, Beatriz surgía inesperadamente de su merecido reposo, y con un supremo esfuerzo intentaba apoderarse del cuerpo que abrazaba Consuelo, pero ésta la rechazaba con violencia. En otro instante de la lid por la posesión del objeto codiciado, un pie de Consuelo halló desguarnecido el vientre de su antagonista, y con feroz impulso la catapultó fuera de la cama. En el suelo, sobre una esterilla, se quedó profundamente dormida. La madrugada los sorprendió envueltos en una atmósfera de relajación, extenuados; donde se respiraba olor a cuerpos sudados.

CON EL REGRESO de Beatriz se impuso la necesidad de organizar la vida en común y tomar algunas precauciones, poniendo especial atención en evitar una notoriedad que podría llegar a oídos de la policía gubernativa y a conocimiento de la empresa comercial donde trabajaba Alfonso. El señor Baeza, su jefe, era exigente hasta la tiranía en la conducta pública y privada de sus empleados, y desde luego, rechazaba los cambios que se estaban operando con los nuevos tiempos. Era un viejo colonial a la antigua usanza y exigía que la conducta de las personas a su servicio fueran normas ejemplares e inviolables.

Todas las decisiones las tomaban de mutuo acuerdo, en democrática asamblea. En una de éstas fue aprobada la proposición de Consuelo: que Beatriz se trasladara a vivir con ella.

Beatriz cedió su casita a una buena amiga kombe, con la obligación de que la tuviera siempre en buen estado de conservación, haciéndole las reparaciones necesarias a cambio de no cobrarle alquiler. Varias vecinas y Consuelo le ayudaron a trasladar las cosas, que no eran muchas, y algunas semanas después de su regreso a Santa Isabel quedó instalada en uno de los dos aposentos de que constaba la casa de su nueva amiga y protectora.

Los primeros meses transcurrieron para Beatriz en perezoso abandono y dulce indolencia. Sus salidas se limitaban a la compañía de

Consuelo en cortos paseos, visitas de poca duración e ir de compras. También iban al cine en sesión de tarde dos o tres veces por semana.

Pero la mejor terapia para que Beatriz superara las secuelas traumáticas que le dejó su estancia en Río Campo fue, seguramente, la que le aplicó Alfonso: muchos sábados tomaban la guagua Santa Isabel-San Carlos y se apeaban en la bifurcación de punta Cabras. En el poblado bubi volvían a vivir momentos muy felices hasta la hora del regreso, el domingo por la tarde. Los tres, en compañía de las muchachas de sus tiempos adolescentes, evocaban días inolvidables. Empero, la isleta de las Vírgenes estaba allí, inalterable, pero las viejas amigas de Alfonso habían dejado de visitarla. Decían que ya nada era igual sin él.

Un sábado le pidieron, en tono mimoso y zalamero, que por la noche las llevara al club Fernandino. La idea surgió, al parecer, de Beatriz, que soñaba con hacer realidad el deseo espontáneo que tuvo sentada a la sombra de las ceibas la mañana de su reencuentro con Alfonso.

Pero según sus palabras, ¡cuánto había cambiado el club! Sus coordenadas sociales se vieron alteradas por las nuevas corrientes de libertad. Así como el Náutico ya lo frecuentaban negros adinerados —la Carta de Emancipación, repito, ya no tenía vigencia—, al Fernandino lo invadían los europeos de todas las categorías. La noche de los sábados, en una mezcla variopinta, alternaban negros y blancos en lo que hubiera sido ideal convivencia, a no ser porque se notaba en el ambiente la superficialidad de unas relaciones en proceso de adaptación. No obstante, él sabía estar y jamás tuvo problemas personales en las noches del Fernandino. Los sueños de Beatriz se cumplieron e incluso los vio

superados en el transcurso de muchas noches de sábado, porque las visitas al club se convirtieron en hábito. Llegaban cuando la terraza estaba concurrida y se acomodaban en el velador que tenían reservado. Siempre se agregaban a la mesa algunos amigos para que Alfonso no apareciera solo en compañía de las dos muchachas. Les concedía libertad para bailar con personas de su aceptación. Deseaba que se divirtieran, pero cuando observaba algo que no le gustaba, con un gesto convenido les ordenaba que regresaran a la mesa. En los ojos de las dos mujeres leía agradecimiento y un gran amor. Las veía dichosas.

Cuando Beatriz borró de su mente los recuerdos de la frontera, cuando superó las secuelas psíquicas que le dejaron los sufrimientos y el miedo, obedeciendo a los siempre sensatos consejos de Consuelo, solicitó la readmisión en su antiguo trabajo de enfermera en el Hospital General. Las monjas guardaban un buen recuerdo del carácter alegre de la muchacha y de su eficiencia. La incorporaron a la planta de los europeos. Su trabajo contribuyó a borrar definitivamente las heridas que acaso le quedaban. Fue una gran suerte que encontrara trabajo porque contribuyó a su estabilidad moral y económica. Y a la de Alfonso. La vida en común quedó organizada y durante varios meses la disfrutaron con plenitud.

Por entonces, el gobernador general don Faustino Ruiz González, tomó un avión de Iberia y hizo un viaje relámpago a la península. Se supo más tarde, a la vista de los resultados satisfactorios, que el viaje obedecía a la necesidad de negociar con el Comité Sindical del Cacao nuevos precios, así como acabar de una vez por todas con la modalidad

de “pagos a cuenta”, que tanto perjudicaba la economía de los finqueros. Volvió en barco.

Don Faustino regresó en la motonave DOMINE. Cuando se comentó en la capital que había elegido un medio de transporte superado desde 1948 por el avión, se supuso que sería tal vez debido a la añoranza que sentía el marino por el mar —era contralmirante de la armada—; nostalgia del espectáculo inolvidable de las noches estrelladas en las distancias atlánticas y el rumor de las olas; por experimentar el placer de pisar la cubierta de una nave, ejercicio del que estaba apartado desde hacía algún tiempo.

Don Faustino regresó en barco por razones diferentes. Volvía al frente de una embajada, una representación artística de lujo compuesta por los Coros y Danzas de la Sección Femenina de Murcia, Cádiz y Las Palmas de Gran Canaria.

Fueron recibidos en Guinea en olor de multitudes y los guineanos tuvieron ocasión de conocer en vivo el folclore peninsular. En el transcurso de quince días inolvidables, las voces juveniles de las muchachas blancas —gráciles e ingravidas, no obstante que sudorosas—, se elevaron en los cielos de la isla y Río Muni, y los bailes regionales llenaron de público entregado los campos de deporte de ambos territorios, en las calurosas noches ecuatoriales.

Gentes de la capital, de poblados próximos y distantes, y fincas agrícolas cercanas asistieron noche tras noche a las exhibiciones de parrandas murcianas, tanguillos de Cádiz y folías canarias, acompañadas por jóvenes maestros de guitarra y bandurria. Alfonso tuvo el mayor

interés en que Consuelo y Beatriz no dejaran de ver ni una sola de las representaciones.

El espectáculo alcanzó la cima de su esplendor cuando los baleles nigerianos, bubis, y pamues de Río Muni, irrumpieron en el estadio las dos últimas noches del festival. Fue apoteósico. La variedad y riqueza de ibos y calabares, la expresividad de los yangües bubis y la fuerza del África profunda, encarnada en los pamues del continente, asombraron a los componentes de los Coros y Danzas, que aplaudieron con entusiasmo y gratitud. Unos y otros compitieron en noble lid. Al final, según testimonio de europeos y guineanos, no hubo vencedores ni vencidos. Todos estuvieron a una gran altura. La única nota disorde en el maravilloso concierto de aquel viaje, aunque comprensible, fue el calor agobiante que los trajes regionales les obligó a soportar.

Beatriz dijo que los baleles guineanos eran mucho mejor que los peninsulares. Eso dijo. Pero Alfonso le arguyó que en su modesta opinión unos y otros no eran mejores ni peores, sino diferentes e incomparables. Estuvo de acuerdo.

Pero aquel estado de excepcional bienaventuranza estaba a punto de ser desbarajustado sin remedio. El peligro anunciado de nuevas formas de dominio procedente de los países del dólar y del rublo, ya había hecho aparición en algunos puntos no deseados del continente africano, y a no tardar alcanzaría el mundo apacible de las criaturas de esta triste historia. Alfonso lo esperaba, sabía que tarde o temprano aparecería en el golfo de Biafra, y vivía en guardia permanente.

Quizás el único de los coloniales jóvenes consciente del peligro pamue —cabeza de turco de la estrategia imperialista— que se cernía sobre Fernando Poo, era él. Pero lo silenciaba porque hasta sus amigos más íntimos lo hubieran tachado de catastrofista. Alfonso sabía que la isla de Fernando Poo era una fruta que aún estaba verde, pero con la política de hacerla provincia española, y la anunciada autonomía económica, estaba empezando a madurar.



INEVITABLEMENTE, la fatalidad llegó a Santa Isabel a bordo del vapor *Isla de Tenerife*, procedente de Bata. Entre los pasajeros iban los soldados de la frontera de Río Campo-Camerún, que habían sido relevados. Al frente del grupo viajaba el sargento Ndong. Alfonso lo supo al día siguiente pero se abstuvo de ponerlo en conocimiento de las muchachas. Sí se lo dijo al jefe de los kombes de la capital. Éste organizó en torno a Beatriz una vigilancia constante compuesta por kombes jóvenes, con la consigna de no perderla de vista y protegerla aun a costa de su vida, pero procurando que ella no entrara en sospecha. Mas a pesar de las perentorias medidas, Alfonso vivía preocupado. Santa Isabel era una ciudad pequeña donde todos sus habitantes se conocían y a no tardar, pensaba, el sargento daría con Beatriz por mucho que se ocultara, si es que le animaban deseos de tomar represalias contra ella.

Por entonces notó Consuelo algunos cambios físicos y de conducta en la muchacha de Musola que le hicieron concebir felices esperanzas de madre que nunca pudo ser. Pero de momento no dijo nada a Alfonso. Los pechos de Beatriz se estaban desarrollando últimamente, se le despertó un voraz apetito y la notaba menos impulsiva, más sosegada. Sus ojos habían adquirido un brillo especial y a menudo, decía Beatriz, los notaba pesados y somnolientos. ¡Ya no hay duda!, —se dijo Consuelo. Con atención maternal la llevó a la consulta de don Armando Liger. Pero no informaron a Alfonso de la visita ni del diagnóstico. Sólo después de los

trágicos sucesos que pusieron en sus sienes las primeras notas blancas a edad tan temprana y lo empujaron a tomar decisiones desesperadas, fue impuesto de lo que en otras circunstancias habría sido una revelación feliz: la muchacha del cacao y de las ardillas, aquella niña encantadora, primera amiga de su infancia, estaba embarazada.

Pero aunque ignoraba el venturoso acontecimiento, Alfonso estaba muy intranquilo por Beatriz. Descansaba mal porque pasaba muchas noches desvelado, pensando en la manera de librarla de los peligros que sin duda la amenazaban. No confiaba en la competencia de los kombes jóvenes que la custodiaban.

Por fin, una de tantas noches, que despierto y meditando la contemplaba con inmensa ternura dormida a su lado, confiada y con una dulce expresión en el rostro, halló la solución al menos temporalmente. Más de una vez oyó decir a Beatriz que en Concepción, tercera población de la isla en importancia, situada en la costa este de la isla vivía Regina, hermana de su difunta madre. No se veían desde hacía cuatro o cinco años, pero no por ello se tenían olvidadas. Dos o tres veces al año se intercambiaban recuerdos. Alfonso se acordaba de todo ello y pensó enviarla con la tía hasta que llegara Navidad, para lo que aún faltaban dos meses. Solo precisaba darle forma veraz a una excusa. No tuvo dificultad en idear un pretexto convincente, aunque desde luego importaba también a Consuelo, a quien debía sacrificar sin remedio, alejándola de Santa Isabel al mismo tiempo que a Beatriz. Se irían juntas a Concepción

Una tarde que estaban los tres hablando de cosas intrascendentes en agradable tertulia, Alfonso cambió de tono, y simulando una actitud seria les dijo que a través de un amigo bubi que trabajaba en los despachos de la policía, le habían llegado noticias confidenciales y muy preocupantes. <<Desde hace dos o tres días —afirmó— mi casa y mis pasos están siendo vigilados. Alguna desgracia se cierne sobre mí, y, por extensión, sobre vosotras. Pero ya he tomado las medidas que aconseja la situación, y aunque mi decisión supone un gran sacrificio, debemos afrontar el momento con valentía. Os iréis a Concepción con la tía Regina. ¡No lloréis, no me lo hagáis más difícil! Regresaréis a tiempo para festejar las Navidades. Mañana tomaréis la primera guagua que parte para Concepción>>.

Se fueron, y por primera vez en varios años, Alfonso se sintió solo. Se vio atrapado por la soledad de los días interminables, monótonos, mortificantes. Un hábito de muchos años saltaba en pedazos ahora y se notaba aturdido. Buscó la comprensión de Eusebio y éste le dedicó todas sus horas libre.

UNA TARDE, un mes después que Consuelo y Beatriz se marcharan, estaban Eusebio y Alfonso ante unas copas, plácidamente sentados en la terraza del Casino. Eusebio observó que su amigo se mostraba cabizbajo, poco comunicativo. Intuyó que intentaba decirle algo muy personal, pero no se decidía.

— Eusebio, cómo está Luanda? Hace algún tiempo que no la veo — preguntó, haciendo lo que parecía un gran esfuerzo.

— Muy enfadada contigo. Porque pese a que no ignoras que está pasando algunos días en casa no te has dignado ir a verla. Como si fueras ajeno al afecto que siente por ti.

— No, no es eso, Eusebio. Esta noche pasaré a saludarla.

— Ya sé que no es eso, Alfonso. Te conozco bien. Me has preguntado por Luanda como hubieses podido hacer cualquier otra observación. Te noto abstraído. Quieres hablarme de algo y te cuesta arrancar. Dímelo ya, habla, soy tu amigo —hubo de ayudarlo.

— Eusebio, como otras muchas veces, tienes razón. Ayer me sucedió algo maravilloso... Saliendo del cine Rosaleda me encontré con Cris, una joven corisqueña. Si en este momento me ves abstraído, es por el recuerdo de los hechos que rodean el episodio más terrible de mi vida, pero de cuyo feliz desenlace no he tenido conocimiento hasta ahora. ¡Si supieras, Eusebio, con qué fervor di gracias a Dios! Él me inspiró una decisión que me pareció dolorosa en su momento, pero cuyos resultados

—de los que tuve conocimiento anoche— son muy gratos a mi corazón y a mi conciencia.

Con la copa en la mano y la mirada proyectada hacia punta Cristina y bahía de Venus —que se destacaban mágicas desde el Casino—, comenzó a decir:

— Como he comenzado diciéndote, ayer vi a Cris a la salida del cine. Me acerqué a ella, —mas temiendo que me rechazara—, y la saludé. Noté que me estrechaba la mano calurosamente y la retuvo un instante en la suya. Tampoco había rencor en su voz. Por ello, sinceramente y con el mayor agrado, la invité a cenar en mi casa. Argüí que tenía que confesarle muchas cosas que tenían atribulada a mi conciencia. Aceptó, y eso me dio la oportunidad de hablarle, de aclarar comportamientos que estaban pendientes en el tiempo y en la atmósfera calurosa de una noche de San Carlos. También ella —dijo— tenía que decirme cosas importantes, porque gracias a mí estaba ahora a mi lado, oyéndome. Algo —añadió— por lo que nunca me había olvidado y más de una vez había pensado en mí con gratitud. La cena terminó sin apenas probar bocado, hablando Cris y escuchando yo; pendiente de cada una de sus palabras.

Pero he de volver atrás en el tiempo, Eusebio. Quizá no sepas todavía, que cuando algún leproso es localizado en el bosque o en otra parte, al horroroso aspecto de su cuerpo se suma el pavor de saberse descubierto. Tengo experiencias que lo avalan. En la plantación de Mallo y Mora, en Bombe, vi a un africano en las peores condiciones físicas. Estaba desnudo, se apoyaba difícilmente en un cacao y parecía un ser humano sacado de las páginas de un relato de Poe o un resucitado

después de varios días de estar sepultado. Su cuerpo todo era una llaga en carne viva, el sexo casi le había desaparecido, los dientes habían perdido la protección de los labios y en algunas partes de los brazos se le veía el hueso. Entonces era yo muy joven y tardé mucho tiempo en dejar de soñar con aquella macabra aparición.

Muchos enfermos de lepra llegan al último grado porque al saberse atacados por el calamitoso mal huyen al bosque donde, si no son hallados, perecen entre crueles sufrimientos. La persona que ve a un leproso, lo que es frecuente en las plantaciones y en el bosque bajo de la isla y del Continente, tiene la ineludible obligación de ponerlo en conocimiento de la Administración de la Zona. El Administrador, en colaboración con Sanidad, se hace cargo del enfermo y lo envían a la famosa leprosería de Mikomeseng, en Río Muni.

La enfermedad se transmite sólo por vía sanguínea, a través de llagas en la boca, y por supuesto en los contactos sexuales. Esto es lo que se nos dice a los europeos jóvenes en las charlas periódicas que nos imparte la Dirección de Sanidad. Y nos advierten de los síntomas que nos pueden señalar el mal en sus comienzos, cuando quizá ni el enfermo sabe que lo ha contraído.

Una noche de sábado que me hallaba en compañía de Cris, en circunstancias privadas, descubrí que en su bellissimo cuerpo tenía alguno de los síntomas de la lepra. Reparé en que sus poros no transpiraban, su piel no estaba húmeda, cuando por la mía corría un copioso sudor, normal en mi casa porque era de madera. Además, en las zonas más suaves y sensibles de su cuerpo desnudo, al que yo miraba y admiraba

mientras me desvestía, presentaba unas manchitas de color rosa pálido del tamaño de una lenteja. Recuerdo que ante el descubrimiento me sentí angustiado, aunque aún no había tenido con ella contactos íntimos. Fui al servicio, temblorosas las piernas y las manos, y vomité. La vomitona me sirvió de pretexto para pedirle, consideradamente, que nos viéramos en otro momento. Pero Cris es una muchacha muy inteligente y una vez que se hubo vestido y dispuesta a marcharse me dijo que la coartada de mis vómitos no le servía. Por tanto, me rogaba que le dijera honradamente la razón de mi rechazo. Ya no era una niña, añadió, y me pedía que no le ocultara nada por grave que fuese. <<Cris, —le dije—, me darás una gran satisfacción si mañana, lo antes que te sea posible, vas al Hospital y le suplicas al doctor Torres que te examine la piel, si lo cree conveniente>>.

<<El suceso me dejó perplejo. Me resistía a delatar, como era mi inexcusable deber, a una muchacha tan bonita y civilizada. Pero, finalmente, y pensando que lo hacía por su bien, decidí ponerlo inmediatamente en conocimiento del doctor Domingo, director del hospital de San Carlos y amigo mío. Temerosos de que abandonara la población la sometimos a la vigilancia de un enfermero. Respiré aliviado cuando fui informado de que al día siguiente se presentó voluntariamente en el dispensario. El examen dio positivo y cuatro días más tarde la enviaron a Mikomeseng. Pero, felizmente, sin haber finalizado dos años ha regresado totalmente curada. Cuando detecté la enfermedad se hallaba en un momento ideal para vencerla. Lo raro es que la muchacha era enfermera del hospital. Algún tiempo después me

dijo el doctor Domingo que a partir de aquel día se aplicaron en el personal sanitario métodos de control más estrictos.

Anoche me confesó que en las horas posteriores al delicado episodio de San Carlos pensó mucho en los motivos, si es que los había, por los que fue rechazada, ella, una mujer joven que según le dije, era fascinante. Pero cuando le comunicaron el resultado de la consulta comprendió toda la amarga verdad y la tierra tembló bajo sus pies —me confesó.

En un momento de la cena me juró que nunca me guardó rencor, sino que por el contrario, no me apartó de sus recuerdos en la soledad abrumadora de la leprosería. Me aseguró que en Mikomeseng es más perjudicial la soledad que el sol y la humedad, y si no tienes ocupada la mente con alguna motivación que mantenga viva la esperanza, esa misma soledad puede ser tan destructiva como la enfermedad. Era muy joven cuando me conoció y no había tenido antes contacto con varón —me dijo. De su primera experiencia, aunque frustrada, y de mi caballeroso proceder, guardaba gratísima memoria.

Estuvimos hablando hasta muy tarde. Me parece que es una enfermera muy eficiente, al menos en lo que se refiere a sus conocimientos de la lepra. Comentó que la terapia que se aplica en Mikomeseng, cual en otra Molokai —fueron sus palabras— a nivel mundial es un Centro ejemplar. <<El director es el doctor Martínez, autoridad médica con vocación misionera, asistido por un cuadro de monjas muy preparadas y por el ex-reverendo padre Luis Ponce de Santillana, un santo varón, ejemplo de abnegación y entrega a los demás.



Me habló de cómo está organizada la vida en la leprosería. Los enfermos de primero y segundo grado viven en pabellones de madera y cabañas; forman pequeños núcleos a los que ponen nombres que les recuerdan sus lugares de origen. Están esparcidos en áreas de varios miles de metros cuadrados, alrededor de los edificios que conforman el Centro. A éste acuden diariamente al toque de campana los afectados para recoger las dosis de sulfonas que a cada uno le tienen asignadas. Pero se las toman en presencia de un facultativo. Es una medida aconsejada por alguna experiencia negativa. De los que se hallan hospitalizados en el edificio central son pocos los que se salvan porque llegan en la última fase de la enfermedad.

Es dramático y fácil de entender, que los leprosos intenten huir los primeros días, internándose en el bosque>> —Cris se refería a los que viven en los pabellones del exterior—. <<Son seres humanos desplazados, desvalidos; que se han despedido por tiempo indefinido de la plantación, de la familia y de unas formas de vida libres. En su nueva existencia se sienten desamparados, y con frecuencia creen, que olvidados. Oí clamar a algunos que sus dioses los habían abandonado. Al principio, como es natural, tienen que entenderse con gentes desconocidas que hablan otros dialectos, siendo muy difícil las relaciones amistosas que tanto necesitan. Pero con el correr del tiempo todos se insertan en la rutina, en la vida de aquella sociedad enferma, aislada del mundo exterior por murallas de silencio y de recuerdos>>.

En tono sombrío me dijo: <<Aun siendo aparentemente agradables los lugares exteriores del Centro, quienes viven allí tienen la impresión de

hallarse encerrados —como los corderos de la mítica cueva del cíclope, pensé—, en la mismísima morada de la melancolía. La melancolía, la tristeza y la añoranza forman una extraña familia que se mueve al unísono por el ramaje de los árboles, la vemos entre los arbustos, por los senderos del bosque y por los calveros de la selva. Y dentro de las cabañas. La vemos por todas partes. Yo he visto a la melancolía, Alfonso; es de una forma indescriptible y tiene el color pálido de la tristeza. Por ese motivo, quizás, los animales han desaparecido de la zona, las aves han emigrado, y las de paso vuelan más altas y llevan más prisa que en tiempos anteriores a la leprosería>>.

Terminó diciendo que casi todos los facultativos y monjas del Centro habían contraído la enfermedad alguna vez, aunque por supuesto la habían superado. <<Son héroes anónimos y la sociedad está en deuda con ellos>>. Eso opina.

¡Pobre amiga mía! Su sensibilidad le hizo sufrir mucho. No exageró cuando me dijo que los enfermos que son dados de alta llevan en los ojos la luz y la emoción de la libertad recuperada. <<Volver a la vida después de haber respirado la muerte, es un milagro que se repite todos los días en la leprosería de Micomeseng>> —terminó.

Porque me sentí obligado a demostrarle que creía en su curación, con el gran respeto que me inspiraba le pregunté, sin convicción, si le apetecía quedarse... <<No, querido amigo>> —me respondió en un tono colmado de afecto—. <<Ya no sería lo mismo. Conformémonos con haber rehabilitado aquel recuerdo.

Finalizado el relato y liberado Alfonso del peso abrumador de los acontecimientos que tuvieron principio una noche calurosa de San Carlos, los dos amigos se disponían abandonar la terraza de baile. Pero una circunstancia extraordinaria e inesperada los retuvo en el velador. Del Diario de Alfonso —que Eusebio me confió para saber de los aspectos menos conocidos de la vida de su amigo—, copio literalmente cuanto hace referencia al suceso, (epílogo de otro de los episodios que configuran los amores de Alfonso y Eva María), que tuvo lugar aquella tarde memorable y posteriores días:

“Dos años después de que Eva María abandonara San Carlos me alejé definitivamente de la bahía. La Guardia Colonial me reclamaba y hube de incorporarme al servicio militar y a una empresa comercial de Santa Isabel.

“Durante aquellos dos años en la capital, ¡cuánto eché de menos a Eva María, a San Carlos y a su entorno de mar y bosques!

“Pero un acontecimiento feliz puso fin a mi estado de ánimo y existencia de lástima. Recuerdo que serían las ocho de la tarde de uno de los primeros días de diciembre. Ya estaba anocheciendo y los focos del Casino iluminaban la terraza de baile. Me hallaba en compañía de mi fraternal amigo Eusebio, sentados en un velador y dando la espalda a las parejas que bailaban. Yo tenía puesta la vista en la bahía de Venus; no la veía a causa de la oscuridad pero la imaginaba bella como realmente es. Me volví buscando al camarero. Estaba sirviendo a un grupo de señoras que de pie, hablaban animadamente en un extremo de la terraza. Reparé en una joven que estaba de espaldas. El corazón empezó a latirme

aceleradamente: su estatura, el color de su pelo, una soberana distinción, algo inefable... Se volvió ligeramente y pude ver su perfil. Era ella, Eva María.

“No sabría decir si era burla de mis sentidos o milagro. Sin medir las posibles consecuencias y lleno de emoción me llegué a ella. A medida que me aproximaba observé que no tomaba parte en la conversación. Seguramente sería debido a que como siempre, sus amigas estarían hablando de banalidades que ella no compartía. La intuí lejana, ausente, con la mirada proyectada hacia la plaza de España. Le musité muy cerca del oído: <<Hola, Eva María. ¿Quieres bailar?>> Por toda respuesta, al reconocer mi voz se volvió hacia mí, presurosa, como impulsada por un potente resorte. Sin dar crédito a mi presencia, sin salir de la sorpresa, sin recato ni prudencia, se abandonó en mis brazos. (Las miradas de sus amigas eran puñales que de buena gana me hubieran clavado). Me miró intensamente a los ojos. Le devolví una mirada cansada, apagada, en la que reparó triste. Nada nos decíamos, pero se adivinaba que nos dominaba una nostalgia compartida. La sentía desfallecida, sus ojos hablaban de ganas de llorar. Al fin, con un débil hilo de voz, susurrante, me dijo que había regresado de España la semana anterior. Tan pronto le fue posible hizo una escapada a nuestra playa, a la bahía, que seguían allí, inalterables en el tiempo; igual de bellas y luminosas. Añadió que de una y otra, de ambas, me traía recuerdos y añoranzas. Me confesó que en los cuatro o cinco atardeceres posteriores a su regreso, se llegaba al promontorio por donde yo aparecía los domingos y encaramada en las rocas, contemplaba el ocaso del día. No paraba de hablar, de decir cosas

porque yo se lo pedía, porque me embriagaba el calor que ponía en cada palabra. Vibré de emoción cuando me dijo que un pescador kombe, viejo y ladino, simpático y de conversación fácil, con ocasión de ofrecerle productos del mar le habló de mí, de que ya no vivía en San Carlos y que había fijado mi residencia en Santa Isabel. Papá Adolfo, los cafetales, la luz y las sombras de la bahía; los espíritus del cafetal y hasta su tía, le hablaban de mí. Tantas cosas oía, que mi imagen y recuerdo se fortalecían en su alma. Y por donde quiera que fuera veía las huellas que dejaron mis pasos en aquella parte de la costa. Era muy triste, decía, no tener a quien confesarle cuánto, cuánto me amaba.

“Los altavoces de la terraza dejaron de oírse, cesó la melodía del bolero; ausentes de nuestro entorno, seguíamos ceñidos y fascinados. Nos devolvió a la realidad la sirena de un barco que reclamaba gritando la presencia de un práctico. Huimos hacia mi velador. Le presenté a mi amigo, pero éste, alegando asuntos urgentes que reclamaban su atención, nos dejó solos. Ignoramos a sus amigas, nos olvidamos del mundo. La confesé y me confesó. Procedente de nuestra bahía había llegado a Santa Isabel aquella mañana. No había tenido tiempo ni ocasión de averiguar mi dirección, mi lugar de trabajo. Su marido había seguido viaje a Douala para ver una nueva máquina relacionada con el café. Ella residiría durante el día en casa de un matrimonio amigo. Las noches las pasaría, sola, en una casa propia, situada en una calle, que por lo que me explicaba, no estaba lejos de la mía.

“¡Pobre gacela mía...! Con un maravilloso impulso, sabiamente controlado, tomó mis manos entre sus manos, y al retirarlas, dejó en las mías el grato perfume de las suyas y un llavín...

“En el transcurso de tres noches la amé de una manera especial porque me di cuenta de que su abstinencia había sido larga. Me pedía clemencia, suplicaba tregua, pero yo no se la concedía. Aguardaba a que regresara de sus desvanecimientos para amarla de nuevo. Trémula, llorando y riendo, me pedía suspirando: <<Vuelve, vuelve a San Carlos, amor mío; aquel es nuestro mundo>>. <<No puedo ahora, vida mía, me debo al ejército, pero te juro solemnemente que más adelante volveré>> —le dije, mezclando mis sueños con su llanto.

OCTUBRE y noviembre, y las primeras semanas de diciembre pasaron veloces. Las Navidades estaban a la vista. El gran acontecimiento anual, las conflictivas fiestas, se respiraban ya en el ambiente. Para los europeos, los días comprendidos entre el 21 de diciembre y el 15 de enero son insuperables. Al calor tórrido, húmedo, se suma la locura colectiva del mundo negro e impide todo descanso. Son fechas además en que se autoriza el consumo de alcohol a los africanos; del que no saben hacer uso por falta de costumbre o por cuestiones relativas al metabolismo. Los días y noches de Navidad son famosos en algunas partes del golfo de Guinea, especialmente en la isla de Fernando Poo. A la capital afluyen gentes de las fincas, de los poblados, de las comarcas más lejanas. Llegan por mar y por tierra. En cayucos y en autobuses; y a pie, por caminos y trochas de bosque. Cargados con pesados fardos de ropajes típicos y alimentos; con los timbales y otros insólitos instrumentos de percusión. Por las calles de la ciudad indígena y en la zona del campo de deportes hay que abrirse paso a codazos. El ruido ensordecedor de las tumbas y los cánticos de las comparsas hacen de Santa Isabel una ciudad demencial, insoportable, de tortura. El desenfreno y la demencia son comunes a todos los africanos; los servicios especiales de la policía se ven desbordados, el Hospital General sufre de saturación y el trabajo se realiza como buenamente se puede. La vida es un caos, y la fragancia del *lilán-lilán* de punta Fernanda es insuficiente para contrarrestar el fuerte

hedor de las turbas sudadas. Nubes de polvo maloliente procedente de la zona del mercado se lanza sobre la capital y se introduce en viviendas y comercios. Es una época del año en que se cometen actos delictivos y absentismo laboral. Muchas víctimas de la barbarie navideña, por muerte violenta o por tremendas intoxicaciones etílicas, aparecen tirados en las aceras cuando llega el nuevo día. Las muertes violentas nunca son investigadas porque sería una tarea imposible.

Todo el alucinante panorama de las inminentes fiestas navideñas superaría muy probablemente el de años anteriores, estimuladas por el señuelo de las nuevas libertades, que a no dudarlo se iban a traducir en libertinaje. Seguramente que las masas tomarían las calles céntricas a las que nunca habían tenido acceso. Sin lugar a dudas habría muchos sucesos que lamentar.

Próximas las bacanales de las Pascuas regresaron Consuelo y Beatriz. Llenaron los largos días del exilio escribiendo a Alfonso cartas interminables. Mas fueron cartas que nunca depositaron en la oficina de Correos, temerosas de que fueran interceptadas, profanadas y divulgadas. Al regreso se las trajeron para que Alfonso las leyera una a una, en alta voz y en presencia de ellas. Se sonrojaban (el sonrojo de los africanos sólo se aprecia en los labios) cuando leía frases y párrafos que hacían referencia a momentos delirantes. Pero se entristecían, se les transformaba el semblante cuando leía sus grandes soledades, cuando le decían lo mucho que lo echaban de menos y cuánto lo añoraban, rogando al tiempo que fuera amable y transcurriera raudo para volver pronto a su



lado. Eran cartas de una tristeza infinita, donde en cada palabra se adivinaba el arcaísmo del alma africana.

Alfonso apreció que Consuelo estaba más delgada y Beatriz bastante más llenita; lo que la hacía —le dijo, galante— más atractiva. Pero no entendió las miradas que se cruzaron entre ellas. ¿Qué inducía a Consuelo a silenciar por más tiempo el feliz estado de Beatriz? ¡Ay, el fatalismo de los bengas!

La casita de Consuelo se hallaba ubicada en el centro del huracán, o sea, frente al mercado y campo de fútbol, en cuyo césped se celebraban todos los días los concursos de baleles hasta muy avanzada la noche. El mercado indígena multiplicaba en esas fechas los puestos de frituras, pescado ahumado, carne y huevos de tortuga, filetes de serpiente boa, frutas del país y artículos de artesanía indígena; pieles, ébano y marfil. Se oía a distancia la algarabía, los gritos, las peleas, los pregones de las mercancías, la estridencia de las sirenas de los coches de la policía, y lo imponderable.

Los empleados de CASA BAEZA, a los que se sumó Eusebio, celebraron la Nochebuena en el Casino. Ya de madrugada, cuando se disponían a retirarse, Eusebio invitó a su amigo a que pasara la noche en su casa. Alfonso aceptó de inmediato.

Se levantaron tarde, cerca de mediodía. Terminado un ligero desayuno, Alfonso se marchó directamente a casa de Consuelo. Tenía interés en saber cómo habían pasado la noche sin él. Una noche que las echó de menos, pero hay compromisos ineludibles, y estar esa noche con sus compañeros y con Eusebio, era uno de ellos.

Apenas abrió Consuelo la puerta dedujo Alfonso que algo anormal sucedía. La muchacha se lanzó a sus brazos con un llanto incontenible. No acertaba a pronunciar palabra, estaba temblorosa y el pánico había hecho presa en sus bellísimos ojos. Con suma dificultad, con palabras inarticuladas, empezó diciendo que la noche pasada llamaron a la puerta. Abrieron lenta y cautelosamente siguiendo las precauciones que él les recomendó, y una mujer joven con marcado acento pamue dijo a Beatriz que bajara, por favor, al pie de la escalera porque tenía que darle un mensaje urgente de su hombre blanco. <<Me extrañó, pero aunque Beatriz me miraba perpleja e indecisa, la animé a que bajara para oír a la mujer. Había poca luz. Por eso no puedo afirmar si las gentes que la rodearon eran borrachos o de otra ralea. No la distinguía bien entre las oleadas humanas que iban y venían. Sólo sé que la llamé, que grité su nombre con desesperación y no me respondió. Bajé y la busqué entre la muchedumbre. No hallé rastro de ella ni de la mujer que quería hablarle en tu nombre. Ahí abajo, asustada y aturdida, me puse a llorar. Nadie me prestaba atención; algunos me miraban y se reían estúpidamente. Yo, itondi yame, no sabía qué hacer. No pensé ir a la policía porque nadie me habría escuchado. Tampoco me pareció prudente presentarme en el Casino. Angustiada, regresé a casa. He pasado la noche llorando, rezando y rogando para que vinieras>>.

Beatriz había sufrido alguna desgracia. Quizá... ¡No, no quería pensarlo...! Pero el hecho de que una mujer con acento pamue estuviera en el secreto de sus relaciones con la muchacha kombe, invocando su nombre para atraerla... ¡Dios mío...!

Se puso a pensar. Algo había fallado en el dispositivo de seguridad montado por los kombes en torno a Beatriz. Lo más probable —estaba seguro— es que, teniendo la obligación de abstenerse de participar en el jolgorio de aquella noche de paranoicos, estarían por ahí, borrachos o fornicando como todo el gentío. Se precipitó a la calle, se abrió paso entre las turbas. No notaba el fuego del sol ni el sudor que le corría a chorros por la piel, del que estaba empapado el uniforme de soldado. Tenía la sangre helada y el corazón dolorido. Odio y rabia lo cegaban. Sentía unas tremendas ganas de matar. Algo muy serio se estaba gestando en sus entrañas. Instintivamente llevaba la mano a la empuñadura de la bayoneta que pendía del cinturón del correa.

Irrumpió en la cabaña del anciano jefe de los kombes de Santa Isabel. Fuera de sí, pidió una pronta explicación de por qué no habían estado en su puesto los vigilantes de Beatriz; aunque la pregunta es obvio que no resolvería el problema.

Convinieron en que había que movilizar al pueblo kombe para encontrar a toda costa a la muchacha. Pero en el caos de las calles turbulentas, ¿por dónde empezar? Tomó una resolución inspirada por un fatal presentimiento. Mientras el anciano se disponía a dirigir personalmente la búsqueda de la joven de su pueblo, se encaminó a la residencia del doctor Ramírez. Les unía buena amistad desde cuando estuvo de jefe de los servicios del hospital de San Carlos. Por suerte estaba en casa.

Precisamente la noche pasada tuvo guardia en el hospital, pero no se había enterado de nada extraordinario —dijo—, pero había otros médicos

a quien podían consultar. <<Pongámonos en movimiento>> —decidió—. <<En la puerta tengo estacionado el coche. Vamos al Centro y veremos qué se puede hacer>>.

Cuando llegaron al hospital se tropezaron de frente con el desorden. Nadie había visto ni oído nada fuera de lo habitual. Los registros no funcionaron. Los heridos de menos importancia y los que padecían intoxicación etílica aguda —que eran los más—, aparecían echados como fardos por los pasillos de la parte vieja destinada a los braceros de las fincas. El doctor Ramírez actuaba con autoridad. Provistos de mascarillas comenzaron a revisar los pabellones sin camas, aquellos que tenían por lecho un colchón de borra puesto en el suelo.

—Para entrar ahí —advirtió el médico— hay que abrirse paso entre sífilis, paludismos, tripanosomiasis y accesos purulentos.

Con el aire impregnado de gritos lastimeros y blasfemias; en aquella atmósfera asfixiante, ¿qué quedaba? Quedaban los pocos que aún respiraban, envueltos en una fetidez horrible; quedaba el ambiente sobrecogedor que Alfonso había ignorado hasta entonces; en el que quizá estaba apagándose la llama espléndida de la vida de Beatriz. ¿Cómo era posible —se decía— que los médicos y las monjas pasaran los años en aquellos pabellones de hedor y muerte?

En el hospital había otros pabellones, alumbrados y ventilados, pero del uso y disfrute de blancos y negros acaudalados, donde se moría de otra manera. Porque nada quedara por ver, hacia allí dirigieron los pasos.

Una monjita anciana que se movía arrastrando los pies con dificultad y pasos pensados, asaz estúpida y con la expresión impasible

de hacer todos los días lo mismo, les salió al encuentro y se puso a disposición del doctor Ramírez; extrañada —le dijo— de verlo allí a aquellas horas a pesar de que la noche anterior había estado de guardia. Le dijeron la razón de la visita y le pidieron ayuda. <<Sí, ciertamente, —titubeaba la pobre mujer—, en uno de éstos pabellones entró de madrugada una mujer joven que responde a las señas que dice este señor. Pero en caso de ser la que buscan, la infeliz se encuentra en estado muy grave>>.

Había que comprobarlo. Siguieron a la misionera. En el pasillo se tropezaron con el cirujano que intervino a la joven de referencia en el quirófano. Los acompañó demostrando poco interés. Abría la marcha y durante el corto trayecto les informó que “la negrita”, (su vocabulario correspondía al de los coloniales novatos, al de los recién incorporados al trópico —y este lo era—) fue hallada, según el parte verbal que le dio la policía, moribunda en la plaza Shelly a las tres de la madrugada. <<Ha sido —informaba—, brutalmente golpeada, salvajemente asesinada. La indígena está rota por todas partes, pero lo lamentable —añadió— es que se encontraba en estado de gestación avanzada. De haberla cogido a tiempo se habría salvado *lo que lleva en su seno*, pero nada se ha podido hacer>>. Eso dijo el cirujano y Alfonso notaba que se le paraba el corazón. ¡Dios mío, “gestación avanzada”...!

Al final del corredor, en una camita, sola, inmóvil, con la inmovilidad de la muerte plasmada en su bellissimo rostro y hermosísima en la agonía, con los ojos cerrados, sombreados por largas pestañas, había una frágil muchacha. Sus labios, sus pestañas, y la gargantilla de

oro, —regalo de Alfonso—, que aún conservaba en el cuello, dijeron su nombre: Beatriz.

—Beatriz, en el nombre de Dios —clamó Alfonso, poniendo sus manos sobre los hombros de la muchacha y besándola en la frente— ¿Quién ha sido? ¡Necesito saberlo!

—Caballero, sería deseable que se comportara dignamente, como corresponde a un blanco —le espetó el cirujano. Alfonso miró incrédulo al novato. No podía dar crédito a lo que acababa de oír. Acudieron a su mente las palabras de otro médico, en el hospital de San Carlos, uno de los días que visitó a su amigo Esteban, cuando él aún era muy joven. Aquel médico, como la mayoría de los funcionarios, pertenecía a la élite social de Santa Isabel, a la que tanto odiaba.

— Usted no es quién para darme lecciones de dignidad y de prestigio ante un ser humano, aunque de otra raza, que está agonizando. ¡Si repite lo que acabo de oír le juro que va a sentir en su pecho el frío de este acero! —eso dijo, uniendo el gesto y las palabras a la acción de llevar la mano a la empuñadura de la bayoneta—. El cirujano, mortalmente pálido, retrocedió algunos pasos y finalmente se esfumó.

Con la voz quebrada y el alma dolorida; poseído por una rabia sorda que le despertaba terribles ansias de venganza, pidió a su amigo, —cuyo silencio expectante daba a entender que reprobaba las palabras y el comportamiento de su colega—, que diera las órdenes oportunas para que pasaran a Beatriz a una habitación individual donde pudiera estar a solas con ella en lo que parecían los últimos minutos de su vida; donde la muerte no le llegara en aquel sitio tan lúgubre. Le prometió que él

abonaría los gastos. (En el hospital general no había entonces unidad de cuidados intensivos, pero había salas asépticas donde debieron pasar a la moribunda, que estaba recién operada. Pero, claro, Beatriz era una negra sin identidad acreditada).

Rodeada de atenciones, de botellas y de tubos increíbles la pasaron a una sala donde había una cama blanca, una mesita de noche y dos sillones; un escuchimizado Cristo clavado en un desteñido crucifijo; una desolada estampita de Santa Isabel de Hungría y unos visillos en las ventanas; un timbre para llamar a las enfermeras y otro para solicitar la presencia del médico de guardia.

Llegar hasta allí, encontrar a Beatriz y trasladarla a la habitación le llevó casi todo el día de Pascua. La noche estaba próxima y Consuelo, aunque no tuvo noticias en tantas y angustiosas horas, pero intuitiva, siguió tras los pasos de Alfonso y no tardó en saber la dolorosa verdad. A media noche un enfermero kombe le facilitó la entrada al hospital y el acceso al aposento donde se hallaba Beatriz. Cuando la vio en aquel estado sintió deseos de arrojarse sobre el cuerpo amado, pero se contuvo y se tiró al suelo cerca de la cabecera de la cama. Trémula, le cogió las manos; se las besaba y le hablaba con el dolor que hubiese sentido una madre. Y lloraba. Lloraba en silencio y al mismo tiempo rezaba. ¡Cómo quería Consuelo a la muchacha...!

— Sería insultar a la verdad y a mi conciencia —le confesó Alfonso algunos días más tarde a Eusebio—, si te dijera que la noche se me hizo larga. No reparaba en el tiempo. Sí me daba cuenta de la rapidez con que se consumían los últimos minutos de la vida de mi infortunada e inocente

amiga de los remotos tiempos de Musola. Tomé una mano y la mantuve entre las mías (la otra no la abandonaba Consuelo) y noté que estaba inerte, blanda, y el pulso tan débil que apenas lo notaba. Algunas horas después, ya de madrugada, con mi boca pegada a sus oídos le recordé en voz alta, con la esperanza de que me oyera, las felices horas que vivimos juntos, amándonos, queriéndonos, y cómo la conocí una mañana de domingo. Transcurrido un tiempo que hubiese querido eternizar, la película de nuestras vidas, que se proyectó por medio de mi voz, había terminado. Me sentí vacío porque ya no me quedaba nada que recordar. Sólo volví a hablarle brevemente para hacerle un solemne juramento.

Beatriz tal vez tuvo un relámpago de lucidez, porque entreabrió los ojos en lo que era de suponer un postrero y sobrenatural esfuerzo. Seguramente, la voz de Alfonso llegó hasta el fondo de su consciencia. Miró a uno y otro lado con la mirada extraviada, pero debió reconocer, imprecisos en la lejanía, a los dos seres que más amaba en el mundo reducido de su pobre vida. Notaron una instantánea y elocuente presión de sus dedos. Aunque imperceptiblemente se movieron sus labios, y en ellos se dibujó una sonrisa, la última, que se quedó a medio esbozar. Por las comisuras de la boca le brotaron dos hilos de sangre. Y dobló la cabeza dulcemente hacia el lado donde sollozaba el único hombre que había amado. Alfonso besó aquella boca con infinito respeto y sus labios se tiñeron de sangre y espíritu africanos. Consuelo le besó los ojos antes y después de cerrárselos. Beatriz ya volaba hacia las riberas del Eyo... Estaba regresando al pueblo benga del que brotó, para volver a bailar con frenesí las danzas rituales y entonar el *elombe*, al son de los *ibotas* y



*elekes*; para reencontrarse con sus antiguos dioses y con los espíritus del viejo río, a la sombra de los *eljabes* y *gombes—gombes*. Beatriz estaba entrando en las leyendas de su pueblo y en el reino de *UQUEMANGA*.

## EPÍLOGO

UN DÍA en que los dos niños regresaban del cacaotal de Musola y se detuvieron al pie de la ceiba grande, la jovencita de las ardillas, hablando para sí, dijo con voz que Alfonso alcanzó a oír: <<Aquí me gustaría descansar al final de mi vida, cuando ya sea muy viejecita>>. Él, que jamás olvidó aquellas lejanas palabras depositó a Beatriz en una fosa profunda entre las raíces del árbol a cuya sombra se conocieron. Antes puso entre sus manos todas las cartas, aquellas que escribió con tanto amor.

El tam-tam transmitió la triste noticia de la muerte de la hija de Jaime Okón. Numerosas gentes africanas de las fincas próximas a la Musola vieja, de San Carlos y Oloitia, y ¡cómo no!, de punta Cabras, llenaban la explanada del poblado. Sólo faltaron sus entrañables Esteban, Adolfo y Mercedes, porque el peso de sus muchos años no lo permitió. Varias mujeres kombes ancianas viajaron en el furgón funerario que trasladó a Beatriz a su última morada. El viaje con el que siempre soñó Alfonso, pero no en aquellas circunstancias. Consuelo, él y Eusebio viajaban en el coche de éste, que lo conducía.

En el último momento llegaron sus otros compañeros de la Guardia Colonial: Javier, Luis y Eduardo. ¡No podían faltar! En los ojos de Alfonso se leía, junto al dolor, una inmensa gratitud.

Cuando acabó la emotiva ceremonia rogó a Eusebio que aguardara algunos minutos porque tenía necesidad de estar solo. Eso dijo y se internó en el cacaotal. Le pareció más penumbroso que nunca. Al pie del árbol del nido de las ardillas lo abandonó la fortaleza de los últimos días y lloró con el llanto inconsolable de los niños abandonados. Notó una mano recia que le oprimía el hombro, y oyó una voz que le decía emocionada: <<Déjame que llore contigo, hijo>>. Era Jaime Okón.

Emprendieron el viaje de regreso, pero cuando llegaron al cruce de Boloko pidió a su amigo que se dirigiera a San Carlos. Dijo que tenía que llevar a cabo una misión de suma importancia e inaplazable. Llegaron a la villa que tanto amaba y estacionaron el coche en una callejuela del Campo Yaoundé. En tono firme les ordenó: <<Esperadme aquí, sólo tardaré treinta minutos en regresar>>. Consuelo se quedó muy preocupada porque los ojos de Alfonso, fríos y acerados, le dieron miedo. “Seguramente lo domina una terrible determinación porque no repara en los africanos que se cruzan con él, viejos conocidos que lo saludan con afecto, contentos de volver a verlo” —pensó

Fue directamente a la cabaña de Estaban. Treinta minutos duró la entrevista. Lo vieron regresar. Daba los pasos largos y con decisión. En el viaje de vuelta a Santa Isabel se mostró hermético. Hicieron el trayecto en el más absoluto silencio.

A nadie hizo partícipe del motivo de su encuentro con el anciano jefe del pueblo kombe en San Carlos. Sus cuatro compañeros y Consuelo jamás supieron de lo que hablaron. Pero lo que quiera que trataran lo relacionaron con el sargento Ndongó: Una semana después de la muerte

de Beatriz, el militar pamue desapareció de la faz del mundo. La policía gubernativa y la Guardia Colonial lo buscaron inútilmente por todas partes, por mar y tierra, pero por lo visto, se lo tragó el océano o lo devoró la selva.

## **GLOSARIO**

**AMBOLO.** Adiós, hasta luego. Idioma pamue

**BALELES.** Bailes típicos

**BOY.** Empleado doméstico.

**BRACERO.** Trabajador agrícola.

**BUBI.** Natural de la isla de Fernando Poo

**CALABO.** Árbol y madera del mismo nombre. Es fácil de tablear con un simple machete de bosque. Se emplea generalmente para los laterales de las cabañas. Es inmune al comején.

**CAYUCO.** Embarcación. Se construye vaciando un tronco de árbol-

**CON TINENMTE.** Referido a Río Muni

**CHAPEO.** De chapear. Cortar hierva a ras del suelo con machete.

**CLOTE.** Trozo de tela amplio, de vistosos colores. Se usa para envolver el cuerpo (semejante al pareo o al sarí hindú, según cubra desde la cintura o cuello hasta los pies).

**FILARIA.** Parásito que pasa a los vertebrados a través del agua. Produce filariasis, elephantiasis y accesos.

**FRITAMBO.** El antílope más pequeño. Sus ojos tienen la limpieza y la dulzura de los ojos de los niños. Fritambo es también palabra simpática aplicada a las adolescentes.

**GARY.** Harina de maíz

**HAUSA.** Oriundo del Níger, Malí y Nigeria. De religión mahometana, se les encuentra en todos los países africanos traficando con ébano, pieles y marfil.

**IBO.** Natural de la Nigeria del norte. Los ibos fueron los grandes perdedores en la tristemente célebre, y cruenta, Guerra de Biafra.

**JEJÉN.** Mosquito casi microscópico. Muy molesto. Abunda en los cafetales y se manifiesta al atardecer.

**LILAN—LILAN.** Árboles de gran envergadura. La embriagadora fragancia que despiden procede de agrupaciones de hojas blancas lanceoladas.

**MACACO.** Simio. Es palabra muy ofensiva aplicada a una persona.

**MALANGA.** Tubérculo del tamaño y aplicación de la patata.

**MELONGO.** Liana fibrosa, elástica. Combinada con el bambú, se hacen muebles muy bellos. Pero el melongo, cortado en trozos de un metro, está asociado a los castigos corporales que aplican los capataces de las plantaciones y la policía.

**NATONDE EVE.** Yo te quiero

**NIPA.** Hojas de ciertas palmeras. Convenientemente trenzada se usa en los techos de las cabañas u otro tipo de viviendas. Los techos de nipa son impermeables a la lluvia.

**ÑAME.** Tubérculo de pequeño tamaño. Parecido a la malanga

**PAMUE.** Natural de Río Muni.

**PAPÁ, MAMÁ.** Tratamiento respetuoso a los ancianos.

**PIQUÍN.** Pequeño. Niño.

**POTO-POTO.** Lodo.

**TAM—TAM.** Conocido también por **TUMBA.** Instrumentos de percusión. Es la voz autóctona y ancestral de África. Es el morse africano.

**ATARRAYA.** Esparabel. Arte de pesca.

**TITI.** Es el más pequeño de los monos, oriundo de la isla de Fernando Poo. Tití también define a las muchachas adolescentes.

**AYAMBE.** Dios kombe

**AYAMBE NGÜÉ.** Dios mío

**UQUEMANGA.** Diosa kombe del mar y de las costas del Golfo de Guinea.

**YUCA.** Tapioca. Mandioca. Es el alimento base de los africanos